

Forgotten Books

— www.forgottenbooks.com —

Copyright © 2016 FB &c Ltd.

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law.

LA LEYENDA

DEL REY BERMEJO

FS PROPIEDAD

LA LEYENDA

DEL

REY BERMEJO

POR

D. Rodrigo Amador de los Ríos y Villalta

Ilustración de

ISIRO GIL



BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO Y C.^ª - EDITORES

Calle de Pallars (Salón de San Juan)

1890

868
A483le
1890





Á MI QUERIDO Y BUEN AMIGO EL ELEGANTE POETA SEVILLANO

JOSÉ DE VELILLA Y RODRÍGUEZ



¿Te acuerdas, mi querido Pepe?... Hace ya muchos años de esto, y éramos entonces ambos muy jóvenes: todo nos sonreía en el mundo, y al pisar juntos, con los libros debajo del brazo, los claustros de la Universidad sevillana,—que hoy al lado de los de Lista guarda los restos de mi Padre,—teníamos la inocente pretensión de creer que si el sol brillaba en el firmamento, si las flores exhalaban perfumes, era sólo y exclusivamente para nosotros... Reunidos en el fresco y reducido patio de tu casa, estábamos tu buena madre, tu hermana Mercedes, tan sentida como regocijada gloria de las musas, tu hermana Reyes, á la sazón pequeña, tú y yo: era una tarde calurosa del estío, y charlábamos alegres y decidores, preparando una expedición, que al fin con Mercedes realizamos, á Alcalá de Guadaira. No sé cómo ni quién, en la conversación, descosida, bulliciosa, y sazónada por las felices ocurrencias tuyas, pronunció al acaso el nombre de Abú-Sáid, ni cómo fué el hablaros yo de aquel desventurado; pero es lo cierto que, al exponer mi pensamiento ingenuamente, surgió entonces en mí el deseo de tratar este asunto de nuestra historia en forma distinta de la hasta aquí tan conocida

y manoseada. Y cuando, años adelante, en mis ocios todavía juveniles, acometía la empresa, pensé naturalmente en que, como cifra de aquella familia tuya para mí tan cariñosa, y cual amigo del corazón que eres, apareciese unido tu nombre á la *Leyenda* á que pretendía dar forma.

Aquí la tienes. No repares en lo humilde de su atavío, ni te extrañe por manera alguna éste: es una pobre fugitiva del naufragio en que pereció la era romántica contemporánea, cuyos cantos armoniosos arrullaban nuestra cuna, y que aún alienta en la persona de nuestro queridísimo Zorrilla, el ídolo de nuestra juventud, como revolotea en los dramas de Echegaray, como vive en los tuyos, que tantos aplausos y tanta y tan merecida gloria te han conquistado. Es mi *Leyenda*,—aunque nada tenga del «sano manjar nacional, servido en fina loza», y sí mucho de «comida indigesta», cual *mascarada de moros y cristianos*, según la enérgica frase de Emilia Pardo Bazán (1),— como un suspiro de tregua y de descanso, lanzado en medio de otras tareas para mí peculiares, pero áridas y desabridas tanto como trabajosas...

Recibe pues esta hija mía, á pesar de todos sus errores y de todos sus defectos, que son sin duda grandes y muchos, con el amor verdadero que me profesas, y no veas en ella sino el recuerdo cariñoso de tu siempre afectísimo y apasionado

Rodrigo.

(1) *Los Pazos de Ulloa*, pág. 87 de los *Apuntes autobiográficos* con que la autora encabeza su regional novela.



I



OMO sacude
al sol alegre
el pajarillo
con trinos y

gorjeos las alas hume-
decidas por persisten-
te lluvia, así Granada

sacudía también con regocijo el letargo enojoso del mes austero de Ramadhán, al amanecer del día primero de la siguiente luna de Xaguál, el año 759 de la Hégira (1). No empañaba el celaje nube alguna; el sol resplandecía majestuoso en su trono de fuego, y mientras las tibias y otoñales brisas, cargadas de perfumes, saturaban de aromas el ambiente, brindaban fresca y apacible sombra, en los ribazos y en la vega, entrecortados bosquecillos de naranjales y limoneros y pobladas arboledas.

(1) Corresponde al 5 de Septiembre del año 1358 de nuestra Era.

La cuaresma del Ramadhán, con el forzoso ayuno que el Korán impone á los musulimes en acción de gracias y en memoria de haber de los cielos aquel mes descendido el *Libro Santo*; con su séquito obligado de penitencias continuadas y oraciones fervorosas, el recogimiento diurno y las prácticas piadosas prescritas en la *Sunna*,—todo había terminado, dejando sólo en pos el recuerdo de enfadosa pesadilla en larga noche de pertinaz insomnio. No más días pasados en oración bajo las sombrías naves del templo, iluminadas por el mortecino resplandor de los cirios y de las lámparas; entre la multitud abigarrada é informe de devotos, en extática actitud contemplativa, ó en continuo y trastornador movimiento; entre el desconcertado rumor confuso de las oraciones de los fieles; en aquella atmósfera pesada y sofocante... No más abstinencia, ni más privaciones: la luna nueva, al desgarrar serena los cendales oscuros de la noche, arrojando aquella exaltación religiosa en la sima profunda del pasado que fué, traía consigo deslumbrador cortejo de risueños deleites, como recompensa merecida, después de la cuaresma, por los fieles.

Y mientras cada uno, con mano liberal, se disponía á repartir según su riqueza la limosna de precepto entre sus hermanos los necesitados y los menesterosos, apercibíase también con no disimulada satisfacción á gozar del *áid-as-saguir* ó pascua menor en la fiesta de *al-fithra*, ora, ávido de gozar á plena luz del placer de la libertad buscando soláz y esparcimiento en el campo; ora dándose cita en los floridos cármenes cercanos, en los huertos y en las alquerías de las inmediaciones de Granada, cual si se tratase de celebrar algún acontecimiento próspero en cada familia.

Desde bien temprano, había sido invadido el Zoco por cargadores y mujeres que se reconocían y saludaban bulliciosos en voz alta y á gritos, como si al cabo de largos tiempos se encontrasen; y el ir y venir desasosegado de aquella muchedumbre que discurría en torno de los puestos de hortalizas y frutas, de carnes y viandas; el vocerío incesante y ponderativo de los vendedores; los grupos de hortelanos y de campesinos que acudían desde la vega llevando sobre los lomos de las caballerías ó en carretas chillonas los naturales frutos de la tierra; el reverberar del sol en incansable cabrilleo so-

bre las ropas de la multitud abigarrada y heterogénea, ora simulando arder en los rojizos trajes, amortiguarse en los amarillentos, oscurecerse en los azules y en los negros, ó adquiriendo intensidad deslumbradora en los blancos alquicelles y en los toldos de los puestos... todo formaba sorprendente y singular conjunto de animación y de vida.

Comenzaban á circular los vendedores ambulantes de confituras y refrescos, recorriendo las estrechas y aún soñolientas calles de la población, y animándolas con sus gritos cadenciosos y guturales; abríanse las puertas de las casas, y como sombras fugitivas unas veces, á lo largo de los enjalbegados muros, cubierto discretamente el rostro, se deslizaban algunas mujeres engalanadas, mientras no faltaban otras los grupos de gente apercebida á disfrutar en el campo del día, con los enjaezados rucios prevenidos y la comida ya dispuesta, ni era sino muy natural y frecuente el ver cuadrillas de infelices mendigos, recogiendo de puerta en puerta la limosna de precepto, y prorrumpiendo en desentonadas oraciones con que invocaban la bendición del cielo sobre las almas caritativas.

La plaza de *Bib-ar-Rambla*, espaciosa y llana, era invadida por la multitud, contribuyendo á acrecentar la general alegría que se respiraba en el ambiente, las tiendas engalanadas, armadas á toda prisa, donde hacían valer sus mercancías los vendedores, ponderando entre el humo oleoso de los hornillos de los buñoleros, la dulzura de los higos chumbos allí amontonados, la excelencia de las cajas de dátiles, lo almiabarado de los mazapanes, de las pastas de alcorza y de las demás confituras que, con el agua de naranja helada, las tortas de aceite y las *monas* polvoreadas de azúcar, convidaban apetitosas á la muchedumbre.

Los mercaderes del Zacatín y de la *al-caicería*, más graves y más circunspectos, habían á primera hora abierto sus tiendas, y en ellas ofrecían á la vista, provocativas é incitantes, las ricas sederías de Granada y de Málaga, de Almería y aun de Murcia, tan renombradas como bellas; los paños tunecinos, tan apreciados por su finura y sus matices; las telas recamadas de la India; los brocados y tabines de la Siria, celebrados por la viveza deslumbradora de sus colores; las sargas tan vistosas de Damasco; los tapices bordados de la

Persia; los alfamares ó alfombras de Chinchilla; los perfumes famosos de la Arabia; las abultadas *ajorcas* de oro, cuajadas de filigrana y enriquecidas de brillante pedrería; los sartales de aljófares y de perlas de mil cambiantes irisados: los collares y las gargantillas de anchos, vistosos y filigranados colgantes de oro, las arracadas, los zarcillos, las sortijas, de este metal y de labrada plata, y todo, en fin, cuanto pudo crear la industria de los hombres para embellecimiento y gala de las mujeres.

En cuadrillas alegres, discurrían las gentes del pueblo vestidas de fiesta, arrojándose esencias, perfumes y confituras, deteniéndose á cada paso para obsequiarse mutuamente, cantando al compás de los instrumentos, y danzando con frecuencia no pocas veces; y Granada, como un suspiro de satisfacción, lanzaba en continuo borboteo, de sus numerosos arrabales al corazón de la ciudad, grupos animados, incesantes y caprichosos, en los cuales aparecían las clases y los sexos por vistoso modo confundidos.

Pintorescamente repartidos por los contornos, los granadinos respiraban con placer infinito el aire saturado de los aromas campestres en giras y en honestos divertimientos, celebrando así bulliciosos la pascua, para volver al siguiente día á sus tareas habituales, desquitándose por tal manera de los apuros pasados, y abandonándose jubilosos á aquellas inocentes recreaciones, á que debían poner término los posteriores resplandores del sol, y las primeras sombras de la noche.

Mientras los habitantes de Granada se disponían aquella hermosa mañana á celebrar la pascua venerada de *al-fithra*, en la forma tradicional consagrada ya por larga y no interrumpida costumbre,—con muestras evidentes de fatiga, deteníase lejos todavía de la ciudad, aunque en la falda aún de la Sierra, cerca del lecho donde el Genil agitaba en espumas bullidoras sus frescas y cristalinas aguas, y á la sombra de un álamo frondoso, cansada y cubierta de polvo una infeliz muchacha, cuyo traje descolorido y descuidado proclamaba la miseria de su dueño. Llevaba sobre los hombros á la espalda un fardo poco voluminoso y no pesado; apoyábase en rústico bastón hecho de la rama seca de un árbol, y tenía los pies, pequeños y carnosos, polvorientos y ensangrentados. La fuerza del sol y lo fatigoso del camino que sin duda traía, le

habían forzado á apartar del rostro el deslucido velo que debía cubrirle, y gracias á esta circunstancia, advertíase que la humilde viajera, contando apenas quince años, era hermosa como una sonrisa de los cielos.

Reclinada sobre la verde alfombra bajo el pabellón flotante que formaban espléndido los nudosos y robustos brazos del álamo, y oculta por las espesas ramas de los tallares crecidos al acaso, la niña á poco, y así que hubo sosegado un punto, sacó del pequeño zurrón que pendía de su cintura un pedazo de pan duro y moreno, y varias frutas frescas, y con señales de apetito, clavó los blancos é iguales dientes en el pan, recreando al propio tiempo la mirada en el espacio.

Nada turbaba la apacible calma ni el silencio imponente de los campos: la brisa, después de jugar con las aguas del río, deshaciéndolas en hirvientes burbujas, llegaba hasta la muchacha fresca y regalada, acariciando su semblante, y agitando al pasar las desordenadas guedejas que se escapaban de la toca con que aquella traía cubierta la cabeza.

Contempló después el firmamento; fijó luego los ojos en el suelo; y comprendiendo por la sombra que sobre él los objetos proyectaban, la hora que debía ser, llegóse al río, bebió



primero largamente y con delicia de la cristalina corriente, y lavándose en pos en ella las manos y los brazos hasta el codo, el rostro y la cabeza, postróse de rodillas hacia el lugar por donde el sol brillaba, y murmuraron sus labios ferviente oración, acompañada de frecuentes rítmicas oscilaciones de su cuerpo.

Alegre y satisfecha, volvió á colgar de sus hombros el fardo que había depositado sobre la hierba, alzóse de un salto, y tornó á proseguir su camino, modulando al propio tiempo una canción lánguida y sentida que parecía excitarla.

Así anduvo largo trecho: saltando unas veces, como la cervatilla libre en la pradera, gozándose otras en sumergir los pies entre las aguas de los arroyos que cortaban su paso, y lentamente las más, cual si la asaltasen repentinas y singulares preocupaciones, que hacían espirar la voz entre sus labios.

Conforme adelantaba hacia la corte esplendorosa de los Al-Ahmares, las ondas sonoras llevaban á sus oídos rumores vagos é indecisos que iban poco á poco creciendo y que, semejantes á la respiración agitada de un monstruo, se hacían cada vez más claros y distintos, formados de mil ruidos diferentes, y revelando la existencia de la cercana población, á donde la viajera caminaba. Al escucharlos, crecía el ardor en ésta y forzaba el paso apresurada; al cabo, al volver brusca-mente de un recodo, allá á lo lejos aún, descubrió su mirada el espectáculo grandioso y peregrino de la gentil Granada, cuya graciosa silueta recortaba el sol sobre el fondo límpido y sosegado del azul horizonte.

Detúvose de nuevo la muchacha, sorprendida esta vez, y bajo la acción de extraño sentimiento; y subiendo ágil sobre una de las pequeñas eminencias inmediatas, vuelta de espaldas al sol, contempló desde allí con curiosidad creciente é invencible el panorama deslumbrador y bello que delante de ella se desarrollaba sonriente, mientras el corazón latía apresurado.

¡Qué hermosa estaba Granada en aquel momento!

En primer término, desde la eminencia misma en que la viajera se encontraba, y algún tanto apartada del cauce del río, extendíase como alfombra primorosa el valle entero del Genil, de trecho en trecho sombreado por altos, aislados,

erguidos y frondosos álamos blancos, cuyas copas agudas y en pirámide, semejando ramilletes de argentada filigrana, parecían perforar con sus últimas ramas el firmamento; por medio del valle, centelleando á la luz del sol ardiente, saltando juguetón entre el aterciopelado esmalte de los campos, alegrando bullidor el paisaje, se abría camino el Genil, como una cinta de plata reverberante, de la que brotaban deslumbradoras chispas de fuego; en leves pero continuas ondulaciones, como oleadas de un mar en calma, la alfombra, de mil colores, seguía extendiéndose bañada en luz brillante, con grandes manchas oscuras de vez en cuando, producidas por las sombrías arboledas y el follaje de los olivos y de los granados que formaban grupos. Á espacios desiguales, cual perlas sueltas desprendidas de un collar, en medio del vasto tapiz destacaban por su blancura, con su cúpula esferoidal, algunas pequeñas construcciones, y resplandecían los blancos tapias de las cercas; mas lejos, se accidentaba bruscamente el paisaje, y surgía de costado la *colina roja*, como abrasada por los rayos del sol, distinguiéndose á sus plantas confusamente, con sus almenas y sus cubos, sus torres cuadradas y sus tambores, las murallas, también rojizas, de la población, simulando desde el sitio en que la niña miraba estremecida aquel cuadro sorprendente, oscuro cinturón ceñido al talle de la hermosa sultana del Genil y del Darro. Detrás de las fortificaciones, escalonada y en anfiteatro, resplandeciente de blancura, como tallada en yeso, y encaramada sobre las murallas, aparecía al fin la ciudad, con sus casas angulosas y sin ventanas, con los altos alminares de las mezquitas, cuadrados, de rojo ladrillo contruidos, de domos dorados que al ser heridos por el sol parecían brasas, y manzanas también doradas por remate; los huertos, los jardines, desbordando las notas verdes de sus árboles sobre la blancura de los edificios, y por cima, á la derecha, reclinadas con indolencia en la parte superior de la *colina roja*, las *Torres Bermejas*, la línea de murallas, las informes construcciones de la almedina, y por último, como señor y dueño, entre un mar de verdura, el alcázar fastuoso de la Alhambra, con sus torres cuadradas, rojizas, agradables, entrecortadas á modo de florones de una diadema. Al otro extremo, apenas se distinguía el cerro del Albaicín, bajo el hacinamiento confuso

de edificios y de torres, todo ello tomando singular relieve y pronunciando salientes y negras sombras desvanecidas por la distancia, en el baño de luz caliente que lo inundaba con fantásticas y deslumbradoras apariencias.

Ante aquel espectáculo seductor y risueño, ante aquella visión soberana, en la cual parecía la corte feliz de los Jazre-chitas pudorosa doncella envuelta aún, como en cendal transparente, en los suaves velos de la pasada aurora, y el sol, su amante, que con trémula pero atrevida mano aparta el *al-haryme* (1) sutil que cubre el rostro delicioso de su amada,— la niña conmovida se prosternó en el suelo, exclamando estremecida de temor y de júbilo á un tiempo mismo:

— ¡Granada! ¡Granada! ¡Cuán hermosa eres, y cómo te engrandeció la mano generosa de Alláh, el Único, el Inmutable!... ¡Cómo sonrén á la presencia del sol los rojizos murellones que te cercan, y bordan la fimbria de tu túnica esplendorosa!... ¡Cómo resplandecen tus encantos, y cómo te ufanas y te engrías al contemplar tu imagen seductora en el cristal del Genil y del Darro! La clemencia de Alláh se estremó para contigo, convirtiéndote en espejo del Edén prometido! Como el Tigris y el Éufrates, que riegan y fecundan con sus aguas los jardines deleitosos del Paraíso, el Darro y el Genil fertilizan regocijados y orgullosos tus amenos jardines y tu vega incomparable, y cual linda prometida que espera palpitante y risueña á su amante enamorado, así tú parecees sonreirme, á mí, pobre y abandonada criatura, tú que eres la sultana orgullosa que has sabido dominar á tus émulas, sometiéndolas á tu yugo con el fulgor irresistible de tus miradas!... ¡Que Alláh te bendiga y exalte, como ha de exaltar la ley divina dictada por labios de Gabriel al Profeta Mahoma!

Largo espacio de tiempo permaneció la muchacha embelesada en aquella actitud contemplativa; y al cabo, dirigiendo postrer y melancólica mirada de despedida al lugar del horizonte, donde habían á sus ojos desaparecido los picos de la Alpujarra, de donde venía, prosiguió pensativa y lentamente

(1) Velo con que las mujeres encubren el rostro; mas comunmente se dijo por permutación, *alfareme*. Es de seda transparente, y las mujeres de la clase pobre lo reemplazan con un pedazo de tela que deja sólo al descubierto los ojos.

su marcha, cruzando el bullicioso Genil, cuyas corrientes parecían murmurar en sus oídos palabras lisonjeras de bienvenida.

Al encontrarse cerca ya de la población, detúvose una vez más aún, preocupada, y se dejó caer sobre un ribazo; hasta ella, distinto y perceptible, llegaba el sonido de las músicas que recorrían en són de fiesta la ciudad, y entonces, vencida por repentina melancolía, dejó exhalar de sus labios un suspiro, recordando las horas pasadas de su infancia, tan tranquilas como el curso sosegado del Genil, que á sus plantas seguía murmurando; llenas de encanto, como todo lo que fué y no puede volver á ser ya nunca.

Interrumpiendo á deshora el hilo de los recuerdos evocados, resonó sobre la arena el galope acompasado de un caballo, que hizo despertar bruscamente de su letargo á la muchacha: incorporóse retrocediendo, y junto á ella, rozando sus ropas miserables, pasó como una exhalación sobre un fogoso morcillo, un jinete de gallarda apostura y gentil continente, ricamente vestido, y levantando en pos de sí espesa polvareda.

— ¡Alláh proteja al caballero!—gritó la viajera extendiendo los brazos en la dirección que aquél llevaba, y volviendo hacia él con curiosidad sus miradas.

El eco argentino y vibrante de su voz llegó sin duda á los oídos del jinete, acaso impresionándole, porque aún no había apartado la niña los ojos del lugar por donde aquél había entre los árboles desaparecido, cuando le vió surgir de nuevo, llevando al paso su cabalgadura. De faz correcta, ojos azules y movibles, nariz aguileña y poblada barba roja, venía vestido el caballero de muy rico *gambáx* ó sobretodo de matizado sirgo que le envolvía, mientras en torno de su cabeza flotaba el blanco *izár* con cuyo cabo jugueteaba el aura matutina.

Jamás, ni en sueños, allá en el apartado corazón revuelto de las escabrosas Alpujarras, donde estaba la humilde alquería en la cual vió la desvalida muchacha discurrir serenos los días de su florida infancia, había contemplado mancebo alguno con tal señorío y autoridad en su persona, con tal gracia y tan lujoso porte, ni la anciana que cuidó de ella le habló nunca de nada que se pareciese á la riqueza y la ostentación que, á cada movimiento del jinete, bajo los pliegues

del *gambáx* descubría el desconocido en sus lujosas vestiduras.

Criada entre los montes, apartada de todo lo que no fuese la naturaleza, conocía sólo las virtudes de las plantas; sabía por tradición interpretar en las líneas de la mano y con el auxilio de las estrellas, el misterioso porvenir; pero para ella todo lo demás era desconocido, todo era ignorado. Pendiente llevaba del gracioso cuello el sagrado talismán que la anciana le legó á su muerte, como su única hacienda; sujeto al brazo derecho guardaba un amuleto prodigioso y de virtud singular que, para preservarla de las traidoras asechanzas de los malos genios, su misma madre, por ella nunca conocida y cuyo nombre jamás oyó pronunciar á nadie por acaso, había tocado en la sagrada piedra negra de la Caâba (1).

—Hija mía—le había dicho la anciana, pocos momentos antes de que el ángel de la muerte sellara para siempre sus labios. —Hija mía: cuando la tierra cubra mis despojos y hayas pronunciado al pie de mi tumba las últimas oraciones, partirás sin excusa para Granada... Contigo irá mi espíritu: te acompañará también la protección de los buenos genios, y el talismán que recojas sobre mi cadáver, te librárá de todo maleficio, atrayendo sobre ti las bendiciones del cielo... Parte á Granada: allí, en medio de la abundancia, poderosa como el Amir de los musulimes (¡prolongue Alláh sus días!), grande entre los grandes, alta entre las altas, como el ciprés entre los demás árboles, allí encontrarás á tu madre... Bastará que ella vea el amuleto que llevas sobre el brazo y ella misma colocó en tal sitio cuando naciste y me fuíste confiada, para que te reconozca y te eleve á la altura donde resplandece y brilla.

Y la niña, cumplidos los últimos deberes religiosos para con la que había sido su madre, amparándose del talismán, y

(1) Esta piedra milagrosa, incrustada en uno de los ángulos del venerado templo, marca el punto desde el cual deben dar principio las vueltas de los peregrinos en torno del celebrado santuario, y según los musulmanes, la colocó allí el mismo ángel Gabriel, bajándola de los cielos; goza de gran virtud, y era antes de una blancura sin igual y brillante; pero de tocarla los peregrinos ennegreció bien pronto, recibiendo desde entonces nombre de *piedra negra*. Mide seis pulgadas de alto por ocho de largo y, conforme aseguran algunos escritores, no es otra cosa que un trozo de basalto ó acaso de un aereolito.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

de que eres quizás sola en el mundo... Y ya que Alláh ha dispuesto las cosas de manera que ambos nos conociésemos, llevando yo de ti grato recuerdo, quiero que al separarnos quede para ti el mío en tu memoria...

Y al pronunciar estas palabras, sacó de entre sus ropas una bolsa de seda, por entre cuyas mallas brillaba el oro de abundantes ad-dinares, alargándola con ligero ademán á la viajera.

—Gracias! Gracias!—exclamó ésta enrojeciéndose y rechazando con un movimiento la mano del jinete...—Alláh me basta! Él es mi protector y mi amparo!... Ciertamente que has dicho verdad y que me encuentro sola en el mundo, como la palma en el desierto, como Alláh el Único en el alto cielo. ¡Bendito sea! Pero la protección del que ni engendró ni fué engendrado, de aquel sin cuyo permiso no se mueve la hoja del árbol, ni luce el sol, ni nacen las flores, ni viven las criaturas, me acompaña y defiende, como me defienden y acompañan los buenos genios, que para mí no guardan secretos ni en el firmamento ni en las criaturas mismas... Nada temo y de nada necesito: guarda pues esa bolsa, ó dala á aquel que más precisión tenga de ella, en memoria del día que hoy celebran los fieles.

—Altiua eres, doncella, y mi intención no pudo por Alláh ofenderte...—exclamó el desconocido volviendo á guardar la bolsa y mirando entonces con curiosidad á Aixa.—Pero has dicho que para ti no guarda el porvenir secretos—añadió.—¿Eres, pues, *zahorí*? Oh! Por mi cabeza que, cuando tan manifiesta se me declara la voluntad del cielo, cuando encuentro á mi paso y reunidas en tu persona tantas promesas, no he de desperdiciar, linda servidora de Venus (1), ocasión tan propicia como ésta, para conocer los secretos de mi destino! Dime, hermosa muchacha, así Alláh te proteja—prosiguió presentando no sin visible emoción su mano derecha á Aixa,—dime qué suerte me depara el Señor de las criaturas... Descorre á mi vista el velo tenebroso que oculta y encubre lo venidero!

(1) El nombre de *zahorí*, que rectamente según Ebn-Jaldón, significa *servidor del planeta Venus*, al cual llaman en árabe *As-Zohara*,—por extensión ha sido aplicado por los astrólogos á los que practican la geomancia.

Tomó la niña entre sus manos la del desconocido, y examinándola atentamente, dijo al cabo de algunos instantes de silencio:



—Noble eres como el Amir ¡ ayúdele Alláh !... Tu prosapia es la suya, y descienes como él en línea recta ¡ oh, señor ! de Saâd-ben-Obada !

—Es cierto—exclamó el gallardo caballero.—Prosigue.

—Grande es tu poder en Granada... Brillante tu estrella y tu destino—continuó Aixa con tono sentencioso.—Todo te sonríe en la vida; pero el demonio de la ambición te posee..., la sed que te domina es insaciable é infinita, y á tu pesar te arrastra y te subyuga... En el cielo, donde resplandece fulgu-

rante y espléndida la tuya, hay sin embargo otra estrella de mayor magnitud y más intenso brillo... Pero, aguarda: tu estrella aumenta de esplendor y se agranda...—exclamó la adivina con los ojos fijos en el cielo.

—¡No te detengas por Alláh!... ¡Prosigue!...—gritó el desconocido, interesado.

—¡Oh! ¡No puedo complacerte!—replicó Aixa sonriendo al cabo de unos momentos de silencio.—El sol reina como soberano señor en el firmamento, y ño acierta mi mirada á seguir en el océano de luz que todo lo envuelve, el rumbo incierto de la estrella de tu destino... Es fuerza, pues, que te resignes por ahora, y cuando las sombras de la noche hayan extinguido los últimos fulgores del día, entonces...

—¡La noche!... Largo es el plazo para el afán que me devora, cuando ambiciono conocer mi destino!

—¡Oh, señor mío! Sólo Alláh sabe lo que se oculta en las entrañas de las criaturas!

—Él guió sin duda mis pasos hacia ti para conocerte, y pues tan manifiesta es su voluntad, dime dónde podré encontrarte.

—¿Acaso sé yo misma el sitio en que hallarán reposo mis fatigados miembros?

—Sígueme entonces, pues, muchacha; sígueme sin recelo, y yo te juro por el santo nombre de Mahoma que te puse en mi camino, que sabré recompensar dignamente el servicio que de ti espero, si aciertas á leer en los astros la suerte mía!

Pareció reflexionar la doncella breve instante; y al cabo, decidida, recogió del suelo el bulto, y colocándoselo sobre la cabeza,

—Guía—dijo sencillamente al caballero, echando á andar en pos de él sin muestras de fatiga.

De esta suerte, llevando al paso el jinete la fogosa cabalgadura, que braceaba nerviosa y con impaciencia, pasaron por delante de la humilde mezquita de los *Saffaríes* ó de los viajeros, colocada cerca de la confluencia del Genil y del Darro, dejando atrás la población entregada á las expansiones del regocijo, y así llegaron ante la puerta de hermoso palacio cercado de frondosos huertos, por la cual penetró el desconocido, seguido siempre de la muchacha, cuyos ojos

no cesaban de admirar las bellezas reunidas en el jardín por donde cruzaron, deteniéndose ambos por último al pie de una escalinata de mármol, adornada por dos hileras de macetas cubiertas de flores que despedían gratísimos perfumes.





A la presencia del caballero, acudían solícitos dos servidores, quienes tomando las bridas del caballo se inclinaban con el mayor

respeto delante del desconocido, á cuya orden uno de ellos se apresuraba á aliviar á la niña del ligero bulto, mientras él, tomando de la mano á Aixa, invitábala sonriendo cariñosamente á subir la escalinata y penetrar en los aposentos del

palacio.

Componíase éste de varios cuerpos de edificios, unidos ingeniosamente por medio de patios los unos á los otros; y después de cruzar por varias salas, todas ellas lujosamente bordadas de filigranada labor de yesería vivamente colorida, semejando riquísimos tapices, llegaban á una habitación más interior, por igual arte enriquecida, y en cada uno de cuyos frentes se abría angrelado ajiméz, á través de cuyas celosías de madera penetraban jugueteando los rayos del sol que dibujaban sobre el pavimento la trenzada red del enrejado.

De trecho en trecho y simétricamente colocados, había

escaños de damasco de varios colores, y en ellos, blandas, ampulosas y llenas de voluptuosidad, diversas almartabas bordadas de seda y de oro, mientras que á los pies de los escaños, tejidas de blancos y finos juncos, se extendían frescas esterillas; grandes jarrones de porcelana azul con reflejos de oro, de aquellos que con arte singular eran fabricados en Málaga y en Jaén, dibujaban sobre el zócalo de pintados aliceres las elegantes curvas de su contorno, ostentando abundosos ramos de agradable vista, en que las rosas, los jazmines y las dalias se mostraban artísticamente agrupadas; espejos de diversos tamaños destacaban entre gasas sobre la yesería de los muros, reproduciendo el lujoso aspecto de la sala, y al propio tiempo que de la techumbre de alerce, delicadamente entallada y colorida, pendía hermosa lámpara de cristal, en el centro de la estancia hallábase una mesilla octógona de escasa altura, taraceada, cubierta de blanco mantel de lino y cargada de viandas, con anchos almohadones distribuídos en torno.

Maravillada ante aquel espectáculo, totalmente nuevo para ella, Aixa se detuvo vacilante, sin atreverse á trasponer el dintel; pero el desconocido, volviéndose á ella,

—¿Por qué te detienes?—le preguntó siempre con acento cariñoso.—Ven,—añadió—y recobra tus fuerzas, que harto fatigada debes de sentirte.

Avanzó entonces la muchacha, y cediendo á las indicaciones del caballero, tomó asiento en uno de los almohadones tendidos en torno de la mesa, mientras á una seña de aquél aparecían en la estancia doncellas con aljofainas, jarros de agua de olor y paños blanquísimos para las manos, y dirigiéndose á la pobre huérfana, antes de que pudiera ésta hacer resistencia alguna, lavábanle las manos con el agua de olor, y perfumábanla á porfía, como al desconocido, presentándole después, sobre un azafate de latón esmaltado, una copa de dulcísimo refresco, de la cual bebió Aixa, aún no vuelta de su sorpresa.

Luego apoderábanse de ella con graciosas insinuaciones; y conduciéndola á una habitación inmediata, no menos primorosamente decorada, despojábanla de sus humildes vestiduras, y haciéndole tomar suave baño de aromáticas aguas, volvían de nuevo á vestirla con hermoso traje de sedas, pei-

naban sus abundosos cabellos, en los cuales prendían los pliegues de transparente y blanco *izár* bordado de oro, y cubriendo desde los ojos su bello semblante con perfumado *alhañyme*, conducíanla otra vez á la estancia, donde la aguardaba el caballero.

No se encontraba ya éste solo como antes; al lado suyo, voluptuosamente reclinada sobre los mullidos almohadones y cubierta por holgada túnica de *alguáx*, con el semblante descubierto, ornada de sartas de brillantes aljófares que ceñían su ebúrneo y contorneado cuello, teniendo á la espalda dos esclavas de singular belleza con sendos abanicos para hacerle aire, é inmediata á la taraceada mesilla,—esperaba también una dama de altivo porte y de mediana edad, quien conversaba con el desconocido en el momento de aparecer Aixa en la estancia.

Timida, poco segura de sí propia, sintiendo discurrir por sus venas extraña laxitud que paralizaba sus movimientos, la huérfana, suavemente empujada por las doncellas, dió algunos pasos y se detuvo al contemplar su imagen en uno de los espejos que adornaban los muros, no atreviéndose, en medio de su deseo, á levantar la vista para contemplarse. Se sentía tan bella, adivinaba por instinto que bajo los pliegues de aquellas ricas vestiduras con que se había dejado engalanar, resaltaban más sus encantos, que sobre cogida de emoción así por esto como por la inesperada presencia de la dama, enmudecieron sus labios, sin osar por otra parte ni avanzar ni retroceder hasta el lugar donde visiblemente era aguardada.

La dama en tanto, tenía sobre ella fijos los ojos con singular complacencia, en la que no obstante se traslucía algún despecho, y alzándose con indolencia, dirigióse á la niña, quien toda trémula la sentía acercarse.

—Aproxímate, hija mía—le dijo apoderándose de una de sus manos—y ven á tomar asiento á nuestro lado... Hermoso es tu continente, y tus ojos son hermosos como el cielo... Debe de ser tu rostro tan bello como una sonrisa de Alláh—añadió haciéndola sentar en el almohadón más inmediato al suyo, mientras con ejercitada destreza y antes de que Aixa pudiera evitarlo, desprendía el *al-haryme* que cubría parte del semblante de ésta.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



—Sí; porque tus desgracias, que me han sido referidas, me interesan vivamente, y deseo ayudarte con toda mi alma á buscar esa persona en pos de cuyas huellas has venido á Granada... Ya verás, gentil doncella, como la encontraremos, y si es tal cual tú dices, tendrás para siempre tu porvenir asegurado.

Llena de emoción al escuchar tales palabras, sintió Aixa arrasados en lágrimas los ojos; y tomando una de las manos de la dama, la llevó á sus labios reconocida y con respeto, murmurando á la par frases de gratitud entrecortadas.

La conversación duró aún en esta forma largo rato; y como era aquel por aventura día en el cual daba el Sultán audiencia pública en su palacio, quedó acordado que Aixa, acompañada de algunos servidores de la dama, acudiría aquella misma mañana á la presencia del príncipe de los musulimes para demandarle su protección, con lo cual ambas mujeres se separaron: la niña para entregarse de nuevo en manos de las doncellas que debían hermosearla, aunque no había menester de ello, y la dama para dar las disposiciones oportunas.

Mientras las sirvientes, cumpliendo las órdenes recibidas, se afanaban complacientes en hacer resaltar las bellezas de la desvalida huérfana, ésta, deslumbrada y desvanecida por cuanto desde aquella mañana le había acontecido, dejábase llevar de singulares meditaciones, no de otra suerte que el nadador cansado se deja llevar sobre las aguas por el movimiento de las olas.

—¿Cómo—pensaba—cómo, poderoso Alláh, cómo he podido yo merecer que derrames de este modo sobre mi humilde frente los tesoros inagotables de tu benevolencia? ¿Qué he hecho yo, oh Señor de las criaturas, para que cuando más sola, más abandonada de todos me sentía, haya encontrado almas tan generosas y tan nobles como la de este gentil caballero y esta gran señora, que me dispensan beneficios tan señalados? ¡Oh, genios invisibles, espíritus de bondad que vagáis incesantes en torno mío, que veláis por mí y que me habéis animado complacientes, decidme, así Alláh os conceda eternamente su gracia, si ésta que está aquí soy yo misma, aquella muchacha desventurada y miserable que hace pocas horas se arrastraba penosamente por los caminos abandonada de todos y sin saber siquiera dónde podría dar el apetecido des-

canso á sus miembros tan apesadumbrados por la fatiga! Decidme que no es un sueño todo cuanto por mí pasa; que no es vana ilusión ni este bello aposento en que me hallo, ni estas mujeres que derraman solícitas sobre mí aguas perfumadas y olorosas, y se disputan mis miradas y mis sonrisas como enamoradas, pareciendo á porfía competir en engalanarme de collares, de sartas de aljófares y de alhajas! Decidme que es verdad cuanto miro, y que estas hermosas vestiduras, recamadas de oro, que me cubren, estas ajorcas resplandecientes que oprimen mis desnudos brazos y mis muñecas, estas impresiones tan grandes que recibo, no son delirios de mi imaginación, exaltada por la fatiga y el cansancio! No hace aún dos horas que mis pies, desnudos, polvorientos y ensangrentados, hollaban doloridos el camino pedregoso que traje desde la humilde alquería donde he nacido; no hace aún dos horas que las márgenes de ese río cuyo murmullo trae hasta mí la brisa, fueron el al-midhá donde hice la ablución, y que la dura tierra me sirvió de *mossaláh* para elevar al cielo mi corazón y mis oraciones, y ahora mis pies huellan alhombros mullidas, y van delicadamente calzados de chapines de tafite, bordados en sedas!

De tales y de otras parecidas meditaciones, sacaban bruscamente á Aixa las solícitas doncellas, poniendo ante sus ojos asombrados un espejo, donde, al contemplar con infantil deleite su hermosura, vió la niña una por una retratadas las perfecciones de su rostro, quedando satisfecha de sí propia; y como era precisamente llegada la hora de concurrir al *Serrallo* para asistir á la audiencia pública del Sultán, según la dama desconocida le había ofrecido,—después de cubrir las sirvientes el semblante de Aixa con las nevadas gasas de perfumado *al-haryme*, guiábanla hacia una de las puertas del edificio, sitio en el cual le aguardaban, lujosamente enjaezada, una haca nerviosa y de fina estampa, dispuesta para ella, y dos servidores á caballo, no con menor suntuosidad vestidos, quienes, así que la muchacha hubo tomado cómodo asiento sobre su palafrén, se colocaron á distancia respetuosa de ella, encaminándose en esta disposición á Granada.

Bien pronto quedó atrás, con su cupulilla de cascos y sus blanqueados muros, la humilde mezquita de los *Saffaríes*, colocada en el lugar en que juntan bullidoras sus aguas el

Genil y el Darro; y torciendo luego por modesto puentecillo de tablas el Genil, hacia la izquierda, siguió la comitiva por la margen del Darro, cuyo lecho pedregoso sombreaban los copudos álamos allí al acaso nacidos, siendo cada vez más frecuentes los animados grupos y las regocijadas cuadrillas que á su paso encontraba, dispuestos unos y otras á celebrar placenteramente en el campo la sagrada pascua. Así llegaron Aixa y sus acompañantes á *Bib-at-Tauvin*, y así, en medio del bullir de la población, continuaron su camino, tomando por una de las estrechas calles que van insensiblemente trepando en dirección al cerro de la Alhambra, no sin causar admiración en las gentes el aparato de aquella dama, y el lujo de sus vestiduras.

Después de dar algunas vueltas por callejas sombrías, encontraba la comitiva de nuevo el cauce del Darro, encajonado ya en este sitio por las construcciones del Zacatín; y revolviendo á la derecha, salía al puente en el cual desembocaba la empinada calle de Gómeres, la cual seguía, hasta penetrar por *Bib-Aluxár* en el recinto de la Alhambra, cuyo foso, como ancha grieta abierta en el cerro, marcaba por medio de rojiza, estrecha y desigual vereda el camino de *Bib-al-Godór*, hermosa fábrica de ladrillo que destacaba gallarda sobre los almenados muros de la fortaleza los altos tambores entre los cuales se abría la puerta, con su arco de herradura, su puente levadizo y su indispensable guardia, pintorescamente agrupada en las oscuras sombras proyectadas por los tambores.

No sin emoción llegaba la niña á aquel sitio, y no sin sobresalto cruzaba el foso para penetrar en la al-medina, barrio en el cual la multitud discurría atareada, reflejando en sus semblantes la alegría; al cabo, y siguiendo como hasta allí las indicaciones de uno de los dos servidores que la acompañaban, se detenía delante del alcázar, cuyas cúpulas doradas, heridas por los rayos del sol, semejaban bruñidos capacetes de oro. Allí descabalgaba; y penetrando en el Palacio de la sultanía por la *Bib-as-Sorúr*, llegaba al postre al *Serrallo*.

Hallábase éste colocado en uno de los cuerpos de edificio que caen á la izquierda de la famosa Torre de Comárex, puesto con ella sin embargo en comunicación inmediata, y se ofrecía precedido de rectangular patio, en cuyo centro

murmuraba sonoro alegre surtidor que derramaba en constante movimiento líquidas y transparentes perlas, refrescando el ambiente. Al fondo, sobre ancha escalinata levantados, tendíanse de largo á largo varios angrelados arcos de calada yesería, apoyados por leves, elegantes y esbeltas columnas



de alabastro, mientras en último término se abría al centro en el muro otro arco de yesería

esmaltada, coronado por celosías de complicada traza peregrina, por entre cuyos geométricos dibujos se cernía la clara luz del sol, que penetraba á borbotones, como hirviente cascada de oro, por otra celosía mayor abierta sobre el bosque en la inmediata estancia. De la techumbre plana, formada de rombos y de estrellas, de lazos y de flores cubiertas de metálico reflejo, que destacaba con nítido brillar entre el oscuro matiz de la madera de alerce, pendían varios orbes de

cristal, con multitud de cordones de oro y sedas y borlones elegantes; y levantado encima de preciada alhombra de juncos, en la que sobre fondo amarillento dibujaban dos leones afrontados con el lema del Sultán en los fingidos soportes,—alzabase el trono, compuesto de ancho sitial taraceado, en que el oro, el marfil, la concha, el ébano, el sándalo y otras materias preciosas formaban complicados y vistosos exornos del mejor efecto, armonizando á la par con la mullida almartaba de paño de seda de damasco, destinada en el trono para el Sultán, y que se ostentaba con su matiz rojizo en la dulce penumbra de la estancia.

Llenaban el patio algunos pretendientes en actitud humilde, y silenciosamente recogidos, cual si asistieran á alguna ceremonia religiosa, mientras el recinto interior, destinado al Sultán, á sus guazires y á los dignatarios palatinos, estaba aún desierto, acreditando que la audiencia pública extraordinaria no había aún aquel día comenzado.

Al penetrar Aixa en el patio por la cuadrada puerta de la izquierda, y descender las gradas de mármol, detúvose como sobrecogida ante el espectáculo maravilloso de lujo y de esplendor que ofrecía aquel recinto, sobre todo, cuando poco después aparecía con paso grave y majestuoso el soberano, á quien seguían los guazires y el *mexuár*, personaje importante y ejecutor de las justicias.

Era el Amir esbelto, aunque no de grande estatura; conocíase que era joven en el desembarazado andar y en la soltura de los movimientos; mas no podía juzgarse de su rostro, porque lo traía cubierto con el almaizár que, pendiendo de la toca con que adornaba la cabeza, iba á caer no sin gracia sobre el hombro contrario. Vestía rica aljuba de *algüecí* dorado con orlas en los bordes de las mangas y de las haldas, donde, sobre fondo rojo, destacaban las letras de oro del *tiráz*; rico ceñidor de sedas, con hermosos borlones de hili-llo de oro, oprimía su cintura, y entre los pliegues del ceñidor se descubría el taraceado puño de marfil de la gumía, cual, cruzado el pecho por el tahalí de terciopelo, pendía al centro ancha y recta espada de elegantes arriaces y brillante pomo, peregrinamente esmaltado, como toda la empuñadura aparecía.

Entre las saluciones lisonjeras en que prorrumpieron los

circunstantes, tomó el Sultán asiento sobre el trono, imitándole los guazires sobre las almartabas ó almohadones para tal objeto preparados, quedando á espaldas del regio sitial, en pie, y con la ancha y deslumbradora espada desenvainada y en el alto, el fornido *mexuár*, que no sino horrible visión parecía, según lo negro y abultado de su deforme semblante.

Á través del almaizár que ocultaba el del Príncipe, brillaban como centellas los ojos de éste; y así que hubo despa-ciosamente paseado sus miradas por los pretendientes, que humillados en tierra y con la cabeza en el suelo, no osaban alzar la vista, echó hacia atrás el velo y esperó en silencio, mientras uno de los guazires recogió de manos de los admitidos á la audiencia los memoriales que humildemente presentaban.

Aixa había visto aparecer al Sultán, llena de viva emoción; y bien que siguiendo el ejemplo de los demás, se había como ellos prosternado también en tierra, tuvo tiempo para contemplar no obstante el cuadro que á sus ojos se ofrecía, y que era para ella nuevo y desconocido en absoluto, irguiéndose al fin y sentándose sobre las marmóreas losas del pavimento así que el guazir, encargado de tales menesteres, hubo recogido uno por uno los memoriales, dando principio la audiencia.

En tanto que, llegados á los pies del trono los peticionarios, hacían al Príncipe exposición detallada de sus súplicas, la niña contemplaba al Amir, poseída del mayor respeto. Era Abú-Abdil-Láh Mohámmad joven de 20 escasos abriles, de rostro franco y sonrisa leal; la naciente barba rubia comenzaba á sombrear sus facciones, tiernas y delicadas como las de una doncella; tenía azules los ojos, y la expresión de su mirada era de tal modo dulce y simpática que atraía todas las voluntades; el metal de su voz, sonoro y melodioso, resonaba en los oídos de Aixa cual agradable música, y no tenía sino palabras y frases de esperanza y de consuelo para los que se le acercaban. En medio del tinte delicado de sus facciones, advertíase en ellas marcada expresión de virilidad y de energía, que contribuía á embellecer más aquel semblante bondadoso, espejo de un alma cariñosa, apasionada, abierta á todas las emociones, pero más propia para el sentimiento.

Cuando hubo llegado su turno, á una seña del oficial encargado de acompañar á los solicitantes, alzóse Aixa del suelo, toda trémula y agitada; y en tal disposición acercóse á los pies del trono ruborosa, sin que hubiera logrado tranquilizarse en aquel momento, solemne para ella, y hacia el cual los buenos genios la habían sin duda alguna insensiblemente empujado.

El Sultán conversaba con uno de sus guazires, y la niña se dejó caer de rodillas y en actitud humilde, esperando á que el Príncipe la dirigiese la palabra. Al fin, á sus oídos llegó la voz cariñosa de Abd-ul-Láh, y aunque era grande la agitación de que se sentía poseída la doncella, tuvo aliento para prosternarse en el suelo, si bien no para contestar al Amir, quien por su parte, y sin dar señales de impaciencia, volvió á preguntar bondadoso:

—¿Quién eres, joven, y qué es lo que de mí deseas?

—¡Oh señor y dueño mío! —pudo por fin exclamar Aixa, —Alláh te colme de bendiciones en la tierra, y te haga gozar de todos los deleites en el paraiso! Preguntas quién soy—prosiguió ante el silencio del Príncipe—y yo misma no sé en realidad qué respuesta darte, pues ignoro quién sea... Hasta aquí, una desventurada criatura: hoy que me hallo en tu presencia, una mujer dichosa.

Gustó á Mohámmad la lisonja; y como la niña permaneciese después callada, tornó á interrogarla, no sin que antes hubiese advertido á ésta el mismo oficial que hasta allí la había conducido, de que debía ante el Príncipe de los musulmes levantar el velo que ocultaba su semblante, como así lo verificaba no sin manifiesta vacilación la doncella.

Al descubrir los encantos de aquel rostro peregrino, á que daba mayor realce todavía la ruborosa turbación de que se mostraba animado, el joven Sultán se sintió poseído de súbita simpatía hacia aquella desconocida; y como ésta continuase muda y con los ojos bajos, adivinando el Príncipe su pensamiento, dió orden de que despejasen la sala los circunstantes y los guazires, quedando solos ambos y frente á frente el uno de la otra. Bajó luego de su sitial el Amir, y tomando de la mano á Aixa, hizola levantar del suelo, é invítándola á sentarse en una de las almartabas, sentóse él después al lado suyo.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

—Ya estamos solos—dijo;—ya puedes hablar libremente... ¿No es eso lo que deseabas?...

—Gracias, señor—repitió Aixa, turbada, queriendo de nuevo arrojarse á las plantas del Sultán, y alzando entonces hasta él la mirada húmeda y llena de agradecimiento.

Y con acento en que la emoción se traslucía, daba al Príncipe conocimiento de su vida, de las esperanzas que le habían animado á ir á Granada, de la confianza que le inspiraba el joven Amir, y de los beneficios que esperaba de su mano, para lograr sus legítimos deseos, aunque callando por instinto el nombre del caballero á quien aquella mañana había encontrado en las márgenes del Genil, y á cuya generosa protección debía el lujoso atavío de su persona.

El encanto de su voz seductora; la belleza incomparable de su rostro; la expresión singular de sus miradas; el ingenuo candor de sus palabras, impregnadas de sentimiento, y sobre todo, el atractivo poderoso de la niña, quiso Alláh, así sea reverenciado su santo nombre, que de tal manera impresionaran el corazón del Príncipe, como para que cuando Aixa hubo acabado su relación, Mohámmad sintiese arder en su pecho el fuego de la pasión, sin que fuera poderoso á evitarlo, exclamando enardecido:

—Por Alláh, el Único, el Excelso, te juro, hermosa criatura, que habrás de conseguir lo que deseas... Yo te prometo que juntos tú y yo, encontraremos á tu madre, y quién sabe todavía, el destino que desde su trono el Inmutable te tiene reservado!

—Que Él oiga tus palabras, señor y dueño mío, y colme todos tus deseos!—repuso Aixa.—¿Qué otra cosa puede pedirle para ti, que eres el Príncipe de los musulmes, esta pobre huérfana, cuyo pensamiento habrá de seguirte desde hoy á todas partes, y cuyas bendiciones te habrán de acompañar donde quiera que vayas?

—No creas tú, niña, que, como escritas en el agua, habrán de borrarse tus palabras en mi memoria..., como no se borrará tampoco de ella tu imagen hechicera—dijo no sin alguna vacilación el Sultán con marcado acento de entusiasmo, oprimiendo cariñosamente la mano de Aixa que aún tenía entre las suyas.—Vé—añadió—vé llena de esperanzas; vé con el alma llena de felices augurios; y como no quiero que te

se pares de mi lado sin llevar algún recuerdo de esta entrevista, toma—dijo despojándose del rico collar de perlas que ceñía su cuello y colocándolo sobre los que ya traía la niña —Y cuando llegue en alguna ocasión para ti la hora de la duda, fija tus ojos en este collar, y acuérdate de que vela por ti el Sultán de Granada, quien no habrá tampoco de olvidarte.

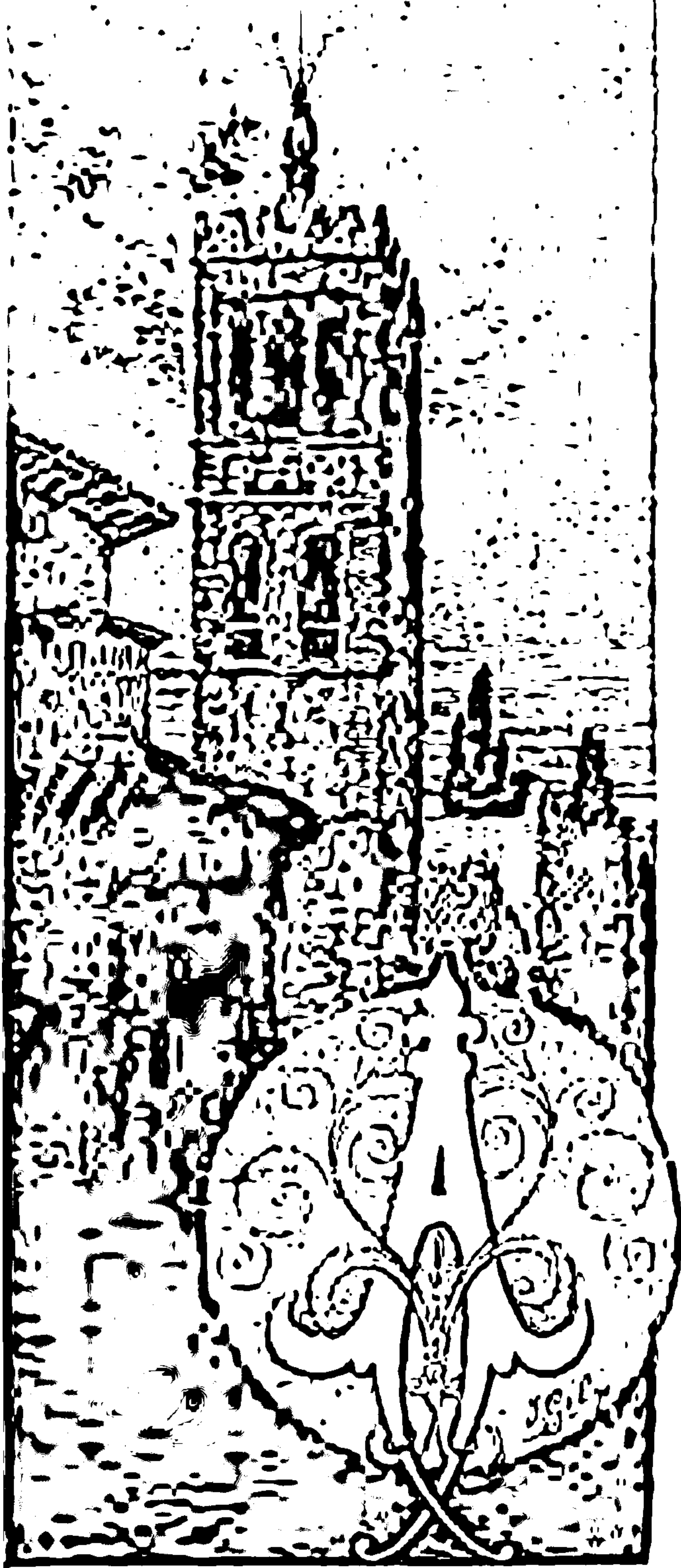
No halló palabras Aixa con qué agradecer á Mohámmad aquella expresiva muestra de su bondad cariñosa; y antes que el Príncipe hubiera podido impedirlo, llevaba con rápido ademán á sus labios la mano de aquél, cubriéndola de besos y de lágrimas al mismo tiempo.

Con esto, tuvo por terminada la audiencia; y levantándose del blando cojín donde habia permanecido al lado del Sultán, prosternábase de nuevo ante él, y descendiendo las gradas de mármol encaminábase á las estancias exteriores, volviendo desde la puerta los ojos para contemplar aún una vez más á Abd-ul-Láh, quien continuaba como clavado en su sitio.

Cuando la esbelta figura de Aixa hubo desaparecido por completo en la sombra de los aposentos que daban paso á la *Bib-as-Sorúr*, salió el Príncipe del letargo en que parecia sumido, y haciendo una seña, apareció uno de los guazires á su mandado.

—Corre,—le dijo en voz breve.—¿Han visto tus ojos la gentil doncella que acaba de salir de este recinto? Pues es preciso que averigües dónde vive, y que me lo digas...

Inclinóse el guazir, y llevando su mano derecha sobre la cabeza en señal de obediencia, tornó á salir, mientras el Príncipe olvidado de los demás que esperaban ser á su presencia introducidos, meditabundo y distraído, salió solo al bosque sobre el Darro, y tomando allí asiento en el suelo, á la sombra de un grupo de pomposos álamos, entregábase por su parte á extrañas meditaciones, á las cuales convidaba el constante murmullo del río, lo fresco de la brisa, y el perfumado ambiente que en tal paraje regalado se respiraba.



III

L caer la tarde de aquel día tan gozosamente festejado por los muslimes, en cordones no interrumpidos de gente, con languidéz y pereza regresaban los granadinos á sus hogares abandonados todo el día, penetrando en la ciudad, dando todavía señales de regocijo. Los grupos

de campesinos y danzadores iban poco á poco desapareciendo, y el silencio, de vez en cuando interrumpido por algunos retrasados, reemplazaba en muchas partes el rumor acordado de los cantares y de las músicas. Recogían sus tiendas portátiles los mercaderes que se habían establecido con ellas en las calles y en las plazas, al pie de las puertas de la población, y aun en el campo; cerrábanse, como obedeciendo una consigna las tiendas lujosas del Zacatín y de la *Al-caicería*, y sólo en el silencio, — que hacía más imponente el crepúsculo de la tarde, solemne, apacible y tranquilo, — á intervalos regulares, cual lánguidos lamentos, escuchábase, como respondiendo las unas á las otras, las voces agudas de los almueda-

nos, pregonando á los cuatro vientos, desde lo alto de los minaretes de las mezquitas, el *idzán* del *as-saláh* de *al-magrib*, cuya hora era.

Cuando cerró la noche, y quedó todo envuelto y confundido en las sombras, la población había ya recobrado su ordinario aspecto: miriadas de estrellas, centelleando resplandecientes en el intenso azul de los cielos como pupilas ardientes de seres invisibles, bordaban el manto con que la mano de Alláh cubre piadosa la naturaleza convidándola al descanso, y la brisa, fresca y regalada como una caricia, recorría juguetona las solitarias y estrechas calles, murmurando misteriosa en las cerradas celosías, agitando al pasar con sus alas sutiles las ramas de los árboles, rozando los muros de los edificios, rodando incesante, y arrastrando consigo los postreros recuerdos de la pascua. Todo respiraba calma: todo quietud y paz; y Granada, fatigada y soñolienta, después de la animación alegre de aquel día, entregaba lánguida al descanso también sus miembros agitados y su espíritu conmovido.

Cuatro años hacía que gobernaba el reino de los Al-Ahmares el joven Príncipe Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, apellidado más tarde *Al-Gani-bil-Láh*, ó el contento con la protección de Alláh; y aunque contaba apenas veinte primaveras, había sabido granjearse con su conducta la estimación y el respeto de los granadinos, en medio de la situación angustiosa, aunque olvidada, en que se hallaban los musulmanes de Al-Andálus, de todas partes oprimidos por la espada de los reyes de Castilla. Octavo monarca de aquella dinastía esplendorosa que supo resistir sola por espacio de cerca de tres siglos el empuje ya incontrastable de los guerreros de la cruz, prometía con verdad á los muslimes, con la prudencia y el acierto de su política, paz duradera y reparadora, suficiente á hacer que fueran olvidados los descalabros sufridos por los granadíes durante el reinado de Abú-l-Hachich Yusuf I, su padre, muerto alevosamente el día primero de la luna de Xaguál de 755 (1) á manos de un loco, según se aseguraba, en la Mezquita misma que en la Alhambra había años antes edificado lleno de piedad el príncipe Mohámmad III.

(1) 19 de Octubre de 1354.

La sangrienta batalla del Salado, en que fueron totalmente deshechos los africanos Beni-Merines y los granadinos, había á tal punto postrado el poderío del Islám en Al-Andálus que, incapaz desde aquella fecha memorable de 741 (1) para resistir las huestes vencedoras y cada vez más osadas del cristiano, las veía con dolor en su impotencia avanzar decididamente, y apoderarse sin grave esfuerzo unas en pos de otras de Al-calaât de Ben-Zaid, Priego y Benamegí, llegando amenazadoras hasta las Algeciras, las cuales, bien á despecho de Yusuf I, caían asimismo en manos del monarca de Castilla, como habría caído también el propio *Chebel-Tháriq*, aquel monte revuelto y poderoso que se adelanta hacia el Africa en las aguas del estrecho, y donde se conserva con el nombre la memoria del primer conquistador de Al-Andálus, si *As-Sariel*, el ángel de la muerte, enviado sin duda por Alláh, no hubiese á tiempo separado el 16 de Moharrám de 751 (2) el alma y el cuerpo del triunfador Alfonso, llevando su espíritu á las regiones profundas del infierno!

Ocho años eran transcurridos sin que los bravos guerreros granadíes, terribles en la lucha, arrojados en el combate, valientes en la pelea, midiesen formalmente sus bien templadas armas damasquinas y sus largas y aceradas lanzas con los cristianos de Castilla; ocho años de tranquilidad y de sosiego, sólo momentáneamente alterados en los puntos fronterizos con livianas expediciones y correrías sin consecuencias; ocho años durante los cuales procuraba restañar Granada las antiguas heridas, pero que habían dado causa y origen á que, despiertas á sobrehora bastardas ambiciones, bajo aquella tranquila superficie se agitase de nuevo amenazadora y terrible la discordia, y ardiese devorador el incendio que debía consumir al postre y para siempre el imperio de los Al-Ahmares.

Como fruto sazonado de aquella especie de primavera de que parecía disfrutar Granada, las artes y las ciencias, las letras y la industria florecieron con mayor vitalidad y fausto, cual si con tamaño y deslumbrador renacimiento hubiesen vuelto para el Islám, ya abatido, los dias de prosperidad y de

(1) 20 de Octubre de 1340.

(2) 26 de Marzo de 1350.



J. G. L.
1870

fortuna, logrados con la ayuda de Alláh por el excelso Abd-er-Rahmán *An-Nássir* en la llorada Córdoba de los Califas! Entonces fué, cuando poco á poco, sobre la enhiesta cima de la *colina roja*; vióse como á impulso de los genios, tomar forma real y palpable al maravilloso alcázar de la Alhambra soñadora, cuyos muros tapizan las sutiles creaciones de las hadas, y cuyos techos espléndidos cuajaron los genios, cristalizando en ellos por prodigio la obra delicada de diestros alârifés; entonces fué cuando todo parecía prometer ventura dilatada y duradera; cuando todo sonreía alegre y regocijado, pero cuando era menos firme y perdía en solidez el Islám, porque estaba desde el cielo decretada su suerte!

Refieren las historias, pero Alláh es sólo quien lo sabe, que el Amir de los musulimes, Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, siguiendo el ejemplo de su padre, había contraído la costumbre de recorrer acompañado de su *kátib* ó secretario y del *arraéz* ó jefe de sus guardias, las calles de la ciudad todas las noches, para convencerse por sí propio de que eran respetadas las órdenes de la policía en su corte; y cuentan que después de haber largo tiempo permanecido en oración delante de la tumba de Abú-l-Hachich en la *ráudha* ó cementerio de la Alhambra, donde dormían bajo la protección de Alláh el sueño eterno sus predecesores los Sultanes Nasseríes,—aquella noche, aniversario precisamente de la muerte de su padre, bajando desde la esbelta *Bib-al-Godór* por el foso hasta la ciudad, había dado el Amir comienzo á su ronda nocturna, animado de vagas y secretas esperanzas, y sin encontrar durante ella, cosa que su atención llamara ni que de su intervención necesitase.

Reinaba el orden por todas partes en la población, y los pocos transeuntes que á tales horas por ella circulaban, eran ostensiblemente gentes honradas: algún enamorado al pie de misteriosa celosía, en calle solitaria; algún devoto, que caminaba en dirección de la mezquita del barrio para prepararse á la *saláh* de *al-âtema*; algún físico, llamado á toda prisa para auxiliar un enfermo; algunos vagabundos echados en los recodos frecuentes de las revueltas calles sobre el duro suelo, ó ebrios y vacilantes, buscando al salir del *docán* su morada... De vez en cuando, en el interior de alguna casa, el rasguear alegre de *quitaras*, el bullicioso rumor de las so-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



cándose como culebras hasta el cerro populoso y desigual del Albaicín,—hirió sus oídos, confuso y vago, el rumor repentino de una disputa, y sobresaliendo entre él, agudo y penetrante, un grito, un solo grito que, en medio del silencio de la noche, resonó fatídico, helando la sangre en las venas del Príncipe, y obligándole á detenerse un momento como paralizado.

Sin que se hubieran puesto de acuerdo, y vibrando aún en el espacio aquel grito desgarrador,—desenvainando ambos al propio tiempo las espadas, los acompañantes del joven Sultán habíanse ya lanzado en las sombras por el desierto callejón torcido; y Mohámmad, recobrado y animoso, imitaba su ejemplo sin vacilación, incorporándose con ellos á los pocos pasos... Pero como si todo hubiera sido una quimera, turbado un solo instante, había vuelto á recobrar sus dominios glacial el silencio que reinaba; y careciendo de guía, no descubriendo en parte alguna indicio que despertara sus sospechas, disponíanse ya de orden del Amir á llamar en las primeras casas, cuando oyeron clara y distintamente el girar de una llave en la cerradura, el abrir rápido de una puerta, y á poco, sobre la calle el resonar de unos pasos precipitados en la misma dirección que ellos llevaban.

Impulsados por el propio sentimiento, y animados por el Príncipe, el *kátib* y el arraéz ó capitán de sus guardias, guiados por el ruido de aquellos pasos que resonaban siempre delante, apoderábanse al cabo del personaje que los daba, y aunque no sin protestas, lograban hacerle retroceder, conduciéndole á la presencia de Mohámmad.

—¿Quién eres?—preguntó éste al desconocido.—¿Qué causa, dime por Alláh, te obliga á caminar á estas horas y con tal precipitación, que no parece sino que huyes de ti mismo?

—¿Quién eres tú—replicó aquél altivamente—para dirigirme tal pregunta y detenerme á semejantes horas y por tal medio, que no parece sino que pretendes apoderarte de mi bolsa?

—Calla la torpe lengua, quien quiera que tú seas, ó sabré yo arrancártela por mis propias manos!...—exclamó el Príncipe procurando contener la cólera.—Calla la lengua—repuso—Y guía, miserable, á la casa de donde acabas de salir huyendo!

—¿Qué tienes tú que hacer en ella? Por mi cabeza, que mandas como si fueses el mismo Sultán nuestro señor ¡Alláh le guarde! y cual si yo fuera tu esclavo!—contestó burlonamente el desconocido.

—¡Basta!—gritó el Amir, no acostumbrado á tal lenguaje; y deseando terminar pronto, sacó de entre sus ropas esférica linterna sorda.—Mira!—le dijo aproximándola á su rostro sobre el cual derramaron viva claridad los hilos de luz que se escapaban por los agujerillos de la linterna.—¿Me conoces ahora?

—¡Que Alláh, oh señor y dueño mío, te bendiga y prolongue tus días en la tierra!—exclamó el detenido con terror manifiesto, cayendo de rodillas demudado á las plantas del joven.

—Guía pues!—repitió éste volviendo á ocultar la luz.—Pero ten entendido—añadió mientras el secretario y el capitán de guardias que habían ya desarmado á aquel hombre, volvían á sujetarle por ambos brazos,—que si lanzas un solo grito, ó tratas de engañarnos, ó pretendes huir, te haré dar muerte aquí mismo!

—¡Perdón, señor!—suplicó el miserable, á quien obligaron á callar sus dos guardianes, poniéndole en movimiento.

No lejos del sitio en que se encontraban, detúvose tembloroso y vacilante, á tiempo que abriéndose la puerta de una casa inmediata, salía tomando sus precauciones otro bulto; al distinguirle el detenido, pugnó lanzando un grito por desasirse sin lograrlo, mientras el embozado desaparecía rápido como una sombra entre las de la noche, antes de que Mohámmad intentase siquiera perseguirle.

—¡Que Alláh te maldiga!—exclamó el Sultán encarándose con el hombre que sujetaban los suyos.—Has ahuyentado á tu cómplice, olvidándote de mis mandatos! Mi justicia te juzgará mañana; pero has descubierto á pesar tuyo el lugar donde ambos habéis cometido vuestro crimen!

Y sin aguardar respuesta, dirigióse á la mezquina puerta del edificio de donde había salido huyendo el segundo desconocido; golpeóla con el pomo de su espada, y gritó al propio tiempo:

—¡Abrid á la justicia!

Su voz resonó lúgubrementemente en el silencio de la noche;

pero sólo dió á ella respuesta el eco sordo de los golpes que seguía dando sobre el portón, sin que nadie pareciera oírlos.

— ¡Sujetad sólidamente á ese hombre!— dijo al fin con acento imperativo y breve; y mientras, ejecutada su orden, quedaba el joven, con la espada desnuda al lado del desconocido, el arraéz hacía diestramente saltar la cerradura del portón, abriéndola de golpe el secretario.

Por él, franqueado el paso, precipitábanse uno y otro, seguidos del Sultán y del hombre á quien habían detenido, cuya ostensible resistencia vencía el Príncipe con la punta de la espada, encontrándose en la enarenada calle de un jardín ó de un huerto, cuya disposición y cuyas dimensiones no permitían reconocer las sombras. Siguiendo, no obstante, el muro con que á la derecha tropezaron, no tardaron en advertir una puerta, que sin dificultad abrieron, por hallarla entornada solamente, penetrando en una habitación, donde no sin inquietud se vieron forzados á detenerse.

Descubrió uno de los servidores de Mohámmad la linterna de que iba provisto, y entonces se ofreció á los ojos de todos singular espectáculo, que les llenó de espanto y de zozobra.

Sobre el yesoso desigual pavimento, mal cubierto por las ropas desordenadas, distinguieron el bulto de una mujer, que yacía inmóvil. La tenue claridad que se filtraba sutil á través de las perforaciones de la esférica linterna, resbalaba sombría y vacilante sobre él, proyectando agudas rígidas sombras.

Tomó el Sultán la luz, y confiando á sus dos oficiales el detenido, que permanecía silencioso, se adelantó hacia el cuerpo de aquella mujer. Sus vestidos eran ricos; tenía el velo destrozado, aún sujeto á la elegante y descompuesta toquilla, de la cual se escapaban ensortijados y negros mechones de cabello, y en el semblante, no del todo descubierto, la angustia y el terror aparecían profundamente retratados.

Inclinado hacia ella, derramó Abd-ul-Láh los rayos de la linterna sobre el rostro de la infeliz, que parecía víctima de un crimen, y retrocedió vivamente, dejando escapar agudo grito, mientras pálido y convulso, sentía helarse la sangre de sus venas.

— ¡Oh!... ¡No es posible, no!—exclamó al cabo, pasando

su mano helada por la frente.—Alláh no puede consentir semejante burla!... ¡Sería horrible!

Procurando vencer, aunque sin lograrlo, la visible agitación que le poseía, y ahuyentar de su espíritu la punzante sospecha que le embargaba, tornó invocando el santo nombre de Alláh á reconocer aquella desventurada: tenía una sola herida en la frente, de la cual brotaba un hilo de sangre espesa, y parecía cadáver! El Príncipe reparó arrodillado y con mano trémula el desorden de los vestidos; pulsóla después sin pronunciar palabra, y posó luego la diestra sobre el corazón de aquella mujer, diciendo al cabo de algunos instantes de verdadera angustia:

—¡Vive!... ¡Alabado sea Alláh, que ha consentido que no lleguemos tarde!

Y mientras uno de sus oficia'es volvía del huertecillo trayendo un acetre de latón lleno de agua fría, el Amir, cada vez más confuso, desgarraba en tiras el blanco lienzo de su pañuelo, sosteniendo en su interior tremendo combate. Á la primera ojeada había creído, en efecto, reconocer en el semblante de lá persona tendida sobre el pavimento el de aquella hermosa criatura que, pocas horas antes, invocando su protección en el *Serrallo*, despertaba en el corazón del joven Príncipe nuevos y desconocidos sentimientos, y cuya imagen hechicera habían grabado profundamente los buenos genios en su memoria...

Lo singular é inusitado de aquel encuentro; el lugar tan extraño en que se verificaba; las circunstancias misteriosas de que se mostraba rodeado, y la sangre que manchaba el rostro de aquella mujer, desfigurándole, todo esto, que atropelladamente se ofrecía á la clara inteligencia de Abd-ul-Láh, daba ocasión á que la duda se apoderase á ratos de su espíritu; pero lavada la herida, y restañada la sangre con las compresas hechas del fino lienzo y que empapadas en el agua fría uno de los servidores presentaba al Príncipe, concluyó éste por reconocer, poseído de mortal angustia, en el desfigurado de la mujer herida el rostro angelical de Aixa, no acertando á comprender la realidad que contemplaban sus ojos asombrados...

—¡Aixa! —exclamó al fin, trémulo y conmovido.— ¡Era así como debía encontrarte!... ¿Quién ha osado poner sus

manos en ti, cuando yo había puesto mi corazón en las tuyas?...

Después, encarándose con el detenido, añadió con rencoroso acento, preñado de amargura:

—¿La conoces?... ¿La conoces?...—repitió sujetando con los restos del destrozado *al-haryme* las compresas, al propio tiempo que el *kátib* humedecía las sienes y los labios de la pobre niña, herida y sin conocimiento.

Pero el detenido, sin dar respuesta alguna á las preguntas del Príncipe, encerróse en calculado mutismo, cual si fuera ajeno completamente á cuanto allí ocurría.

—Tu silencio te vende—continuó el Sultán;—pero yo te juro que sabrá hacer el *mexuar* que despegues tus labios...

Mientras tanto, el arraéz, después de recorrer y hallar la casa totalmente abandonada, regresaba en el momento preciso en que la joven había abierto los ojos, para volverlos á cerrar al instante.

Traía consigo un candilillo de latón de dos mecheros, ya encendidos, el cual colocaba sobre una mesa de pequeña altura, que allí junto á la puerta de entrada se veía, quedando así iluminado el aposento.

Lúgubre era el silencio que guardaban los circunstantes: el Príncipe, inclinado siempre sobre la joven, contemplábala con doloroso afán lleno de angustia, y tratando de sorprender en ella algún movimiento; el *kátib* seguía arrodillado humedeciendo las sienes de la muchacha, y el arraéz con los brazos cruzados sobre el pecho, miraba impasible, como el detenido, semejante cuadro.

Al fin, lanzó la joven profundo y prolongado suspiro: tornó de nuevo á abrir los ojos, fijándolos con extravío en el Sultán, y movió los brazos, caídos antes á lo largo del cuerpo.

—¿Dónde estoy?—preguntó con voz debilitada, tratando á la vez de incorporarse; pero no pudo conseguirlo, y llevando ambas manos á la frente, retirólas casi al propio tiempo al sentir el frío de las compresas.—¿Qué ha pasado por mí?—prosiguió contemplando con marcadas señales de extrañeza á cuantos la rodeaban.

—Sosiegue Alláh tu espíritu—dijo el Príncipe;—nada tienes ya que temer de nadie en adelante.

—¡Ah!...—exclamó Aixa, como si las palabras del Sultán,

á quien no había reconocido, le hubiesen devuelto de pronto la memoria.—Sí... Ya recuerdo!... Creí que para siempre dejarían de contemplar mis ojos la hermosa luz del sol, y de pronunciar mis labios el santo nombre del Creador de los cielos y de la tierra!... ¡Ensalzado sea!...

Habíase Abd-ul-Láh incorporado, presa de viva agitación,



y acercándose al detenido, empujóle rudamente haciéndole entrar en el radio de luz que el candil proyectaba, y presentándole de improviso ante Aixa.

Detuvo ésta en aquel nuevo personaje la indecisa mirada, y al reconocerle, exhaló horrible grito y cayó de nuevo desvanecida, diciendo con horror:

—¡Túl... ¡Otra vez tú!... ¡Que Alláh me valga!

De un salto el joven Amir se había lanzado sobre el desconocido al escuchar el grito de Aixa, y asiéndole colérico por los brazos, oprimíale sin piedad, mientras dejaba escapar una á una por entre sus apretados dientes amenazadoras palabras.

—¡Miserable!.. ¡No negarás ahora tu crimen!..—exclamó. —De nada te sirve la obstinación de tu silencio, y por Aquel que ni engendró ni fué engendrado te juro que habrás de él de arrepentirte en brevel...

Y haciendo seña al arraéz para que llevase fuera de allí al detenido, volvióse hacia la niña todo trémulo, arrodillándose á su lado, y humedeciendo sus sienes con el agua fría del acetre.

—¡Perdón, oh tú el más piadoso de los descendientes de Jazréchl... ¡Perdón!—imploró aquel hombre, lleno de espanto y dejándose caer á las plantas del Príncipe...

Pero éste, al volver la cabeza, fijó en el miserable tal mirada, que le hizo enmudecer, mientras el arraéz le obligaba á levantarse y á abandonar la estancia.

No largo tiempo después, recobraba la joven el conocimiento; y al contemplar con ojos aún extraviados y temerosos al Sultán y al *katib*, quien permanecía también de rodillas, una sonrisa apareció en sus labios descoloridos, y sin manifestar extrañeza por la presencia del primero, exclamó con acento cariñoso:

—¿Tú, señor y dueño mío?... ¿Eres tú? .. ¡Bendita sea la bondad del Eterno!...

—Sí, bendita sea—contestó Mohámmad;—bendita una y mil veces, pues por ella he logrado salvarte de una muerte segura, cuya idea funesta me estremecel... Bendita, porque los criminales recibirán bien pronto horrible castigo!... Pero habla, habla, que yo escuche tu voz, más armoniosa para mí que el gorjeo de los pintados colorines en el espeso bosque de la Alhambra; más dulce que la miel que recogen en los panales de la vega los labradores... Dime, hermosa niña, ¿por qué extraño cúmulo de sucesos, para mí desconocidos, te encuentro en este paraje, tan lejos de tu morada, y en esta triste disposición, cuando en balde he rondado los tapiales de tu casa la mayor parte de la noche?...

Lanzó Aixa leve suspiro al escuchar las apasionadas frases del Sultán, y logrando incorporarse con el auxilio de éste y del *katib*, tomó asiento sobre un banco de rústica madera que con tal objeto el secretario del Amir había tomado del huertecillo, á donde se retiró después discretamente.

—¡Oh! No evoques, señor, en estos momentos, que son sin



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

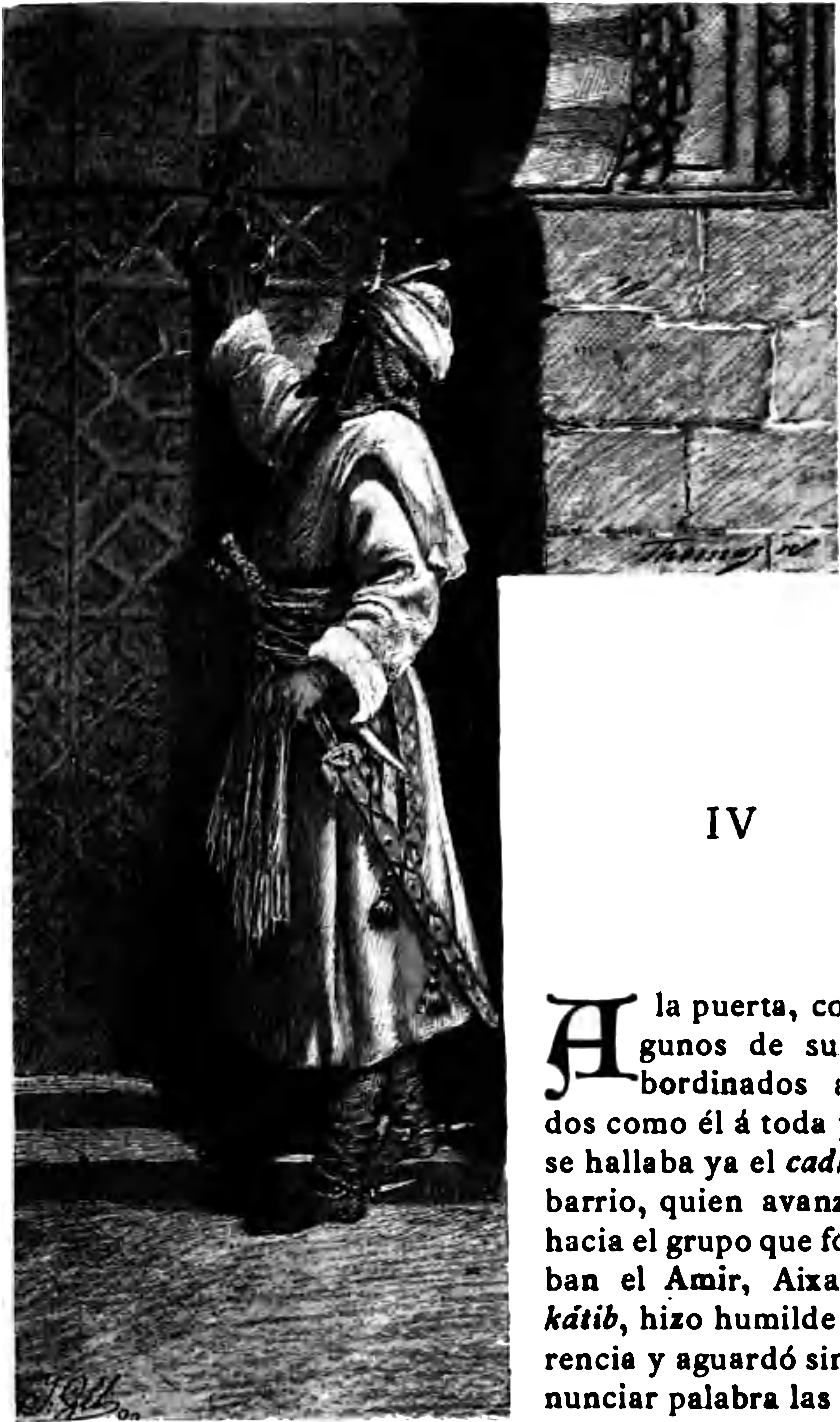
¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir



IV

A la puerta, con algunos de sus subordinados avisados como él á toda prisa, se hallaba ya el *cadhí* del barrio, quien avanzando hacia el grupo que formaban el Amir, Aixa y el *kátib*, hizo humilde reverencia y aguardó sin pronunciar palabra las órdenes del Príncipe.

—Nada necesito—dijo Abd-ul-Láh, á quien la presencia del *cadhí* molestaba.—Puedes retirarte.

Inclinóse el magistrado en señal de obediencia, y bien pronto él y sus servidores desaparecieron en las sombras. Entonces, caminando delante á la descubierta el arraéz y á

la zaga el *kátib*, ambos prevenidos y dispuestos,—el joven Sultán llevando del brazo la dulce carga de aquella niña á quien adoraba ya, marchó lentamente, orgulloso y feliz de sentir resbalar sobre su frente el tibio aliento de la hermosa, cuyas mejillas se habían coloreado al beso de las auras nocturnas, y á cuyo rostro servía de velo el impenetrable de la noche.

Así, no sin dificultad, aunque sin contratiempo alguno por fortuna, embargados uno y otro joven por el dulce sentimiento á cuyos halagos se abandonaban silenciosos,—llegaron por fin delante de las tapias del jardín de aquella casa suntuosa que en el barrio de la *Rambla* había con insistencia singular merecido varias veces que el Príncipe se detuviese, con extrañeza de sus acompañantes, durante la ronda que había terminado de aquella inesperada suerte.

Llamó el arraéz al portón por orden del Sultán, y al cabo de algunos instantes apareció envuelto en los pliegues de su *caftán* blanco un hombre soñoliento, de quien se dió aquél á conocer, y por quien fué el cancel franqueado.

Al distinguir á Aixa, hizo ante ella ceremoniosa reverencia, y á la luz vacilante del candilillo de barro blanco que entre sus manos traía, guió servicial á los recién venidos hasta el cuerpo principal del edificio que se alzaba majestuosa y gallardamente en el centro del hermoso jardín, por cuyas enarenadas calles de sicomoros y de álamos caminaban.

Cruzaron un patio, plantado también de árboles, y cuyo ambiente tibio y perfumado respiró con fuerza el Príncipe, y dejando en él á los dos oficiales,—guiados siempre por el hombre del *caftán*, penetraron el Amir y Aixa en una *tarbeá* ó aposento, delicadamente labrado, cercado de sofás con blandas almartabas de rica sedería bordada, é iluminado por los templados rayos de un orbe de cristal, que pendía de la techumbre de alerce.

Tomaron asiento ambos jóvenes en uno de los sofás, y mientras por indicación de Abd-ul-Láh, el hombre, siempre silencioso, preparaba sobre una mesilla un tabaqué de frutas secas y de vino de Málaga, desapareciendo después discretamente tras del tapiz que cubría una de las puertas interiores de la estancia,—el Príncipe, con voz dulce y cariñosa, exclamaba estrechando entre las suyas una de las manos de la niña:

—¿Te hallas mejor, bien mío?. . ¿Han desaparecido ya de tu pecho todo temor y sobresalto?

—¡Oh, Amir de los musulmes!—repuso ella con acento lánguido y respondiendo á la presión amorosa del Príncipe.—Si al lado tuyo no hubiese recobrado la tranquilidad, cuando te debo la vida, sería sobrado injusta... Sí, estoy mejor, gracias á la misericordia de Alláh y á ti... Pero siento en la cabeza extraños ruidos, y de mí se apodera vaga somnolencia invencible que apenas puedo resistir...

Vertió Abd-ul-Láh en una de las copas preparadas sobre la mesilla parte del líquido contenido en la botella, y llevándolo antes á sus labios hizo que Aixa apurase el resto del vino contenido; ofrecióle después algunas frutas secas, y reanimada por tal medio, la muchacha, dando voluntariamente y con mayor seguridad respuesta á la pregunta que el Príncipe le había dirigido en la estancia donde fué hallada herida sobre el pavimento, exclamó:

—¿Quieres ¡oh señor y dueño mío amado! conocer las causas por las cuales esta noche cuando tú me buscabas por los contornos de esta casa, que la bondad de los que me protejen ha puesto á mi disposición y á mi servicio, era víctima yo del atentado, que bendigo, pues por él he merecido, miserable de mí, la dicha de verte á mi lado y de oír de tus labios que te interesa la suerte de esta pobre criatura abandonada...?

—Así es en efecto—repuso Mohámmad vivamente impresionado y pendiente de las palabras de la niña.

—Pues bien: escucha, señor, y que tu misericordia temple los rigores de tu justicia, como el agua temple el acero...—dijo Aixa recogándose un momento para interrogar su memoria. Después, con voz sentida y temblorosa, prosiguió:—Antes de dar comienzo á la confesión que he de hacerte, antes de que te dé noticia de los acontecimientos ocurridos, es preciso ¡oh soberano Príncipe de los creyentes! que por el santo nombre de Alláh, por las sagradas verdades contenidas en el *Libro Santo*, y por el sepulcro del mejor de los Profetas ¡la bendición de Alláh sea sobre él y los suyos! te dignes prometerme bajo juramento que no habrás de pensar mal de mí, ni habrás tampoco de dejar que tu cólera terrible caiga sobre aquellos que me protejen, y á quienes debo la ventura de haberte conocido...



«Cuando brilló el lucero refulgente de la noche, cuando en los aires vibraba el pregón de las mezquitas para el *saláh* de *al-magrib*, el caballero, que hasta entonces había permanecido á ratos silencioso, levantóse cual movido de un resorte y avanzando hacia mí, exclamó:

—»Ya es, Aixa, hora de que interrogues á los astros mi suerte, cual me tienes prometido, y como con impaciencia aguardo... Y pues la luz del sol que te impedía descorrer el velo del porvenir, ha desaparecido rodando en el caos insondable de la noche, aquí tienes mi mano... Dime pues los secretos que oculta lo futuro para mí, ya que plugo á Alláh concederte esta virtud maravillosa y á tan pocos otorgada.

»Obedecí, según era mi deber, no sin antes haberle manifestado que no me hiciese responsable de lo que los astros revelaran y no fuere de su agrado; y con su mano abierta y extendida entre las mías, consulté cuidadosamente las rayas que cruzaban la palma, y levanté al cielo los ojos.

»Como por la mañana, descubrí, oh Príncipe mío, en el caballero á un descendiente de Saâd-ben-Obada, el compañero del Profeta, á quien Alláh bendiga; como entonces, ví surcar entre las miriadas de estrellas que parpadeaban en el espacio, la estrella de su vida, y la ví crecer, engrandecerse, brillar con fulgor inusitado, al lado de otra estrella más hermosa que ella, y que permanecía tranquila despidiendo con fuerza é intensidad propias y activas, resplandores clarísimos que derramaban poderosa luz en torno suyo... Ví la estrella del caballero adquirir poco á poco la intensidad de la otra, pareciendo por un momento próxima á oscurecerla y eclipsarla... Pero Alláh no puede patrocinar lo injusto, y Alláh tenía dispuesto que al acercarse una á otra estrella, en aquel combate singular que parecía entablado en las regiones siderales y que sólo yo podía sorprender entre las sombras misteriosas de la noche, la estrella del caballero debía sucumbir, y sucumbió de repente desapareciendo como arrancada del manto azul sobre el cual se había ostentado refulgente y espléndida por un momento...

»Pendiente parecía de mis palabras el caballero, cuyo pulso sentí bajo la presión de mi mano agitarse con descompasado movimiento. La suya abrasaba y se contraía nerviosamente... La señora había permanecido silenciosa hasta aquel instante,

sin atreverse á intervenir, y procurando inútilmente distinguir entre las estrellas del firmamento, aquellas dos que habían seguido mis ojos.

»Así que hube terminado,—prosiguió Aixa tras breve momento de descanso, durante el cual Mohámmad pareció profundamente preocupado,—el caballero, lanzando hondo suspiro, retiró su mano bruscamente, y encarándose conmigo, exclamó:

—»¿Sabes tú, por ventura, el nombre de aquel á quien corresponde esa estrella, ante la cual la mía ha desaparecido eclipsada para siempre?

—»Oh señor,—le repliqué llena de súbito temor que no reconocía causa ostensible —Al descorrer por tu voluntad el velo del porvenir, he leído también en tu mano tus más íntimos secretos...

—»El nombre, el nombre de esa criatura—repuso con acento duro é imperativo.

—»¿Quieres saberlo?...

—»Sí—dijo la dama interviniendo.—Dínos el nombre, y podremos en tal caso creer tus supercherías...

—»Pues bien, ya que lo deseáis, ya que sospecháis de la verdad de mis palabras y de la fuerza de mis intenciones, sabed que esa estrella ante la cual ha desaparecido rota y deshecha la que preside los destinos del príncipe»...

—¿Del príncipe?.. —interrumpió de pronto el Sultán como si despertase de un sueño.—¿Has dicho del príncipe?...—añadió.

—Sí, del príncipe; del príncipe tu primo Abú-Abd-il-Láh Mohámmad tu homónimo, á quien llaman *Abú-Saíd* por su lacha ó sobrenombre.

—Continúa—repuso el Amir secamente.

—«No fué menor, así Alláh me salve, que la tuya, la sorpresa producida en mis protectores por mis palabras—prosiguió la niña,—creciendo aún más cuando les hube claramente demostrado que aquella otra estrella resplandeciente, y que seguía fulgurando tranquila en el firmamento, era ¡oh señor y dueño mío! tu estrella propia, la estrella de tu destino, la estrella del Sultán de Granada... ¡Alláh te esfuerce y te proteja!

»Con muestras de profundísimo disgusto, trabajosamente

contenidas, apartáronse de mí la sultana Seti-Mariém, pues ésta era la dama, y tu primo el príncipe, sin dirigirme frase alguna; y cuando avanzada la noche no les ví regresar, y me sentí sola, completamente sola,—poseída de invencible inquietud llamé, apareciendo uno de aquellos dos servidores que me habían acompañado por la mañana á tu alcázar. Á mis preguntas, contestó siempre con marcadas muestras de respeto, diciéndome que la sultana había dejado dispuesto que aquella misma noche, á la hora del *saláh* de *al-âtema*, debía repetir la experiencia en otro lugar distinto, donde ella quería también consultarme, y que era llegada ya la ocasión de que nos pusiéramos en camino.

»No tenía motivos para dudar de la sinceridad de aquel hombre, y levantándome de mi asiento, me dispuse por mi parte á complacer á la sultana, á quien tanto debía; y guiada por él y por su compañero, abandonamos esta casa y cruzamos las solitarias calles de la ciudad, conduciéndome á aquella otra casa, cuyo solo recuerdo me extremece...

»Allí—continuó Aixa tras breve momento de silencio que no se atrevió á interrumpir el Sultán, interesado en el relato,—allí, cuando dentro ya de la miserable estancia donde me has encontrado, advertí no sin espanto que cerraba uno de los servidores con llave la puerta, concebí grandes temores; pero no era ya tiempo de retroceder, y dirigiéndome al otro, que había encendido un candil colocándolo sobre la mesa, exclamé:

—»Por Alláh que me extrañan todas estas precauciones, y que no sé, cuando venga la sultana, nuestra señora, por dónde habrá de entrar si cerráis esa puerta...

»Echóse brutalmente á reír aquel hombre; y como ya su compañero había vuelto, ambos se encararon conmigo, diciendo uno de ellos que era inútil que esperase á la sultana y que era inútil todo fingimiento: que no habían recibido orden de nadie y que me habían llevado allí para consultarme ellos...

»No tuve necesidad de escuchar más para comprender desde luego por sus ademanes cuáles eran sus intenciones; y resuelta á todo, luché con ellos desesperada, hasta que vencida caí al suelo sin sentido...

»Después, cuando gracias á tus cuidados, oh dueño mío,



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



retrocedió hasta ella, y con acento melancólico, exclamó:

—Que Alláh te perdone el daño que me has hecho!... Había creído que por fin, en medio de las ambiciones que me cercan y de la atmósfera viciada que respiro, era para mí llegada la hora de encontrar un alma pura y un corazón sin mancha que comprendiesen mi corazón y apreciaran los sentimientos de mi alma... Había creído que eras tú, á quien Alláh dotó de singulares perfecciones, que Thagút emplea sin duda para perderme, la encargada de dar paz á mi espíritu y borrar de él estas sombras tenaces que sin cesar le envuelven, apartando al par de mis labios la amarga bebida que como el fruto de Zacún y de Guislín, me dan á beber continuamente... Pero todo era un sueño! Todo mentira!... Que Alláh te perdone como yo te perdono, y perdono también á aquellos que de ti se valen en contra mía...

—Oh! No! No te irás así, señor y dueño mío—balbuceó entre sollozos Aixa, arrastrándose hasta donde el Príncipe había avanzado.—No te irás así... Porque aun, á trueque de desgarrar mi alma, quiero que tu corazón al separarte de mi lado vaya tranquilo, y que en tu mente no se agiten pensamientos engañosos como los halagos de *Xaythán* el apedreado! Quiero que sepas que mi corazón es tuyo desde el momento feliz para mí en que te vieron mis ojos y oyeron tu voz mis oídos... Quiero que sepas que ante ti, no hay nada para mí en el mundo, y que estoy dispuesta á ejecutar cuanto ordenares y fuere voluntad tuya... ¿Son, dices, enemigos tuyos, señor, aquellos que hoy me han dado abrigo y se disponen á protegerme?... Pues también son mis enemigos, y desde este momento los aborrezco... No quiero nada suyo—añadió arrancando de su garganta los collares y de sus brazos las ajorcas de oro que la adornaban, dejando sólo el que el Sultán le había regalado.—El aire que aquí se respira me envenena... Tuya soy ¡oh Mohámmad! y á ti me entrego para que dispongas de mi suerte... Llévame donde te vea, aunque no me dirijas la palabra... Que yo oiga tu voz, que respire el mismo ambiente que tú respiras... Seré tu esclava, la esclava sumisa de las mujeres de tu *harém*, y si te place, dame la muerte y te bendeciré y bendeciré tu nombre al entregar mi alma al Señor del Trono excelso que la ha creado!

Era tal la verdad que, como esculpida, resaltaba en el

acento de la joven, que no pudo menos el Sultán de sentir sobre su espíritu el efecto; y conmovido realmente por las palabras de Aixa, las cuales caían cual benéfico rocío sobre el lacerado corazón del Príncipe, acercóse éste aún más á ella, y levantándola del suelo, llevóla al centro de la estancia, donde era mayor la intensidad de la luz, y fijando sus ojos



en los de la desconsolada niña, dijo al fin con voz temblorosa y emocionada :

— ¡ Oh ! ¡ Te creo ! Sí... Es preciso que te crea !... La mirada de tus ojos es pura, como lo son tus labios... ¡ Que la maldición de Alláh caiga sobre ti si me engañares, y vaya tu alma á las profundidades del *chahaném* si has mentido !... Pero no... Tu alma es inocente y no es capaz de semejante infamia... ¿Cómo habría de amarte yo si fuese de otro modo ? Perdona mi extravío de un momento, y que el beso que imprimen mis labios sobre tu frente, sea prenda de reconciliación y de cariño eternos !...

Enjugó Aixa sus lágrimas, ya sonriendo, y estrechando en-

tre sus desnudos brazos el cuello del Sultán, con un movimiento tan rápido como espontáneo, buscó con los suyos los labios del Príncipe, y dejó en ellos un beso que abrasaba...

Después Mohámmad la condujo á uno de los sofás, y bajando la voz, habló de esta manera, si no mienten los narradores de historias:

—Aixa, nada en el mundo podrá hacerme olvidar las emociones que han combatido esta noche memorable mi espíritu... Nada tampoco que me haga olvidarte, ni que haga palidecer la llama que arde por ti en mi pecho... Mi corazón es tuyo como el tuyo es mío; y aunque sé que bastaría una indicación por mi parte para que me siguieras á mi alcázar, donde el *Cadhí-al-codhá* extendería el acta de nuestro matrimonio, pues no de otra suerte te quiero; aunque sé que de todas maneras, pues lo veo en tus ojos, serías mía, haciéndome en tus brazos el más feliz de los seres creados por la benevolencia de Alláh ¡ensalzado sea!... espero que por el amor mismo que me profesas, habrás de comprender la necesidad de que contra mi voluntad y mi deseo, permanezcas en esta casa y continúes en ella prestándote en apariencia á las maquinaciones de la sultana Seti-Mariem y del príncipe Abú-Saíd mi primo, á quienes ya conoces, para poder salvar mi vida de futuras contingencias. Tú has leído en el libro del porvenir y has visto en él manifiestas cuáles son sus intenciones y lo que pretenden... Tú eres, pues, la única que puede por voluntad de Alláh deshacer sus intrigas... Mira si será grande mi cariño, y si tendré en él confianza, cuando te entrego mi vida, pues sólo mi vida es lo que quieren aquellos á quienes llamas tus protectores, y cuya conducta para contigo tiene sin duda alguna un fin que por el presente no se nos alcanza...

—Yo haré cuanto tú quieras, y cuanto ordenares... Pero por Alláh te suplico no dejes que mis tristes ojos hallen sólo tu imagen en mi memoria... Si no te viera, si no te sintiese á mi lado, acaso me faltase el valor, y moriría...

—No permita Alláh que tal suceda... ¿Piensas por ventura que sería tampoco para mí posible la vida, amándote como te amo, si una sola vez discurriese el sol de oriente á ocaso, sin que te hubiesen visto mis ojos y hubiese llegado hasta mi pecho el bálsamo consolador de tus palabras?... Te engañas...

Vendré todas las noches, y como ahora, mis labios te dirán cuán grande es el amor en que por ti me abraso...

Pronunciadas estas palabras, el Príncipe se puso en pie, y atrayendo sobre su corazón la cabeza de la enamorada niña, tornó á sellar con apasionado beso aquella alianza.

Después, separándose de los brazos de Aixa, cruzó lleno de lisonjeras esperanzas y de felicidad el aposento, y salió al patio donde le aguardaban impasibles sus dos servidores, emprendiendo con ellos el camino de la Alhambra.





EFIEREN las historias, con efecto, que mientras aún colocado por los crecientes triunfos de los nassaríes de Castilla (¡maldígalos Alláh!) en circunstancias bien críticas y especiales para los siervos de Mahoma, atendía solícito el joven Sultán de Granada á la prosperidad y á la ventura de sus vasallos, preparándoles para acontecimientos más felices que los acaecidos du-

rante los reinados de sus predecesores,—como al morir la sultana Botseina, madre de Abd-ul-Láh, hubiese contraído nuevo matrimonio Abu-l-Hachich Yusuf I con Seti-Mariém y

dejado de tal unión dos hijos llamados Ismaïl y Cais,—había aquella procurado por cuantos medios le hubo sugerido su mal deseo, y guiada sólo más que por el amor á sus hijos por la ambición insaciable que la poseía, que el Sultán, postergando al primogénito Abd-ul-Láh, hiciese reconocer públicamente como heredero de la sultanía al príncipe Ismaïl, niño de escasa edad, aun rompiendo con la costumbre y perjudicando los intereses de los musulimes, á semejanza de lo que había ya una vez practicado el Califa de Córdoba Al-Hakém II (¡complázcase Alláh en él!) obligando á los guazires á reconocer como heredero del Califato á su hijo el desventurado Hixém II.

Seducido por los halagos de la sultana, no se hallaba el ánimo del Príncipe Yusuf sino muy inclinado á complacerla, sin sospecha de que lo que Seti-Mariém realmente pretendía, era sin duda que Granada, así como Castilla había estado gobernada por una mujer, durante las minoridades de Fernando IV y de Alfonso XI, lo estuviese también por ella, para disponer á su antojo del reino y precipitarle seguramente en la ruina de que le habían librado los príncipes malagueños al apoderarse de él, dando muerte á Mohámmad III.

Pero Alláh, que vela siempre por sus criaturas, lo había dispuesto de otra suerte, y antes de que Yusuf, cediendo débil á las sugerencias de Seti-Mariém hubiese satisfecho los deseos de ésta, despojando de su herencia al príncipe Abd-ul-Láh, consentía para bien de los musulimes que la mano de un loco privase de la vida al Sultán en la *macsura* de la Mezquita de la Alhambra, cuatro años hacía, desbaratando así los diabólicos planes de la sultana. Es verdad que, si no mienten las historias, y Alláh es el conoedor supremo de todas las cosas, Seti-Mariém, según se aseguraba, no había sido por completo extraña á aquel suceso, el cual se había no obstante anticipado contra su voluntad; pero es lo cierto que, una vez dada sepultura en la *ráudha* de la Alhambra al cadáver del desventurado Yusuf, reunidos los guazires con los jefes del ejército y los principales dignatarios de la Corte, fué solemnemente proclamado el Príncipe Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, reconociéndole todos por señor sin contradicción ni protesta de nadie.

Por aquel acto pues, la sultana veía para siempre burlados

sus deseos; pero empeñada con mayor tenacidad que nunca en el logro de los mismos, y conociendo el carácter ambicioso del príncipe Abú-Saíd, á quien poco antes de su muerte había Yusuf I dado en matrimonio una de sus hijas,—habíase unido á él como se unen para sucederse y auxiliarse la luz y las tinieblas, y juntos, buscaban los medios de desembarazarse del joven Sultán, quien desde el primer momento tenía con lo noble de su conducta conquistada la voluntad de los granadinos.

Conocedor de tales intrigas, aunque repugnando darles crédito al principio, tuvo al postre que apartar de su lado á la viuda de su padre, á sus hermanos, y á su primo Abú-Saíd, cerrando las puertas de su alcázar para siempre á aquellos ambiciosos, rendido ya por la evidencia. Habría podido deshacerse de semejantes enemigos, cual fué práctica entre los Sultanes, privándoles de la vida; pero su alma era incapaz de ello, y contando como contaba con el amor de sus vasallos, dió al desprecio y al olvido las torpes maquinaciones de Seti-Mariém y de su auxiliar, las cuales hasta entonces no habían logrado éxito alguno.

No otra era la situación de los sucesos, cuando Aixa despertaba en el ánimo del joven Príncipe nuevos recelos, y cuando las palabras de la infeliz huérfana poníanle de manifiesto que sus enemigos no habían cejado en la empresa y que vigilaban despiertos, como el buitre carnicero vigila los grandes campamentos, con la esperanza de que llegado el día de la batalla, habrán de proporcionarles espléndido banquete.

Por esa razón Abd-ul-Láh había desconfiado de Aixa; por esa razón, al escuchar sus palabras, había querido huir de ella; pero tranquilizada al fin su alma noble é incapaz de doblez y de impostura por el acento de verdad con que la niña protestaba de toda participación con los enemigos del hombre á quien ya amaba más que á su vida, y calculando al propio tiempo lo mucho que le interesaba conocer las maquinaciones de la sultana y de Abú-Saíd, para poder burlarlas, sin tomar medida alguna rigurosa hasta el último extremo, aun contra sus propios deseos,—resolvióse á separarse de la huérfana, hacia quien sentía desconocida inclinación poderosa, confiándole velase por su vida, y sin precaverse de otro modo.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

era indudable... Pero ¿quién podría evitar cualquier contingencia no prevista, que hiciese en realidad inútil la protección del cielo? ¿Sería ella capaz de detener á aquellos que atentaban contra la existencia del Príncipe? ¿Cuál habría de ser al propio tiempo su suerte?...

Sumida en este linaje de consideraciones, permaneció Aixa largo rato, sin acordarse de que el tiempo transcurría: de la pasada noche, ni aun conservaba el recuerdo... La herida de la frente no había casi dejado huella, y oculta podía estar entre las guedejas de su cabellera, ó entre los pliegues de la toca: hermosos eran los colores de sus mejillas, y en sus ojos se traslucía la satisfacción que le embargaba, semejando en aquel traje, en que lucía todos sus encantos, una de las huríes del paraíso prometido por Alláh á los buenos musulmanes.

Al fin, y escuchando ruido en la puerta de la estancia, hizo un movimiento, y volviendo otra vez al lecho, que había abandonado, dió orden de entrar á sus doncellas, pues ellas eran las que se insinuaban de aquella suerte, abandonándose después indolentemente en sus manos, que en balde pretendían acrecentar los hechizos de la niña.

Entregada de lleno á la lucha tenaz que en su espíritu tenían trabada por un lado el amor que profesaba al Príncipe y la gratitud por otro de que aparecía ostensiblemente deudora á la sultana Seti-Mariém y á Abú-Said, vió no sin zozobra Aixa discurrir dentro de su aposento las horas de aquel día, sin que turbara su reposo nadie; sólo al caer la tarde, con la solemne majestad con que en otoño desciende el sol á ocultarse tras de los lejanos términos del horizonte, mientras ella echada de pechos sobre el alféizar de un ajiméz seguía con la vista el vuelo de las golondrinas que giraban lanzando agudos gritos por el espacio,—abriéndose en silencio una puertecilla perfectamente disimulada entre la yesería del muro, apareció Seti-Mariém envuelta en los anchos pliegues del lujoso izár que la cubría, y avanzando sin hacer ruido hasta donde continuaba embelesada su protegida, la tocó ligeramente en el hombro.

Volvióse entonces estremecida la muchacha al contacto de aquella mano, y al hallarse frente á frente de Seti-Mariém, mortal palidez cubrió su rostro; mas acordándose de la promesa hecha al Sultán, ensayaron sus labios una sonrisa, y con

acento que procuró fuese cariñoso, exclamó levantándose:

—¿Eres tú?... Que Alláh te bendiga, como yo te bendigo, y te colme de ventura cual te deseo!

—Que Él te oiga, y derrame sobre ti sus favores,—replicó



la sultana.—Ciertamente que te habrás impacientado permaneciendo aquí todo el día sola...—repuso.—Pero no siempre es dado á las criaturas el cumplir sus propósitos.

—Así es, señora,—dijo Aixa.—Mas no creas que mi impaciencia haya sido grande, pues en mi soledad me acompañaba tu recuerdo, y además pensaba en mi madre... Mi madre, á quien no he conocido, y en cuya busca vine á Granada!

—Pobre niña — exclamó con tono compasivo la sultana.— Alláh vela por sus criaturas, y Él premiará el amor profundo que guardas hacia la que te dió el sér y te ha abandonado... Tengo la seguridad—añadió con acento y ademanes insinuantes—de que, tarde ó temprano, me será posible devolverte al cariño de tu madre, y por esta parte debes estar tranquila, tanto más cuanto que el Amir de los musulimes (¡prosperéle Alláh!) te ha prometido formalmente su auxilio...

—Es verdad, y en él y en ti confío.

—¡ Oh! Más en él que en mí ¿ no es cierto?... Él es el Príncipe de los creyentes, el soberano de este hermoso reino de Granada, y su voluntad es ley suprema... Tiene á su disposición medios superiores, y un ejército de gentes que sabrán descubrir lo que él quiera, y quién sabe si á estas horas el secreto que tú pretendes con tanta razón saber, habrá ya desaparecido, y en breve, esta noche quizás, podrás echarte en brazos de tu madre como anhelas!

—Que Alláh te oiga—exclamó conmovida Aixa, enjugando las lágrimas que se habían agolpado á sus ojos.

—Sí... Sí me oirá, niña—repuso Seti-Mariém.—Y mientras tanto, aquí, en esta casa podrás libre de todo riesgo esperar ese feliz momento, pues me has interesado y sólo quiero tu bien...

—¡ Oh! ¿ Con qué podré pagar yo tantas bondades?—dijo la huérfana, cayendo en el lazo que tan diestramente le había tendido la sultana, y dejando que la conversación llegase al terreno preparado por ésta.

—Pagarlas! Quién piensa en eso! No permita Alláh que yo deje nunca expuesta á los peligros que la hubieran podido amenazar, á una criatura predilecta suya, á quien ha concedido pródigo los tesoros de su gracia, haciéndola por esto superior á sus semejantes!... No!... No sé además qué voz secreta me lleva hacia ti, cuando apenas te conozco, y te miro ya como hija mía...

—Alláh te premie, señora—acertó á balbucir Aixa, realmente emocionada, y no sabiendo cómo explicarse el lenguaje de aquella mujer.

—Si tú quisieras... Oh! Pero no querrás, no querrás, y á muy poca costa podrías pagar eso que llamas mis beneficios...

—¿ Qué deseas?...—dijo Aixa.—Yo haré, señora, de buen

grado, todo cuanto ordenares, porque en ello tendré verdadera complacencia.

—Si tú quisieras, yo sería para ti la madre que buscas... Te rodearía de ese amor que no has gustado y en pos del cual te afanas... Vivirías á mi lado tranquila y sosegada, y acaso, acaso—añadió con expresión algún tanto maliciosa—lograses por tal medio la realización de alguna esperanza, quizás nacida há poco: desde que te hallas en Granada...

—No te entiendo—expresó la niña, poniéndose ya en guardia.

—¿No me entiendes?... Pues bien: cesa de buscar esa madre quimérica, que quizás ya no exista. Yo la reemplazaré con ventaja y será tuyo mi cariño. Te colmaré de riquezas, y te haré tan grande, tan grande, que los mayores y más altos de Granada tengan á favor el besar la simbria de tu vestidura... ¿Me entiendes?...

Hizo Aixa una señal afirmativa con la cabeza, y la sultana prosiguió:

—Para ello, sólo exijo de ti un poco de afecto, y sumisión absoluta á mi voluntad, que por otra parte no habrá de molestarte mucho...

—Eso, señora—dijo Aixa,—siempre lo tendrás en mí, aun sin renegar de mi madre, ni cesar en las pesquisas que debo comenzar en breve...

—Ya lo sé, hija mía, y no es á eso á lo que aludo... Lo que yo ambiciono para ti, lo que quiero, es que en premio de tus virtudes y como recompensa de tu cariño, vea yo á tus pies enamorado al Sultán de Granada...

—¿Qué dices, señora?—preguntó Aixa comprendiendo al cabo el alcance de la proposición que tan embozadamente le hacía la sultana.

—¿Piensas que ignoro el efecto que en ti ha causado, y el que tú le has producido? ¿Crees que desconozco lo irresistible de tus encantos? Nada se me oculta, hija mía, y leo en tu corazón como en un libro abierto... Con que, quedamos, así Alláh te proteja—añadió,—en que me mirarás de aquí en adelante como si fuera la madre desnaturalizada que buscas, y en que me proporcionarás el placer inmenso de mostrarme aquí, en esta estancia, postrado á tus pies y rendido de amor al Príncipe de los muslimes.

Mal se avenía ciertamente con la lealtad ingenua de la doncella, el papel de cuyo difícil desempeño le había encargado Abd-ul-Láh la anterior noche; por eso, ante la proposición de la sultana, nerviosa sacudida conmovió todo su cuerpo repulsivamente. Sin ser dueño de su persona, olvidada de cuantas recomendaciones el Príncipe le había hecho, y aun de los favores que aparentemente debía á Seti-Mariém, alzóse de su asiento, y exclamó indignada sin poder ya por más tiempo contenerse:

—¡Cómo, sultana!... ¿Pretendes, por ventura, que yo te entregue la sagrada persona del Amir de los fieles, para desembarazarte de él?... ¿Es para esto para lo que tú y el príncipe Abú-Said habéis fingido protegerme?... Por Alláh, que no esperaba de ti semejante cosa!

Mientras Aixa pronunciaba con acento rápido tales y tan inesperadas palabras, habíase operado en el semblante de Seti-Mariém transformación tan grande que causaba espanto. Como si hubiese sentido la mordedura de un áspid, lívida, descompuesta, amenazadora, levantábase de un solo impulso del asiento que ocupaba, y avanzando hacia la niña, que la miraba sobrecogida de miedo, asíóla terrible por un brazo, mientras dejaba como silbidos salir una á una de sus labios las frases, entrecortadas por la cólera.

—¡Miserable! ¿Qué has dicho?—rugió.—El secreto que has descubierto vale tu vida, y con ella pagarás tu audacia!... Si... Es verdad! ¿Á qué ocultarlo cuando ya lo sabes?... Sí, quiero que el que se llama Sultán de Granada, ese engendro aborrecido del infierno, caiga en mis manos, sin que nada ni nadie pueda acudir en auxilio suyo!... Lo quiero, y tú serás quien me le entregue... ¿Has oído?... Tú! Porque esa es mi voluntad!

—¡Tu voluntad!—replicó Aixa.—Muy grande es tu poder, señora, no lo ignoro—añadió con voz solemne,—pero sobre él está el poder del Señor de las criaturas, que me ha dado también á mí, pobre y desvalida muchacha, voluntad para oponerme á la tuya!...

—¡Cuán grande es tu error!—dijo Seti-Mariém procurando contener la cólera que de ella antes se había apoderado, y dando á sus palabras entonación agresiva.—¿No eres tú *zahorí*? ¿No sabes leer en el curso de los astros la suerte de

los demás?... Pues ¿cómo no has leído la tuya?... Por ventura ¿no te han dicho los genios, desventurada, que eres esclava mía, esclava de la sultana Seti-Mariém, y que tengo sobre ti derecho de vida y muerte?...

—¡Esclava! Esclava yo, que no he tenido otro señor y dueño que Alláh, ¡bendito sea!... Yo, que he nacido libre, y libre he sido siempre como la alondra en los aires, como el manantial en las montañas, como el céfiro en los prados!... ¿Piensas por ventura detenerme contra mi voluntad?... ¡Es inútil!

Y así diciendo, Aixa se encaminó rápida como el pensamiento hacia una de las puertas de la estancia, que halló cerrada como las restantes, y que golpeó en vano repetidas veces. Entonces, y mientras la sultana la contemplaba sonriendo irónicamente, volvió al ajiméz donde se encontraba cuando había aquella aparecido de improviso, y pretendió arrojarse por él; pero también aquel camino estaba cerrado, pues al pie del muro distinguió un grupo de esclavos y servidores de la sultana...

—¡Estoy en tu poder!—exclamó al cabo...—En tu poder! Pero nada conseguirás de mí, si no me devuelves la libertad que tan inicuamente tratas de arrebatarme!

—Por Alláh, que ya era hora de que te convencieses!... Estás en mi poder, y será en balde cuanto intentares para librarte... Ya lo has visto... Ni el mismo que se ufana con el título de Sultán en Granada, podrá arrancarte de mis manos...

La alusión que Seti-Mariém acababa de hacer al soberano Príncipe de los musulimes, lejos de exasperar á Aixa, como aquella esperaba, gozándose de antemano, devolvió á la joven la calma que por breve momento había olvidado; pues acudiendo entonces á su memoria las recomendaciones de Abdul-Láh, y reservándose el aprovechar cualquier coyuntura favorable, fingió ceder á su propia debilidad, y recobrando sobre sí el dominio perdido, se mostró abatida y como resignada con la suerte que la ambiciosa madrastra del Amir la reservaba.

—¡En tu poder!—repitió sólo.—Sí, tienes razón—añadió.—¿Qué puedo contra ti, miserable huérfana?... ¿Quién habrá de reclamar en mi nombre, cuando á nadie conozco?... ¡Ten compasión de mí, señora!... Alláh, sobre todos los bienes que

me ha concedido, me dió el de la libertad, como el más precioso é inestimable... Yo, á modo del pajarillo, necesito el espacio para vivir y cantar de rama en rama... ¿Qué te importa mi persona? ¿Qué ganas con tenerme aquí cautiva, tú que tantas esclavas más útiles que yo posees, cuando no sirvo para nada?... Déjame que tienda el vuelo por el espacio... Devuélveme mis andrajos, con los que he sido tan dichosa, y jamás pronunciaré tu nombre sino para bendecirle!

—Basta ya, muchacha!...—replicó la sultana con dureza.—Acude si quieres á los genios que te protejen, ó al imbécil Abd-ul-Láh, en quien sin duda piensas...

—Oh!... Mírame á tus plantas, y sé, sultana, generosa!... Muévate á piedad mi desconsuelo!... Tú no puedes decir eso sino para burlarte de esta pobre niña abandonada!... Dime por Alláh que soy libre como lo he sido siempre!

—Ciertamente que me inspiran lástima tus lamentos—dijo Seti-Mariém con tono despreciativo.—Ignoras sin duda que te he adquirido en muy crecida suma, y que sería necedad deshacerme de ti cuando tañ cara me has costado y tan útiles han de serme tus servicios... Mas quiero, á pesar de todo, ser contigo magnánima, y para que de ello te persuadas, ten por seguro que sólo de ti depende el que recobres tu condición ingenua...

—¿Qué debo hacer para ello?... ¿Necesitas mi vida?...

—No es tanto, por Alláh, lo que habré de exigir de ti—contestó la sultana.—El precio de la libertad que te prometo, y que ni sé ni me importa saber cómo has perdido, no llega á tanto como á exigir el sacrificio de tu vida...

—Habla, señora mía, habla!—exclamó la joven arrebatadamente y continuando en el papel que se había impuesto.—Habla—repuso,—y ya que he sido víctima de secuestro incomprendible, no habrá cosa que no intente para recobrar el bien que me ha sido arrebatado!...

—Pues bien, muchacha—continuó Seti-Mariém lentamente, sin sospechar el doble juego de Aixa y sin apartar sus ojos de ella.—No sólo recobrarás la libertad por que suspiras, sino que aseguraré tu porvenir con larga mano mientras vivieres... Pero es preciso para esto, como te dije antes, que tu voluntad desaparezca ante la mía sin esfuerzo, y te halles siempre sumisa, dispuesta á obedecer mis órdenes, sin pretender ja-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

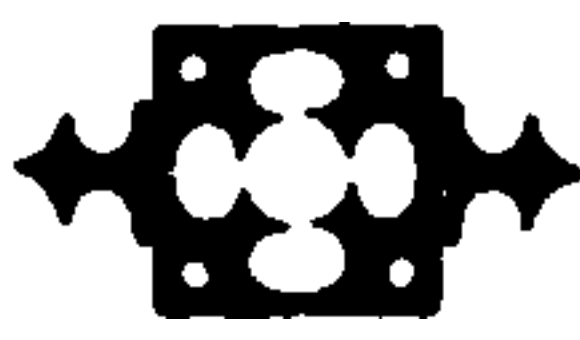
Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



nera hacer llegar hasta él la noticia de lo que se tramaba? Ella sabía escribir—pensaba.—Pero ¿de qué le servía? ¿De quién podría valerse para que lo escrito llegase á manos de Mohámmad? ¿Cómo se lo diría? La sultana había declarado que sus gentes la vigilarían sin descanso, y que le darían cuenta del menor de sus movimientos, amenazándole de muerte si ponía sobre aviso al Príncipe... Morir! Qué le importaba! Alláh la recompensaría en la otra vida! Pero ¿salvaba con su muerte al Sultán? ¿No buscarían otro medio para apoderarse de su persona?...





VI

UÉ tristes fueron para la pobre huérfana, y qué lentas las horas de aquella noche, sólo Alláh lo sabe! Y con qué ansia las había esperado no obstante, apeteciendo que acelerasen su

carrera! Á través de las ramas de los naranjos y de los limoneros del misterioso jardín, como estrella perdida en la inmensidad de los cielos, toda la noche había resplandecido la luz de la lámpara del aposento de Aixa, filtrándose por las entrelazadas celosías del cairelado ajiméz, por donde penetraba embalsamada y fresca la brisa juguetona, agitando sus alas incesante. Como irisada perla dentro de su concha, ó preciosa alhaja guardada en su estuche,—en aquella estancia de esmaltadas yeserías, de techumbre peregrina de colgantes, y de alicatados zócalos,—envuelta en nubes de perfumes que despedía esferoidal pebetero en sutiles espirales de humo nacarado por cada uno de los agujerillos que perfo-

raban su superficie, aparecía Aixa, hermosa como un sueño, reclinada sobre las muelles *al-martabas* ó cojines de brocado, del sofá en que reposaba con elegancia natural el cuerpo.

De tez morena y de color quebrado; los ojos negros, bri-



llantes y soñadores; los labios, húmedos y jugosos provocativos y encendidos como la flor de fuego del granado; la frente espaciosa; dulces y perfectas las facciones; negro y abundante el cabello, recogido á la espalda; la mirada penetrante y apasionada; angelical aunque dolorosa la expresión; breve el pie, y delicada y carnosa la mano,—semejaba en aquel aposento la joven sobrenatural visión fascinadora, más que sér real y viviente.

Cubierta llevaba la cabeza por gracioso bonetillo de raso, en torno del cual se arrollaba al desgaire en pliegues transparentes el blanco *izár* de gasa, con finas randas de oro en los extremos; ceñían la contorneada garganta sartales de aljófares, y entre ellos, peregrino collar de oro, cuyos colgantes de filigrana desaparecían entre el encaje del pecho, que, á manera de espuma perfumada, velaba discreta los encantos de la niña; anchas ajorcas, también de oro, con resaltadas piedras preciosas en el centro, ceñían sin oprimirles sus brazos de esculturales contornos, medio ocultos entre las amplias mangas de la aljuba de rico brocado que vestía y sujetaba á la cintura, dibujando la incitante curva de sus anchas caderas, vistosa faja tejida de oro y plata y sedas de los más vivos matices; y mientras otras ajorcas gruesas de aquel metal abrazaban la garganta de aquellos breves diminutos pies calzados de chapines de bordado raso blanco,—por bajo de las haldas de la aljuba, cubriendo en parte los zaragüelles ajustados, descubriase la alcandora de labrada seda, blanca como la nieve de la cercana sierra, y sobre ella resaltaba la fimbria recamada de la aljuba.

Triste era la expresión de su semblante, en aquel momento iluminado por los rayos de la calada lámpara de plata que pendía del almocárabe del techo, y arrugaban la tersura de su frente los pliegues de profunda arruga, al mismo tiempo que el encaje del corpiño y los colgantes del collar se agitaban á compás de la respiración intranquila de la hermosa.

Apoyada la cabeza sobre la mano derecha, permanecía con la mirada fija ora en el tapiz que cubría la cairelada puerta de la estancia, ora en el pedazo de firmamento, que recortaba el ajiméz y que cruzaban por mil partes los geométricos dibujos de la celosía. Olvidada al parecer de sí propia, quizás dejaba en trastornador diliquio vagar el pensamiento por las regiones desconocidas é inabordables de la fantasía, ó evocaba acaso el recuerdo de placeres apetecidos y no logrados...

Hondo suspiro entreabrió sus labios al postre; y con manifiesto esfuerzo y marcada impaciencia, dejóse deslizar de los almohadones hasta ponerse en pie sobre el pavimento de alabastro, sin cuidar para nada del aderezo de su persona; y si hermosa con verdad aparecía sobre los cojines en que había hasta entonces permanecido, más hermosa aún apare-

ció al desarrollar las elegantes formas de su cuerpo, su talle erguido y flexible, su gentil y esbelto continente.

—¡Cuánto tarda!—pensaba apartándose lentamente del sofá y dirigiéndose indecisa hacia el ajiméz.—¡Cuánto tarda!

Aquella noche era la primera que transcurría desde que mutuamente se habían ella y el Príncipe confiado el amor que les unía... «Todas las noches vendré á verte,»—le había él dicho apasionado al despedirse; y sin embargo, las horas pasaban perezosas, lentas, implacables y él no venía... Ya hacía rato que el eco había llevado á sus oídos el pregón lanzado á los cuatro vientos, y con que desde la *sumuá* de la cercana Mezquita-Aljama convocaban los muezines á los fieles para la oración de *al-âtema*... ¿La habría olvidado?... ¿Por qué no venía?... ¿Qué pasaba?... ¿Había conseguido la sultana sus reprobados designios?... ¿Serían sólo vanas promesas las palabras cariñosas con que el joven Príncipe había sabido hacer suyo aquel corazón, ya por él impresionado?...

Qué amargos momentos!... Qué confusión de ideas se agolpaban en aquel cerebro, donde á intervalos resonaban las amenazas de Seti-Mariém, duras y crueles, y las halagadoras de Mohámmad, dulces y embriagadoras!... Pero no podía ser... Ella había visto al Sultán trémulo á su presencia; había sentido arder sus manos en las suyas, y había leído en los ojos del mancebo.

Intranquila, desasosegada, ahogándose dentro de aquella estancia, llegó por último al ajiméz, y abrió la celosía de aromático alerce.

Como en tropel, una bocanada de aire penetró rumorosa por la abertura, azotó su semblante y agitó la lámpara, haciendo oscilar la luz que contenía...

Silencio fuera; quietud de todos lados... Nada que la sirviera de consuelo en su afán...

Sí! La había olvidado de seguro! Y después de todo, ¿quién era ella para osar alzar la vista hasta el Príncipe de los musulmes?... Merecido lo tenía! ¿Por qué fiar loca en palabras que no comprometían á nada?... ¿Por qué suponer neciamente que el Sultán hubiera podido enamorarse de ella?... ¿Qué de particular tenía en su persona, para que en dos solas veces que había visto á Abd-ul-Láh, hubiese éste reparado en ella como para entregarle su cariño?...

Ya podía la sultana Seti-Mariém amenazarla: no conseguiría nada... No era culpa suya si el Príncipe no la amaba... Aquello era realmente providencial; sólo Alláh podía haberlo dispuesto, sin duda para libertar de las asechanzas de sus enemigos al Sultán de Granada!... Si era aquella la voluntad de Alláh ¿á qué oponerse?... Bien dispuesto estaba... A Alláh sólo está reservado el conocer lo que se oculta en el corazón de las criaturas!...

Así, en profunda agitación incesante, vertiendo á ratos abundantes lágrimas, cobrando en ocasiones esperanzas que se desvanecían en breve, con el corazón dolorosamente oprimido, unas veces asomada al ajiméz, otras recorriendo palpitante las calles del jardín, y parándose á escuchar con frecuencia detrás del macizo portón, así vió Aixa discurrir la noche, y así la sorprendió el alba...

Rendida por el insomnio, habíase quedado como aletargada sobre uno de los sofás del aposento, permaneciendo en aquella disposición largas horas, tantas, que al despertar era ya muy tarde, y el sol había recorrido la mitad de su carrera.

Delante de ella, espiando sus movimientos, estaba la sultana Seti-Mariém; siempre aquella mujer funesta! ¿Qué le querría?

Incorporándose sobre los almohadones, la doncella, sin dar tiempo á que le dirigiese la menor pregunta, exclamó con acento lánguido, é impregnado de tristeza:

—Cuán inútiles han sido tus prevenciones, sultana, y cuán en balde fiabas en lo que tú llamas mi hermosura!...

—Pronto desmayas en tu empresa—replicó Seti-Mariém.—Sí; ya sé que esta noche pasada aguardabas, según te había prometido, á ese desventurado joven á quien reconocen como Amir los granadinos, y que no ha venido á verte... Mis gentes tenían orden de franquearle el paso.

—¿Cómo he de cumplir tus órdenes, señora, si me ha olvidado!

—Olvidarte!... No lo creas: eres sobrado bella para que tal haya acontecido... Tranquilízate... Ya ves cómo yo estoy tranquila, y eso que mi ansiedad y mis deseos son aún mayores que los tuyos!—repuso la sultana con marcada ironía.

—Sí, es verdad—dijo Aixa, que ante su dolor había ya ol-

vidado por su parte las intenciones de aquella mujer.—Tienes razón...

—Tanta que, por Alláh, no puedes comprenderla, tú que has tomado por lo serio el amor de Mohámmad, y has dejado que tu corazón se entregue... Pero ¿qué me importa? Si al servir mis intereses satisfaces tus ansias, no creas que habré de ser yo quien se oponga á ello... Pudieran mis gentes apoderarse de tu enamorado, si logramos atraerle á esta casa, cuando trasponga los umbrales; pero no me conviene que desaparezca de ese modo... No quiero que sospechen de mí...

—No vendrá! No vendrá!—repitió entre lágrimas la joven...—No vendrá, porque los buenos genios le habrán advertido de los riesgos que corre en este sitio... No vendrá, porque Alláh no lo puede consentir...

—Te engañas, Aixa; vendrá, porque tú le escribirás una carta desolada... Vendrá porque te ama, lo sé... Vamos, levántate; desecha tus temores, y escribe lo que yo te dicte.

Y así diciendo, aproximaba una de las taraceadas mesillas que en la estancia había, al lugar donde la enamorada niña se encontraba; y sacando de entre los pliegues de su túnica algunas hojas de papel brillante y de color de rosa, un tinte-ro y un *calám* de caña pulimentada, depositó todo ello sobre la mesilla, y empujó suavemente á Aixa.

—Por ventura ¿la anciana de quien tantas cosas aprendiste, no te enseñó á escribir?...

Tentada estuvo Aixa de contestar con una seña afirmativa; pero en medio de su quebranto y advertida por sus recelos, dejó á la sultana en la creencia de que ignoraba manejar el *calám*, contestando:

—Pluguiera á Alláh ¡ensalzado sea! que las lecciones de aquella á quien tuve por madre hubieran llegado á tanto... Oh! No sé escribir, sultana!...

—Pues en tal caso—dijo ésta,—y pues Mohámmad desconoce semejante circunstancia y no ha visto nunca mi letra, seré yo quien por ti le escriba.

Y sin aguardar respuesta, acomodóse en un cojín y empezó la carta.

En ella, empleando apasionadas frases, pintábale el desconsuelo de Aixa con tan vivos colores, llamábale con tal elocuencia y empleaba tal lenguaje, que la misma joven, á



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

Era él... Bendito sea Alláh! Debía serlo!... No la había olvidado, y acudía á su cita!... Cuántas cosas tenía que decirle!... Pero ¿cómo?... Las estancias todas de aquel palacio parecían tener oídos... La sultana lo había dicho.. Todo cuanto ella le dijese, todo cuanto hiciera, sería conocido de aquella mujer maldita!... ¿Cómo averiguar si eran sólo medrosas amenazas las palabras de Seti-Mariém?... Si eran verdad, si no exageraba, entonces, ¿qué recurso emplear?... Casi estaba pesosa de que el Príncipe hubiese asistido á la cita...

Cuando el rumor de los pasos, que hallaban singular resonancia en su pecho, se hubo extinguido dentro del edificio, apartóse Aixa del ajiméz, cuyas celosías cerró de golpe, y rápida como la gacela en la pradera, se dirigió á la única puerta del aposento...

Alzó con mano temblorosa el tapiz que cubría la entrada, y conteniendo la respiración, aguardó breves instantes, suspensa entre mil zozobras, hasta que al fin la luz templada de la lámpara iluminó el cuerpo de un hombre avanzando sin vacilar por el corredor que guiaba desde el piso bajo.

Lanzó después un grito, y sin darse cuenta de sus movimientos, avanzó hacia el recién venido, y echándole al cuello los contorneados brazos, le estrechó febril contra su pecho.

¡Era él!...

Luego, así que ambos estuvieron en la estancia, ella ruborosa y como avergonzada, apartóse con los ojos bajos de su lado, en tanto que él, atrayéndola, la besó en los labios, exclamando:

—¡Aixa mía!

—Tuya y me olvidas!...—dijo ella dejándose abrazar y cayendo lánguida sobre uno de los sofás inmediatos.

—No me culpes, bien mío—replicó el Sultán.—Si ha sido grande tu disgusto por mi falta, no ha sido menor el mío... Por otra parte, me ocupaba en asuntos relacionados contigo... Y ocuparme en cosas tuyas ¿no era vivir en ti?... Pero aquí me tienes, y yo te prometo que tus ojos no volverán á verter más lágrimas por mi culpa... ¿Creíste que te había olvidado?... Primero olvidará Alláh ¡ensalzado sea! el cuidar del destino de las criaturas, que te olvide á ti mi corazón, lleno del amor tuyo!

—No sé qué filtro me dan á beber tus palabras, que á tu

lado, nada recuerdo ya!... Es tan grande mi dicha, que, ya lo ves, señor: si lloro, lloro de felicidad. Todo el mundo se cifra para mí en tu cariño... Todo el mundo! . Quisiera tener cien lenguas, como el árbol que crece en el paraíso, para de-



cirte con todas ellas al propio tiempo, así Alláh me salve, cuánto te amo... Quisiera que tú y yo, los dos solos, lejos de este aposento, muy lejos de él, si me fuera posible, nos dijésemos recíprocamente nuestro amor, sin temer oídos quizás más enemigos que indiscretos... Cuántas cosas te diría entonces!... Cuántas cosas leerías en mis ojos si supieras leer en ellos!...

El Príncipe entre tanto había acercado un almohadón á los pies del sofá donde Aixa continuaba, y sentado sobre él, teniendo entre sus brazos el talle de la hermosa, no quitaba de ella la mirada, apasionada y ardiente.

—Sí—dijo Abd-ul-Láh interrumpiendo á la doncella y creyendo interpretar sus palabras.—Leo en ellos, amor mío, leo lo inmenso de la pasión que el Señor de los cielos y de la tierra ha encendido en tu pecho, para corresponder á la que me abrasa... Leo el placer inmenso que te posee... ¿No es eso lo que tus ojos dicen?...

—Eso es, ciertamente... Pero dicen más, mucho más que mis labios no pueden expresar en este momento... Y si evocases, Señor soberano mío, los recuerdos del pasado, así como yo leo en el curso de los astros el destino de los demás, leerías tú fácilmente en mis ojos el tuyo... ¿No aciertas á leer?... Mírame fijamente.. Dime... ¿no lees más?...

Iba el Sultán á responder con galantes frases las de su enamorada, cuando acudió de súbito á su memoria cuanto había con efecto olvidado, ante los arranques de pasión de la niña... La insistencia con que ésta ponderaba la imposibilidad de emplear otro lenguaje; el conocimiento del lugar en que se hallaba y el de las circunstancias especiales que rodeaban á Aixa; la misión que le había confiado y para cumplir la cual permanecía ésta al lado de la sultana Seti-Mariém y del príncipe Abu-Saíd, todo, con efecto, acudió en tropel á la imaginación del Amir, y como el corcel de batalla se encabrita bajo su armadura al escuchar el ruido de los añafles, así Mohámmad despertó bruscamente, sospechando que algo importante deseaba comunicarle la doncella.

—Oh!...—dijo recalcando las palabras.—Si no me es dado leer aún por completo en tus divinos ojos los secretos que se ocultan sin duda alguna en tu pecho, si me enseñas á deletrear en ellos, por Alláh que has de ver si aprendo en poco tiempo tus lecciones!... Pero ven conmigo, ven, y respiraremos juntos el agradable fresco de la noche entre los árboles frondosos del jardín.. Allí, teniendo por dosel la inmensa bóveda de los cielos, donde asienta el trono de Alláh, ofrecerán para mí mayor encanto estos breves momentos de dicha que á mi pasión concedes!... Ven—añadió con tono insinuante, por medio del cual hizo comprender á la joven que

por su parte había comprendido la intención de las palabras que ella antes había pronunciado.

Entendiólo así Aixa, y aunque no tranquila, púsose en pie, como ya lo estaba el Sultán, y sin inconveniente alguno en la apariencia, bajaron juntos como aquél lo deseaba al jardín.

Por el camino, y en voz tan baja que hubiera podido confundirse con el susurro de la brisa, Aixa aprovechó los instantes y puso al corriente al Príncipe de los intentos y de las amenazas de Seti-Mariém, que no produjeron en Mohámmad otro efecto que el de acrecentar su cólera hacia ella. Á su vez él la prometió prudencia para tranquilizarla, y le anunció que todas las tardes una paloma mensajera amaestrada, que enviaría desde su alcázar, les pondría sin peligro en comunicación, para prevenir lo futuro, y desbaratar los planes de la sultana.

Con esto, y después de breve rato de conversación amorosa en que ambos repitieron en mil tonos distintos sus juramentos, los cuales escucharon los buenos genios complacientes y Alláh recibió benévolo en las alturas,—tornaron de nuevo á la estancia de donde habían salido, para marchar luego el Sultán, lleno de felicidad, á sus bordados aposentos de la Alhambra.

Fuera le esperaban el arraéz de sus guardias y su katib ó secretario, quienes por precaución y contrariando en ello las órdenes recibidas, esperaban al Príncipe para librarle de cualquier peligro, tanto más cuanto que uno y otro conocían de antemano la mala voluntad de la sultana, y el nombre del propietario de aquel edificio.





VII

QUENTAN las historias de aquellos felices tiempos, en que las verdades del Islám eran todavía reconocidas y proclamadas en Al-Andá-

lus, y en que todo parecía por disposición suprema del misericordioso Señor de ambos mundos (¡ensalzado sea!), preparado para resucitar el poderío de

los siervos de Mahoma, á quien Alláh bendiga, renovando las glorias del poderoso Omeyya An-Nássir, vencedor de los cristianos en tantos y tan reñidos combates,—que jamás el sol, desde que allá por las regiones del Oriente asoma derramando salud, vida y alegría, hasta que se oculta en los profundos senos del mar de las tinieblas por el Occidente, alumbró complaciente felicidad más completa que la que inundaba los corazones de Aixa y del soberano Amir de los musulimes granadinos, ni que la luna misteriosa, como pupila vigilante del Omnipotente, y lámpara encendida delante de su templo celestial, sorprendió ventura más verdadera que la gozada por aquellos seres, nacidos en esferas tan distintas, y destinados

desde su cuna por la mano del Sustentador de las criaturas, para ser el uno del otro en este mundo y en el reservado á los buenos musulmanes.

De las informaciones hechas por el *cadhí* respecto de aquellos servidores de la sultana que habían osado atentar contra el pudor y la vida de Aixa, claro y patente resultaba que Seti-Mariém no tenía participación alguna en aquel acto, y que sus intenciones por consiguiente al contribuir al secuestro de la joven, no habían sido tales, pues habrían entonces destruído sus proyectos. Las gestiones hechas en busca de la madre de Aixa por el Príncipe, aunque repetidas con singular insistencia, no alcanzaron igual fortuna; pues mientras recibían por orden del *cadhí* aquellos desalmados el merecido castigo, no habían los emisarios del Principe tropezado con huella alguna merced á la cual les fuera posible descubrir la persona á quien buscaban sin descanso por todas partes.

La luna de Xaguál tocaba á su término: las brisas que enviaba por las mañanas *Chebel-ax-Xolair*, eran cada vez más frescas, y como promesa de bienaventuranza para el labrador, las nubes habían ya varias veces abierto sus senos, derramando sobre la ciudad y sobre su hermosa vega abundantes raudales de agua, con los cuales llevaba el Darro su caudal crecido, y difundía á su paso la vida por los campos agostados á causa del calor sofocante del estío.

Todas las tardes, en la hora indecisa en que cierra el sol sus párpados para entregarse al reposo, la bella enamorada del Amir aguardaba asomada al mirador más alto de su casa la llegada del ave mensajera que le enviaba aquél, y que era portadora de inefables delicias para entrambos.

¡Qué alegría inundaba su corazón, cuando por entre las copas de los árboles distinguía confusamente primero las blancas alas de la fiel emisaria, y qué agitación tan grande se apoderaba de ella, cuando la veía detenerse sobre la balaustrada, para de allí saltar á sus hombros y acariciarla con su picol...

Si era inmenso el amor que sentía Aixa por el Sultán, no era menor ciertamente el que Abd-ul-Láh la profesaba... Como atraído por misterioso imán irresistible, esperaba con viva ansiedad desde una de las torres que caen al bosque sobre el Darro, el regreso por las tardes de la paloma mensa-

jera; y después, cuando cerraba la noche, sin dar á nadie conocimiento de ello, aunque seguido siempre por sus dos fieles servidores que no le abandonaban á despecho suyo, embozado en los amplios pliegues de su alquicél seguía por la orilla del río y llegaba á las puertas de la morada de su amante, donde era introducido al momento.

La inacción de la sultana Seti-Mariém, á pesar de las noticias en un principio comunicadas por Aixa, había llegado á borrar en él toda sombra de sospecha; y confiado en su propia estrella y en su valor, no juzgando capaces á sus enemigos de su muerte, se lanzaba en aquella aventura en que gozaba de leites desconocidos é inagotables, como apenas pasada la tormenta, se lanza el ave en el espacio, ganosa de disfrutar en él placeres nuevos.

Una de aquellas tardes, y en el momento en que la joven se disponía como de costumbre á subir á la azotea de su casa para recibir allí el alado emisario del príncipe, vióse de repente sorprendida por la presencia inesperada de la sultana Seti-Mariém, en el mismo aposento en que tantas veces le había á sus plantas Abd-ul-Láh jurado amor eterno.

Era el último día de Xaguál (1), día triste por cierto, en que parecía como que la naturaleza, presintiendo ya la proximidad de la invernal estación cercana, se preparaba al largo y gestador letargo del que por voluntad excelsa del Creador Inmutable debía despertar llena de vida y galas, esplendorosa y bella, en el continuo é incesante laborar del mundo.

La lluvia benéfica, dón precioso de Alláh, que fecunda los campos y que espera con ansiedad el labrador, había estado cayendo todo el día: el cielo, opaco, ceniciento, como una coraza empañada; el viento, fuerte, desencadenado en turbonadas que hacían gemir los añosos álamos y tronchaban los jóvenes; el Darro había crecido, y sus aguas negras, precipitadas en vértiginosa corriente, formaban espumosos remolinos aprisionados en el cauce, del cual se disponían á liberarse para esparcirse á uno y otro lado, y sobre las espaldas de la corriente flotaban algunas ramas de árboles desgajados por el vendaval, que azotaba sin piedad á intervalos irregu-

(1) La luna de Xaguál consta de 29 días, correspondiendo el postrero en aquel año 759 de la H., al 3 de Octubre de 1358 de J. C.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



cortinas de las tiendas en el Zacatín y en la Al-caicería principalmente.

De vez en cuando, el tableteo medroso del trueno, que reproducían los ecos de la colina roja y del Generalife, de Sierra Elbira y del Cerro del Sol, montes cuyos contornos borraba la masa de agua que en diagonales estrías cruzaba el espacio, interrumpía el mortal silencio que reinaba en Granada, y todo hacía semblante de anunciar que aquella noche, cuando las negras sombras que avanzaban semejantes á un tropel de caballos desbocados, impelidas por los golpes del viento cubriesen el horizonte, el horror acrecería sin duda, en especial si el Darro, á juzgar por los indicios, salvaba con sus aguas turbias el pretil que á duras penas lo contenía, inundando la población sorprendida en medio del sueño.

Á la escasa luz que penetraba incierta por la entrecruzada celosía, Aixa reconoció á la sultana en lo arrogante de su apostura y lo majestuoso de su andar; parecía una sombra evocada, más bien que un sér viviente, y lo que más confundía á la joven, era que Seti-Mariém para penetrar en aquel aposento, no había entrado por la puerta, que permanecía cerrada, pues ignoraba la existencia de la comunicación secreta de que aquella solía servirse, y disimulaba la yesería de los muros.

—¿Te sorprende mi presencia á estas horas y en este sitio, no es cierto?—dijo la sultana, comprendiendo lo que pasaba por la niña.

—Oh señora mía,—replicó ésta,—nada puede ya en realidad sorprenderme viniendo de ti... Aquí á tus órdenes me tienes como siempre, ya que la voluntad suprema de Alláh así lo tiene decretado!

—Pues bien, en ese caso, tomemos asiento, que es largo lo que tenemos que hablar, y los momentos urgen.

Sentáronse en efecto la una al lado de la otra, y mientras Seti-Mariém se disponía á tomar la palabra, Aixa llena de extrañeza, reparaba en que las ropas de aquella mujer no conservaban huella alguna de la persistente lluvia, que no había cesado un instante.

—No podrás por Alláh, quejarte de mí,—exclamó al cabo la dama.—La luna de Xaguál va á desaparecer dentro de breves horas, y durante toda ella, nite he importunado con mi

presencia, ni te he impuesto acto alguno, ni te he privado de ninguno de los goces que el amor del Príncipe te ha proporcionado todas las noches... Libre has sido de hacer de tu persona lo que desearas, y yo no he intervenido para nada... ¿Es verdad cuanto digo?...

—Cierto es, señora, y yo no tendría motivo de queja alguna, si no me hubieses privado de mi albedrío...

—Todas las noches, los buenos genios, tus protectores, han derramado sobre ti benévolos y complacientes, como imagen de la vida futura, los sueños más agradables, y en ellos te han sonreído todas las venturas... Si tú, desventurada muchacha, hubieses recobrado esa libertad que tanto pregonas ¿habrías nunca podido disfrutar placeres semejantes?... ¿Habrías llegado jamás á conocer al Sultán?... ¿Habrías con tus míseros harapos atraído su amor?... Confiesa, así Alláh me salve, que de tu fortuna presente sólo á mí eres deudora.

—Todos los beneficios que recibimos, proceden de Alláh, ¡ensalzado sea!

—¡Ensalzado sea!—repitió la sultana.

Las sombras habían ido espesándose entre tanto, y como sin duda alguna Seti-Mariém deseaba conocer el efecto que sus palabras producían en Aixa, lo cual impedía la oscuridad en que ambas se hallaban envueltas, dió orden á la doncella para que mandase encender la lámpara, como lo verificaba una de las servidoras de ésta, volviendo á desaparecer discretamente.

Al propio tiempo, Aixa se sentía consumir por la inquietud: había pasado la hora en que la paloma mensajera debía haber llegado á la azotea, é ignoraba cuál hubiera podido ser su suerte... En el semblante de la niña se transparentaban ingenuos los sentimientos de su corazón, y á la luz de la lámpara, no pudo menos Seti-Mariém de advertir la agitación de que era presa. Fingiendo no reparar en ella, prosiguió:

—Aunque tengo noticia cierta de cuanto haces, aunque por ella sé que el Sultán todas las noches acude enamorado al lado tuyo, y para que tú misma te persuadas de la imposibilidad de eludir mis órdenes, quiero ser esta noche testigo de tu entrevista con ese abominado engendro, y convencerme por mis ojos y por mis oídos de la verdad, y de la forma en que me obedeces... Pero no te alarmes, añadió.—Tu amante,

si lo es, no tendrá conocimiento de mi presencia; pero quiero que tú sepas que yo te observo.

Y esto diciendo, se alzó del sofá, y con paso medurado y lento, dirigióse hacia uno de los costados de la estancia.

Formaba en tal paraje ésta gallardo arco de angrelada archivolta, el cual adelantaba sobre el perímetro general del aposento, para dejar espacio á reducida *alhenia*; y bien que parecía en realidad falta de comunicación y cerrada de todos lados, cual simulaban acreditarlo el zócalo de peregrino alicatado y las labores no interrumpidas de los muros, oprimiendo la sultana oculto resorte, abrióse estrecha puerta allí perfectamente disimulada, quedando al descubierto la negra boca de una galería.

Había Aixa seguido en silencio á la sultana, quien venía envuelta en los paños de sencilla alcandora de labrada lana, y llevaba oculto el rostro entre los pliegues de la tupida toca que rodeaba por completo su cabeza; y al contemplar abierta aquella comunicación, por ella nunca sospechada, retrocedió temerosa, procurando recordar de golpe si en las plácidas conversaciones que había con el Sultán tenido, sus labios indiscretos habían pronunciado palabra alguna comprometedora.

—Oculto en esta *alhenia*,—exclamó la sultana,—podré mirar cuanto hiciéreis y oír cuanto dijereis... Ya ves cómo el Sultán no podrá inquietarse por mi presencia, y cuán poco molesta habré de serle.

No contestó nada Aixa, profundamente preocupada tanto por la circunstancia que le impedía recibir el mensaje del Amir y darle respuesta, como por lo extraño de aquella comunicación, cuya existencia había hasta entonces ignorado .. Así se explicaba cómo la sultana no llevaba señal alguna en sus ropas de la lluvia... ¿Á dónde conduciría la galería abierta delante de ella?... ¿Qué misterios no encerraría la vida de aquella mujer?... Y al propio tiempo, cómo se convencía de que sus amenazas no habían sido vana palabrería!... Pero ¿consentiría la misericordia de Alláh que se cumpliesen los designios de Seti-Mariém? No podía ser... Todo demostraba lo contrario...

—¿Qué meditas?...—dijo de pronto la dama, volviendo de nuevo á su asiento, y reparando en la preocupación visible

de la joven.—¿Temes por ventura que tu amante me sorprenda en este sitio?... Oh! No temas... Mi gente está muy bien amaestrada, y antes de que él llegue aquí, no quedará rastro de mi presencia.

—No es eso, sultana,—replicó casi maquinalmente la doncella.—Lo que me preocupa, es el ver cuán grande es tu poderío, y qué inflexible es tu voluntad en todas las cosas!... Pero dime, por la clemencia de Alláh, cuando te hayas por ti misma convencido de que con efecto, el Sultán de Granada, protéjale Alláh, es mi rendido amante, ¿me devolverás por fin la libertad que me has arrebatado?... ¿Podré salir de aquí y disponer para en adelante sin temor de mi persona?... ¿Me reintegrarás en mi voluntad perdida?...

Iba Seti-Mariém á dar respuesta á las preguntas de Aixa, cuando abriéndose sigilosamente la puerta, apareció por ella un esclavo etíope, que sin pronunciar palabra volvió á salirse en el momento.

Al verle la dama, alzóse presurosa del asiento, y haciendo á la niña expresiva seña, corrió á ocultarse en la *alhenia*, al tiempo que la puerta del aposento volvía á abrirse y aparecía por ella la gallarda figura del Príncipe de los musulmes.

Despojóse éste del gambáx que le cubría, y desciniéndose la espada, que colocó sobre un almohadón al lado del gambáx, apresuróse á estrechar entre sus brazos á la niña, que toda trémula y sin ser dueño de dominar la emoción que la embargaba, había permanecido como clavada en su sitio.

—¿Qué tienes?... ¿Qué pasa?... —exclamó el Sultán reparando en la actitud de su amante, quien había procurado volver la espalda á la secreta *alhenia*, temiendo que el Amir pronunciase alguna palabra inconveniente. Antes de que Mohámmad pudiera proseguir, la niña, procurando dominarse, apresurábase á contestar, al propio tiempo que con el mayor disimulo y pretextando recoger algunos cabellos que el abrazo del Sultán había desordenado, le hacía seña de que callase, exclamando:

—¡Qué quieres, señor, que tenga!... Todo el día, como el cielo ha permanecido empañado por las nubes que lo ocultan, mi alma ha permanecido suspensa y llena de sobresalto, temiendo que mis ojos no te verían hoy, y gozasen del beneficio á que les tienes acostumbrados... He tenido miedo, mu-

cho miedo; y cuando escuchaba el rugir del trueno estrepitoso, me parecía que los genios indignados y llenos de cólera conmigo, me privarían de ti... Pero ahora estás á mi lado, y bien puede la tormenta estallar, pues estando contigo, no hay nada que me amedrente.

No era el Sultán Mohámmad de tan menguado entendimiento, como para que al notar el apresuramiento con que su amada le interrumpía, y al advertir sobre todo la seña, no comprendiese la existencia de un peligro. Temeroso de él, cuando había regresado la paloma, llevando todavía el mismo mensaje con que él la había enviado á Aixa, y no acertando á explicarse el suceso, habíase lleno de inquietud apresurado á desembarazarse de sus servidores, para correr en busca de la doncella; pero la presencia del primero de sus guazires que entró en aquel momento para notificarle una de tantas algaradas como los nassaríes de la frontera verificaban en el reino granadino, le impidió realizar su intento, deteniéndole más tiempo del que esperaba.

Al fin, y ya solo, había echado sobre sus hombros un gambáx de lana gruesa, había cubierto su toca con el capuchón del mismo, y colocando en el tahalí la espada, sin cuidarse de nadie, había por el bosque salido á la ciudad y cruzado el Darro por uno de los muchos puentecillos inmediatos al Zacatin, llegando desalado á la puerta de la casa en que vivía Aixa.

Ni las tinieblas, que ya habían cerrado, ni el agua que caía con violencia sobre él, ni el rugido del trueno, ni el ímpetu del viento, pudieron detenerlo en su rápida marcha; ni reparó siquiera en que el río comenzaba á extenderse por las márgenes, ni advirtió que entre las sombras le seguían, siempre fieles, su kátib Ebn-ul-Játhib y el arraéz de su guardia personal en el palacio

Febril, ansioso, lleno de recelos y zozobras, empapado en agua, llegaba á la puerta del edificio, alcázar de sus amores; así, sin dar respuesta á las saluciones del esclavo que le facilitó el ingreso, cruzó el jardín no esquivando los charcos formados por la lluvia, y así como el huracán desencadenado, había llegado á presencia de la niña y estrechádola entre sus brazos enardecido.

¿Qué ocurría?... ¿Qué era lo que Aixa procuraba adver-

tirle?... ¿Era llegada la hora en que sus parientes ambiciosos habían decretado su muerte?... Pero ¿qué le importaba todo? Lo que él quería saber, lo que supo desde luego, era que Aixa vivía, que vivía y que le amaba siempre... Lo demás no podía interesarle, teniendo al lado su espada... Allá se velaba por él, y su amor le daría fuerzas si llegaba el momento de la lucha.

Contra sus prevenciones, Aixa, recobrándose, estaba con él más cariñosa, más expresiva que nunca. Es verdad que no le daba espacio para interrogarla respecto de la devolución de su billete intacto... Quizás la paloma, acobardada por lo recio del temporal, no se habría atrevido á



llevar el mensaje como de ordinario... Pero ¿cómo era que Aixa no le interrogaba por su parte? .

Preocupado, triste, pero galante y rendido siempre, Abdul-Láh permaneció al lado de su enamorada más tiempo que de ordinario... Quiso Alláh que ya á la hora de *al-átéma*, cesase la lluvia por un momento y que el huracán se enfrenase; y aprovechando aquella tregua que la naturaleza se concedía para volver de nuevo á la lucha que tenía trabada consigo propia, el Amir se despidió de la doncella, y con paso lento abandonó la estancia saliendo á la calleja donde le siguieron como sombras y sin él advertirlo sus servidores.

Entretanto Aixa, apoyada la cabeza sobre la mano derecha, permanecía reclinada sobre el sofá, con la mirada fija en el tapiz que cubría la cairelada puerta de la estancia, por donde había desaparecido el Príncipe. Olvidada de sí propia, dejando vagar el pensamiento por las regiones desconocidas é inabordables de la fantasía, pesaba en su interior los acontecimientos, y padecía al comprender que en medio de sus frases halagadoras, Mohámmad no había conseguido ocultar por completo su preocupación y su extrañeza, sus celos y su disgusto. ¿Qué pensaría de ella?... ¿Le dirían acaso los buenos genios en el silencio de la noche lo que ella no había podido manifestarle?... ¿Sospecharía otra vez de su lealtad y de su cariño?

Hondo suspiro entreabrió sus labios, y con marcada repugnancia y nerviosa decisión, antes de que Seti-Mariém hubiese abandonado su escondite, dirigióse á la *alhenia* donde permanecía oculta, y oprimiendo con mano febril el oculto resorte, hizo girar la puerta, en tanto que con aire resuelto y voz segura, exclamaba :

—Sal ya, Seti-Mariém ! Estamos solas !...

Avanzó sobre el fondo oscuro la sultana, y al distinguirla la joven,

—Ya lo has visto, señora !—añadió con amargo acento.—No en vano me dotó Thagút de las armas de la hermosura!... Ya lo has visto !... El Amir de los musulimes, dilate Alláh sus días, es el esclavo de amor de Aixa... ¿No es eso lo que apetecías !...

—Alabado sea Alláh !...—replicó Seti-Mariém.—Ciertamente que, como incauto cervatillo perseguido en la pradera por



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

Alláh, que no vale tu vida, esclava, el precio de ese líquido que has derramado!

Y estallando en cólera, sacudió violentamente á la infeliz muchacha.

—¡ Tienes razón!—replicó ésta.— Estoy en tu poder!... Te has apoderado de mi cuerpo contra la santa ley de Alláh, sin que yo pudiera precaverlo ni evitarlo... pero no eres dueño de mi alma!...

—¿ Te niegas, pues, á obedecer mis órdenes?...—rugió fuera de sí Seti-Mariém.—Pues yo te juro por el Profeta, que te has de arrepentir bien pronto!

Era tan terrible el acento de aquella mujer al pronunciar estas palabras, que á pesar de su energía, Aixa tuvo miedo; temblábale la voz de ira, y sus ojos, como dos puñales, permanecían clavados con feroz tenacidad en el semblante conmovido de la niña.

—¿ Qué intentas?...—exclamó ésta con verdadero espanto.

—¡ Qué intento!... ¿ Piensas, vil esclava, que cuando voy á recoger el fruto ambicionado de mis desvelos y de mi paciencia; cuando he preparado cuidadosamente el actual momento para asegurar mi venganza y el logro de mis deseos con ella, me ha de obligar á retroceder obstáculo tan despreciable como tu vida?... Cuánto te engañas!... Si el instrumento de mi venganza resiste á mi voluntad, yo sabré aniquilarle!...

Y con salvaje furia esgrimió en sus manos contra Aixa la afilada hoja de una *gumía* (1) que había sacado como antes el pomo de entre sus ropas.

—Mátame si quieres—dijo la doncella;—sepulta en mi pecho ese puñal con que me amenazas... Pero no exijas de mí cosa en que no puedo obedecerte ni exigiste tampoco al prometerme como recompensa la libertad de que me has privado...

—La libertad!... Sí, voy á darte la libertad!... La libertad eterna!...

Veloz como el relámpago que con su lumbre cárdena rasgaba sin interrupción las tinieblas en aquella noche espantosa, cruzó por la mente de Aixa salvador pensamiento sin

(1) Puñal corto, á manera de daga.

duda, cuando aunque no amedrentada, arrojándose á las plantas de aquella mujer terrible,

—¡Perdón!... ¡Perdón, en el nombre del Misericordioso! —gritó postrada en tierra.

—¿Perdón?... ¡Miserable!...—dijo Seti-Mariém conteniéndose.—¿Piensas con moverme con tus súplicas?... Sabes ya demasiado, y es muy tarde para que retroceda... ¡No hay perdón para ti!...

—Yo soy tu esclava, sí! Tu esclava!... Manda, sultana, y serás obedecida!... Haré cuanto dispongas, y seré muda como el sepulcro!—exclamó la enamorada del Príncipe de los musulimes, sintiendo ya en su pecho el frío del acero.

—Al fin te rindes!... Por Alláh, que *maláq-al-maút* (1) batía ya sobre tu cabeza sus alas de sombra!...—dijo la sultana mirándola con desprecio.—¡Así!... ¡Á mis plantas, miserable!—prosiguió.—¡Ese es tu puesto!...

Y sonriendo con malévola satisfacción, continuó al cabo de algunos instantes, durante los cuales, á través del fragor de la tormenta que rugía fuera espantosa, sólo se oyó los sollozos comprimidos de Aixa, á quien aquella escena aniquilaba realmente:

—Escucha, esclava, y guarda religiosamente en tu memoria cuanto voy á decirte, porque los momentos son para ti solemnes y de tu fidelidad responde tu existencia!... Mañana, ¿lo oyes?... Mañana ha de morir en tus brazos el desvanecido Mohámmad, y han de ser tus manos mismas las que corten el hilo de su vida maldita!... Si un solo momento vacilares en obedecer mis órdenes, como ahora; si la menor indicación tuya llegara hasta el Amir, y naciera en su alma la más leve sospecha, no serán ciertamente tus lágrimas ni tus lamentos los que salven la vida de ese engendro de *Xaythán* y la tuya!... Pues á tu presencia sabrán mis gentes cumplir mi voluntad mejor que tú, y sobre su cuerpo ensangrentado, caerá después el tuyo!... Escoge!

Y sin detenerse á escuchar las últimas palabras que, anegada en llanto, sollozaba la infortunada niña, con gesto airado y ademán imponente, abrió la puerta de la disimulada *alhenia*, y por la oscura galería desapareció como un espectro.

(1) El ángel de la muerte.



VIII

o bien se hubo perdido entre el rumor fragoroso de la tormenta el metálico ruido del resorte que cerraba la puerta de aquella secreta comunicación, alzóse Aixa del suelo,

donde había como anonadada permanecido durante la pasada y terrible escena, y poseída de invencible espanto, dejóse caer desfallecida sobre las ricas almartabas del sofá, tantas veces testigo de sus alegrías.

—¿Á qué oponerme—pensaba—á la voluntad irresistible de esa mujer funesta, si es como el huracán del desierto, que destruye y arrastra cuanto á su paso encuentra?... ¿Qué pueden mis súplicas, qué mi deseo, qué mi astucia y qué el amor que hierve en mis venas, cuando está decretada la muerte de Abd-ul-Láh?... Pero no!... No es posible que Aquel que rige el mundo, que vela por el más miserable de los insectos, y provee y satisface todas las necesidades de sus criaturas, per-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



el aposento: suspendieron la lluvia y el huracán su destemplada cantilena entre las celosías, y todo ruido apagóse á la par, no de otra forma que si la diestra omnipotente del Señor de ambos mundos hubiera por completo cesado de sostener los ejes sobre los que descansa el universo.

En aquel silencio, en aquel reposo repentino de la naturaleza, sintió Aixa cerrarse pesadamente sus párpados; faltó á su pecho aire en la estancia para respirar, y tomando su cuerpo la rigidez de un cadáver, cayó desvanecida sobre las almatabas en que se hallaba reclinada.

Por sus venas parecía no circular la sangre, y el corazón, hasta entonces agitado, detuvo sus latidos.

Al cabo de algunos momentos, los ojos de la doncella se abrieron lentamente: su mirada, vaga é incierta, aparecía velada por extraño influjo, y en aquella inmovilidad, semejante á la de la muerte, describiendo el manto de sombras en que todo se mostraba envuelto, vió de súbito surgir entre las nieblas del pavoroso libro del porvenir, el cuadro sonriente de la alegre comarca donde, felices y tranquilos, transcurrieron los dichosos días de su infancia.

El sol, regocijado y esplendoroso, derramaba sus ardientes bienhechores rayos sobre la campiña, que aparecía engalanada como para una fiesta: poblaba el aire el rumor apacible de la naturaleza agradecida, y los cielos sonreían de contento... Allí, en medio de aquel edén se veía á sí propia, ataviada rica y lujosamente, como las mujeres dispuestas á recibir su prometido; como la inocente desposada que aguarda al hombre que ha hecho latir su corazón y que ha vertido sobre él el líquido inefable de todas las delicias, el bálsamo del amor, que colorea las mejillas de la joven, que da brillo intensísimo á su mirada y presta alientos á sus labios, más rojos que la amapola del valle.

Luego, allá en el lejano horizonte, envuelto en nube resplandeciente de oro, confusamente primero, pero después con claridad y fijeza, vió alzarse, risueño y cariñoso como siempre, al gallardo mancebo, Príncipe de los muslimes granadinos, al joven Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, cubierto de finísimas telas de sirgo bordadas de mil colores y recamadas de brillantes pedrerías: en sus ojos ardientes se retrataba la pasión poderosa que ella había sabido inspirarle, y la dicha

inundaba su rostro, bañándole en celestiales efluvios, que hacían resaltar la gallardía del Nasserita.

Llevaba en sus manos un laúd sonoro, y de sus cuerdas arrancaba con diestras pulsaciones sentidas armonías, cuyo eco divino conmovía las fibras del corazón de la hermosa. Detúvose la visión ante ella, y toda trémula Aixa, sintió que á sus oídos llegaban, dulces como el suspiro de la brisa, apasionadas como un himno de amor, las palabras que su amante pronunciaba acompañándose con el laúd, pareciéndole escuchar, débilmente repetidos por el aura, los acentos de una *casida* melodiosa que brotaba suave y perezosamente de los labios del joven Príncipe :

« Sultana cariñosa
del alma mía,
cuyos labios son rosa,
miel y ambrosía,
flor delicada
del jardín delicioso
de mi Granada :

—

» Sal, perla de los mares,
luz de la aurora,
á escuchar los cantares
de quien te adora !
De quien ansía,
para verte, en naciendo
que muera el día !

—

» Sal, lucero brillante,
sueño encantado !
Sal, que te espera amante
tu enamorado !
Sal sin tardanza,
que mi pasión se aumenta
con la esperanza ! »

Después, cuando el gallardo mancebo se disponía á comenzar enamorado la segunda parte sin duda de su amorosa canción, mientras ella le veía pulsar confiado y sonriente en ar-

monioso preludio las cuerdas del laúd, miró con horror alzarse de entre las sombras misterioso personaje, en cuya diestra



brillaba desnuda y amenazadora la gumía con que pocos momentos antes había á ella propia amenazado la sultana...

Nervioso estremecimiento recorrió todo su cuerpo: sus ojos, asombrados, vieron en silencio levantarse el arma fatal



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

cio para alentar á los mortales, habían respondido á las excitaciones de su pensamiento, y como entonces también, le anunciaban que la clemencia de Alláh favorecía decididamente la causa de la justicia... Triunfaría de las asechanzas de Seti-Mariém ; la horrible visión que había contemplado presa de invencible espanto, quimérico ensueño era que no llegaría por fortuna á realizarse ; pero, á pesar de todo, ¿ de qué medios podría valerse para hacer inútiles las tentativas crueles de la sultana?... ¿Cómo evitar las contingencias que podrían surgir y surgirían sin duda de las amenazas de aquella furia, poniendo en peligro la vida de Mohámmad?... ¡El medio!... El medio, cuando tan manifiesta se declaraba la protección divina, se ofrecería él de por sí en la ocasión oportuna... Y llena de salvadora confianza,

—¡Gracias! Gracias!—exclamó cayendo de rodillas sobre el tapiz de terciopelo, mientras levantaba reconocida á la altura las cruzadas manos y los ojos... ¡Gracias sean dadas á Ti, el Creador de los cielos y de la tierra, el Señor del trono excelso! ¿Quién sino Tú, da aliento con su mirada al que flaquea, luces al día y esperanzas al desesperado?... ¿Quién sino Tú, ahuyenta las tinieblas de la noche y hace sonreír el día?... ¿Quién sino Tú, eterno Alláh, podría librar al justo de las iniquidades del malvado?... ¡Alabado sea tu poder y ensalzado tu santo nombre por todas las criaturas, hasta la consumación de los siglos!

Tranquila ya, recobró la doncella su aspecto placentero: tornó la sonrisa á sus labios aún descoloridos, y en tanto que acomodaba las graciosas curvas de su cuerpo sobre la bordada seda del mullido sofá, procurando entregarse allí al descanso,—las primeras luces del naciente día penetraban azuladas y lentas por las entrelazadas celosías del ajiméz, viniendo envueltas en las primeras ráfagas de la brisa matinal, húmeda todavía, é impregnada en el aroma penetrante de los campos.

En sus inmensas é infatigables alas, habíase el huracán de la pasada noche llevado prendidas las últimas nubes, y el cielo, despejado y sereno, se extendía diáfano por la inmensidad, halagada por las caricias del sol que aparecía por oriente cariñoso, y como deseando con sus sonrisas aumentar los beneficios de la pasada lluvia, que había absorbido con avidez la tierra llena de agradecimiento.

La mañana estaba fresca, y aunque en sutiles expansiones, el aura, que se reconciliaba con la naturaleza, agitando las copas de los árboles, aún no del todo despojados de su ropaje, amarillento ya y caduco, introducíase con entera libertad en el aposento donde Aixa, en brazos de reparadores ensueños, gozaba del descanso que harto había menester su cuerpo, atormentado por tantas y tan punzantes emociones.

Mal cerrada la celosía, no pudo resistir sin embargo los embates reiterados de la brisa, la cual, como huyendo de la luz del sol y cual si fuese zaguero residuo de la pasada tormenta, buscaba dónde esconderse sin duda; y abriendo al fin una de las puertas de aquella, penetró de rebato en la estancia, recorrió sus labrados muros, deteniéndose en cada entalle de matizado estuco, giró en torno de la lámpara, agitando asida á sus cadenas, contó los pliegues de los tapices, y vino por último á entretenerse en desordenar los rizos que caían sobre la frente de Aixa, despertándola con un beso glacial é insistente.

Incorporóse la doncella entumecida, y paseando en torno suyo la mirada, como si del mundo de los fantasmas hubiese descendido bruscamente al mundo real, alzóse del asiento, y corrió al ajiméz, recreando los ojos con el espectáculo que ante ellos, desde allí, se ofrecía insinuante. Uniendo luego por misterioso enlace y singular encadenamiento lo pasado y lo presente, acudió á su memoria el espantable ensueño, desvanecido, y poseida de indefinible sentimiento, ya que no le era dado con los sentidos contemplar á su amante, ya que no le era posible correr á su lado, quiso á lo menos que el fatigado espíritu reposase en aquellos objetos para ella tan queridos, y subió precipitadamente á la azotea más alta de la casa, sin hacer caso de los dos esclavos que la servían y que halló solícitos en su camino.

Cuando desde tal punto, que por lo elevado semejaba el alminar de una mezquita, tendió la vista en torno por aquel hacinamiento de terrados que se dilataba á su vista, y distinguió á modo de profunda cortadura entre ellos, alineándoles, el cauce del Darro, cuyo rumor confuso llegaba hasta ella, y sobre aquella línea inacabable, vió al cabo las altas y rojizas torres de la Alhambra, como tronco y cabeza de la ciudad y asiento de los Sultanes naseritas, sintió dilatarse el pecho, le

pareció que era libre y feliz, y un suspiro de satisfacción salió desde sus entrañas á sus labios.

Allí, frente á ella, levantaba esbelta sus contornos la *colina roja*, orgullosa de sustentar el maravilloso alcázar de los Jaz-rechitas, vestida siempre la recia armadura de ladrillos, piedras y argamasa que forman su encumbrada fortaleza, y accidentan con bellos salientes tonos los cubos del recinto que guarda y defiende la Alhambra soñadora, cuyos muros tapizan las sutiles creaciones de las hadas, y cuyos techos cuajaron los genios, cristalizando en ellos prodigiosamente la obra matizada de diestros alârifés.

Largo espacio permaneció en aquella actitud contemplativa la doncella, puestos los ojos en el enhiesto cerro de la Alhambra,—hasta donde, semejante á la espuma de inmensa ola gigantesca, trepaba en irregulares ondulaciones el case-río,—y el alma toda entera dentro del recinto del fastuoso alcázar, del que sólo la corona almenada de las cuadradas torres desde aquel punto se distinguía.

Bandadas de alegres pajarillos poblaban el espacio con sus gritos agudos, discurriendo por él con errante vagaroso vuelo, como si unas á otras se comunicaran aquellas aves su alegría al encontrarse después de la tormenta de la pasada noche, y bañarse en los dorados rayos del sol naciente que por los altos del Generalife aparecía, deteniéndose inquietas en los aleros de los tejados, saltando por las azoteas desiertas, y correteando por ellas sin temor en su regocijo. Ligeras y veloces cual saeta, las palomas se engolfaban en aquel océano de luz, y hendían bullidoras los aires en varias direcciones, recreándose en cruzar rápidas cien veces por el mismo sitio, abatiendo el vuelo de repente, y remontándose de nuevo en grupos caprichosos.

Aquel renacer de la vida, aquella expresión soberana de la libertad, despertó en Aixa sombríos pensamientos, y fijó al cabo su atención, dejando también ella volar inquieta la imaginación por los espacios, mientras seguían sus miradas el rumbo incierto de las aves, las cuales, desde el lugar en que la joven permanecía, simulaban girar sobre la Alhambra en círculos que se iban cada vez ensanchando más, hasta llegar á ella...

Así le sorprendió en los aires un punto blanco, como copo



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



en graciosa curva el cuello, inquieto y movedizo, mientras tomaba descenso, dando á su cuerpo ondulaciones elegantes, clavaba con gravedad en Aixa los rojizos ojuelos, como si quisiera de esta suerte comunicarle las noticias de que era portadora.

Tendió la joven hacia ella la mano, y desatando ligera el cordoncillo que entre el blanco plumaje blandamente se sumergía, y del cual pendía el bolso, apoderóse de éste, encontrando dentro una hoja de lustroso y sonrosado papel, plegada en cuatro dobleces, y en la que el Príncipe de los musulimes había trazado con inseguro pulso algunas líneas, que devoró con avidez febril la doncella.

En aquel papel, Mohámmad enviaba á su amante sentidas quejas: inexplicable había sido para él cuanto la pasada noche leyó de misterioso en la actitud y en las palabras de Aixa, y con el corazón lleno de duelo, ahogado por la pena que todo aquello, vago, incierto, inacostumbrado, le producía, dudando de sus propios ojos, sospechando hasta de sí mismo, al emprender el camino de la Alhambra, su alma era un caos donde se combatían sañudamente encontrados sentimientos.

Creyó que el amor de aquella mujer que le fascinaba era mentira, y que al faltarle, hasta le faltaba, iluso, el excelso Alláh, como si fuera posible que la mano del Omnipotente se apartase de sus elegidos... Sombrío, triste y agitado, en balde pidió al sueño descanso: parecía que todo giraba en torno suyo, y que *As-Sariél* había separado su cuerpo y su alma, arrojando éste á los horrores del *chahaném* desde el sutil puente del *assiráth*, mientras aquél desaparecía en las húmedas negruras del sepulcro, donde se apoderaban de él para destrozarle todos cuantos seres bullen y se agitan en las entrañas de la tierra.

Horrible noche, en la que la voz atronadora de los elementos desencadenados, resonaba medrosa dentro de la estancia donde el Sultán se revolvía sobre los almohadones de su lecho, sin alcanzar sosiego, y en la que, más pavoroso aún, resonaba en su espíritu el estruendo de los dolores que le agobiaban; noche á que puso término la aurora, apareciendo sonrosada y fresca, de entre las blanquecinas nubes que desgarraba sonriente á su paso, borrando las huellas de la pasa-

da tormenta, y empujando delante de sí al abismo las tinieblas en revueltos atropellados torbellinos.

Alzándose del lecho, si hubiera seguido el consejo de su pasión, Mohámmad habría volado á los brazos de Aixa, para convencerse de que todas sus penas eran quiméricas fantasías, interrogarla libremente, y recobrar la tranquilidad perdida; pero sobreponiéndose á los deseos que le espolleaban, aunque sin renunciar á su primera idea de pedir á la joven explicación de sus misterios,—el Príncipe con ardorosa mano escribió sobre el papel cuanto sentía, y con asombro de sus esclavos y servidores, corrió él mismo en busca del ave feliz que debía ser portadora de sus ansias, y había tantas veces ya cruzado el camino que separaba el alcázar de los Nasseritas de la morada de la niña.

Asomado á uno de los rasgados ajimeces de la *Torre de Comárex*, por la parte del mediodía, contempló afanoso los giros que la paloma describió primero en los aires al ser lanzada por la mano del Amir, viéndola palpitante de emoción hender como una flecha el espacio en la dirección en que confusamente y á la margen derecha del Darro, se distinguía el caserío de aquel barrio de la ciudad, que comenzaba á despertarse.

—Oh, dichosaavecilla, á quien Alláh ha concedido clemente el poder de que ha privado al hombre! Bate, bate tus alas, blancas como el alma pura de mi amada, y llévale mi corazón, llévale mi vida, llévale mi pensamiento: que todo cuanto hay en mí es suyo! Dile cuánto sufro sin verla, sin escuchar su voz, tan suave como el susurro del viento entre las ramas de su jardín, y tan dulce como su mirada, donde todas mis alegrías se compendian!... Dile, por Alláh, cuán inmensa es mi pena, cuán grande mi inquietud, cuán profundo mi quebranto, y que una palabra suya escrita, así cual basta un rayo de sol muchas veces para calmar la tormenta, y una mirada del Omnipotente para enfrenar las olas del mar encrespado y revuelto, bastará para calmar mi angustia y mi zozobra!...

Mientras contaba el Sultán con ardorosa impaciencia los instantes, y pretendía desde el ajiméz penetrar con sus ojos la distancia,—leía y releía Aixa entre lágrimas el tierno mensaje del Príncipe, comprendiendo por la emoción que la po-

seía la de su enamorado en aquellos momentos y en la pasada noche. Llevando consigo la inocente emisaria, á la que colmaba de caricias sobre su pecho, encerróse con ella en el aposento que le estaba reservado, y allí, sobre otra hoja de papel, dejó correr el *calám*, y con apasionado lenguaje satisfizo las dudas, las inquietudes y las ansias de su amante, declarándole cuanto había entre ella y Seti-Mariém acaecido, y los funestos designios de aquella mujer que perseguía sin tregua ni respiro la muerte del Amir de los musulimes.

Selló con un beso de sus rojizos labios el billete, y después de doblarlo, colocólo en el bolso, que sujetó de nuevo al cuello de la paloma, y volviendo á la azotea, lanzóla en dirección de la Alhambra.

Pero al mismo tiempo, sintió sobre sus hombros la presión de una mano, y volvió los ojos con extrañeza.

Delante de ella, majestuosa, como siempre, airada y aún más ceñuda que de ordinario, se hallaba la sultana Seti-Mariém, contemplándola con sardónica sonrisa, y señalando el punto del espacio por donde se había lanzado la paloma, la cual era detenida en su carrera por una flecha disparada con tal acierto, que el animal, herido, caía como un copo de nieve desde la altura, girando vertiginosamente sobre sí mismo.

—Imbécil!...—exclamó la sultana con desprecio.—¿Creías por ventura que eran vanas mis amenazas, y que podrías burlarme fácilmente?... Ya lo ves!... Mientras esa inocente ave-cilla fué sólo mensajera de tus protestas de amor, nada hice contra ella; pero hoy que conoces mi secreto, hoy que contraviniendo desvanecida mis órdenes tratas de oponerte á mi voluntad, entregando al aire lo que debe permanecer para todos oculto, ya lo ves, tú misma le has ocasionado la muerte...

Atónita la joven y muda de sorpresa, no halló palabra que responder, comprendiendo la gravedad de la situación y su impotencia en aquellos momentos.

Lívida, trémula á la par de espanto y de coraje, con la mirada en el suelo y el corazón acongojado, ni lágrimas halló Aixa en sus ojos, como no había encontrado palabras en su lengua para contestar á aquella mujer, que así la atormentaba.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

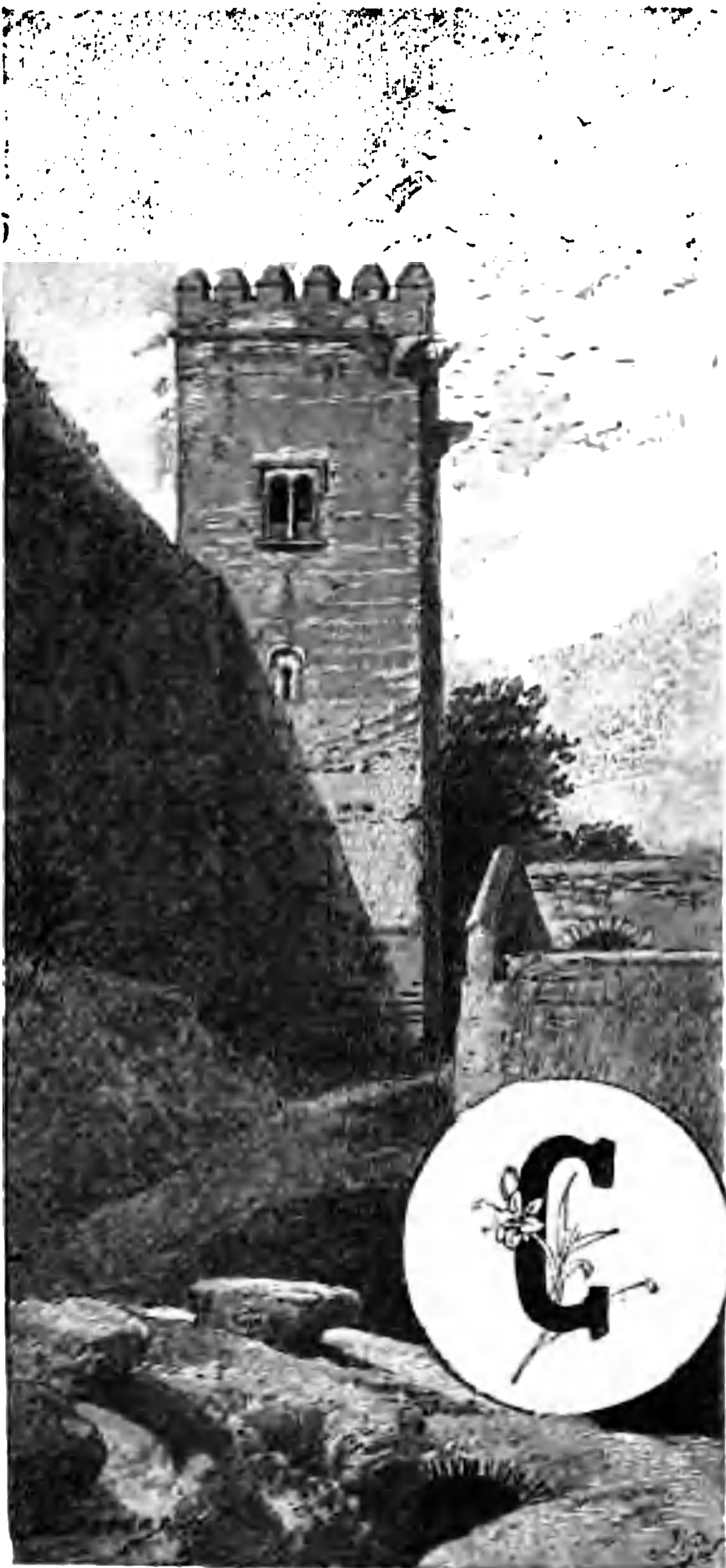
¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir



IX

UÁN percederas y miserables, dice el poeta, son las cosas de la vida, y qué instable es la fortuna para los humanos! Sólo Alláh es eterno, y sólo Él es Inmutable!... Pero « así como ha concedido sus

beneficios en lo pasado, los concederá clemente en lo que está por venir » á sus elegidos!

Tal pensaba el Sultán en su impaciencia, esperando el regreso de su alada emisaria. Tal pensaba consumido por ardiente afán, y dominado por honda preocupación invencible, mientras el tiempo, lento y majestuoso, como símbolo de la eternidad divina, discurría impasible, sin que los ojos del Amir, entre lasavecillas que surcaban de todas partes el espacio, distinguieran el sosegado y rápido vuelo de aquella á quien había confiado su corazón, y de quien aguardaba como las plantas el rocío bienhechor de la mañana, palabras de esperanza y de consuelo!

Cercana estaba ya la hora de *adh-dhojár* (1), y todavía el Príncipe continuaba en su puesto. El sol, penetrando por entre los calados de los arcos que dan paso al *Patio de la Alberca* en el alcázar, llegaba casi hasta los pies del Príncipe para saludarle risueño; bullía la multitud en la calle que aprisiona con su pretil el Darro paralelamente á la *colina roja*, y del frontero Albaicín y de la ciudad, llevaba el aire hasta los oídos del joven el eco de esos mil rumores que denuncian la vida en una población tan importante como lo era la celebrada corte de los Jazrechitas.

Juzgándose la más infeliz de las criaturas, Abd-ul-Láh, lleno de despecho, herido profundamente en su amor propio, y perdidas las esperanzas, dejóse ganar por la cólera ante aquel inexplicable silencio.

¿Cómo dudar ante la evidencia?... Como todas las mujeres, más que ellas aún, Aixa había jugado con su corazón para burlarse después sangrientamente! Aquellas palabras impregnadas de celestial encanto, y que resonaban tan dulcemente en el corazón de Mohámmad, eran falsas!... Bien había dicho el Profeta (Alláh le bendiga!): «Oh hombres! Pensad que sólo las promesas de Alláh son ciertas!... No os dejéis seducir por los halagos del mundo!...» Su presencia en el *Serrallo*; aquella madre en cuya busca había impetrado el auxilio del Sultán; la aventura misteriosa del jardín; la pasión de que decía sentirse inflamada por el Príncipe... todo mentira!... Todo engaño!... Todo sugerencias infernales de la protervia y de la ambición inicua de Seti-Mariém! Todo urdido para perderle y causar su muerte, sin duda alguna!... Como un ensueño agradable, como una fantasía que seduce por un momento el corazón y lo inunda de alegría, cual si procediese del alto Alláh, cuando procede de las sugerencias del demonio, quedaría para él el recuerdo de aquella mujer en cuyas palabras había neciamente confiado, y que sólo ambicionaba, quizás por vil metálica recompensa, alejarle del camino derecho para conducirlo luego á alguna siniestra emboscada, donde sus enemigos le harían perder la existencia...

Fuera toda vacilación... Indigno sería de un hombre de

(1) Hora entre las nueve y las diez de la mañana.

espíritu, y sobre todo de aquel á quien la mano del Todopoderoso había colocado como cabeza y guía de los fieles musulmanes en Granada, el dejarse ganar por seducciones de tal especie... La misericordia de Alláh era inmensa, y ella haría que se desvaneciese de su imaginación exaltada aquel fantasma, y se borrasen de su corazón para siempre aquellos dulces sentimientos que habían sido su único deleite durante un tiempo, tan leve antes, tan largo ahora, que tocaba las amarguras del desengaño!

Así pensaba el joven Abd-ul-Láh en su despecho, apartándose violentamente del ajiméz y decidido á olvidar para siempre á aquella cuyas angustias y cuyos dolores no había penetrado. En balde fué, no obstante, que pretendiese escuchando á sus guazires en el consejo distraer su espíritu con los arduos negocios del reino: su atención, como reprochándole, estaba siempre fija en la misma idea, que, tenazmente aferrada, no le permitía momento de reposo.

Porque ¿y si después de todo se engañaba?... ¿Y si era verdad el amor que Aixa le había jurado?... ¿No se había convencido, por las informaciones del cadhí, de que la aventura de aquella noche en que fué herida la joven, no había sido preparada por ella? ¿No podía la sultana Seti-Mariém haber sorprendido su billete?... Sí: eso debía ser. Aquel rostro angelical, no era el rostro de una aventurera, y no mentía; no mentían aquellos labios tan puros... Alguna causa superior, por él desconocida, era sin duda lo que había impedido que Aixa contestase á su billete... Acaso la paloma se habría extraviado... Quizás, si Seti-Mariém la había sorprendido, hubiese cruel y sanguinariamente cumplido sus amenazas para con la doncella... Pero sólo Alláh, el sabio, el conocedor de todas las cosas, era quien únicamente podía saberlo...

Cortando la palabra á uno de sus guazires, se levantó febril en el consejo y despidió á sus ministros, quienes no acertaban á explicarse en su señor (¡Alláh le haya perdonado!) aquellas genialidades desconocidas.

Mandó después buscar al arraéz de sus guardias, en quien tenía singular confianza, así como también al kátib, y con ellos, devorado por la impaciencia, se dirigió á la casa de su amante.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



se había para él abierto, como se abren las puertas del paraíso para aquellos de quienes Alláh no se ha separado, y han seguido en vida el camino derecho de su salvación eterna!

¡Ay de la sultana, si había osado tocar á un solo cabello de Aixa!... En su poder tenía el Príncipe desde su advenimiento al trono, al príncipe Ismaïl, hijo de Seti-Mariém, y hermano suyo por consecuencia. No sin motivo le había hecho habitar la *Torre*, á que después dieron nombre los nasaríes (Alláh los maldiga!) de *Torre de las Damas* (1); tomaría represalias en el joven, y de esta manera la sultana no tendría más remedio que devolverle la mujer á quien adoraba.

Mientras tanto, el portón se abría, y por él impetuosamente se lanzaba Mohámmad, seguido siempre de Abd-ul-Malik y de Ebn-ul-Játhib, que habían logrado incorporársele.

Sin detenerse un punto, cruzó el jardín y subió las escaleras que al aposento de Aixa conducían; reconoció frenético el edificio de todos lados; pero en balde: todo estaba desierto. Hizo llamar al portero, personaje en quien hasta aquel momento no se había fijado nunca; pero era mudo de nacimiento, y no pudo por consiguiente obtener de él noticia alguna. Tornó frenético á sus pesquisas, ya desesperado; y al propio tiempo que el kátib le presentaba el cuerpo ensangrentado de la paloma, hallado en uno de los rincones del jardín, el Príncipe por su parte descubría una arquilla de marfil, peregrinamente labrada, donde en lugar de la *alheña*, del *cohol* y de los perfumes que en ella debía haber guardado Aixa, encontraba todos los billetes que por conducto del ave mensajera había él enviado todas las tardes á la joven.

Entre ellos, arrugado, estaba también el último, que ésta había tenido tiempo de ocultar en aquel sitio.

Entonces el Amir lo comprendió todo, reconociendo la mano de su madrastra Seti-Mariém; entonces comprendió la injusticia con que había sospechado de Aixa, y la causa de su

(1) «Venido al solio Mohámmad, destinó un palacio, cercano á las reales habitaciones, magníficamente adornado y dotado de toda clase de comodidades, á los usos de su hermano Ismaïl, que era hijo de su padre y su madrastra» (Ebn-ul-Játhib en su *Ihata*, apud Casiri, *Bib. escurialense arábigo-hispana*, t. II, pág. 314).

silencio... Oh! Si en lugar de la desconfianza que le había ganado aquella mañana, hubiese seguido el primer impulso de su corazón, corriendo entonces al lado de la joven!...

Tenía aún el ave, ya fría, pendiente del cuello el bolso de terciopelo, y para el Príncipe era indudable que la sultana se había apoderado del billete con que Aixa contestaba al suyo.

Poseído de mortal desesperación, y conociendo la mano que le hería, juró Mohámmad tomar venganza de sus enemigos implacables; y en tanto que daba orden á Abd-ul-Malik para que permaneciese en aquel sitio,—con el alma destrozada y respirando odio hacia los que le arrebatában su ventura, tornó á su alcázar de la Alhambra.

Allí, hacía ir á su presencia al prefecto de policía, comunicándole la resolución que había adoptado, al propio tiempo que encargaba al *mexuár*, ejecutor de sus justicias, que apoderándose del príncipe Ismaíl y de su hermano Cais, los redujese á prisión en una de las torres del *Al-Hissán*, que se extendía á la parte de poniente del alcázar.

En los momentos mismos en que el Sultán, juzgándose juguete de las supuestas veleidades de Aixa, se apartaba del ajiméz desde donde le había mandado su último mensaje; cuando, muda de espanto y de sorpresa la niña veía de improviso surgir ante ella á la Sultana, caer la paloma herida por los sicarios de ésta, y desaparecer desdeñosa á Seti-Mariém de la azotea, después de haber llenado su alma de desconsuelo,—apenas si la pobre niña tuvo alientos para darse cuenta de lo ocurrido, y volver vacilante á su aposento.

Sumida en tristes cavilaciones, y siniestramente impresionada, en vano pidió lágrimas á sus ojos, los cuales, secos y ardientes, giraban en sus órbitas; en balde trató de reunir sus pensamientos, y de invocar la protección de los genios invisibles. Derribada sobre los almohadones de un sofá, si tuvo tiempo para ocultar el billete de su amado en la arquilla donde depositados guardaba cuantos de él había recibido, no lo tuvo para tomar determinación alguna, después de que Seti-Mariém había descubierto el medio por el cual se comunicaba con el Príncipe, y se había apoderado del escrito en que ella daba á Mohámmad conocimiento de la trama infernal de la sultana.

Poco después de haberse encerrado en aquella estancia, aparecían en ella dos hombres desconocidos, los cuales, sin que la joven pudiera ofrecer aniquilada resistencia alguna, se apoderaban de su persona por la fuerza, y utilizando el camino secreto de la *alhenia*, conducíanla por orden de Seti-Mariém á un aposento subterráneo y húmedo, donde la abandonaban casi sin sentido, cerrando antes cuidadosamente la puerta.

• • • • •
Era ya esa hora incierta de la tarde en que las sombras, avanzando cada vez más intensas, disputan su imperio al día moribundo, hora indecisa, sin color ni vida, que difunde melancolía singular é indefinible en el espíritu, y en que, como las imágenes de un sueño, todo va poco á poco borrándose y perdiéndose entre las cenicientas oleadas precursoras de la noche.

De vez en cuando, é interrumpiendo el silencio respetuoso y lleno de majestad del crepúsculo, acompasadas, lánguidas como un lamento, resonaban en los aires las voces del *muedzín*, convocando desde la cima del levantado alminar de las mezquitas á los fieles para el *assaláh* de *al-magrib*, cuya ora era; y el *idzán* (1), repetido en todos los tonos, parecía la oración verdadera elevada por la población en masa á los pies del trono del Omnipotente.

Las calles de la ciudad iban poco á poco quedando desiertas y en silencio, destacando á modo de manchas negras los escasos transeuntes sobre los enlucidos muros de las casas.

Á la falda del Albaicín, en una de las miserables y estrechas callejuelas que van á morir al Darro, como resto de antigua fortificación, ya abandonada,—conservábase aislado y enhiesto aún, denegrado torreón cuadrangular, desmochado y en ruinas, que parecía próximo á derrumbarse bajo su propia pesadumbre. Crecían entre la argamasa de sus muros las parietarias; y el jaramago tomando triunfante posesión de aquel despojo de las edades, coronábale orgulloso de exuberantes penachos, que le daban aspecto pintoresco. Morada

(1) Pregón exterior que se hace á los cuatro vientos desde la torre de las mezquitas, llamando á la oración; el *saláh* de *al-magrib* tiene efecto á la puesta del sol, y no cuenta sino una sola hora.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

sión, la descarnada osamenta de un esqueleto; y á su lado sobresalía cierta especie de tarima de *aliceres*, ahumada y medio derruída, sobre la cual, y al fuego activo de las brasas,



hervían diversas vasijas y retortas, arrojando en espirales sofocante y denso humo, que difundía en torno singular ambiente.

Al cabo de largo espacio de silencio, interrumpió el miserable anciano sus meditaciones; y

dejando sobre el tablero el compás que había tomado nuevamente entre sus manos, alzóse con lentitud de su asiento y se dirigió con tardo paso á la tarima de azulejos.

— Eso es! — exclamó contemplando con deleite una de las vasijas. — Nada hay imposible para Xaythán, como no hay para él nada oculto en las entrañas de las criaturas...

Y tomando otra vez asiento en el taburete, tornó á sus meditaciones, trazando líneas y midiendo ángulos en el tablero de que había vuelto á apoderarse.

— Sí, eso es, — decía á cada línea que trazaba sobre la arena con nerviosa mano. — Eso es!... No logrará ahora ese maldito engendro libertarse, y como su padre, caerá también cuando menos lo espere y lo presuma, quedando así cumplida mi venganza! Su figura se desvanece apenas señalada, y su nombre aborrecido no deja huella alguna... El momento está cercano!

Sumióse en pos en profundo silencio, sin dejar de seguir sus trazas preocupado, cuando interrumpiéndole á deshora, resonó en la estancia metálico ruido, á cuyas vibraciones se levantó del taburete, con más celeridad de la que podía esperarse de los años que aparentaba.

— Ya está aquí, — dijo...; y con efecto, breve tiempo después, y sin que al parecer hubiera en aquel recinto pavoroso entrada, al dudoso fulgor del candil, dibujóse en uno de los lados de la torre el bulto oscuro de una persona, completamente oculta entre los pliegues del ropón que la envolvía.

Avanzó en silencio al medio del aposento; y desembarazándose allí del *solhám*, apartó á un lado con rápido ademán el velo que encubría su rostro, exclamando al mismo tiempo:

— Ciertamente, Abú-x-Xakár, que no esperarías mi visita ni á esta hora ni en este sitio.

— Te equivocas, sultana, — respondió el miserable. — Para mí nada hay oculto, y há rato que te espero, porque sabía que habías de venir.

— Luego ¿sabes también... — replicó Seti-Mariém, porque ella era, — sabes ya que nuestra empresa ha fracasado?...

— No lo ignoro, sultana. No hay para mí secretos en la tierra — dijo el anciano.

— ¡ Oh! Es preciso concluir... ¡ Sí!... ¡ Es necesario que ese hombre perezca!... Si tus brazos no vacilaran y fuesen todavía fuertes como en otro tiempo... ¡ Pero es inútil!

— Bien sabes, Seti-Mariém, que si no titubeé un solo momento en ejecutar tus órdenes, exponiéndome á una muerte cierta por satisfacer nuestra venganza, tampoco, siendo necesario, vacilaría hoy en librarte de ese mancebo, á quien persigue nuestro odio. Pero no es aún preciso. Conviene an-

tes apurar los recursos de mi ciencia, y ellos, así como han logrado hasta aquí nuestros deseos, acaso mejor que mi guma, sabrán desembarazarnos á tiempo de nuestros enemigos.

—¡ Alláh te oiga !—exclamó Seti-Mariém.—Pero mejor mil veces que tus filtros fué tu mano certera, cuando cayó á tus golpes Yusuf, el enemigo de nuestra dicha, el padre de Mohámmad... ¡ Maldígale Alláh !... ¿ Por qué vacilas, cuando tan cercano es el momento de que se colmen tus esperanzas? ¿ No estás aún satisfecho? Ó ¿ quieres todavía prolongar esta vida miserable, que arrastras desde la muerte de Abul-Hachich? Si nuestro hijo Ismaïl ocupase el trono de Granada, ¿ qué más podrías apetecer teniendo el amor de Seti-Mariém, que no te olvida?

—¡ Calla, sultana, calla !...—murmuró Abú-x-Xakar.—¡ Aún no ha sonado la hora de la venganza! Cuando la implacable fortuna te arrancó de mis brazos, para llevarte á los del padre de Abd-ul-Láh, juré exterminar la raza de los tiranos, y no olvides que sé cumplir mi palabra. Podrán pasar los años, encanecer mi barba, flaquear mi cuerpo ; pero lo que siempre subsistirá en el fondo de mi corazón, será el odio jurado á los Al-Ahmares. Vive, pues, tranquila, que yo velo por ambos.

—Entre tanto— prosiguió después de algunos momentos de silencio, encaminándose hacia la tarima de azulejos donde hervían las vasijas allí colocadas,—aquí tienes la ponzoña que ha de poner término á nuestra obra... ¡ Oh! ¡ No hay miedo de que escape, porque no existe sustancia que altere este veneno, una de cuyas gotas bastaría para que en un instante pasase el *as-siráth* (1) quien lo probara!

Y el anciano sonreía, mientras apartaba del fuego una de aquellas vasijas, y con el mayor cuidado removía el líquido contenido en ella.

Breves momentos duró esta operación, y al postre, valiéndose de un extraño aparato, del fondo de la vasija mencionada extrajo una hermosa fruta, que no parecía sino arrancada en aquel instante del árbol.

(1) Puente largo y estrecho como un cabello, colocado sobre el infierno, y por el cual habrán de pasar los buenos y los malos ; los unos para ir al cielo, y los otros al infierno.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto

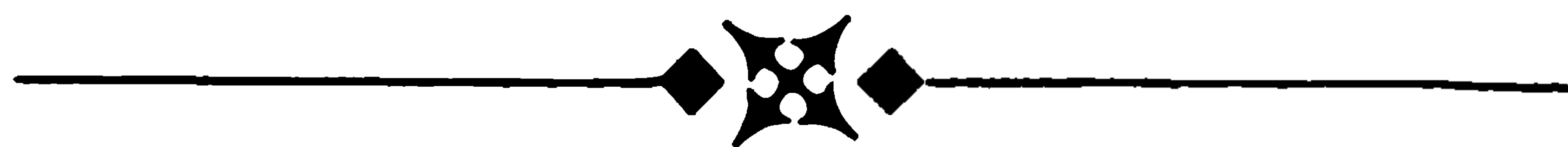


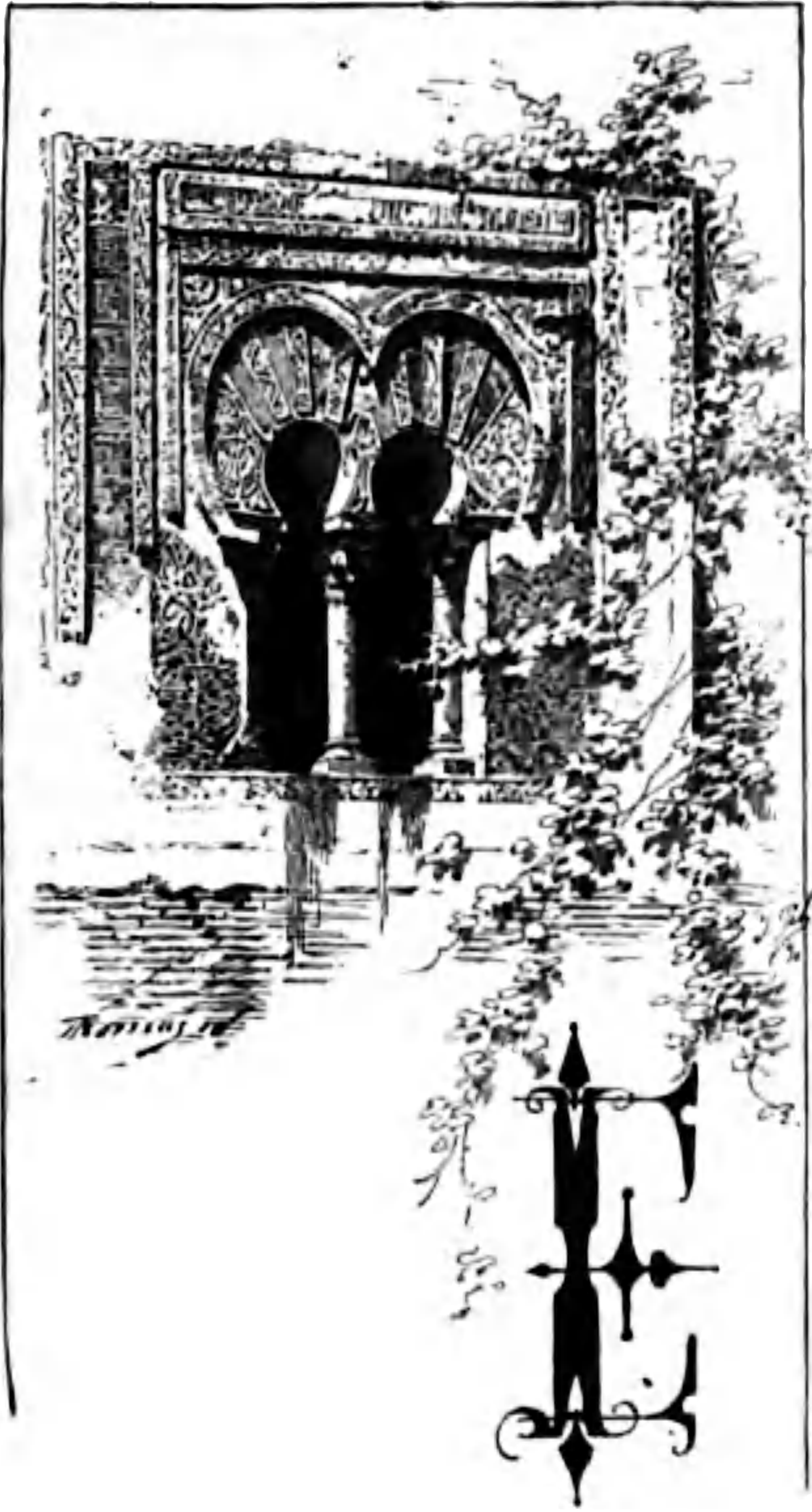
al-maút será impotente para nosotros, sonriéndonos eterna primavera!

— No retardes,— prosiguió,— ese feliz momento, y pues la suerte nos favorece y ayuda, acabemos de una vez!

— Que *Thagút* nos proteja!— exclamó estremeciéndose de emoción Seti-Mariém al escuchar las palabras del anciano.— El día en que tus promesas se realicen, el día en que mis sueños se cumplan, y esa perpetua primavera nos sonría, ¿qué habrá de importarnos ninguna de las delicias del paraíso, si todas juntas habremos de gozarlas eternamente?— Y mientras ocultaba entre sus ropas la envenenada fruta, y echaba sobre sus hombros el *solham*, volviendo á cubrirse el rostro con el *al-haryme*, dirigía á Abú-x-Xakár provocativa sonrisa, quizás pensando en lo lisonjero del porvenir que á sus ojos presentaba lleno de halagos el miserable siervo del infierno.

Poco después, desaparecía en las sombras; y entregándose de nuevo á sus maleficios, dejábase caer el viejo sobre el taburete, bajo el vacilante fulgor que arrojaba el candil en aquella medrosa estancia.





X

N tanto que Aixa, presa de mortal zozobra y dominada por extraños presentimientos al darse cuenta de su situación, se había á su inquietud abandonado

sin reserva dentro del lóbrego aposento á donde fué por las gentes de la sultana conducida, invocando fervorosa la protección de Alláh el Omnipotente y el auxilio de los buenos genios,—la noticia del arresto del príncipe Ismaïl, como torbellino desenfrenado del huracán deshecho, corría por Granada, y caía sobre el *Alcázar de Saïd* cual rugiente exhalación, produciendo singular estrago, y llevando consigo la desesperación y el pánico, en medio del asombro que ocasionaba.

El Sultán había aquella vez ganado por la mano á sus enemigos, y tal muestra de energía inesperada, era segura señal y como presagio de más graves medidas. Hacíase pues preciso por consiguiente acudir á la defensa y procurar desarmarle y adormecerle, á fin de que el golpe, con tanta habilidad preparado, le hiriese cuando aún no hubiera tenido tiempo

de pararlo. Para el triunfo de las tenebrosas intrigas que Seti-Mariém urdía en secreto, la persona de aquel niño, á quien hasta entonces había mirado Abd-ul-Láh con fraternal afecto, era de todo punto indispensable; y urgía, antes que nada, no ya sacarle solamente de la prisión, sino del poder del Amir, que en él tendría siempre un arma, para esgrimirla con éxito contra las ambiciones de su madrastra.

Dado lo excepcional de las circunstancias, no se ofrecía sino un medio á fin de conseguir el primer objeto, y la sultana, careciendo del derecho de elección, no vaciló un instante: la libertad de Aixa, y la vida de la joven, respondían con efecto de la libertad y de la vida de Ismaíl; por esta causa pues, cuando de regreso de su visita á Abú-x-Xakár, Abú-Saïd daba conocimiento á Seti-Mariém de la medida tomada para con su hijo por el Sultán,—sin detenerse un punto, y comprendiendo desde el primer momento de dónde partía y á dónde iba encaminado el golpe, resolvíase á volver á Granada, cuyas puertas no habían sido cerradas todavía, y utilizando siempre la comunicación secreta, hacía personalmente poner en libertad á Aixa, mandando que fuera conducida á la casa por donde tenía entrada el subterráneo, y cuya humilde apariencia, por el lugar en que se alzaba, ya á la otra orilla del Darro, no podía infundir sospecha á nadie.

Así que la joven se halló en presencia de la Sultana, sin darle ésta tiempo á hablar, colocó delante de ella sobre una mesilla una hoja de papel, y alargándole el *calám*, exclamó con acento breve é imperioso, que no admitía réplica:

—Escribe!

—¿Qué quieres y á quién quieres que escriba, cuando apenas sé trazar el santo nombre del Omnipotente?...—preguntó la niña.

—No importa: es preciso que el Sultán reciba esta misma noche el billete que voy á dictarte, como ha recibido ya otros tuyos, y que ignore siempre lo que hoy ha sucedido... Tú te encargarás de fraguar á tu antojo la historia que mejor te parezca para explicarle la muerte de la paloma y tu desaparición, y cuenta tuya será el tranquilizarle... Escribe pues!

Acomodóse sin voluntad para resistir la joven en el almohadón que había inmediato á la mesa, y tomando el *calám*



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

—pero no olvides que la menor indiscreción que cometas, será causa de tu muerte. Mañana, antes de la hora en que ese maldito que se dice Príncipe de los musulimes en Granada, venga á tus brazos, mañana volveremos á vernos... Nada de resistencia á mis mandatos, nada de oposición á mi voluntad; porque de todos modos está escrito que Abd-ul-Láh ha de morir, y á pesar de tus esfuerzos, se cumplirá su suerte.

Bajó Aixa la cabeza en silencio, y comprendiendo que era en vano tratar de conmover aquel corazón de roca, dió dos pasos hacia la puerta del aposento, donde aparecieron los servidores de Seti-Mariém que hasta allí la habían conducido, y que acompañándola á través de las desiertas calles de la ciudad, cruzaron el río por uno de los puentes que sobre él se tienden, y penetraron con ella en la morada donde tantas penas y tantas alegrías había al propio tiempo experimentado.

Allí, en cumplimiento de las órdenes del Sultán, encontraba á Abd-ul-Malik, el arraéz de la guardia personal del Príncipe, quien desde por la tarde permanecía en su puesto, y quien al reconocer á Aixa, apresurábase después de cumplimentarla, á dirigirse al alcázar de los Beni-Nassares, comprendiendo la inquietud en que el Amir estaría, y el placer que habría de proporcionarle con nueva tan de su agrado como lisonjera, mientras Aixa se recogía á su aposento, extenuada y triste, y convencida de que no era posible para ella luchar con la sultana.

Bien hubiera querido Abd-ul-Láh, á cuyas manos hacía poco había llegado la misiva de la joven, correr al lado de ésta en su impaciencia, mucho más aún, cuando el arraéz le daba noticia del regreso de Aixa; pero cediendo á los ruegos de Abd-ul-Malik y prometiéndose para el siguiente día asistir á la cita de su amada, desistió de su propósito, y aquella noche derramó sobre él en larga vena la benevolencia de Alláh placenteros ensueños, como en señal de su protección manifiesta.

No sucedió de igual suerte á Aixa: acongojada y triste, veía con temor aproximarse el cercano día, dando vueltas sobre su lecho, sin encontrar descanso para el cuerpo y sin hallar paz tampoco para el espíritu. El decaimiento, la prostración de ánimo que la señoreaban, eran completos; y aun-

que revolvía en su cerebro mil proyectos é ideas confusas, ninguno de los primeros le parecía realizable, así como tampoco ninguna de las segundas le prometía lo que anhelaba.

Podía, es verdad, burlar acaso la vigilancia de que era objeto, huyendo de aquella casa como otras muchas veces lo había ya pensado; quizás lograría salvar al Príncipe de las asechanzas de Seti-Mariém; pero volvería de nuevo aquella mujer funesta á tejer sus redes con mañosa astucia, y entonces ¿quién podría salvar á Mohámmad, si ella no estaba allí para lograrlo?... No: era preciso destruir para siempre aquellos enemigos, y ella era la única persona capaz de lograrlo.. ¿Quién profesaría al Amir cariño igual al suyo?... ¿Quién resistiría como ella las rudas pruebas á que la sultana la había sometido?... Era pues indispensable que continuara viviendo en aquella casa; que penetrase los planes de la ambiciosa princesa, y que los destruyese, condenándola á la impotencia para siempre.

Pero urgía también que el Sultán estuviera prevenido, y no hallaba recurso alguno para ello... La muerte está más cerca de la criatura, que la pestaña del ojo, dice el sabio; pero también ha dicho que el que corre abandonando la vida á la esperanza, no se detiene hasta su muerte!...

Por esta razón Aixa, sin perder la confianza en la protección de Alláh y en la de los ángeles buenos, comprendía la necesidad de tomar un partido, y de obrar sin pérdida de momento. Así, con lentitud mortificante, vió penetrar por las celosías del aposento las primeras azules tintas del alba; así, oyó el pregón del *saláh* de *asobhí*; así, como el despertar de un cuerpo gigantesco, llegó hasta ella el rumor de la población, y así la hallaron los primeros rayos del sol, que cual lluvia de ad-dinares relucientes, caían sobre el pavimento filtrándose por entre las entrelazadas celosías.

Saltando entonces del lecho, cubrióse á toda prisa con recia alcandora de lana, ciñó á su cabeza una toquilla, é indecisa, vacilante, sin que aún hubiera acudido á su cerebro ninguna idea salvadora, ni le hubiese ocurrido medio para comunicar con el Sultán antes de que llegase la hora de la cita, subió como el día anterior á la azotea, y cual entonces, sus ojos erraron por el espacio vagamente, contemplando al fin, como labradas en coral, las rojizas fortificaciones de la Alhambra.

Si Alláh, que ha dado al pensamiento la facultad inapreciable de suprimir el espacio, hubiese concedido al cuerpo igual virtud, cuán presurosa habría tendido sus alas, y navegando por aquel inmenso azulado océano, que la luz del sol llenaba de dorados reflejos, hubiera volado á los brazos de Mohámmad, le hubiera en sueños sorprendido, y quedo, muy quedo, como susurro de la brisa, hubiera murmurado en los oídos del Sultán aquellas dulces palabras embriagadoras que constituyen toda la felicidad para los amantes. Luego, entre caricias, le prevendría de cuanto contra él se tramaba; y fuerte con la justicia y con la protección divina, sabría él imponer castigo á los malvados...

Si, á lo menos, aquel ave inocente que hendía los aires orgullosa, conociendo la importancia de su cargo cual mensajera del amor, no hubiera sido cruelmente sacrificada por Seti-Mariém, podría poner sobre aviso al Príncipe; pero ella la había visto caer mortalmente herida por traidora flecha, y aquellos ojuelos encendidos, que parecían ser reflejo de la pasión ardorosa del Sultán, se habían apagado para siempre! Si ella pudiera sobornar á sus guardianes!... Pero el portero, esclavo etíope, era sordo-mudo de nacimiento, y sólo comprendía las miradas de su ama; las doncellas que la servían, en medio de las atenciones que para con ella guardaban, eran incorruptibles, como lo había ya una vez experimentado... Ni podía, cual las demás mujeres, concurrir al baño público, ni recorrer las huertas frondosas de Granada, ni abandonar aquella verdadera prisión en que se encontraba!... Conocedora del secreto de la *alhenia*, la idea de utilizar aquel subterráneo, por donde había sido conducida el día anterior á un calabozo, y desde el cual la noche precedente fué llevada á una casa desconocida, había acudido en varias ocasiones á su imaginación...

Quizás aquel sería el único camino... ¿Cómo antes no se le había ocurrido?... Sí; no había que vacilar: aprovecharía la primera ocasión oportuna, y antes de que el sol hubiese recorrido la mitad de su carrera, huiría por allí y vería al Príncipe... Su plan estaba ya concertado, y sólo la extrañaba que antes, durante el insomnio de la noche anterior, no se le hubiese ocurrido aquella idea.

Así pensaba, abstraída completamente, cuando al levantar



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



pero recobrando con titánico esfuerzo ante el peligro la serenidad que estaba muy lejos de sentir, obligó á sus labios á que ensayaran una sonrisa, y murmuró:

—Es en balde, sultana, que pretendas llenar de más negros horrores mi espíritu. Alláh, que bendice desde *al-árxe* (1) la pasión que tú quisiste encender en mi alma, sabe y conoce todo! El amor del Príncipe, á quien tanto odias, es para mí cien veces preferible á la existencia que me has hecho insoportable!

—Por el mismo Alláh que invocas, esclava miserable, ¿qué me importan á mí los sentimientos de tu alma?—respondió Seti-Mariém con desprecio.—¿Qué me importas tú, vil instrumento?... ¿Piensas que por ventura he venido ahora para ser confidente de tus amores?... ¿No te se alcanza la razón de mi presencia hoy en este sitio?... ¿No sabes que eres tú la causa de que mi hijo Ismaïl (¡Alláh le bendiga y le proteja!) se halle preso en poder del hombre á quien aborrezco y cuya muerte ansío?... Sella el labio imprudente, y oye con atención cuanto voy á decirte, porque es ya tarde para enjugar tus lágrimas, y esta es, si Alláh quiere, la última vez que has de verme!

—He jurado obedecerte—contestó Aixa,—y pues nada hay que pueda resistirte, no verás en mí un solo momento de vacilación... Ya lo sabes... Yo acallaré la voz de mi corazón, ahogaré mis sentimientos, ya que Alláh lo quiere y me abandona; porque después de ésta, que aborrezco, hay, como tú has dicho, señora, otra vida de goces inefables en el Paraíso, hasta donde no habrán de llegar tus persecuciones... Impondré silencio á mi lengua: no temas que ella revele á Abd-ul-Láh la inicua trama de que es víctima inocente... No temas que mis lágrimas delaten tus infames proyectos... Ya lo ves —añadió conteniendo sus sollozos,—no lloro, y va á morir aquel á quien amo, aquel por quien daría hasta la última gota de mi sangre!

—Basta ya de lamentos!—gritó llena de coraje Seti-Mariém al escuchar las sentidas palabras de la muchacha.—Y pues me ofreces cumplir las órdenes que te tengo dadas—prosiguió presentando á Aixa la emponzoñada fruta que la tarde

(1) El trono de Alláh.

anterior le había entregado el odioso cómplice,—aquí tienes otra vez el único medio que ha de proporcionarte, con la libertad que hace tanto tiempo anhelas, una vida tranquila y sosegada... Cuida que, á pesar de tus protestas de fidelidad, no fío en tus palabras, y que ¡ay de ti, si por acaso el Príncipe llegase á sospechar alguna cosa antes de probar esa fruta! ¡Ay de ti, infeliz esclava, porque no perdonará á ambos mi coraje!... ¿Crees, desventurada, que no hay en el mundo otra cosa que tu amor?—continuó después de breve pausa.—¿Te juzgas tan necesaria como para que tu obstinada negativa pueda salvar la vida de tu amante? Brazos hay esforzados en Granada que á una señal mía hundirán en el pecho de Abd-ul-Láh el arma homicida; pero yo no quiero sangre... Quiero que muera en tus brazos; quiero que muera gozando los placeres prometidos en la otra vida á los fieles musulmanes, y morirá á pesar de todo y sobre todo!

Las últimas palabras de la sultana, pronunciadas con tono incisivo y frío, penetraron como afilado puñal en el corazón de la infortunada doncella, trayendo á su memoria cuanto había noches anteriores contemplado entre sueños angustiosa; y llena de ansiedad, no atreviéndose á levantar del suelo la mirada, turbia por el llanto, guardó silencio breves instantes.

Había en tanto cerrado la noche, y no se escuchaba otro rumor que el de los comprimidos sollozos que Aixa procuraba en vano contener delante de su odiosa enemiga.

Al cabo, en medio del silencio, resonó sobre el pavimento de la calle ruido de pasos precipitados, y poco después un silbido prolongado y tenue dejóse oír fuera del recinto de la casa.

Al escucharle, sintió Aixa correr por sus venas frío mortal; sus ojos se cerraron involuntariamente, y sus labios, obedeciendo á la voluntad, negaron la salida á un tierno suspiro que pugnaba por escapársele del pecho.

La sultana, al mismo tiempo, enrojeció de ira; y poniendo sobre los hombros de la muchacha entrambas manos, exclamó á su oído:

—Voy á ocultarme, porque quiero gozar con la agonía de ese pobre necio; pero antes, por última vez quiero recordarte que es la muerte el premio de los traidores; y que si tus ojos

ó tu voz descubren á mi enemigo ¡ maldígalo Alláh! el peligro que le amenaza, antes que puedas apercibirte, pereceréis ambos á mis manos, pues ambos estáis en mi poder, y nadie existe que pueda salvaros de mi cólera. Tiembla, esclava, y no trates de engañarme! ¡ Mi venganza será terrible!

Y colocando sobre un precioso tabaqué de plata la fruta emponzoñada, corrió á ocultarse en la disimulada *alhenia*, desde la cual podía ver cuanto en el camarín ocurriese.

Ya era tiempo, porque los pasos de Abd-ul-Láh resonaban cerca del aposento, y no tardó en aparecer en él, gallardo, risueño, lleno de amor y de esperanzas como nunca.





ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

del techo, una hurí encantadora, que como mágica visión, al acercarse, se desvaneciese muy luego en el espacio.

Detúvose el Príncipe suspenso á su presencia, y en sus ojos



brilló un rayo de adoración hacia la hermosa que le fascinaba.

Avanzó, no obstante, hacia ella bajo la influencia

de su mirada magnética, y mientras rodeaba con los brazos el gentil talle de la muchacha, un beso apasionado unió sus labios y fundió sus almas.

Al mismo tiempo, y cual obedeciendo á una consigna, invadían como otras veces la estancia muchachas deliciosas y

gallardamente vestidas, trayendo unos riquísimos jarrones de plata cincelada llenos de odoríferas esencias, que derramaban sobre el Amir con graciosos movimientos, otras lindos tabaques de aquel metal, primorosamente labrados y cubiertos de hermosas frutas y de dulces, y otras por último copas de oro resplandeciente que contenían vinos exquisitos de Málaga y de Chipre, de los cuales ofrecían á Mohámmad con miradas de fuego.

El joven, en tanto, bien que en su rostro no revelase ninguno de los sentimientos que en su alma combatían, habíase acomodado gentil á los pies de su amada, quien no sin inquietud palpitante le contemplaba, dando á su imaginación tormento con el fin de hallar el medio de prevenir á Mohámmad del inminente riesgo que corría. No parecía sino que la felicidad presente que gustaba, había hecho desaparecer en el Sultán los recuerdos de lo pasado, ó que, mejor aún, la senda de sus amores continuaba no interrumpida cubierta de flores y de delicias, según lo regocijado de su semblante, lo tranquilo y cortés de su apostura, y la confianza extrema de que se mostraba poseído. Tanto era así, que fingiendo no adivinar las torturas de su amante, y como si hubiera estado con ella de concierto para engañar á la sultana,—en el supuesto de que hubiese podido conocer su secreta presencia,—al propio tiempo que aspiraba con deleite el aroma embriagador de los labios de Aixa, superior á todos los aromas,—con tierno enamorado acento, y después de darle sus quejas por que la noche precedente no le había aguardado, sin darle tiempo á responder siquiera, continuaba:

—Oh encanto de mi vida!... Cuán hermosa eres, y cómo te adora mi corazón!... ¿Quién hay que te se parezca?... Tus cejas son dos arcos del país de los negros; tus ojos, saetas mortíferas, prontas á dispararse; tu boca, un rubí engarzado en un anillo; tus dientes, más blancos que la leche de la camella; tu cuello se asemeja al cristal, como tus brazos á dos espadas montadas en plata fina; tu pecho es como la nieve de *Chebel-ax-Xolair*, y tu talle esbelto y elegante, recuerda la palmera del desierto! Tu imagen hechicera viene á mí todas las noches, y veo tu rostro, resplandeciente como la luna llena, cuando el sueño cierra mis párpados! Bendito sea Alláh, que te ha creado! Hermosa de lejos, graciosa y seduc-

tora de cerca, tu vista sola cura todas las dolencias del alma y del cuerpo! Mientras tú anoche me cerrabas cruel la puerta de este paraíso, donde reinas como soberana, viviendo en tu recuerdo, yo te dedicaba mi pensamiento...

Sultana cariñosa
del alma mía,
cuyos labios son rosa,
miel y ambrosía,
flor delicada
del jardín delicioso
de mi Granada...

Enardecida con las frases apasionadas de Abd-ul-Láh, abandonábase con delicia Aixa al placer inefable que en aquellos momentos experimentaba, oyendo á su amante, y no pensando sino en él; pero cuando la voz conmovedora y dulce del Príncipe hizo resonar en sus oídos la cadencia de aquellos versos, recordando que eran los de la *casida* que había escuchado en su letargo como señal de muerte,—perdida toda fe en el auxilio de los buenos genios, á quienes había invocado, se sintió desfallecer, viendo desarrollarse ante ella la escena pavorosa que había soñado, y se levantó trémula, con el semblante descompuesto y visiblemente agitada, exclamando con ronco acento, en tanto que dirigía la mirada con señales de extravío á todas partes:

—Oh! Calla! Que tus labios jamás pronuncien esos versos!...

No fué ciertamente poca la sorpresa del Sultán al contemplar en tal estado á la amada de su corazón, y al advertir el singular efecto que en ella producía el comienzo de la canción que había en honor suyo compuesto apasionado. Sin comprender, en medio de su asombro, la causa de aquel extraño accidente, aunque lleno de vagas pero insistentes sospechas, hizo seña para que las muchachas que aún permanecían en el aposento se retirasen, y lleno de emoción, cubría de besos ardorosos el semblante demudado de la niña, murmurando:

—Bien mío! Vuelve en ti!... ¿Por qué tiemblas, cuando yo, tu siervo amante, estoy á tu lado?... ¿Qué temes?... ¿Por ventura no me amas ya?... Que la mano de Alláh piadosa calme tu pecho, y le devuelva la tranquilidad perdida!...



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



—Bebamos! El vino dará muerte á los pueriles temores que me han asaltado, y no tienen más fundamento que lo ardiente de mi pasión!... Bebamos!—añadió.—El poeta lo ha dicho: «es preciso dar al pesar y á la tristeza sepultura en el vino, para olvidarlos»!... Pero antes de que acerques la copa á tus labios—repuso deteniendo á Mohámmad—júrame por Alláh, júrame por tu barba, por el descanso de tus ascendientes los Jazrechitas y por la paz de tu padre (Alláh le haya perdonado!), que en vida y en muerte, en el mundo y en el Paraíso, seremos el uno del otro para siempre!

No era posible que á la perspicacia del Sultán se ocultase el hecho de que la conducta y la actitud de Aixa encerraban un secreto misterioso, quizás de importancia para él, y que los labios de la joven no se atrevían á revelar, sin duda bajo la presión de alguna terrible amenaza. Acaso alguien espiese en aquel lugar oculto de que en su último billete le hablaba la doncella; quizás la misma Sultana Seti-Mariém presenciara la entrevista, y por eso debían ser las vacilaciones y los cambios singulares que advertía en su amante. Gracias á ella, sin embargo, iba Abd-ul-Láh prevenido: bajo la bordada aljuba llevaba puesta la finísima cota de malla que para él habían trabajado los mejores armeros de Damasco; traía consigo como siempre la afilada gumía, templada en las aguas del Darro, y á su alcance estaba la ancha espada granadina, que sabía manejar tan diestramente. Sospechar de Aixa, era indigno de él, y antes sospecharía de la verdad del Islám que de su amante... Las dudas que en un principio se habían apoderado de su ánimo, aprisionándole como con sañudos garfios el alma, habíanse aumentado, comprendiendo que algún peligro le amenazaba; pero deseando mostrarse fuerte por una parte, si era de alguien espiado, y puesta por otra la confianza en Alláh y en su mismo valor, sin que el semblante revelara vacilación ni recelo,—al escuchar las últimas palabras de Aixa, alzóse con gesto gozoso de su asiento, y al mismo tiempo que estrechaba con solemne ademán la mano que la joven le tendía (1), llevó á los labios la dorada copa, sin visible repugnancia.

(1) Prestan los musulmanes juramento y contraen sus obligaciones dándose la mano.

Volvió á sentarse, luego de prestado el juramento, procurando que no se escapara nada á su atención despierta, en tanto que, como si quisiera aturdirse para no pensar en lo grave de las circunstancias, que ella conocía, presentó por su propia mano Aixa á Mohámmad el tabaque donde Seti-Mariém había hecho colocar la emponzoñada fruta, y sin tocar á ella, comieron ambos de los sabrosos dulces que aquél en abundancia contenía.

Largo rato conversaron de su amor, de sus ilusiones y de sus esperanzas, sin que el diálogo decayese en animación por una ni otra parte ; y con verdad, que bien podía Seti-Mariém estar desde su escondite orgullosa de la fidelidad de la esclava, pues jamás estuvo más risueña, más ocurrente ni más cariñosa que en aquella ocasión, ni su voz dejó un solo momento de ser acariciadora y dulce como siempre, ni sus palabras abrieron camino en realidad á la menor sospecha ; pero en cambio, sus ojos hablaban bien distinto lenguaje, expresando elocuentes la ansiedad y la angustia que embargaban su corazón, y le atenaceaban sin piedad crueles, sumiendo al Sultán en la incertidumbre, y ahogándole en un mar de confusiones.

Y sin embargo : al mismo tiempo que murmuraban amor los labios, ambos jóvenes, y en especial Aixa, eran presa de indecibles tormentos... Porque había llegado para ella la hora de obrar, y su fe vacilaba, temiendo que todo fuera en balde, y que aquella felicidad soñada en más dichosos momentos, se desvaneciera para siempre. Y ella, ella que la ambicionaba, era quien debía destruirla !

Por eso, á cada palabra de ventura que pronunciaba el gallardo Abd-ul-Láh, haciendo esfuerzos para comprender lo que los ojos de Aixa le decían ; cuando poseído del dulce fuego en que ardía su alma, desplegaba ante la joven, con la verbosidad elocuente que sólo brota de la pasión cierta, el bello panorama del porvenir,—parecíale á la niña que una mano de hierro le oprimía el corazón, conteniendo sus latidos, turbábasele la vista y se sentía desfallecer, cual si le faltase aire para renovar el de sus pulmones agitados.

— ¡ Cuán felices seremos ! — decía el Sultán.—Alláh derramará sobre nosotros entera la copa de sus beneficios, y viviremos siempre bendiciendo su clemencia !... Ya verás !...

Cuando juntos, cual las mariposas que en primavera van revoloteando y acariciándose en torno de las flores, desde los altos ajimeces de la Alhambra contemplemos á nuestros pies tendida como un chal bordado por las hadas esta ciudad hermosa y floreciente, destinada por la divina voluntad del Excelso á ser cuna del Islám en Al-Andálus, renovando los triunfos y las glorias de otros tiempos; cuando al fulgor de las estrellas, que semejan sobre el azul oscuro del firmamento lámparas encendidas en inmenso santuario, para honra de Alláh, sorprendamos dormida á mi Granada al blando arrullo del Darro, que celebra músico los encantos de su amada; cuando las postreras luces de la tarde borden de flameantes randas las nubes nacaradas del horizonte,—mis labios repetirán á tus oídos que te adoro, y en el murmullo del río, en el aleteo de la brisa, en el centelleo de las estrellas, en la majestad de la noche, como en las risas de la alborada, escucharás mis juramentos de amor constantemente reproducidos, y todo te dirá, bien mío, que es tuyo mi corazón, tuya mi vida y tuyos los sueños encantados de mi alma!... Sólo Alláh ¡ensalzado sea! conocedor de todas las cosas y Señor del cielo y de la tierra, sabe y conoce lo intenso del placer que inunda mi espíritu, cuando, como ahora, tu talle en mis brazos, tus ojos en mis ojos, y tu aliento de ámbar y almizcle dándome vida, pienso en el porvenir que á tu lado me aguarda... Porque serás mía! Mía, como es del sol la luz, como es de Alláh el Edén, como es suyo cuanto existe!

—Vivir á tu lado, señor!... Adivinar tus pensamientos, prevenir tus deseos, templar tu cólera y tus penas, aumentar tus alegrías!.. Poder decirte siempre y á todas horas cuánto te amo, y que en el labrado techo de tus aposentos de la Alhambra repita el eco cien veces mis palabras!... ¡Qué hermoso sueño!.. Quiera Alláh que sea cumplido el realizarle! Quiera Alláh que pueda para siempre ser tuya!

—Y ¿quién podrá impedirlo, si tú me quieres?... ¡No hay en el mundo fuerzas para tanto! El imperio de todas las cosas corresponde á Alláh, y Alláh protege nuestro cariño! ¿Quién, más fuerte que Alláh?... ¿Quién, más poderoso que el Sultán, en Granada?

Hubiérase de esta suerte prolongado el tierno coloquio de los dos amantes, que en él parecían olvidados de todo, cuan-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

Y haciendo con efecto de ella dos mitades, presentó ambas galantemente á Aixa para que escogiese.

Si en aquel instante hubiera la joven podido ver el rostro de la sultana, habría retrocedido con espanto!... Tan repugnante era la feroz alegría que animaba en las sombras sus facciones.

No le vió sin embargo; y al escuchar la voz risueña de su enamorado que, sin saberlo, le brindaba con la muerte, horrorizóse de sí propia, y dispuesta ya á jugar el todo por el todo, con rápido movimiento, que dejó sorprendido en medio de sus no desvanecidas sospechas al Amir, hizo que ambas mitades de la fruta cayeran al suelo, y mientras con una mirada prevenía á su enamorado del riesgo que corría, poníales el pie encima, tomaba las copas de licor, no vaciadas, y brindando con una de ellas á Mohámmad, apuraba la otra febrilmente, exclamando como para aturdirse:

—¡Bebamos! El vino es como el agua de los cielos, que á todos conviene!... Que Alláh te preserve de todo mal durante tu vida, y que la hora de la muerte ¡oh Sultán! te sorprenda sobre un lecho de sumisión y de obediencia!

Por poca que fuese la penetración del Sultán, no pudo menos de comprender lo que aquello significaba; y á punto estuvo de romper abiertamente, para dar el merecido castigo á los criminales, si la reflexión, viniendo en su ayuda, no le hubiese refrenado á tiempo. Para él lo de menos era apoderarse de la persona de su madrastra y de la de su primo Abú-Saïd, á quien apellidaban *El Bermejo*, como ya se había apoderado de las de sus hermanastros Ismaïl y Cais el día precedente; lo que deseaba conocer era los hilos de la conjuración tenebrosa contra él tramada, saber su extensión y su alcance, para en el momento oportuno caer sin compasión sobre sus enemigos, los agitadores del público sosiego.

Disimulando pues, lo mejor que le fué dable, apuró la copa que Aixa le ofrecía, luego que vió que ésta por invitación suya había tomado en ella un sorbo, y se disponía á continuar divagando con la joven por los espacios imaginarios, á punto que rasgaba el silencio de la noche el eco lejano y religioso del *al-idzán* pregonado desde el alminár de la mezquita de aquel barrio por el *muedzín*, para el último *saláh de al-âtema* (1).

(1) Oración del segundo tercio de la noche.



Desprendióse de los brazos de Aixa, y estrechándola entre los suyos con amoroso transporte, besóla en los párpados, que se cerraron estremecidos, apagando por un momento la luz intensísima de aquellas pupilas brillantes, en las que resplandecía ahora como la luz del sol, la luz de la alegría que entre las sombras del temor reverberaba.

Colgó de sus hombros después, ayudado por Aixa, el tahalí de que pendía la espada, y cubriéndolos con el blanco albornoz, salió del aposento, sin haber dejado traslucir ninguna de las sospechas que, semejantes á venenosas sierpes, le roían sin piedad las entrañas. Ya en el jardín, embozóse en el albornoz, y juzgándose solo, se dirigió al alcázar, seguido no obstante por su kátib Ebn-ul-Játhib, y Abd-ul-Malik el arraéz de sus guardias.





ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



Mientras el Príncipe cruzaba el portón que ante él, obsequioso y servicial, abrió el portero, Aixa dispuesta á todo, se dirigió lentamente á la *alhenia* desde donde habia presenciado oculta la sultana las escenas anteriores; pero antes de que hubiese puesto mano en el resorte, roja de indignación, aparecía Seti-Mariém ante ella, y con paso rápido y ademanes coléricos, aproximábase á la joven.

—Le has salvado!—rugió frenética, oprimiendo con violencia los brazos de la muchacha entre sus manos crispadas por la furia. —Le has salvado!—repitió. —Sí, lo he visto, y aun aquí permanece el testimonio acusador de tu desobediencia, —dijo dando con el pie á los dos pedazos de la emponzoñada fruta que yacían sobre el pavimento... Dos veces te has opuesto, infame, á mis designios: dos veces has burlado mis órdenes, pero no las burlarás la tercera! Si en esta ocasión ha logrado escapar á mi cólera, yo te juro que no será así en la cercana... Porque antes se cansará el sol de alumbrar la tierra, que yo de perseguir mi venganza! Sólo Alláh sabe á dónde puede llegar el odio de una mujer! Tiembla, Mohámmad, porque aún no estás asegurado en el solio que usurpas, y si esa ponzoña, tan hábilmente preparada, no ha producido el efecto codiciado, si no ha cortado el hilo maldito de tu aborrecida existencia, no faltará quien decidido ponga fin á tus días y cumpla mis esperanzas!

—Me haces daño, señora—se atrevió á murmurar Aixa atemorizada.—Me hacen daño tus manos, y no ha sido culpa mía ciertamente, que no se hayan cumplido tus deseos...

—No me engaña tu hipócrita mansedumbre,—repuso Seti-Mariém soltando los brazos de la joven amaratados por la enérgica presión de sus manos.—Tú, tú has sido, sierva miserable, quien ha hecho estéril mi venganza... No lo niegues!... Sería en vano! Te conozco ya, y sé cómo amas á ese abominable enemigo de mi dicha... Tú has apartado la fruta de sus labios!... Tú le has advertido sin duda... Pero son inútiles tus artes... Yo te ahorraré, por la barba del Profeta, el trabajo de consultar las estrellas para saber la suerte que espera á tu enamorado... Sí! Porque mañana, ¿oyes bien?... mañana morirá en *Bib-ar-Rambla*... Y si el veneno no ha sido bastante por tu causa, no habrá medio de evitar que penetre hasta su corazón el hierro de una lanza, ó la afilada hoja de una gumíal

Era tan sangrienta y espantable la expresión del rostro de aquella mujer al proferir tal amenaza, que hubiera puesto miedo en corazón más varonil que el de la doncella, quien estremecida de horror, cayó como anonadada á los pies de la implacable madrastra de su amante, exclamando :

—Perdón para él, sultana!... ¿Qué te hizo, para que le aborrezcas de ese modo?... Toma mi sangre, si ella basta á satisfacer tu cólera... Toma mi vida entera, sométeme á las pruebas más duras y crueles..., privame de la luz del día, del aire, de todo, donde quieras, pero que tus labios no pronuncien palabras de muerte para Mohámmad!... Que tu corazón no abrigue odio alguno hacia él, y perdónale piadosa, para que Alláh te perdone en la otra vida tus culpas y tus errores!...

—¿Qué dices?... Imbécil! Por ventura ¿crees que estoy aquí para escuchar tus importunos ruegos y tus plañideras lamentaciones?... Antes que á mi venganza, renunciaría gustosa á la existencia... Y quieres que le perdone!...

—Pero ¿no habrá, sultana, no habrá—decía en la mayor desesperación y medio loca Aixa—medio alguno para aplacar tu cólera?... Alláh es el más grande, pero es también el más misericordioso entre los misericordiosos!... Las súplicas de los fieles ahuyentan su enojo, y la oración y las buenas obras desarman su cólera omnipotente!... ¿No me oyes, sultana y señora mía?...—añadió la joven viendo que Seti-Mariém se apartaba de su lado sin darle respuesta, y arrastrándose en pos de ella por el suelo.—¿No me oyes?... Alláh escucha la voz de todas las criaturas, lo mismo la del miserable que la del potentado, la del pecador que la del justo... ¿No hay nada que calme tu ardiente coraje?...

—Sí...—dijo al cabo la sultana —Un solo medio existe...

—Habla pronto!... ¿Qué no podrá alcanzar del Príncipe quien posee su amor?—interrumpió la doncella con desgarrador acento y alentando una esperanza.

—Me inspiras desprecio!... Pero no sabes lo que dices... Eres, criatura vil, mi esclava, y me brindas protección!... Necio es tu orgullo, muchacha, como es necio y criminal tu amor desatentado por el Príncipe! Basta ya de inútiles palabras!

—Tú has dicho, sin embargo, señora mía—prosiguió Aixa

sin hacer alto en la dureza con que Seti-Mariém la trataba,— que sólo para aplacarte existe un medio... Dime, por Alláh, cuál es, y yo te juro, así Alláh me maldiga, por tu cabeza y por la mía, que haré los imposibles por satisfacerte!

—¿No lo has comprendido aún, desventurada?... ¿De qué te sirven, pues, tus artes misteriosas?...

—Pero ese medio... —insistió la joven retorciéndose las manos desolada.

—Ese medio, es la muerte de Mohámmad! ¿No lo habías adivinado?...

Súbita reacción operóse en la doncella al escuchar declaración semejante... Alzóse de un salto, é irguiéndose soberbia, avanzó hacia Seti-Mariém con el rostro encendido por la desesperación y la ira, que le daban ánimo y energía inesperados.

—Pues bien, basta de súplicas—exclamó fuera de sí.—Me he arrastrado á tus plantas pidiéndote misericordia, y me has rechazado cruel, burlándote de mi dolor y de mi angustia!... Tú lo has querido, Seti-Mariém!... Y si has jurado la muerte de Abd-ul-Láh, si sólo con su sangre, para mí idolatrada, puedes como el lobo carnicero satisfacerte, yo te juro á mi vez, por la verdad de los cielos que Alláh ha creado, por la bendición del profeta, por Alláh mismo, á quien no embarga ni estupor ni sueño, que mientras yo aliente no has de conseguir el logro de tus reprobados fines! Sí!... Yo, mírame! Yo, la que llamas tu esclava miserable, colmándome de insultos, la infeliz criatura á quien en mal hora y con engaños arrebataste la libertad!... Y, sábelo, mujer orgullosa: si la ponzoña preparada para el Amir no ha colmado tus malditas esperanzas y tus inicuos deseos, yo, yo he sido quien lo ha impedido! Yo, que para defender y guardar al amado de mi corazón, débil criatura, sola, abandonada y pobre, me hallaré siempre en tu camino, y siempre, como ahora, estorbaré tus planes con la protección divina!... No me importa que llames á tus viles servidores... No me intimidan tus miradas, llenas de encono, ni me harán callar tus amenazas!... Desafío tu cólera, aunque me tienes en tu poder indefensa!

Lanzó Seti-Mariém una carcajada burlona y despreciativa sobre la joven, y mal conteniendo su coraje,

—¿Qué me importas tú?...—dijo.—¿Crees que el demonio



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

es la sombra de Alláh sobre la tierra, á quien debe glorificarse, y aunque mi corazón no fuera suyo, le salvaría...

Quedóse por un momento recogida meditando, y al fin, decidida, salió del aposento con paso rápido, para volver á él poco tiempo transcurrido.

Era ya pasada la media noche, y dentro del edificio no se escuchaba rumor alguno. Aixa, envuelta completamente en los pliegues de ancho *solhám* (1) de lana que le cubría hasta los pies, y oculto el rostro por la capucha que llevaba echada hacia adelante, registró la casa; y sin duda encontró en ella todo conforme á sus deseos, porque sin vacilar, y llevando en sus manos un pequeño candil de cobre, encaminóse á la puerta de la disimulada *alhenia*.

Oprimió el resorte sin vacilación, pronunciando el santo nombre de Alláh, y cuánta y cuán grande no sería su sorpresa, al ver que á su voluntad no obedecía...

Una y otra vez intentó de nuevo hacerle jugar, y todos sus esfuerzos resultaron inútiles, lastimándose en balde las manos. Buscó entre sus ropas llena de desesperación una pequeña daga de que se había provisto, y pretendió forzarle, aunque sin resultado...

La sultana, sin duda, había previsto aquel caso! Estaba encerrada, y no podía salvar al Príncipe. ¿La había también abandonado la clemencia divina, como estaba abandonada de todos?... No podía ser! Alláh no podía consentir que se cometiese aquel nefando crimen. Y urgía prevenir al Sultán, para que en las fiestas del ya cercano día no fuera vilmente asesinado!... Aquel, el único recurso con que contaba, volvía como los otros en contra suya! ¿Y se había de ver detenida por semejante obstáculo?

Era preciso que Mohámmad tuviera aquella noche mismo conocimiento de lo que ocurría, y lo tendría! Lo tendría! Pero ¿cómo?

En su desesperación, Aixa revolvía mil proyectos á cual más irrealizable; y pareciendo al fin determinada, volvió á tomar el candil que había dejado sobre la taraceada mesilla, y con pasos precipitados abandonó la estancia.

Ligera como un fantasma, procurando acallar el ruido de

(1) Especie de manto con capucha; se coloca generalmente sobre el *haigue*.

sus pisadas sobre el pavimento, se deslizó por la galería, recorrió varios aposentos que halló en su camino, descendió la escalera que con los del piso inferior comunicaba, y hallando entornada la puerta, y dejando allí apagado el candilillo, salió al jardín, lleno de negras y medrosas sombras á aquella hora tan avanzada de la noche.

Trémula y agitada, sentía correr por sus venas fuego derretido; y la brisa, húmeda y fresca, templó el ardor febril que la abrasaba.

Parecía, ante lo apremiante y fatal de las circunstancias, haber tomado su partido, y sin detenerse, recorrió el jardín como una loca. Durante sus paseos solitarios, había más de una vez reparado en que por algunas partes no era tan alta la tapia que lo cercaba; así es que buscando uno de aquellos sitios, perdió Aixa algún tiempo, aunque no sin fruto, porque al fin halló lo que afanosamente apetecía.

La tormenta de los pasados días había desmoronado parte de la cerca, y por allí, aunque con algún esfuerzo, no le sería imposible saltar á la calle.

Para fortuna suya, cerca del lugar crecía un arbusto, cuyas ramas, despojadas ya de su ropaje, le brindaban su auxilio; y arrojando lejos de sí toda vacilación, asióse á ellas, pretendiendo por este medio llegar á lo alto de la cerca.

Pero había contado demasiado con sus fuerzas la muchacha. Embarazábanle demasiado los vestidos, y sus manos, tan finas y delicadas, aunque la desesperación les prestaba inusitada energía, se destrozaban al contacto de la áspera corteza del arbusto. Despojándose del *solhám*, que arrojó al suelo, pudo ya con más facilidad trepar por las ramas, y al cabo, con un suspiro de satisfacción, se halló á horcajadas sobre el caballete de la tapia.

De un salto, y sin cuidarse de los inconvenientes con que tendría que luchar á la vuelta, si regresaba, púsose en la calle sin otro accidente, y trató en la oscuridad de orientarse.

El murmullo del río sirvióle de guía, y siguiendo el rumor de las aguas, no tardó en encontrarse al lado del pretil que las encauzaba por ambas márgenes.

El lugar era solitario, y hacíanlo imponente para la doncella la hora y la oscuridad que, semejante á un velo espeso de crespón, se extendía pavorosa sobre la ciudad dormida, con-



fundiendo en inmensa mancha negra la tierra y el cielo á un tiempo mismo.

—No impedirás ahora, sultana,—murmuró para cobrar ánimo y mientras componía sus ropas,—que conozca Abd-ul-Láh tus inicuas maquinaciones.... Nada importa mi vida, la vida de esta esclava miserable, cual tú me llamas, y á quien crees tener apriionada en tus manos, cuando se trata de salvar al Amir de los creyentes... Te reías de



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



algunos pasos con ella el oficial, y la enamorada del Amir, con voz entrecortada, exclamó entonces:

—Soy portadora de una misión urgente y de importancia para nuestro señor el Sultán justo Abú-Abd-il-Láh Mohámmad (¡glorifíquese Alláh y le proteja!), y no sé de qué medio valerme para penetrar en la Alhambra, y hacer llegar al Príncipe el escrito... ¿Puedes tú, señor, facilitarme bondadosamente el camino, para cumplir las órdenes que tengo?...

—Si es cierto cuanto afirmas—replicó el oficial no extrañando lo que la joven le decía y creyendo sorprender alguna aventura galante del Sultán,—dame el billete, y yo haré que mañana esté en poder del Príncipe de los musulimes (¡ayúdele Alláh!).

—Es imposible, señor, porque debo yo propia entregarlo, y ha de ser esta misma noche, pues mañana ya, sería demasiado tarde—replicó Aixa.

—En ese caso, muchacha, de nada puedo servirte, porque nadie se atrevería á turbar el sueño de nuestro señor el Sultán á estas horas en Granada,—repuso el oficial.—Di á tu ama—añadió—que tenga paciencia, y retírate, porque es tarde.

—¡Oh, señor! No se trata de amor en este escrito—exclamó la joven angustiada, y desesperando de lograr sus generosos deseos.—No se trata de amor, como supones... ¿No debe el Sultán (¡glorificado sea su imperio!) tomar parte mañana en las fiestas que han de celebrarse en *Bib-ar-Rambla*? ..

—Así es verdad; pero si no se trata de amor en esa misiva, por Alláh que no comprendo de qué otra cosa pueda tratarse en ella!...

—Por la santidad del Profeta te juro que es urgente, urgente para el Príncipe, y que á él solo interesa,—dijo Aixa conteniendo su lengua, y no atreviéndose á dar otro detalle.

—Si tanto es, según tus palabras, lo que el billete de que eres portadora ha de interesar á nuestro señor, líbreme Alláh de que yo por oponerme incurra en su enojo .. Ven conmigo, muchacha, y si á mí no me es dado penetrar sin justo y público motivo en el palacio del Príncipe á estas descompasadas horas, yo te conduciré delante de personas á quien está permitido. Pero si es una burla—añadió—no olvides que serás castigada.



—¿Dónde me llevas, señor?—preguntó la joven con sobresalto.

—No lejos de aquí vive el guazir y kátib Ebn-ul-Játhib, y con él deberás entenderte... Yo no puedo decirte más tampoco.

Volviéndose á los suyos, el oficial, seguido de Aixa, tomó por el puente el camino de uno de los barrios nacidos al pie de la colina roja, é internándose por él, á poco se detuvo delante de una puerta, descargando sobre ella varios y repetidos golpes.

Tardaron algún tiempo en dar respuesta; pero al cabo una voz varonil preguntaba por una ventana, y después de enterarse de la calidad del oficial, oyóse dentro ruido de pasos y de hierros, y en breve se abrió la puerta, por la que apareció llevando un candil de latón, la figura de un esclavo negro.

—¿Quién eres tú? ..—preguntó de mal talante y encarándose con Aixa.—¿Qué buscas á estas horas en esta casa?

—No te importa quien sea—dijo la muchacha.—Busco á tu señor... Busco á Ebn-ul-Játhib.

—Duerme—contestó el esclavo—y por Alláh que no seré yo quien le despierte. Vuelve de día, y entonces podrás verle quizás, sin importunar á nadie—añadió disponiéndose á cerrar la puerta.

—Es de orden de nuestro señor y dueño el Sultán!—exclamó ya perdiendo toda esperanza la doncella.

—Alláh le proteja!—dijo el servidor deteniéndose.—Pero no acostumbra á servirse de tales emisarios.

—¿Qué sabes tú?... Es una carta urgente! Son órdenes que deben cumplirse antes de que el alba asome!... Y si no avisas á tu señor, sobre ti caerá la cólera del Príncipe de los musulmes!

Ante tal imprecación, por Alláh, que bien pudo no tenerlas todas consigo el pobre esclavo; y aunque vaciló un momento, la presencia del oficial, á quien había reconocido, tranquilizó su conciencia, por lo que, dejando abierta la puerta, se internó presuroso por el zaguán, llevándose consigo el candilillo.

Transcurrido no largo tiempo, volvió á iluminarse el zaguán, y envuelto en un *haique*, que le cubría de pies á cabeza,



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

—Detente, por Alláh, señora mía, y lleva tu bondad al punto de permitir que te hable breves momentos.

Adivinando lo que pasaba por el poeta, Aixa se detuvo, y adelantando hacia el umbral de la puerta, penetró en el zaguán, donde, haciendo que el esclavo se retirase, dijo el kátib:

—¿Sabes, señora, la gravedad de lo que contiene este escrito?...

—Sí,—replicó la joven,—y los instantes son supremos. Por eso no he vacilado en exponerme, á estas horas, salvando todos los obstáculos, y jugando la vida seguramente. No hay tiempo que perder, si hemos de salvar al Príncipe... Vé pronto, pronto, así Alláh te bendiga, y dile que yo, burlando la vigilancia estrecha de sus enemigos, he venido en persona á entregarte este escrito... Que su vida está amenazada... Que no fie de ninguno de los que le rodean, y sobre todo... que se guarde mañana de romper lanzas en *Bib-ar-Rambla* como tiene prometido!

Y cubriéndose rápidamente con la capucha del *solham*, avanzó hacia la puerta, aprovechando el estupor de que se hallaba poseído Ebn-ul-Játhib.

—Tus palabras descubren á mis ojos horizontes desconocidos,—dijo éste deteniéndola.—Yo haré que el Sultán nuestro señor conozca en breve lo que dice tu carta, y Alláh, el Omnipotente, nos ayudará! Alláh vela por sus criaturas! Pero no te vayas así, ó déjame que te acompañe á tu morada, ó acepta la hospitalidad con que te brindo en la mía...

—Que el Excelso premie tus buenas intenciones! Pero más importante que mi vida es la vida del Amir. . De un momento á otro puede ser advertida mi ausencia, quizás ya lo haya sido, y esto podría comprometer seriamente nuestro negocio... Que la misericordia de Alláh nos ayude!...

—Que ella te acompañe y te preserve de todo mal!...—contestó Ebn-ul-Játhib, á tiempo que Aixa ya en la calle de nuevo, echaba á andar aceleradamente.

El oficial, comprendiendo por cuanto había visto que la desconocida era persona de importancia, apresuróse á acompañarla seguida de sus agentes, mientras ella, abriendo el corazón á la esperanza, y tranquila ya respecto de la suerte del Amir, caminaba rápida por la orilla del Darro, no tardando en llegar delante de la tapia por donde había saltado.

Hasta aquel momento,—tan embebida había caminado,—no advirtió que el oficial la seguía; y como viese la dificultad de trepar á la tapia, pidióle auxilio, que él se apresuró á prestarle, y exigiéndole el secreto, merced á una escalera que le pudo ser facilitada, subió sobre la albardilla del muro y se deslizó al jardín.

Atravesóle temerosa, y hallando entornada la puerta de la casa, según ella la había dejado, respiró tranquila, segura de que nadie había notado su ausencia, y se encerró en su aposento.

—¡Oh!—exclamó cayendo desfallecida sobre los blandos almohadones del sofá. —Ahora puedo morir!... Mi vida por la suya!... ¿Qué mayor ventura?... Seti-Mariém, Seti-Mariém, no lograrás tu intento! ¡Bendita sea la misericordia de Alláh!

Con mano presurosa, despojóse de sus vestiduras; y entregando el espíritu á goces hasta entonces no logrados, abandonó su cuerpo al sueño entre las ropas perfumadas del blando lecho.





XIII

MIENTRAS la enamorada Aixa ponía audazmente en ejecución su pensamiento, y hacía entrega aquella noche al celebrado poeta Ebn-ul-Játhib del billete escrito por ella

al Sultán (Alláh le haya perdonado!),—verificábase no lejos de aquel sitio acontecimientos de importancia é íntimamente enlazados con los que se habían desarrollado en presencia y con la intervención misma de la joven.

El estado de ánimo del Príncipe, al separarse de ella, no podía ser más aflictivo. Sabía á qué atenerse en orden á sus parientes, y no era ya misterio para él, que procuraban su muerte á todo trance. Arrepentíase Mohámmad de su benevolencia; deploraba la debilidad con que había procedido respecto de ellos, pues no se le ocultaba que con su vida lo que pretendían al par era el dominio de los muslimes de Al-Andálus.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



habían caído en poder de los cristianos (maldigales Alláh!), y Almería y Málaga habían perdido su importancia mercantil y política, era sin disputa el *Zacatín* el primero y principal de los mercados existentes en los dominios islamitas de Al-Andálus. Tenían allí sus tiendas multitud de mercaderes, á quienes sonreía la fortuna, y sobresalía entre todos ellos por sus riquezas innumerables, un judío de edad madura, que había buscado en la floreciente capital del reino de los Al-Ahmars refugio al fanatismo intransigente de los castellanos.

Ambicioso por naturaleza, é hipócrita y astuto por carácter, como todos los de su raza,—manifestó desde un principio intentos de apoderarse de la recaudación de las rentas en todo el reino, pretendiendo hacerse con el almojarifazgo y la voluntad del Sultán, cuando á la sazón era todavía muy reciente el triste acontecimiento por el cual heredaba el solio granadino el Príncipe Abú-Abd-il-Láh Mohámmad V, cuya buena fe y cuya juventud aspiraba á sorprender, abusando de su inexperiencia.

Confundido en la cohorte de aduladores ambiciosos de mando, que acudía ávida al alcázar donde residía el Amir, fueron inútiles todos los esfuerzos para lograr sus propósitos, siendo una y otra vez enérgicamente rechazado por el joven Sultán sin escucharle; y conocedor de las secretas intrigas que comenzaban á urdir entonces la sultana Seti-Mariém y Abú-Saïd, sedientos ambos de caer sobre el imperio granadino, como cae el buitre sobre la presa codiciada,—buscó sagaz el medio de asociarse á ellos, y abrazando su causa con fingido entusiasmo, consiguió ser para ambos indispensable, con la esperanza de que el día de la victoria, el triunfo habría de ser para él seguramente.

La casa en que habitaba era una de las mejores sin disputa en todo el barrio: extensos almacenes, donde se confundían los productos granadinos, tan afamados como los del extremo Oriente, y los del África, y donde se ofrecían en conjunto extraño los frutos de la naturaleza con los del arte y de la industria de todos los países, ocupaban entera la planta baja del edificio, hallándose convertido en depósito de mercancías el piso superior hasta el extremo de que apenas en él tuviera habitaciones ni para su persona, ni para las de su fa-

milia. Tenía además el edificio un recinto subterráneo, desconocido para los demás comerciantes, y donde cuatro años hacía solían reunirse los conspiradores, bien seguros de que en tal paraje no podrían ser descubiertos por la policía del confiado Mohámmad.

Pocos momentos antes de que Aixa hubiese puesto en ejecución su atrevida empresa para salvar la vida de su amado, y apenas se hubo separado de la aterrada joven,—la sultana Seti-Mariém, envuelta en ancho ropón y cubierto el rostro por la capucha del *solham*, penetraba resuelta y rápidamente por la estrecha calle que forma el *Zacatín*, sin parar mientes en las cuadrillas de carpinteros y pintores que, á la luz resinosa de las antorchas, trabajaban en *Bib-ar-Rambla* para levantar el palenque, destinado sin duda para las fiestas que con todo aparato habían sido anunciadas por la ciudad en los tres días anteriores, y debían al cabo celebrarse en el siguiente.

Antes de llegar la sultana á uno de los puentecillos que ponían en comunicación desde el *Zacatín* ambas orillas del Darro, detúvose delante de la casa del judío, allí situada, y dió discretamente varios y acompasados golpes sobre la puerta con el anillo de hierro que de ella pendía, esperando breve tiempo, al cabo del cual, abrióse aquella en silencio y cual movida por un resorte, y en medio de las oscuras sombras, oyóse el eco de una voz que en tono misterioso pronunciaba la siguiente salutación, contraseña acaso por la cual debían ser reconocidos los traidores:

—*As-salém ála man tabaá-l-hoda!* (1).

—*As-salém ála-áhl-is-salém!* (2)—respondió la sultana en el mismo tono sentencioso, y franqueando la puerta, que volvió á cerrarse detrás de ella con igual silencio.

Iluminóse entonces el estrecho zaguán, y la sombra de un hombre se dibujó oscilante sobre los muros. Echando á andar sin que sus labios hubieran pronunciado palabra alguna, se dirigió por largo corredor sombrío hacia una abertura practicada al fondo del mismo y que daba paso á los almacenes del judío; allí, caminando siempre delante y sin volver

(1) : Salud á aquellos que siguen la buena dirección!

(2) Salud á las gentes de la salud!

la cabeza, pero persuadido de que el visitante le seguía, cruzó hábilmente por entre los fardos amontonados, y llegó á un ángulo del edificio, donde levantó no sin esfuerzo la pesada piedra que ocultaba la boca de un pozo, oscuro y frío.

Asomándose á él, dejó oír un silbido prolongado y tenue, que repitieron las angostas paredes de aquel antro, y poco después, una gruesa escala de cáñamo retorcido era sujeta por invisible mano en la boca del pozo.

Sin manifestar extrañeza alguna, la sultana comenzó á descender por la esca'la con ligereza increíble y como persona habituada á tal ejercicio, viéndose obligada en la mitad de su descenso á detenerse para contestar á nuevas preguntas que misteriosamente también y con lúgubre entonación, le eran dirigidas desde el fondo, sumido en las tinieblas. Contó veinte peldaños más, y halló el término de la escala, sintiendo entonces que en las sombras una mano se apoderaba de las suyas, y que atraída de esta suerte, sus pies tocaban, húmedo y resbaladizo, el piso de una galería abierta horizontalmente en una de las paredes del pozo, cuyo orificio superior se había cerrado.

Al final de la galería, por donde caminó conducida siempre por la misma mano, halló una escalera cuyos peldaños bajó en silencio, llegando así á una puerta, delante de la cual el guía se detuvo; abierta á una señal, dejó al descubierto vasto recinto abovedado de ladrillo, profusamente iluminado por la luz de varias antorchas colocadas á lo largo de los muros.

Traspuesta aquella entrada, la puerta volvió á cerrarse, y la sultana y su guía penetraron en el subterráneo, donde á la sazón se encontraban reunidos algunos hombres, en cuyos rostros veíase retratado el afán vivísimo que les dominaba, el cual no estaba exento de inquietud ciertamente.

Sobresalía entre los circunstantes, por lo gallardo de su apostura, la riqueza de su traje y lo rojo de su barba, el príncipe Abú-Saïd, por esta última causa apellidado *el Bermejo*, quien al distinguir y reconocer á la sultana, se adelantó con marcadas muestras de impaciencia á recibirla, adivinando en el gesto que contraía las facciones de Seti-Mariém que todo se había malogrado por entonces, defraudando sus esperanzas, y que el Sultán vivía.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

gua Elbira, aún envuelta en la azulada neblina de la mañana, se levantaba hermoso al otro extremo.

Medina-Alhambra, iluminada espléndidamente por la sonrisa ardiente de los cielos, semejaba una ciudad de fuego, recordando así la ocasión suprema en que fueron sus esbeltos torreones y sus macizos muros levantados por los árabes.

Todo era animación en Granada: circulaba la gente engalanada y gozosa como en los días festivos de la cercana Pascua mayor, y resonaban las calles de la población con los cantares alegres y jubilosos de la muchedumbre.

Desde bien temprano habían proseguido los carpinteros su tarea, no terminada la noche anterior, y multitud de banderolas y gallardetes adornaban ya el circuito destinado para la fiesta, flotando á merced de la juguetona brisa de la mañana, mientras el arrayán, el mirto y el laurel alfombraban bien olientes y con profusión las calles próximas á la explanada de *Bib-ar-Rambla*, y principalmente el *Zacatín* y la cuesta que hasta *Bib-Aluxár* en el recinto fortificado de la Alhambra conducía.

Las casas vecinas al lugar de la fiesta habían adornado sus escasos ajimeces, sus ventanas y sus azoteas, con paños de sedas de tan distintos colores, que no parecían los muros sino extraño y continuado pensil, esmaltado por multitud de flores, ó inmenso chal, tendido de uno á otro extremo de la plaza.

Comparsas de músicos recorrían la ciudad, llenando los aires con los acordes de sus varios instrumentos, entre cuyos ecos sobresalían el del bullicioso *adufe*, pandero que marcaba los compases, el de la dulce *axxabebe*, el estridente del *rabel*, el grave del *attabal*, el majestuoso del *alboque*, el agudo del *añafil*, y el estrepitoso de las alegres *karkabas* ó castañuelas, que eran incesante y diestramente agitadas entre los dedos por muchachas danzadoras.

Todo aquel movimiento y aquella animación inusitada, que hacía aún más grato lo hermoso del día, reconocía por causa la fiesta con que el Sultán generoso Abú-Abd-il-Láh Mohámmad V obsequiaba á sus vasallos en *Bib-ar-Rambla*; y como era la primera que se celebraba desde que fué exaltado al solio por muerte del magnánimo Abú-l-Hachich, su padre, y el espectáculo no era sino muy del agrado de los granadi-

nos,—habíase publicado por medio de pregones tres días consecutivos, y de los pueblos, de las alquerías y de los lugares inmediatos á Granada, así como de Málaga, de Guadix y de Almería, habían acudido tantas gentes, que se hacía el tránsito difícil por las calles, no bastando la espaciosa explanada de *Bib-ar-Rambla* para contener la muchedumbre.

Cuando hubieron terminado los carpinteros de colocar la última tabla y de clavar el último clavo en el cadalso destinado á los músicos, la multitud prorrumpió en gritos de alegría; y aunque hasta la hora de *adh-dhohár* (1) no debía dar comienzo la fiesta, cada cual buscó un sitio donde acomodarse en torno del palenque, y como si hubieran obedecido á una consigna, invadían á torrentes la explanada confundidos y alegres, granadinos y forasteros, regocijándose de antemano con los lances que habían de ocurrir en el guerrero simulacro. Coronaba las azoteas multitud impaciente, escalaban los más curiosos y atrevidos las ventanas, y se producía continuo y general movimiento, parecido al incesante flujo y reflujo de la marea.

Poco antes de la hora convenida, y abriéndose con dificultad paso entre aquel océano viviente, los músicos, vistosamente ataviados, subieron al cadalso, y aunque ante el asordante bullicio no esperaban hacerse oír, comenzaron á tañer sus instrumentos, dando tiempo á que desembocase en *Bib-ar-Rambla* una de las cuadrillas de jinetes, bizarramente vestidos, ocasión en la cual resonaba en el espacio universal grito de entusiasmo que oscureció las *albólbolas* y los *lelilíes* con que las mujeres acogieron la presencia de los justadores.

Aixa entre tanto, presa de mortal incertidumbre, y obedeciendo las órdenes de la sultana, se abandonaba en manos de las esclavas que en balde se ufanaban por realzar las gracias y la incitante hermosura de la joven. Con refinada crueldad *Seti-Mariém* quería que ésta presenciase el militar simulacro, segura de que en él hallarían término sus reprobadas ambiciones con la muerte del Amir; y la pobre niña, temerosa de la ineficacia de su aviso, ó de que no hubiese éste llegado á tiempo al Príncipe, temblaba entre horribles angustias, las cuales demudaban en ocasiones su semblante, haciéndole

(1) La hora del medio día.

gas, de sirgo verde, se rizaban caprichosamente, dibujando el contorno de su nervudo brazo; cubría su cabeza un bonete



damasquino, adornado con dos únicas plumas, verde la una y blanca la otra, y ambas oscilaban blanda y acompasadamente á cada movimien-

to del príncipe, ó mecidas por el suave vientecillo que templaba los ardores de un sol brillante y un día de calma, como era aquel en que Granada se disponía á disfrutar de uno de



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



mejaba el cielo, y sobre él, alrededor del mote distintivo que dió á los Al-Ahmares Fernando el Santo de Castilla, multitud de estrellas de oro resplandecían á los rayos del sol como chispas de fuego.

De fino ricomás de sedas y oro, en que predominaba el color grana, era la aljuba, de ancha y graciosa manga ornada de cabetes dorados, y de haldas enriquecidas con labores de cordoncillo de oro, como el pecho, cubriendo la cabeza airo-sa toca azul sobre la cual destacaba afilegranado broche de aquel metal precioso y de rubíes; la silla, las riendas y toda la guarnición del caballo, eran de terciopelo carmesí ricamente bordado en oro y de cobre esmaltado, pendiendo del pretal, como del cabo de las riendas, hermosos borlones de seda azul de diverso tamaño y hechura.

Llevaba el jinete oculto el rostro por el *izár*, á través del que brillaban unos ojos negros y expresivos; y aunque no dejó de sorprender á algunos que el Sultán se presentase en esta forma, nadie al cabo hubo de extrañarlo, estimándolo cual muestra de excesiva delicadeza en el Príncipe de los creyentes, á fin de ofrecer por tal camino mayores ventajas á quien con él justase, y á quien impondría respeto sin duda en otro caso, la idea de que era el Amir su competidor, tanto más cuanto que los caballeros de su cuadrilla llevaban de igual suerte cubierto el semblante, y no era fácil del todo el distinguirle entre ellos.

Al penetrar en el anchuroso palenque, dos mujeres habían clavado en él sus ojos con igual ansiedad, aunque intención diversa; y si alguien que no fuese el mismo Alláh hubiera podido contemplar su rostro bajo los pliegues del *alharyme*, habría comprendido desde luego los encontrados sentimientos de su alma.

Una de aquellas mujeres era la sultana Seti-Mariém: en su mirada, recelosa y ardiente al par, parecía reconcentrado su encono entero, de tal manera, que si sus ojos hubieran podido lanzar la muerte, habría el Sultán dejado de existir antes de dar comienzo á la esperada fiesta.

Aixa era la otra; y en su semblante demudado y lívido por la emoción, en el sobresaltado latir de sus entrañas, en la agitación de todo su sér, y en la tensión de sus músculos, hubiérase podido conocer los tormentos indecibles que en aquel

instante solemne padecía... Si le hubiera sido dable por entre el calado de la celosía llamar la atención del Príncipe y prevenirle del inminente riesgo que le amenazaba!

Dió la lucida tropa una vuelta en torno del palenque, y saludando su caudillo á la sultana, como Abú-Saïd lo había hecho, fué á colocarse frente á frente de la cuadrilla que capitaneaba *el Bermejo*, no sin haber dirigido antes ceremonioso saludo á su cortés contrario.

En tal disposición, se reunieron por medio de hábiles evoluciones ambas tropas, y juntas recorrieron la arena al compás de las músicas y de los gritos de alegría y las aclamaciones de la apiñada muchedumbre.





os sitios más próximos á las barreras, donde mayores debían ser la animación y el bullicio, y donde no sin dificultad habían logrado puesto los más madrugadores sin duda, eran no obstante los más silenciosos, en medio del general ruido y la algazara propios de la fiesta, advirtiéndose entre la gente del pueblo que ocupaba aquel lugar codiciado, grupos de personajes ceñudos y de misteriosas miradas, que ni aplaudían ni voceaban ante los alardes de habilidad y de destreza en que se extremaban á porfía los caballeros del uno y del otro bando.

Recorrían estos grupos, de tiempo en tiempo, abriéndose paso con violencia entre aquella masa de carne humana, otros personajes no menos misteriosos, sin que nadie echase de ver



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

saba de largo, inclinando la cabeza en muestra de respeto.

Revolviendo después entrambos sus caballos, tornaban á citarse de nuevo, y lanza en ristre partían el uno contra el otro, procurando mutuamente desarzonzarse, aunque sin conseguirlo, pues eran igualmente diestros y fuertes; pero la lanza del príncipe *Bermejo* había saltado en astillas, por lo cual tomaba otra que le presentaba un paje.

La atención general, si divertida al principio en los varios lances de los caballeros de las cuadrillas, al fin se detenía sobre los dos caudillos, quienes merecían ciertamente tal distinción, así por lo elevado de su estirpe, como por lo noble de su apostura y por la fortaleza de su brazo, comprendiendo que de ellos dependía el éxito de la fiesta.

Colocados por tercera vez en sus puestos, mientras medían ya la arena con su cuerpo algunos jinetes en varios sitios, los dos campeones se dirigieron un saludo, y tomando carrera, volvieron á encontrarse, con ánimo Abú-Saïd de derribar al contrario de su montura.

Pero fué inútil de todo punto su empeño: porque afirmándose éste en los estribos, y conteniendo con rápida mano y singular habilidad el ímpetu de su corcel, aguardó sereno y firme como una roca, al mismo tiempo que sorteaba esquivándola, la lanza del príncipe *Bermejo*.

La violencia de la carrera y el esfuerzo visible hecho por Abú-Saïd con aquel propósito, producían efecto tan inesperado como contrario; pues perdiendo al choque los estribos, vióse en la precisión de asirse el *Bermejo* á las crines de su cabalgadura,—que exasperada por la resistencia había emprendido un galope precipitado,—á fin de evitar el riesgo y juntamente la vergüenza de dar en tierra con su persona.

Dominado al cabo el bruto,—que no en balde era Abú-Saïd diestro jinete,—citáronse ambos combatientes de nuevo, y partieron entre la expectación de la muchedumbre, silenciosa ahora y verdaderamente interesada en el lance.

Antes sin embargo de que tal sucediera, y al recobrar el príncipe *Bermejo* total dominio sobre su cabalgadura, había levantado los ojos rápidamente y con disimulo á la azotea desde la cual contemplaba Seti-Mariém, llena de dudas y esperanzas, el espectáculo; y advirtiendo la imperceptible seña que ésta le dirigía, determinóse Abú-Saïd á concluir de

una vez con su contrario, según tenía prometido, poniendo término al combate, del cual hasta entonces no era él quien salía con verdad airoso.

Otra persona había también advertido la indicación hecha por Seti-Mariém, que lo era indudablemente de la muerte del Sultán; Aixa, con efecto, seguía palpitante los lances de



aquella escaramuza, cuya solemnidad y cuyo alcance conocía de sobra, y al advertir la seña, comprendiendo lo que significaba, con la faz desencajada, fría, llena de horror, y temblando como las hojas del árbol azotadas por tempestad furiosa, echóse sobre el ajiméz, cuyas débiles celosías de madera crujieron, y pretendió gritar para advertir á su enamorado; pero ni en la garganta halló sonido que articular, ni la lengua acertó á moverse: que tales y tan grandes eran su dolor y su angustia!

Entre tanto, habíase con la rapidez del rayo verificado ya

el choque entre los dos valientes campeones; y fué tan recio esta vez y tan certero, que ambos perdieron los arzones, y el jinete, cuyo rostro ocultaba el tupido *izár*, se tambaleó sobre su cabalgadura, y cayó pesadamente en tierra.

Un grito, grito al par de espanto y de alegría, indefinible, pero unánime, universal y espontáneo llenó los ámbitos todos del palenque, y multitud de espectadores saltaron á la arena.

Los caballeros de ambas cuadrillas que habiendo cesado de luchar entre sí, contemplaban hacía rato, y muchos de ellos sin comprender su importancia, aquella especie de duelo,—apeándose veloces de sus monturas, corrieron presurosos al herido, quien permanecía en el polvo, inerte y sin hacer movimiento alguno. Confusión espantosa reinó en la muchedumbre, que se agitaba violentamente, como las olas del mar á impulso del huracán desenfrenado, produciendo un rumor tumultuoso y significativo, en medio del cual, una voz recia, estentórea, que dominó todo ruido y que nadie supo de dónde salió, pero que todos escucharon, gritó distintamente:

—El Sultán nuestro señor ha muerto! Perdónele Alláh! Gloria á nuestro señor y dueño el Sultán Abú-l-Gualid Ismaíl!...

Y aquel grito, repetido de uno á otro extremo de la plaza como una consigna, resonó amenazador en todas partes.

Brillaron las armas; y cual suele conmover la tormenta la tranquila superficie de los mares en calma, aquella muchedumbre, poco antes alegre y serena, presentó el aspecto de deshecha borrasca.

Aixa en tanto, loca por el dolor, y sin darse cuenta exacta ni de lo que habian presenciado con estupor sus ojos, ni de lo que hacía, habíase por instintivo impulso apartado del ajiméz, y ya se disponía á descender al palenque para estrechar por última vez entre sus brazos el cuerpo de su amante, cuando con el mayor orden, abriéndose camino por entre la multitud á la fuerza, arrollando aquella masa humana que se oponía á su paso, desembocó por el Zacatín numerosa tropa de jinetes armados, á cuya cabeza cabalgaba grave, severo y con el rostro ceñudo el Sultán Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, seguido del arraéz Abd-ul-Malik con la espada desnuda.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



un costado, produciéndole el desmayo que aún le poseía y por el cual todos le habían juzgado cadáver.

—¡Ay de aquellos que han atentado contra tu vidal—continuó el Sultán inclinado sobre el cuerpo de su querido guazir y secretario.—Alláh colma de beneficios á aquel que se le une, y llena de angustias á aquellos de quienes se separa! La clemencia de Alláh es infinita, pero su justicia es implacable!

El físico del Sultán, llamado á toda prisa, llegó en aquel momento; y después de reconocer la herida, cuya gravedad no era dudosa, restañó la sangre diestramente, colocó luego un apósito, y dispuso la traslación inmediata á su domicilio del elegante y leal poeta, que aún no había recobrado el sentido, con lo cual, aquel hermoso día, que el pueblo de Granada había considerado de público regocijo, convirtiéndose en día de tristeza para todos, pues sobre que Ebn-ul-Játhib era universalmente estimado por su genio y por sus cualidades entre los granadinos, la justicia del Sultán no tardaría en imponer el castigo merecido á los que de manera tan infame como alevosa habían atentado contra él, persiguiendo su muerte.

Si en medio de su espanto, había logrado Aixa conservar aunque con singular perturbación, su presencia de espíritu al ver herido é inmóvil en tierra al caballero á quien todos, y ella también, creían el Príncipe de los fieles (Alláh le haya perdonado),—no sucedió lo propio cuando, inopinadamente, le veían sus ojos aparecer, inflexible como la justicia divina, hermoso como siempre, por la desembocadura del Zacatín, al frente de sus guardias.

Su pobre corazón, combatido por tantas emociones, no pudo resistir más, y al mismo tiempo que los labios de la joven dejaban escapar un grito de alegría, tan intenso como el de dolor que habían antes lanzado, caía desvanecida al suelo en el aposento en que se hallaba, vigilada de cerca por los dos hombres que hasta allí la habían por orden de la sultana conducido.

Siervos ambos del príncipe *Bermejo*, desde el lugar que ocupaban habían tenido ocasión de advertir cuanto ocurría en el palenque; y al presenciar la detención y apresamiento de su señor, que coincidió con el desvanecimiento de Aixa, fué tan grande el terror que hubo de apoderarse de ellos, y tal el pá-

nico de que se sintieron poseídos, que, sin ponerse de acuerdo ni fijar siquiera la atención en el estado en que quedaba la doncella, abandonaron precipitadamente el aposento, dejándola en él tendida.

Bien lo dijo el poeta, inspirado sin duda por acentos proféticos: «No faltará nunca al reino quien lo defienda, ni quien le haga resplandecer, ni quien le llene de gloria con sus servicios, ni le abandonará nunca la prosperidad, mientras no le abandone la protección del Omnipotente!»

La clemencia del Señor de ambos mundos (¡reverenciado sea su nombre en todas las regiones de la tierra!) no había podido consentir, en efecto, que los torpes planes de la sultana Seti-Mariém y del príncipe *Bermejo* llegaran á realizarse, entronizando la iniquidad sobre las ruinas de la virtud y del derecho.

Por esta causa, pues, seguramente, había dado en medio de su postración alientos á la infeliz muchacha, enamorada del Amir, para salvar todos los obstáculos, sortear todos los riesgos y vencer todas las dificultades, cuando más parecía que el Misericordioso dejaba de su mano y apartaba su mirada bienhechora de los que todo lo esperaban de la protección divina, y restablecía en el momento decisivo el imperio de la justicia sobre los maleficios de la iniquidad que se ofrecía ya como triunfante.

Grandes eran, en verdad, la perplejidad y el asombro en que dejaba Aixa al kátib Ebn-ul-Játhib, el poeta más inspirado y elegante de cuantos florecían bajo el amparo del egregio Sultán de Granada, y el más querido por el Príncipe, que había hecho de él su guazir y compañero inseparable,—cuando al desaparecer aquella entre las sombras de la noche, quedaba á solas consigo mismo, bajo el peso de semejante é inesperada declaración que exigía resolución pronta y decisiva.

En vano buscó el sosiego, y llamó en su auxilio á los genios protectores que inspiraban todos sus cantos en elogio del Amir, para que en aquella ocasión solemne, y después de leído una y cien veces el láconico pero expresivo escrito que Aixa le había personalmente entregado, iluminasen su espíritu, aconsejándole el medio por el cual le sería dable salvar la vida, sagrada para él, del Príncipe, á cuya amistad había consagrado toda su existencia. Los genios permanecieron mudos

á sus evocaciones reiteradas, y su fecundo ingenio pareció en dolorosa esterilidad agotado.

Correr al regio alcázar, despertar al Sultán y darle conocimiento del secreto de que Aixa le había hecho depositario, que era cuanto la joven apetecía, empresa resultaba de todo en todo irrealizable para el poeta. Nadie como él conocía el carácter de aquel Príncipe, en la primavera de la vida, halagado por la suerte, con el alma henchida de caballerosas y delicadas ilusiones, arrojado, vehemente y valeroso, y para quien tanto valdría mostrarle el escrito acusador de su amada, como impulsarle al riesgo de que urgía libertarle sin demora.

Una palabra sola bastaría para que, encendido su ánimo, le hiciera apetecer el momento de hallarse frente á frente de aquellos que codiciaban su vida.

No era posible, pues, cumplir los deseos de Aixa: no era posible por entonces dar al Amir aviso alguno. Lo que sí aparecía como indispensable, lo que era necesario conseguir á todo trance y de cualquier manera, era que el Sultán no tomara como había prometido, parte en el militar simulacro que debía en *Bib-ar-Rambla* celebrarse aquel día, cuyas primeras luces sorprendieron al kátib entregado por completo á sus meditaciones, y sin haber nada todavía resuelto.

Tampoco resultaba fácil la empresa de conseguir una sustitución, como le había en los primeros momentos ocurrido á aquel esclarecido hijo de las musas, á quien dieron por su elocuencia sus contemporáneos el honroso sobrenombre de *Lisán-ed-din* ó lengua de la religión, pues sobre que para ello sería preciso vestir las riquísimas ropas del Sultán, no conseguiría tampoco el fin que apetecía, porque nadie había en Granada que no conociese al Príncipe, y mucho menos *el Bermejo*, con quien debía justar en el palenque.

Así es que, no bien el sol comenzó á derramar su lluvia de oro desde el espacio, dando animación y vida á la ciudad, que empezaba á despertarse, luego de invocada en la mezquita del barrio la protección del Todopoderoso, tomó pensativo y lentamente el camino del alcázar, lleno de indecisión y de zozobra el ánimo, y meditando siempre acerca del medio de que podría valerse para impedir que el Sultán se presentara en la fiesta.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

luna de Dzu-l-Caâda (1); y mientras seguía distraído el giro de aquellasavecillas incansables,—la tranquilidad del hermoso panorama, iluminado por los rayos del sol naciente que caían sobre él desmenuzados como lluvia de oro; la agradable frescura de la brisa matinal; el perfume del arrayán y del mirto, y el tranquilo murmurar del río, que se deslizaba entre huertos y jardines bajo el embovedado de los puentes, de tal manera impresionaban al Sultán que, olvidado del presente, dejaba volar el pensamiento en alas de su pasión lejos de aquel alcázar encantado, y cruzando el espacio azul y sereno, cual seguían cruzándolo bulliciosas con afán las golondrinas, deteníase en la morada donde vivía la virgen de sus sueños.

Pensaba en Aixa; y en la sábana inmensa de los cielos, en las rosadas nubes que coronaban la frontera sierra, entre el follaje ya amarillento de las cármenes que distinguía en lo profundo del valle á sus pies tendido, sobre las apiñadas y confusas azoteas del caserío de la ciudad, donde quiera que detenía la mirada, allí veía el sonriente rostro de la bella, cuyos labios de fuego no parecían sino murmurar palabras de amor por él solo entendidas, y cuyos negros y rasgados ojos encendían y avivaban en su pecho aquella pasión, que era su única delicia.

De buen grado, como otras veces, habría enviado desde allí á la doncella alguno de aquellos amorosos billetes, confiados al instinto de una de sus palomas mensajeras; pero el recuerdo de cuanto había acaecido la pasada noche, convenciéndole de que sus enemigos estaban alerta, y de que Aixa sin duda se hallaba más que nunca vigilada, le disuadían de su propósito.

En ocasiones, permanecía suspenso y como abismado en la contemplación de la naturaleza, cual si en sus galas y en su alegría viese su propio espíritu retratado.

No atreviéndose á turbar aquellos sueños deleitosos que al Sultán embargaban, detúvose breves momentos Ebn-ul-Játhib; consideróle un punto, indeciso y vacilante, no habiendo aún hallado la fórmula que tan ardientemente perseguía, y se alejó discreto de la espaciosa estancia, sin que el rumor

(1) Octubre á Noviembre de 1358.

de sus pasos interrumpiese, por fortuna suya, las meditaciones del Príncipe de los fieles.

Los momentos urgían: la situación se agravaba á cada paso que el sol daba en su carrera, y comprendiéndolo así, el poeta era presa de invencible desesperación, acusándose á sí propio y haciéndose responsable de cuanto pudiese acontecer en la fiesta.

Usando de la libertad que en el alcázar gozaba por su cargo de confianza al lado del Amir, discurría ensimismado por el anchuroso *Patio de la Alberca*, ora deteniéndose á contemplar los pececillos que en el agua del estanque bullían desasosegados y semejantes á relucientes chispas de luz, ora mirando los surtidores de las fuentes que parecían verter líquida plata, y ora por último, atendiendo á los rumores que llegaban hasta él, como si esperase que en la disposición difícil de su ánimo, bastara una palabra para decidirle.

Así penetró en el ala meridional del palacio, destinada á la vida particular del Príncipe: la casualidad parecía ayudarle, guiándole á aquellos reservados aposentos, y tomando á buen augurio la soledad que en ellos reinaba, resolvióse al cabo á salvar la preciosa vida del joven Mohámmad, con el más heroico de los sacrificios.

Ocupar él el puesto reservado al Príncipe en la fiesta, y recibir la herida destinada á su señor y dueño: tal fué el noble pensamiento de su alma generosa.

No reflexionó ya más: las circunstancias eran sobrado solemnes é imperiosas para detenerse, y el tiempo transcurría veloz é impasible, sin consentir aplazamientos.

Y entrando resueltamente en la cámara particular del Sultán, detúvose temeroso de ser sorprendido en la ejecución del audaz proyecto que meditaba.

Sobre los cojines sedosos de un escaño, hallábanse dispuestas las ricas vestiduras que debía ostentar en *Bib-ar-Rambla* el gallardo hijo de Yusuf I, y bien podía asegurarse que el alfayate encargado de aquella obra, había apurado en ella toda su ciencia, pues era realmente una maravilla.

De costoso ricomás en que, salpicados de estrellas de oro fino y de rubíes, jugaban el rojo, el azul y el jalde,—era la tela de la graciosa aljuba, cuyas haldas y cuyas fimbrias todas contenían en tejidos caracteres dorados el nombre del

Amir, una y cien veces repetido; ancha banda de sirgo azul celeste que, en un círculo de estrellas, también de oro, llevaba el mote de los Al-Ahmares, y se cerraba por medio de un broche de granates y de encendidos rubíes, veíase al lado de la aljuba y de la toca, asimismo azul como la banda.

Temeroso respeto le contuvo al contemplar aquellas galas resplandecientes: hubo un momento en que se arrepintió de lo proyectado; pero animoso y resuelto, poniendo entera en Alláh su esperanza, y aprovechando la favorable coyuntura de encontrarse solo, asió rápidamente de las ropas, hizo con ellas un lío poco voluminoso, y ocultándolas lo mejor que pudo debajo de su ancho albornoz, salió del aposento y del alcázar con la precipitación y el sobresalto del ladrón que teme ser sorprendido en flagrante delito.

Huyendo de las gentes, como si tuviera por qué avergonzarse de su acción generosa, y pudieran leer todos en su rostro el hurto cometido, caminaba cautelosamente, procurando ocultarse en las espesas arboledas de los jardines que rodeaban la espléndida morada de los Jazrechitas, y donde buscando un sitio apartado, se dejó caer desfallecido y anhelante sobre el césped, al lado de una de las muchas corrientes de agua que procedían del sobrante de los canales de riego de la Alhambra.

Allí se entregó de nuevo á muy serias meditaciones: ya tenía en su poder las prendas con que debía el Sultán presentarse en la fiesta. Vestirlas, era empresa arriesgada y comprometedora, bien que no imposible, aun á trueque de concitar acaso luego la cólera del soberano; pero lo que consideraba después de todo como más difícil, aquello en que hasta entonces no había pensado, y mayores obstáculos le ofrecía, con apariencias invencibles, era el que el jefe de las caballerizas le entregase enjaezado convenientemente el caballo que había de montar el Príncipe, y hacerse acompañar y seguir luego por la tropa de caballeros que formaban la cuadrilla, bajo las órdenes personales de Mohámmad.

Habría él deseado poder llevar á cabo aquella empresa sin necesitar el concurso de ningún otro de los servidores del Príncipe, no porque le inspirasen desconfianza todos ellos en absoluto, ni porque quisiera recabar para sí solo la gloria de haber salvado la vida del soberano, sino porque sabía muy



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



desmontado al lugar donde entre indecibles zozobras permanecía en pie Ebn-ul-Játhib aguardándole.

—Así el Omnipotente me salve—murmuró Abd-ul-Malik al tiempo de reunirse con el poeta,—que en tus ojos y en tu semblante leo que algo grave acontece.

—En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso, que ni engendró, ni fué engendrado, ni tiene semejante—expresó con tono solemne *Lisán-ed-Din* sin dar respuesta al arraéz, y conduciéndole al lugar oculto de donde había antes salido.—Dime, oh tú, la mejor espada del imperio, el corazón más leal y más noble de Granada, dime si es para ti la vida del Sultán justo y generoso tan sagrada como el mismo libro dictado por Alláh con el intermedio del ángel Gabriel al Profeta de Koraïx!...

—Ciertamente que es por demás extraña tu pregunta, honrado Ebn-ul-Játhib, y que á no ser tú quien me la hicieras, creeria que la habían formulado los labios de algún loco! ¿Qué pretendes de mí, cuando tales cosas invocas?... Por Alláh, el vivo, que te expliques...—replicó Abd-ul-Malik, en cuyo ánimo crecían á la par el asombro y la sorpresa.

—No hay tiempo que perder en inútiles palabras—prosiguió el kátib.—Si es para ti, cual me consta, la vida de nuestro señor el Sultán (¡prolongue Alláh sus días!) más preciosa que la tuya, y tan sagrada como la misma Ley del Islám, me has de jurar por tu cabeza y la de tus hijos, por la divinidad del Creador de cielos y de tierra, que no ha de faltarme tu apoyo en la arriesgada empresa que medito.

—¿La vida de nuestro señor corre peligro?... Habla!—exclamó el arraéz profundamente agitado.

Sin darle tiempo á que pronunciase otras palabras, buscó afanoso Ebn-ul-Játhib en los anchos bolsillos de la almalafa el escrito de Aixa, y con él en la mano, replicó:

—No es prudente en este sitio darte explicación de mis angustias: tengo miedo del aire, de la luz y de mí propio... Llévame donde nadie pueda oírnos, y tendrás cumplida la explicación que pretendes.

Tomando la misma cuesta que á la *Puerta de la Ley* conducía, el arraéz y el kátib, silenciosos, siguieron hasta las cuadradas y rojizas torres del *al-hissán* que al otro lado de la colina se levantaba frente al alcázar, y haciéndose el primero

franquear con un pretexto la entrada de la más alta de aquellas, subieron después de cerrar la puerta cuidadosamente al terrado de la misma, desde el cual se descubría el hermosísimo panorama de la ciudad entera, y allí ambos se detuvieron.

—¿Estamos aquí seguros?—preguntó Ebn-ul-Játhib, volviendo á todos lados la vista con no aplacado recelo.

—Sólo aquí tendremos á Alláh por testigo,—replicó Abd-ul-Málik, apoyándose en una almena,—y Él únicamente podrá escuchar nuestras palabras!

—Alabado sea!—exclamó el kátib.—Y pues nadie sino Él puede oírnos, lee y medita acerca del contenido de ese escrito que me atormenta desde anoche. Él te demostrará si son justos mis temores, y si es legítima la agitación que me posee y has sorprendido en mi semblante,—añadió poniendo en manos del arraéz la carta de Aixa.

—Que Alláh me maldiga como á un judío, si no es en efecto grave cuanto declara este escrito, y si no doy á nuestro señor el Sultán noticia de ello sin tardanza, á ser cierto!—dijo Abd-ul-Málik así que hubo leído el billete.

—Sí; es cierto; debe de serlo, porque procede de la enamorada del Príncipe de los fieles (¡protéjale Alláh!) y ella misma ha sido quien lo ha puesto en mis manos,—contestó el poeta, añadiendo en seguida: —Pero, guárdate de hacer lo que has dicho, si en algo estimas la vida de nuestro dueño... ¿Piensas que sólo para darte conocimiento de la horrible traición que amenaza su sagrada existencia, es para lo que me he acercado á ti, y para lo que invoco tu auxilio?

—Habla, así tengas segura tu salvación, porque entonces no comprendo lo que de mí deseas.

—¿No lo comprendes, oh Abd-ul-Malik? Escucha: nuestro señor el Sultán (Alláh prolongue sus días!) ¿no ha prometido correr lanzas en la fiesta que dentro de breves horas se ha de celebrar en *Bib-ar-Rambla*?... ¿No has de ser tú el arraéz y jefe de los caballeros que deben justar al lado suyo? ¿No eres tú el encargado de tenerle el estribo cuando haya de montar para bajar con este objeto á Granada?

—Ciertamente que no te equivocas.

—¿No es también cierto,—continuó el poeta,—que si llega á tener noticia de lo que dice este billete, volará presuroso á

Bib-ar-Rambla desafiando el peligro?... ¿No lo es, asimismo, que ignorando la ocasión y la mano que le ha de herir, correrá desalado á la muerte, y será torpemente asesinado á nuestros ojos, sin que tú, ni yo, ni nadie pueda impedirlo, y que el castigo de los criminales no le ha de volver á la vida?...

—Así es,—repuso Abd-ul-Malik sencillamente.

—Pues entonces, es preciso que el Sultán, nuestro señor, ignore todo esto,—dijo el kátib.

—Júrote por Thagut (¡ maldito sea !), que ahora te comprendo menos.

—Escucha y calla,—replicó secamente el poeta.—Es preciso que lo ignore ; pero es preciso al propio tiempo que no llegue á justar en *Bib-ar-Rambla*.

—La suspensión de la fiesta alarmaría á todos, sin que se consiguiera nada,—expuso Abd-ul-Malik, con su natural buen sentido.

—Y ¿quién habla de suspender la fiesta? Lo que hemos tú y yo de impedir es que tome en ella parte nuestro señor, para que podamos unidos desbaratar esa conjuración y apoderarnos de los conspiradores.

—Por mi barba, que es difícil lo que intentas... Y ¿de qué medios piensas valerte para conseguir que el Sultán, tu dueño y el mío, falte á su promesa?—preguntó el arraéz con visible incredulidad.

Ebn-ul-Játhib, por toda respuesta sacó de debajo de sus ropas los vestidos del Príncipe, y los mostró silenciosamente á Abd-ul-Malik, quien al advertir su riqueza y las inscripciones bordadas en oro, que sólo podía usar aquél, no volvía en sí de su asombro.

—¡ Las ropas del Sultán !—exclamó.

—Sí, las ropas del Sultán ! Las que precisamente debe vestir en el palenque ! No te equivocas ! Pero las vestiré yo, y yo seré quien reciba en su lugar el golpe del traidor asesino !—dijo pausadamente el poeta.

Había tal grandeza y tal majestad en la acción y en las palabras del esclarecido *Lisán-ed-Din*, que el arraéz se sintió conmovido.

—Y ¿piensas,—repuso,—que habrá de consentir semejante trueque nuestro joven Amir?

—No pretendo tal cosa... Cuando la hora de *adh-dhohár*,



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

cho tiempo alegres noticias tuyas, y juntos hemos de asistir al castigo de los criminales!...

—Alláh te oiga y premie tus buenos deseos!—respondió el poeta.



Y como ya el tiempo apremiaba, bajaron ambos de la torre, y juntos, hablando de cosas indiferentes, se dirigieron á las habitaciones que en el recinto del alcázar estaban destinadas para el arraéz ; depositó en una de ellas Ebn-ul-Játhib su fardo, y encaminándose á la cercana Mezquita, labrada en los comienzos de aquel siglo por la piedad benéfica del Sultán Abú-Abd-il-Láh Mohámmad III,—como buen musulme, prostrado de rodillas delante del *Mihrab*, elevó su espíritu por

medio de la oración á los pies del trono del Excelso, confió á su misericordia el amparo de sus hijos, y pidió perdón humildemente de todas sus culpas pasadas.

Fortalecido ya su ánimo, tornó al aposento de Abd-ul-Malik, de cuyos labios recibió la nueva de que todo estaba prevenido según lo concertado, y ayudado por el arraéz comenzó á vestirse.

Siguiendo los prudentes consejos del esforzado militar, encerró primero el cuerpo en el templado coselete de batalla que aquél le ofrecía, y cubrió también de acero sus brazos; y ocultando aquellas armas defensivas bajo los pliegues de la hermosa aljuba de ricomás, cruzóse la ancha banda azul sobre el pecho, después de vestirse las demás prendas, colocando en aquella una de las espadas conocidas del Príncipe y que el arraéz le había proporcionado.

Ciñóse luego la lujosa toca á la cabeza, y tomando los cabos flotantes del *izár* que de aquella pendía, cruzólos por el rostro, de manera que sólo quedaron al descubierto los ojos, azules y expresivos como los del Sultán Mohámmad, con quien, así ataviado, ofrecía tan estrecho parecido, que produjo singular sorpresa en el arraéz la semejanza.

—¿Insistes todavía?...—preguntó éste contemplándole.

—Más que nunca, Abd-ul-Malik,—repuso el poeta.—Ya lo ves: las ropas del Amir de los fieles me cubren, y no es tiempo de retroceder... Por Alláh, que no han de sospechar sus enemigos que bajo ellas late otro corazón que el de nuestro señor y dueño!

—Ciertamente ¡oh generoso *Lisán-ed-Din*! que admiro lo grande de tu abnegación.... Y pues el momento solemne se aproxima, permite que te recuerde lo grave del compromiso que contraes...

—Demasiado lo sé,—interrumpió Ebn-ul-Játhib.—Acaso el golpe alevosamente destinado al Príncipe corte el hilo de mis días! Pero,—añadió con acento profético,—hay en el Paraíso un lugar destinado á los que mueren como yo moriré! Déjame, pues, y no hablemos de esto!

—Sea como quieras!... Que Alláh haga que encuentres la ventura! Contigo va mi corazón!—exclamó melancólicamente Abd-ul-Malik, humillado por el valor y la abnegación sublimes del poeta, quien por tañer la cítara de oro, no tenía

ni mucho menos olvidado el noble ejercicio de las armas, en que era tan diestro como en componer *cassidas*.

Cuando la voz del muedzín resonó en lo alto del minarete de la Mezquita de la Alhambra, pregonando el *idzán* para el *saláh* de *adh-dhohár*,— lucida tropa de jinetes vistosamente engalanada y con los mismos colores en los trajes que aquellos que aparecían felizmente combinados en las ropas de que se hallaba Ebn-ul-Játhib vestido, aguardaba á la puerta del alcázar de los Beni-Nassares al Sultán Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, para tomar parte en los regocijos de *Bib-ar-Rambla*.

Delante, sujetando del diestro la cabalgadura, ricamente enjaezada, que debía montar el Príncipe, — mostrábase, al lado del jefe de las caballerizas, para tener á aquél el estribo, el arraéz Abd-ul-Malik, en cuyo semblante hubiera podido notarse la agitación de su espíritu.

Poco después, llevando el rostro oculto por el *izár*, aparecía con paso firme el poeta Ebn-ul-Játhib, á quien todos, sin dificultad ni sospecha, confundieron por su apostura con el joven Sultán; y montando rápidamente, púsose á la cabeza de los caballeros, quienes se apresuraron á imitarle cruzando también los cabos del *izár* de sus tocas respectivas por el semblante. Picó luego espuelas á su caballo, no sin que hubiese tenido ocasión el arraéz de estrechar furtivamente entre las suyas la mano del poeta, y desapareció, seguido de los jinetes, entre una nube de polvo, por el camino de *Bib-al-Godór*, entrando en *Bib-ar-Rambla* cuando, ya con muestras de impaciencia, aguardaban el príncipe Bermejo y los caballeros de su cuadrilla en el palenque.





ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



Miróle distraído; y sin contestar á su saludo, echó á andar el Príncipe en dirección al espacioso *Patio de los arrayanes*, llegando en breve á sus particulares habitaciones.

— ¡ Oh poderoso Amir de los creyentes !—exclamó haciendo profunda reverencia ante él el arraéz, que hasta allí le había seguido.—La bendición de Alláh sea sobre ti y sobre los tuyos!... Ha sonado la hora del regocijo, y ya desde aquí se oye resonar en *Bib-ar-Rambla* el rumor de las músicas. Que Alláh te esfuerce y te proteja!...

—Mis galas pronto, y partamos,—contestó el Sultán penetrando en sus aposentos.

Aguardábale allí la sorpresa de no hallar ninguno de sus servidores; y como volviese con asombro los ojos en torno suyo y sólo viese el arraéz, para quien era tarea mucho más difícil entretener al Príncipe, que luchar en campo abierto, cuerpo á cuerpo y lanza á lanza con los terribles guerreros de Castilla,

—¿ Qué es esto ?—le preguntó.—¿ Por qué mis servidores no se hallan aquí para vestirme?... ¿ Cómo es que tú no te apresuras á hacerlos venir?... Por mi barba, que he de imponerles ahora mismo el castigo que merecen.

—Así Alláh te conceda en esta vida y en la otra el gozar sin término los beneficios de su bondad inagotable,—dijo Abd-ul-Malik todo tembloroso, y sin saber qué hacerse,—como yo te suplico ¡ oh soberano señor y dueño mío! que me otorgues clemente tu atención breves momentos, y acaso pueda explicarte mi lengua ruda lo que produce tu justificada extrañeza.

—Tú estás loco !—exclamó Abd-ul-Láh golpeando con impaciencia el pavimento.—Has oído como yo, y sabes como yo que ha sonado la hora de *adh-dhohár*, y ¿ quieres, cuando soy aguardado en *Bib-ar-Rambla*, que olvide mi palabra prometida y departa aquí tranquilamente contigo?... Vé en busca de mis esclavos, y prepárate á seguirme sin tardanza !—añadió arduosamente, al mismo tiempo que se dirigía presuroso á uno de los extremos de la lujosa estancia, pocos años antes edificada por su orden, y hacía allí resonar un timbre.

Á pesar de lo terminante de las órdenes, y del tono con que fueron dadas por el Príncipe, Abd-ul-Malik permaneció en su sitio sin moverse, clavados los ojos en el suelo.

Rápidos fueron los instantes que transcurrieron de esta manera: el joven Sultán, asombrado de ver que no acudía nadie á su llamamiento, sentíase ganar por la cólera, y paseaba por la estancia como león encarcelado, mientras el arraéz, lleno de confusión y de temores, pero con ánimo decidido y resuelto, cruzados sobre el pecho los brazos, le contemplaba con inquietud de aquella suerte, esperando que la ira del Príncipe estallase.

Dominado por ella al cabo, y reparando en la actitud impasible de Abd-ul-Malik, detúvose de súbito delante de él Mohámmad, y mirándole severamente, rompió el silencio, diciendo impetuoso:

—¿Qué haces, muslime, que estás oyendo llamar á tu señor, y no acudes?... ¿En qué piensas, arraéz?... ¿Qué demonio te posee, que cuando he ordenado que te preparases á seguirme permaneces clavado en ese sitio?... ¿Qué ocurre de extraño en torno mío?... ¿Qué significa esa actitud de desafío con que osas continuar á mi presencia? Por Alláh, el Inmutable, que me están dando tentaciones de castigar con mis propias manos tu desobediencia y tu audacia incomprensibles! Y ya que nadie acude,—prosiguió impulsado por súbito arrebató,—ya que ninguno de mis servidores, incluso tú, arraéz, oye mi voz, ni se precipita á ejecutar mis órdenes, cuando mi pueblo creerá que huyo cobarde de la fiesta que yo mismo he preparado,—sin galas, sin arreos, bajaré á *Bibar-Rambla* solo, si es preciso: que lugar habrá luego para saber lo que aquí sucede, y hacer que mi cólera descargue sobre todos vosotros!

Y ciñendo apresuradamente la larga espada de combate, corrió á la puerta del aposento.

Pero Abd-ul-Malik, silencioso, espiaba todos los movimientos del Amir, y al verle dirigirse en aquel estado de exaltación á la puerta, interpúsose diestramente extendiendo sus brazos para impedir la salida del Sultán, mientras caía á sus plantas murmurando:

—Que Alláh me ampare! Pero por tu cabeza, ¡oh señor y dueño mío! que no abandones este aposento, ni muevas tu planta fuera de él sin haberme oído!

—Pues qué,—rugió Abd-ul-Láh,—¿Han triunfado por ventura mis enemigos?... ¿No soy yo el Sultán de Granada?...

¿Eres tú acaso, miserable, el encargado de apoderarte de mi persona?... Aparta!... Aparta, ó por mi salvación te juro que habré de abrirme paso con mi espada!...

— ¡ No pasarás, soberano Príncipe de los musulimes! Aquí me tienes á tus plantas!... Aquí está mi pecho, siempre leal, siempre lleno de sumisión, y de respeto para contigo! Alláh sabe lo que hay en él oculto, y ve y comprende todas mis acciones! Él me libraré de tu cólera! Pero no pasarás sin escucharme!

—Aparta por última vez, digo!—exclamó el joven Príncipe dejando estallar su cólera, y desenvainando el acero.—Aparta, ó por la santidad de Aquel que ha creado los cielos y la tierra con su palabra, que el filo de mi espada enviará tu alma ruin á las profundidades del infierno!...

—Cúmplase tu voluntad, si así lo quieres!... Tú eres mi señor y mi dueño, y tuya es mi vida!—dijo Abd-ul-Malik inclinando humildemente la cabeza, y cruzando sus manos sobre el pecho.

No era el Sultán, aunque mozo, tan arrebatado y ciego, como para que en medio de su cólera no comprendiese que alguna oculta razón había para que el arraéz, el más leal quizás de sus clientes, procediera en la forma que lo hacía; y como su alma era noble y generosa, sintióse á pesar suyo conmovido por la humildad de aquel hombre que podía sin grave esfuerzo desembarazarse de él, si tales hubieran sido sus intenciones. Contúvose, pues, Mohámmad, y aprovechando semejante inesperada tregua, como Abd-ul-Malik juzgase suficiente el tiempo transcurrido, temeroso de provocar más aún el enojo del Amir, sacó de uno de los bolsillos de la almalafa que vestía el billete que Aixa había entregado á Ebn-ul-Játhib la noche anterior, y que el poeta le dejó al partir confiado, y sin atreverse á alzar los ojos del suelo, lo tendió silenciosamente.

—¿Qué pretendes, insensato, con ese papel?...—preguntó Mohámmad tomándolo no obstante, y estrujándolo colérico.

—Ábrele, señor, y fija en lo que dice un momento tu mirada. Acaso halles en él la explicación de cuanto excita tu cólera contra mí, el más humilde de tus esclavos!—replicó el arraéz con respeto, y sin abandonar la postura en que se hallaba.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

era tiempo, ciertamente: porque cuando al rápido correr de los corceles desembocaba en el Zacatín el Príncipe, caía Ebn-



ul-Játhib herido por el hierro de la lanza de Abú-Saïd, *el Bermejo*, y los conjurados aclamaban con estentóreas voces al imberbe Ismaïl como Sultán de Granada, entre el asombro, la indignación y la sorpresa del pueblo que presenciaba el espectáculo.

Al penetrar en *Bib - ar - Rambla*, bastóle á Abú-Abd-il-Láh una mirada sola para hacerse cargo de cuanto acababa de ocurrir, dando como consecuencia en el primer momento las ór-

denes oportunas para apoderarse de los conjurados que huían, y para poner á buen recaudo á su primo y cuñado el príncipe *Bermejo*.

Una vez hecho esto, y después de reconocida y de pri-

mera intención curada la herida de *Lisán-ed-Din*, paseó el Sultán la vista en torno de la plaza, procurando entre el gentío que asomaba por las azoteas y los ajimeces distinguir el rostro de la hechicera Aixa, no dudando de que la crueldad de Seti-

Mariém la habría obligado á presenciar el triunfo por ella tan hábil como traidoramente preparado ; pero su afán fué inútil, como era casi irrealizable su deseo. Y con el de poner término al triste cuadro que ofrecía aquella ciudad, estremecida por lo inesperado de los sucesos, y poco antes confiada y dichosa, mandaba á sus jinetes, cuyo número habían aumentado los caballeros de la que debía haber sido su cuadrilla en la justa, que despejasen el palenque y la explanada, y pensativo, malhumorado y triste, volvía á tomar el camino de la Alhambra, seguido como siempre de Abd-ul-Malik y de su tropa, dejando al cuidado del prefecto y de sus auxiliares el perseguir á los rebeldes y hacerse dueños de sus personas.

Abandonada en el primer momento de sobresalto por sus guardianes, aún tardó algún tiempo Aixa en recobrar el sentido. Obscurecida la luz de su inteligencia por lo intenso de la conmoción experimentada, lo violento del choque sufrido y lo brusco de la transición operada en sus sentimientos, creyóse al abrir los ojos víctima de invencible pesadilla, cuando por todas partes se consideró sumida en las tinieblas.

Rota la cadena de sus recuerdos, ni fué dueño de sí propia, ni acertó tampoco á explicarse la situación en que se hallaba. Perdida la memoria, el aplanamiento era completo. ¿Estaba muerta? ¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaba? ¿Eran aquel silencio y aquella oscuridad que la envolvían, la oscuridad y el silencio de la tumba?... Ella no recordaba nada de su muerte. Sus últimos recuerdos, evocados con todo esfuerzo, alcanzaban á la terrible escena de la noche anterior... Acaso Seti-Mariém la habría hecho asesinar... Pero ¿y su amado?... ¿Cómo habría podido librarse de las asechanzas de sus enemigos?...

Mas no, no debía ser aquella la tumba. No se encontraba envuelta en el sudario, ni sentía la opresión que deben sentir los muertos teniendo sobre sí la tierra que los cubre... Acaso estaría aún en su lecho... Quizás dentro de poco sería invitada á cruzar el *siráth* imponente, por el que sólo pasan con ánimo sereno los que han observado las prescripciones dictadas á Mahoma... Qué momento más solemne! Cómo reconcentraba de buena fe la joven su espíritu, y lo elevaba á Alláh murmurando sus labios unas en pos de otras distintas oraciones!

Al pronunciarlas, el eco de su voz, resonando en el espa-

cio, hirió con extrañeza su oído. Los muertos no hablan—pensó;—yo no debo estar muerta! Y como una idea despierta en pos de sí todas las que á ella se hallan por algún modo asociadas, hizo un movimiento, y extendiendo las manos, que antes había tenido recogidas, tocó con ellas el suelo frío y viscoso sobre el cual se encontraba.

La impresión que hubo de experimentar fué grande; y tras breve momento de indecisión, durante el cual recobró con la conciencia la memoria de lo ocurrido, trató de incorporarse, lográndolo al cabo, sin que por ello sus ojos percibieran luz alguna.

—¿Dónde estoy?—se preguntó.—¿Habré perdido la vista?... ¿No estaba hace un momento en aquella casa desconocida, donde fui llevada por orden de Seti-Mariém, y desde cuyo ajiméz han presenciado mis ojos el triunfo de Mohámmad?... ¿Estoy soñando?...

Y con los brazos extendidos, llegó á tocar los muros húmedos del aposento; y recorriéndole así guiada, sólo tropezaron sus manos con el herraje de una puerta, que trató de abrir en vano...

—Alabado sea Alláh!—exclamó cayendo de rodillas.—Mil veces alabado!... Porque su clemencia infinita me ha hecho comprender la verdad de cuanto me ocurre! No estoy muerta!... No han cegado mis ojos, ni soy víctima de ninguna pesadilla! Reconozco la mano de Seti-Mariém! Ella es quien me tiene aquí encerrada!

Sin hacer alarde alguno, después de pronunciadas estas palabras, pareció resignarse. ¿Qué le importaba, después de todo, su suerte?... Sabía que el Sultán había triunfado de Seti-Mariém, y esto en su abnegación le bastaba para estar satisfecha de sí propia, dando con generoso corazón al olvido su situación presente. ¿Cuáles serían, sin embargo, respecto de ella, las intenciones de la sultana?... Quién es capaz de saber lo que se oculta en las entrañas de las criaturas! Ella confiaba en la protección de Alláh, de Alláh que conocía la pureza de su alma, y que no desampara nunca á los que con fe invocan su santo nombre!

Entregada á tales pensamientos, y al regocijo que inundaba todo su sér, á causa de la salvación del Amir, no sintió transcurrir las horas que, lentas, implacables, se deslizaban con



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



El girar de una llave en la cerradura de la puerta, y el rechinar de un cerrojo, desvanecieron bien pronto sus dudas, pues abriéndose el portón, apareció ante ella la figura de un hombre, que llevaba en la izquierda un candil de latón, encendido, cuya llama hirió de tal modo los ojos de la doncella, que ésta retrocedió vivamente, sin reparar en la fisonomía del recién venido.

Colgó aquel hombre el candil en el muro, de una de las juntas de las piedras, y volvió tranquilamente á cerrar el portón, mientras Aixa, acostumbrándose á la luz, separaba las manos con que había instintivamente resguardado sus ojos, y fijaba sus miradas en aquel personaje, para ella completamente desconocido.

—Ha llegado la hora!—exclamó el recién venido.—Prepárate, esclava, porque va á cumplirse la terrible venganza de nuestra señora la sultana Seti-Mariém! Alláh es justo! Golpe por golpe!





XVI

L día, que bajo tan alegres auspicios había comenzado para el creyente pueblo de Granada, empezaba á declinar pausada y tristemente, en medio del silencio medroso de aquella gran ciudad, de que hicieron á

porfía los siervos del Misericordioso nueva y floreciente Damasco. Solitarias estaban las calles, cerradas, como en día de revuelta, las tiendas de los mercaderes en el *Zacatín* y en la *Al-caisería*, y los pocos transeuntes que circulaban por la población, hacíanlo con paso apresurado y cual temerosos de sí propios. De vez en cuando, ya algunos jinetes armados, ya algunos peones igualmente dispuestos, recorrían la ciudad en patrullas silenciosas, velando por el orden que habían pretendido turbar los burlados enemigos del nieto ilustre de *Al-Gálib-bil-Láh*, á quien Alláh haya recompensado en el paraiso.

No resonaban ya las alegres músicas, ni se escuchaba el rumor confuso de las gentes reunidas en bullicioso júbilo

en *Bib-ar-Rambla*, y que semejaba el del bosque azotado por la furia del vendaval, desencadenado y poderoso: sólo el murmullo monótono y constante del Darro interrumpía como un quejido el general silencio, al batir los cimientos de los edificios que le limitan por ambos lados á su paso por la ciudad, y deslizar sus aguas presurosas para incorporarse con el Genil á no larga distancia.

Cuando cerró la noche, el aspecto que ofrecía Granada, era con verdad imponente.

La luna, esquiva, había recatado el rostro, y no parecía sino que envolvía la ciudad de las mil torres sombrío manto de luto, según eran densas las tinieblas, y según era negro el cielo, donde no brillaba estrella alguna.

Tan negros, tan sombríos como la noche, tan tristes como aparecía en Granada la naturaleza, eran los pensamientos del joven Sultán, dedicados todos á la encantadora criatura á quien debía la vida, y á quien había consagrado su alma.

Qué lento había sido para él el día! Con qué especie de enañamiento, y cual burlándose de él y de su impaciencia, había el sol, indiferente á las miserias de la tierra, permanecido en el horizonte hasta poco después del *saláh* de *al-magrib*, embozándose con desenfadada majestad como en blanco alquicél en las nubes de nácar hacinadas en torno suyo!

Cuántas veces ideó el Príncipe volar á la morada de Aixa, acompañado de sus gentes de armas, y haciendo uso allí de su autoridad, apoderarse de la doncella salvándola de las manos de Seti-Mariém, y llevársela consigo; y cuántas veces el temor instintivo que le infundía la sultana, le hizo desistir de sus propósitos!

Devorado por la inquietud, vencido por la impaciencia, y sin ser dueño ya de resistir la ansiedad que le poseía,—desechando todo temor, no bien la noche cubrió de sombras el espacio, y quedaron confundidos en la obscuridad el cielo y la tierra, Mohámmad, echando sobre sus hombros amplio albornoz, salió de sus aposentos de la Alhambra, y como fugitivo, se deslizó por el bosque sobre el Darro, abrió con mano trémula el postigo de la cerca, pasó con el rostro recatado, por entre medias de los soldados que custodiaban la torre allí levantada para defensa de la al-medina, y cruzando el río por humilde puente de madera, echó á andar por la



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

bre niña. Acaso aquello era un lazo... Qué mal había hecho en dejarse arrastrar por su deseo el Príncipe, y en no haber aquel mismo día libertado de las manos de Seti-Mariém á su adorada!

Con el corazón oprimido por horrible duda, Mohámmad se dispuso á abandonar el aposento; pero antes de que hubiera podido salvar la puerta, retrocedió vivamente contrariado, y como impelido por la invencible repugnancia que le produjo la presencia inesperada de una persona, á quien no pensaba encontrar en tal paraje.

Con los labios sonrientes, irónica, provocativa y el ademán resuelto é imponente, Seti-Mariém avanzaba en efecto por la única salida del camarín, impidiendo de este modo la del Príncipe.

—Que la paz de Alláh sea contigo, y que Él te guarde y te proteja ¡oh soberano Príncipe de los creyentes!—exclamó con calculada lentitud la sultana, fijando los ojos con impertinencia en el bello rostro de su hijastro.

—Que Él te ampare y ayude, señora mía,—respondió éste sin salir de su asombro, ni ocultar su repugnancia.

—Alabada sea su misericordia, y ensalzado sea su santo nombre!—repuso Seti-Mariém.—Bendito sea Él, que ha consentido librarte hoy de las asechanzas de tus enemigos, y conservar tu vida para gloria del Islám y ensalzamiento de su doctrina!—añadió con acento burlón en el que se traslucía no obstante su despecho.

Y como nada replicase el Príncipe á tales palabras, ella prosiguió, fingiendo no hacer alto en el silencio de Mohámmad:

—Ciertamente ¡oh señor y Príncipe mío! que será para ti extraña mi presencia en estos lugares; pero yo te prometo por la memoria de tu excelso padre y mi señor (perdónele Alláh!) que si me prestas atención un momento, habrás de salir en breve del asombro que veo retratado en tu semblante.

—Antes, señora mía, de que tus labios pronuncien las palabras que vas á decirme, es preciso que sepas por tu parte que nada ignoro de cuanto á ti concierne, que conozco tus intenciones y propósitos, que no lograrás ahora engañarme, y que necesito me digas sobre todo, dónde está Aixa y qué

has hecho de ella,—contestó el Amir con energía y ya repuesto de su momentáneo aturdimiento.

—Á Alláh está reservado el conocimiento de todas las cosas!—replicó en tono sentencioso Seti-Mariém con hipocresía.—Mas tarde sabrás lo que deseas... Ahora, escucha.

—No pases adelante sin complacerme, —interrumpió Abd-ul-Láh, rechazando la invitación que le hacía la sultana para que tomara asiento al lado suyo.

—Tú lo quieres, cúmplase tu voluntad! Tú eres mi Sultán y mi dueño! Óyeme, pues, y sosiega tu espíritu intranquilo, —contestó la sultana.—Aixa, la esclava á quien tú amas y por quien me preguntas, la sierva á quien buscas en vano aquí afanoso como otras veces,—prosiguió procurando herir el corazón del Príncipe,—olvidando el amor que te juraba engañosa, goza en los brazos de otro más afortunado que tú los deleites celestiales que sin duda para ti soñabas.

—¿Qué pronuncia tu lengua?...—dijo Abd-ul-Láh, no pudiendo á pesar suyo contener un movimiento de celos, que venció bien pronto.

—¿No me crees?... ¿No sabes que Aixa es una esclava, y que la historia que te contó para llegar hasta ti en el alcázar, es vil impostura, como es inventiva el falso amor que te juraba?

—Mientes, sultana, mientes! La herida de la lengua causa más dolor que la del filo de la espada! Ay de ti, si prosigues calumniando á la mujer que amo, porque sería capaz de todo! —exclamó ya colérico el joven, recordando cuánto debía á Aixa, y sobre todo lo hecho por ella para conjurar el peligro que había corrido él en la pasada fiesta.

—¿Crees, desventurado, que mis labios pueden mentirte? —replicó Seti-Mariém sonriendo irónicamente.—¡ Júrote por Alláh que nos oye (¡ ensalzado sea!) que han de decirte verdades que no te habrán de agradar seguramente! Oye, pues!

—Dime dónde se halla Aixa, y no intentes intimidarme con amenazas que desprecio! Habla pronto, y por tu cabeza no aguardes á impacientarme! Contesta!

—Pues bien: ¿á qué fingir? Aixa te ama, Aixa te adora; sí, es cierto; pero jamás, ¿lo entiendes? jamás volverás á ver su rostro, ni á escuchar su acento, porque yo, yo, la sultana Seti-Mariém, la mujer á quien á tu vez amenazas, te desafía...

Porque, ya no eres el Sultán de Granada; porque te hallas en mi poder, incauto mancebo! ¿Qué? ¿Creías, por ventura, desgraciado, que podría yo consentir tu aborrecida presencia en el trono de Granada? ¿Crees, así Alláh me maldiga, que iba yo á conformarme con que mis hijos dependiesen siempre de ti, y que no anhelo para ellos otra vida que la obscura que les aguarda al lado tuyo? La mano de Alláh, el Justo y el Clemente, te ha traído hoy á esta casa! Te esperaba, porque te conozco! Y ya que ni la fruta envenenada, que deposité yo misma anoche en el tabaque, ha concluído contigo, ni la lanza de Abú-Saïd, tu primo, ha cortado hoy el hilo de tu existencia abominada en *Bib-ar-Rambla*, ahora, hijo de la mujer que jamás dijo que no á nada, ahora, vas á fenecer á mis manos! A mí!... A mí, pronto!—gritó roja de ira la sultana, levantándose amenazadora de su asiento y dirigiendo sus gritos al interior de la casa, donde resonaban fatídicos.

Desconcertado ante aquel flujo de injurias y de amenazas, Mohámmad no halló al punto palabra alguna que responder; Seti-Mariém había á sus ojos rasgado el velo misterioso que encubría muchos de los acontecimientos de la pasada noche, que él no había logrado explicarse por completo; y aunque preocupado con tales pensamientos, no por ello perdió la conciencia de su situación ni su presencia de ánimo ante el nuevo peligro, por lo cual, desnudando la espada, exclamó al mismo tiempo que detenía á la sultana oprimiendo fuertemente uno de sus brazos:

—Ahora me explico tu presencia en esta casa! ¿Me aguardabas, no es cierto?... ¿Tú y tu hijo, y mi primo Abú-Saïd pretendéis el trono que heredé de mi padre?... Temblad, pues, porque aún no he muerto!

Algunos hombres invadieron en aquel momento la estancia. Armados de espadas, de lanzas y de chuzos, gritaban feroces amenazando al Príncipe; pero tenían que habérselas con un hombre fuerte, hábil é ingenioso, á quien ni el corazón ni el pulso flaqueaban. Eran veinte contra él; mas, ¿qué le importaba?... Lucharía hasta deshacerse de aquella chusma, ó perecería vendiendo cara su vida. Arrojó lejos de sí á su madrastra, y buscando con la vista un lugar á propósito, escogió uno de los ángulos de la habitación, donde esgrimió la espada.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



—A él! ¿Qué vaciláis? ¿Es que os da miedo un niño?

A estas palabras respondieron los asesinos blandiendo sus armas; y rota ya la traba del respeto que hasta entonces y á pesar suyo les había contenido, se arrojaron sobre el Sultán llenos de furia.

Casi al propio tiempo, y siguiendo la orilla del río, un grupo numeroso de embozados se detenía delante de las tapias del jardín que rodeaba la casa de Aixa; y después de breves momentos, durante los cuales uno de aquellos que parecía ser jefe, daba á los demás órdenes en voz baja, el grupo se deshizo, repartiéndose los hombres que lo formaban en cuatro secciones diferentes que se distribuyeron silenciosas en derredor de las tapias, marchando al frente de una de aquellas el que los acaudillaba.

Por su corpulencia y por la preocupación que ostensiblemente le dominaba, habría sido sin duda alguna cosa fácil reconocer en él desde luego al arraéz de la guardia personal del Príncipe, quien temeroso de cuanto pudiera ocurrir al Sultán cuyos actos espiaba, habíale seguido sin que el Amir lo advirtiese desde que salió al bosque de la Alhambra, y comprendiendo por la dirección que tomó aquél al entrar en el Zacatín, el lugar á donde iba, había vuelto á la almedina precipitadamente, y reunido el número que pudo de oficiales y soldados de la guardia, habíase á buen paso puesto en marcha con ellos hacia la casa de Aixa por el camino más corto.

Los acontecimientos de aquel día, la revelación del escrito de Aixa, la prisión del príncipe Bermejo, y lo que de público se decía y había hasta él llegado, noticias eran suficientes para excitar la legítima desconfianza del leal arraéz, por cuya razón no había vacilado un instante, sospechando que la sultana Seti-Mariém, cuyo nombre era pronunciado como el del alma de la conjuración fracasada, no desperdiciaría la ocasión de ejecutar sus siniestros planes, si el Sultán caía incautamente entre sus manos.

Sabía él, como lo sabía todo el mundo, que aquella casa era propiedad de Seti-Mariém; y guiado por su lealtad y por su instinto, como primera medida, juzgó oportuno rodear el edificio por sus gentes, encaminándose él en persona á la puerta, dispuesto á hacerla abrir, y no sin antes haber dado

instrucciones terminantes y precisas á los oficiales que se habían puesto á la cabeza de los restantes grupos.

Así que hubo llegado al portón, golpeóle con la anilla de hierro, y pareciéndole que tardaban en abrir, disponíase á violentar la cerradura, cuando la puerta giraba silenciosamente, asomando por la rendija la faz estúpida del portero mudo, quien levantando á la altura de su cabeza el candil de que iba provisto, trató de ver la persona que á tales horas y de aquella suerte llamaba.

De un empujón vigoroso, Adb-ul-Malik rechazó al esclavo; y abriendo de par en par las hojas del portón, sin hacer caso de aquel hombre, á quien había derribado en tierra, penetró en el jardín seguido de su gente, y como conocedor del terreno, dirigióse al cuerpo de la casa, de la cual salía confuso rumor de voces que turbaba el silencio de la noche, y entre las cuales creyó reconocer, alterada y casi ronca la del Príncipe.

Sin pronunciar palabra, pero agitado poderosamente y lleno de zozobra, el arraéz atrajo hacia sí á dos de sus soldados, que, acostumbrados á obedecerle, se dejaron conducir sin resistencia; y colocándolos inmediatos á la pared, de un solo impulso saltó sobre sus hombros, encontrándose por esta maniobra, casi á la altura del piso en que se hallaba el camarín donde el Sultán luchaba cercado de asesinos. Extendió allí los brazos, y asiendo el parteluz del ajiméz, se detuvo anhelante, escuchando siempre, hasta que al cabo, dando un silbido y lanzando su grito de guerra, se colocó sobre el alféizar del ajiméz por un esfuerzo prodigioso, y exclamó blandiendo el acero:

—La vida del Sultán peligrá ! Adentro todos !

Destrozando entonces con su espada las celosías, penetró en el aposento donde se hallaba el Sultán, defendiendo su vida.

La situación, con efecto, no podía ser más apurada para el animoso y joven Príncipe.

Al arrojarse sobre él las gentes de la sultana, su espada había trazado un círculo que no osaba traspasar ninguno de aquellos foragidos, quienes le atacaban no obstante denodados y con la confianza del número, que les prometía la victoria.

Más de uno había caído ya tocado por la espada del Sultán sobre el pavimento, y el Príncipe, acosado de cerca, acudiendo sin cesar á todos los golpes de armas diferentes que le dirigían, vióse en la precisión de retroceder hasta el ajiméz, esgrimiendo incansable el ensangrentado acero.

—¿Qué os detiene?...—gritaba la sultana.—Acabad con él pronto, que son siglos los momentos y sois bastantes para un niño! Animo, pues, valientes!

Y agrupándose con estrépito, estrechándose con rabia y sin temor á la espada de Mohámmad, que á cada golpe aparecía manchada, era tal el tumulto que no fué posible que entre él oyeran ni el silbido de Abd-ul-Malik, ni su grito de combate, ni la orden dada á sus gentes de penetrar en la casa.

Comprendiendo que al postre el Sultán cedería rendido, menudeaban los asesinos de todos lados los ataques; y, con efecto, aunque procuraba animarse á sí propio, el joven Amir sentía ya que sus fuerzas flaqueaban, y hubiera al fin caído á los golpes de sus enemigos, si la presencia inesperada del bravo arraéz no hubiera contenido llenos de sorpresa á los satélites de la sultana.

De una sola mirada, se hizo Abd-ul-Malik cargo de la situación; y conociendo el riesgo inminente en que su señor se hallaba, lanzóse sin vacilar sobre el grupo, desconcertado ya, y en breve descompuesto por el esfuerzo de su brazo y los golpes de su espada.

—Valor, señor y dueño mío!—exclamó el noble arraéz, poniéndose al lado del Sultán.—Un momento de valor, y todo habrá concluído!

Requirió la espada el mancebo, no menos asombrado por el oportuno auxilio de Abd-ul-Malik que lo estaban Seti-Mariém y los suyos; y, unidos ambos, avanzaron sobre los asesinos, en el instante en que á los rudos golpes que descargaban sobre ella las gentes del arraéz, caía la puerta de la estancia é invadían espada en mano aquellas el aposento, guiadas por los gritos de los combatientes.

Al silbido lanzado por Abd-ul-Malik en el momento de saltar sobre el alféizar del ajiméz, las tres secciones restantes de sus soldados escalaban por diversos puntos las tapias del jardín, y penetrando en el edificio, se incorporaban á los que primero habían llegado, derramándose furiosos en torno de



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

misma á mi justicia, y que la sultana Seti-Mariém sea conducida á mi disposición al alcázar,—añadió volviéndose á sus guardias, que esperaban sus órdenes sin moverse.

Y al propio tiempo que parte de estos comenzaban á cumplir los mandatos del Sultán, seguido de Abd-ul-Malik y del resto de la fuerza, daba el Amir principio, aunque inútilmente, al registro de la casa, guiado por el afán de descubrir el paradero de Aixa.

Los servidores de Seti-Mariém, asustados, si no opusieron resistencia, tampoco pudieron calmar la ansiedad del Príncipe, quien llamaba por todas partes y como loco á la doncella, pues ignoraban que la sultana aquella mañana había hecho conducir á la joven á uno de los encierros de la galería subterránea, y desconocían el secreto de la alhenia.

Cuando Mohámmad se hubo convencido de la esterilidad de sus esfuerzos, con el alma cubierta de mortal inquietud y profundamente entristecido, tomó el camino de su regia morada, escoltado esta vez por Abd-ul-Malik y por sus guardias, que caminaban silenciosos detrás del Príncipe.

Á la mañana siguiente, hizo conducir á su presencia á la sultana Seti-Mariém, recibéndola en el departamento superior de la *Torre de Abú-l-Hachich*, labrada en los días de Yusuf I, de quien tomaba nombre, y desde la cual se distinguía el hermoso panorama de la ciudad que se extendía pintoresca hacia poniente por una y otra orilla del Darro.

Aquella mujer, de ánimo inquebrantable, compareció ante el Sultán agresiva y feroz como siempre. Sus primeras palabras fueron otros tantos insultos que despreció Abd-ul-Láh, decidido á averiguar la suerte de su enamorada.

Con cinismo comparable sólo á la aversión cordial que le profesaba, Seti-Mariém pareció complacerse en referir á Mohámmad menudamente cuanto concernía á la joven, de quien había pretendido hacer instrumento de su venganza, pero sin revelarle ni mucho menos toda la extensión de la trama urdida contra él, ni las secretas reuniones de casa del judío, ni los nombres por consiguiente de los conjurados. Sabía que el corazón del Príncipe era noble y generoso, y esperaba confiadamente en que aquellas condiciones ingénitas del Sultán, explotadas con destreza, tarde ó temprano habrían de dar el triunfo á ella y á los suyos.

—¿Qué te he hecho yo, sultana y señora mía, para que de ese modo cruel me aborrezcas, y conspires contra la vida de quien procuró honrarte siempre, respetando la memoria de Yusuf, nuestro señor y mi padre, á quien Alláh ha abierto las puertas del paraíso?—preguntó el Sultán dominado por singular melancolía, y dando al olvido los insultos y la procacidad de su madrastra.

—Que qué me has hecho!—replicó Seti-Mariém.—¿Por ventura lo ignoras?... ¿No te lo han dicho ya mis labios? ¿No te lo han dicho todas mis acciones? ¿No sabes que te aborrezco, porque tu existencia maldita es el despojo constante de mis hijos, á quienes has privado de la posesión de Granada? ¿No sabes que tu presencia es para mí como agudo puñal que envenena los días de mi vida, y que destroza sin piedad mis entrañas? ¿No sabes que tu felicidad, en el sitio que ocupas y que sin ti sería de mis hijos, es un reto continuo?... Y me preguntas qué me has hecho!... Te aborrezco, sí! Te aborrezco tanto, que daría con gusto mi parte de paraíso por ver correr la sangre toda de tus venas! Y si no mandas que me quiten la vida, mientras aliente, mientras quede en mi cuerpo una gota de sangre, habré de maldecirte, impío, hijo de impía, y habré de procurar sin tregua tu ruina y tu muerte!... En tus manos estoy: véngate ahora que puedes hacerlo, ya que la suerte y el demonio te protegen!

—Calla, mujer, calla! No me hagas olvidar ¡por Alláh! quien eres, y dime dónde está Aixa.

—Aixa! Qué me importa á mí esa miserable criatura! Si tú no la amases, habría seguido su suerte; pero sé que sufres, sé que tu corazón se hace pedazos pensando en ella, y esa es mi alegría! Jamás sabrás lo que he hecho de tu amante...

—Estás en mi poder, sultana; en mi poder están también tus hijos, y ellos y tú me responderán de la vida de Aixa con la vuestra.

—Mis hijos! Ya no están en tu poder, imbécil! Yo sí lo estoy, y te brindo con mi sangre para que te vengues! Aquí me tienes! Soy una débil mujer! Puedes, por tanto, saciar tu cólera en mí, y habrás ejecutado hazaña propia de tu ruin espíritu!

—Calla, Seti-Mariém!—volvió á repetir el Sultán trémulo de coraje.—No aumentes mi indignación y el horror que me

inspiras con tus palabras... Pero no lograrás lo que apete-
ces... No conseguirás que mis manos se manchen con la san-



gre de la que fué mu-
jer de mi padre y sul-
tana un tiempo de Gra-
nada!

—¿Qué mayor prue-
ba de tu ruindad y de

tu cobardía? Puedes vengarte, y no lo haces, temiendo que
alguien te pida mañana cuenta de mi muerte!

—No!... No, por Alláhl... Me vengaré, sultana! Me ven-
garé, pues lo deseas y á ello me provocas, aunque hubiera



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

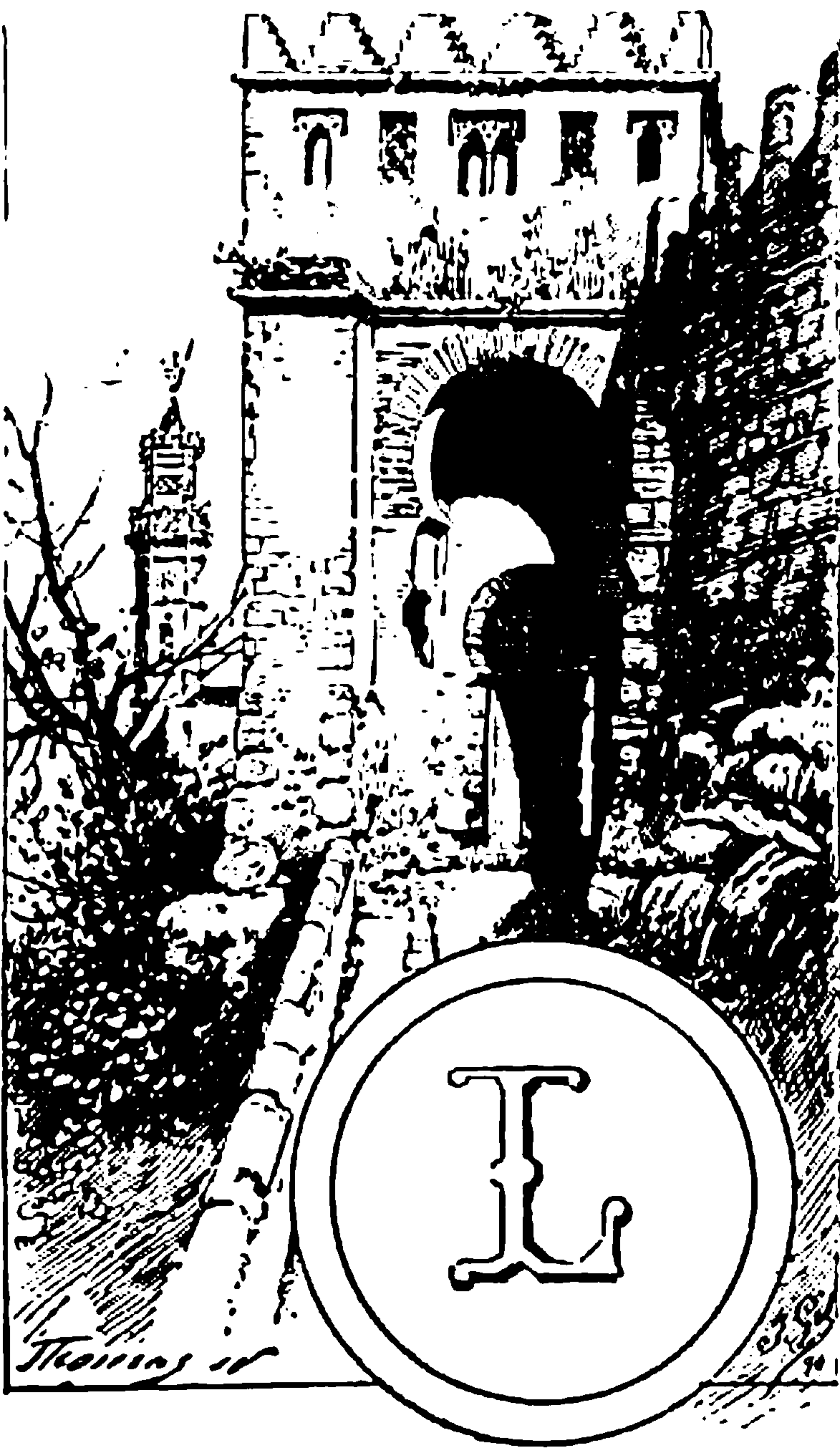
Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto





XVII

ARGO tiempo hacía que, entregada la naturaleza al letargo laborioso del invierno, las crestas de *Chebel-al-ókab* y de *Chebel-ax-Xolair*, apa-

recían cerrando el horizonte cubiertas completamente de nieve, como devotos peregrinos que se preparan á emprender el viaje ó que regresan de visitar el santo templo de la Caâba (¡prospérole Alláh!), envueltos en sus blancos alquiceles.

Los árboles que en el verano y el otoño matizaban con la esmeralda de sus frondosas copas el cuadro seductor de la hermosa Granada, y que brindaban apacible reposo con la fresca y agradable sombra que sobre el alfombrado suelo proyectaban, tendían ahora sus ramas secas y desnudas al cielo, cual los fieles en la oración levantan sus brazos á la pintada techumbre de las mezquitas, y sus troncos, rugosos y retorcidos los unos como poseídos del demonio, húmedos y dere-

chos los otros como esbeltos alminares, se levantaban tristes sobre la tierra obscura, desprovista de galas, ó sobre la sábana reverberante, que habían tendido las nubes al deshacerse en menudos y frecuentes copos de nieve.

Engrosado su caudal por el de los arroyos torrenciales que se despeñaban bramando desde las alturas de los montes, el Darro, con sus aguas revueltas y cenagosas, que parecían vestidas de luto, se deslizaba murmurador y sombrío entre sus orillas desprovistas de vegetación, estrellaba con furia su corriente contra las escarpadas estribaciones de la colina roja, y se arrojaba con estrépito por medio de la ciudad, golpeando como loco los edificios hasta llegar al punto en que huyendo de sí propio, buscaba en el seno del Genil legítima defensa, espaciándose luego por el valle, unido con aquel en perennal abrazo.

Gris, como una coraza engrasada, estaba el cielo, sombrío á veces cual la techumbre de una caverna ó la bóveda de un subterráneo, no sin que en ocasiones, y á modo de promesa celestial, recordase los días esplendentes de la primavera, vistiéndose de azules gasas, y testificando la misericordia de Alláh, el Alto, con las sonrisas del sol que llenaban de regocijo á las criaturas, y hacían fermentar el grano en las entrañas de la tierra.

Cuatro lunas, cuatro largas lunas, habían transcurrido con efecto desde que, triunfante en *Bib-ar-Rambla*, el Sultán Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, recogido en los dorados aposentos de su fastuoso alcázar, como el sol se recogía en el firmamento detrás de la masa espesa de las nubes, sufría los tormentos horribles de la ausencia, separado de la mujer que había hecho latir su corazón, y había abierto su alma generosa á sentimientos para él nunca conocidos.

Bien se vengaba la sultana Seti-Mariém, aun confinada en su prisión dentro de la fortaleza de la Alhambra!... Cuantas gestiones habían hecho Abd-ul-Láh y sus servidores para averiguar el paradero de la infeliz doncella, todas habían resultado inútiles... En balde, cumplidas las órdenes del Amir, había sido piedra á piedra demolido el edificio donde Aixa fué aposentada por Seti-Mariém... No parecía sino que la tierra abriéndose al conjuro infernal de la sultana, había ocultado en su seno á la enamorada del Príncipe.

Ninguno de aquellos aposentos, donde ella tantas amarguras tenía sufridas, donde acarició tantas y tan risueñas esperanzas, donde por vez primera oyó de labios del Sultán de Granada, como ella trémulo y balbuciente, la declaración apasionada de sus ansias,—conservaba rastro ni huella alguna de la joven; ni aquel subterráneo cuya oculta entrada dejó al descubierto la piqueta de los cautivos nassaríes empleados en la obra de destrucción mandada por Mohámmad, ni los departamentos húmedos y fríos, como silos, que en tal secreta comunicación encontraron, ni la humilde casa que á la otra orilla del Darro daba al subterráneo salida, guardaban memoria, ni facilitaban indicio aprovechable.

Acaso la vengativa sultana había para siempre apagado la luz de aquellos ojos que derramaban la pasión á raudales, y paralizado con la muerte aquel sentido corazón, que sólo por el amor y para el amor del Príncipe latía!

Tal pensaba, según los contadores de historias, el Sultán de Granada, cierto día, al mediar de la luna de *Rabié-aguál* del año 760 de la Hégira (1), tristemente asomado al ajiméz de la *Torre de Ismaíl* que se encarama sobre el bosque de la Alhambra, y finge contemplar desde allí las corrientes del Darro, que socavan los cimientos de granito de la colina roja.

Detrás de él, ya completamente restablecido, aparecía con el rostro resplandeciente de bondad é impregnado de melancolía, como si en su pecho se reflejase la del Príncipe, el noble *Lisán-ed-Din*, y á su lado, con el guazir Redhuán, Abdul-Malik, sombrío y ceñudo, miraba el paisaje, cual si en los hilos sutiles de la lluvia que caía espesa, hubiera encontrado algo de indescifrable y misterioso.

Permanecían los tres silenciosos hacía ya rato, y al fin, el Príncipe, exhalando un suspiro y con lágrimas, que no pudo reprimir, se apartó bruscamente del ajiméz, y se dejó caer sobre un asiento, exclamando con acento conmovido:

—Es más fuerte que yo!... Cuándo acabará mi angustia?...

Deseando distraerle, Ebn-ul-Játhib se adelantó hacia él, y con voz llena de sentimiento, improvisó en el metro *Básith* unos versos, que comenzaban:

(1) 14 de Febrero de 1359.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

Bermejo,—debía también experimentar igual suerte que la deparada al Sultán, para satisfacer así los sanguinarios deseos de venganza de Seti-Mariém, burlada una vez más por la joven.

Cuando sus ojos, en la tarde que sucedió á aquella angustiosa mañana, pudieron soportar aunque con molestia el resplandor del candil que había el desconocido colgado de una de las grietas del muro, al penetrar en el encierro,—fijáronse con extrañeza y curiosidad en aquel personaje, quien adelantando hacia ella, pronunciaba con voz ronca en sus oídos las fatídicas palabras por las cuales no pudo dudar ya de su destino, ni de las intenciones con que ante ella aquel hombre se presentaba.

No era cobarde Aixa, y demostrado lo tenía; no era tampoco su vida lo que le importaba... Pero la sorpresa fué en ella tan grande, que paralizó su lengua.

El hombre, sin hacer alto en la impresión producida por sus palabras, deslió lentamente de su cintura una cuerda larga y recia que enrollada llevaba, y, como quien se dispone á ejecutar acción á los ojos del Altísimo meritoria, pareció complacerse con bárbara sonrisa en desplegarla á la presencia de la atónita joven, por cuyas mejillas, pálidas como el cáliz de la camamila silvestre, se deslizaron silenciosamente dos lágrimas que se perdieron entre el encaje del *al-haryme* que cubría su semblante.

—Nada sucede sin la voluntad del Excelso!—dijo con resignación.—Ensalzado sea!

—Haces bien, por mi cabeza, en dirigirte á Alláh, porque dentro de poco—replicó el hombre—serás seguramente á su presencia. Aprovecha los instantes—añadió mientras hacía con la cuerda un nudo corredizo,—pues son pocos los que te quedan de vida.

Sin duda esperaba el emisario de Seti-Mariém una explosión de quejas y lamentos como respuesta á sus crueles palabras, pues extrañando por su parte el silencio de la doncella, suspendió su maniobra, y se volvió á la niña, diciendo con brutal sarcasmo:

—Puedes gritar cuanto quieras, hija mía. Nadie habrá de oírte, porque sobre nuestras cabezas corre el Darro, y el murmullo de sus aguas es muy bastante para sofocar tus gritos.

—No esperes que mis labios se abran para exhalar queja alguna,—repuso dulcemente Aixa.—¿De qué me serviría? Si mi muerte está decretada, cúmplase la voluntad del Señor de las criaturas! Estoy dispuesta.

—Pareces valiente, muchacha! Y á fe, que más que tu conformidad habría querido que excitaras mi coraje con tus insultos y tus quejidos. Por la santa ley de Mahoma (¡ bendígale Alláh!), que tus ojos son como luceros de la noche y es lástima que tan pronto haya de apagarse su lumbre!

Y así diciendo aquel hombre, corpulento y grande, de recios puños y de semblante tosco, alargó una de sus manos y con rápido movimiento, que ni pudo prever ni prevenir Aixa, arrancó de un golpe el *al-haryme* que ocultaba desde el nacimiento de la nariz las facciones de la doncella, exclamando al propio tiempo:

—Eres hermosa como las huríes del paraíso!... Tus labios, como la flor del *argován* son rojos y frescos, y tus mejillas parecen el capullo de una rosa recién abierta... Jamás vieron mis ojos otra como tú!

Quedó un momento suspenso contemplando el rostro de la joven; de sus manos se deslizaron al húmedo pavimento los cabos de la cuerda, y pasando su gruesa y nervuda diestra por la cara, como para desechar algún mal pensamiento, retrocedió cual herido, vacilante.

Después, se inclinó pausadamente y como á pesar suyo al suelo, exhaló un suspiro, y volvió á tomar la cuerda, prosiguiendo la operación comenzada.

En el estado en que el ánimo de Aixa se encontraba, todo aquello, que era un peligro, había pasado inapercibido para ella, no acertando tampoco á hacer movimiento alguno, mientras el hombre, con los ojos bajos unas veces, fijándolos otras en ella, continuaba su faena, cual si hubiera sido la cosa más pesada y sobremanera dificultosa del mundo.

Al fin, dando por terminada su obra, volvió á acercarse sin pronunciar palabra á la joven, y se apoderó de sus manos, que ella le abandonó sin violencia; colocóselas á la espalda, pasó por las muñecas de ambas el nudo corredizo, y tiró con tal fuerza de la cuerda hacia atrás, que Aixa, sin fuerzas, estuvo á punto de caer al suelo.

—No tengas miedo,—dijo el satélite de Seti-Mariém.—Pro-

curaré hacerte el menos daño posible. Pero si tú quisieras...
—añadió deteniéndose.



—Por ventura,
así Alláh me abra
las puertas del
paraíso, ¿puedo

yo ya querer algo en el mundo? — contestó Aixa.

—Sí, sí puedes querer, y tu voluntad, muchacha, sería obedecida por mí sin vacilación...

—¿Qué dices?... No te entiendo...

—Mira,—exclamó el desconocido, colocándose resuelta-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



—Oh, no! Prefiero morir!

—Por el mismo Satán *el Apedreado*, que ya no puedo más! —exclamó aquel hombre incorporando á la fuerza á la doncella.—Tú serás mía!—añadió.— «Si tú no puedes entrar por la puerta del amor, dice el adagio, entra por la puerta del oro.» Yo no tengo oro, pero tengo en cambio este cuchillo. Vas á seguirme... Sé que lo harás á la fuerza; pero si gritas, si haces el menor movimiento, clavaré la hoja de este arma en tu corazón hasta el puño...

Descolgó el candil rápidamente, abrió después el portón, y empujando á Aixa, hízola caminar por el subterráneo largo trecho, hasta que tropezaron con los primeros peldaños de una escalera.

—¿A dónde me llevas?—interrogó Aixa llena de temor y de angustia.

—Qué te importa? No olvides que si gritas, caerás herida por mi mano... Adelante!

De esta forma, subieron la escalera, y la doncella reconoció en seguida el aposento en que desembocaba. Era la casa aquella en la cual la implacable Seti-Mariém la había obligado á escribir al Sultán, dándole cita para la noche anterior en que debía ser envenenado.

Sin detenerse, el esclavo cruzó varias estancias abandonadas, y al postre, después de apagar el candil y de arrojarlo al suelo, describiendo el cerrojo de una puerta, una bocanada de viento hizo comprender á Aixa que se hallaba en la calle.

Aspiró con deleite y recibió como una salutación halagüeña aquella caricia que Alláh sin duda le enviaba para fortalecerla, y volviéndose al esclavo, le interrogó con un gesto acerca del camino que debía seguir, mientras acomodaba sobre el rostro el desgarrado *al-haryme*.

Indicóle el hombre con la mano el camino, y ambos se pusieron en marcha, ella delante, detrás él, prevenido y siempre dispuesto.

Era ya de noche, y los acontecimientos ocurridos en *Bib-ar-Rambla* la hacían más imponente, pues no transitaba á aquella hora alma viviente por la ciudad solitaria, á excepción de las patrullas que la recorrían.

Siguiendo la cintura de murallas que rodeaba la población tuvo la fortuna el esclavo de que no estorbase á deshora sus

propósitos nadie; y así, sin hacer alto en parte alguna, condujo á la doncella á uno de los barrios más apartados de Granada, y llamando á una casa de miserable aspecto, hizose abrir la puerta, y penetraron ambos dentro.

Por el camino Aixa había reflexionado. Intenciones tuvo al principio de llamar en su auxilio, para que el esclavo, cumpliendo su palabra, la libertase de la vida, pues no esperaba volver á gozar ventura en el mundo lejos de su amado; pero luego, ocurrióle la idea de que viviendo, luciría para ella al fin el día en que habría de serle dado reunirse con el Sultán, burlando con la protección del Misericordioso los brutales deseos de aquel hombre. Llevando éste al que le había franqueado la entrada, á uno de los extremos de la reducida estancia que, alumbrada por miserable candil de barro, embarazaban de todos lados distintos aperos de labranza y fardos de diverso tamaño y forma,—habló con él en voz baja algunos momentos, y volvió al lado de la joven, mientras el otro desaparecía por una puerta abierta en el fondo de la sala.

Poco después volvía de nuevo, y á una seña suya, el esclavo empujó á Aixa delante de sí, y salieron otra vez á la calle.

Esperábales allí, ya enjaezada, una cabalgadura; y montando en ella de un salto el siervo de Seti-Mariém, extendió rápidamente los brazos, y con un movimiento vigoroso y de que él solo parecía capaz, cogió á Aixa por la cintura, y á pesar de sus protestas, la montó sobre el arzón delantero, aguijando al propio tiempo al animal, que emprendió en las sombras velocísima carrera.

Los soldados que guardaban *Bib-Bonaita* le vieron pasar como una exhalación, y bien pronto desapareció por el camino de Atarfe.

Aixa vivía pues, era cierto; pero vivía lejos de Granada, é ignoraba cuanto había sucedido desde el momento en que perdió el sentido en *Bib-ar-Rambla*.

Al caer la tarde de aquel día, cesó la lluvia, y el tiempo pareció serenarse. El Sultán, triste como siempre, se recogió á sus habitaciones, y allí solitario abandonóse á su dolor, invocando el auxilio de los cielos, mientras la sultana Seti-Mariém, encerrada en uno de los fuertes torreones de la Alhambra, y echando en él de menos la libertad, no sólo no había desistido de sus proyectos sanguinarios, sino que excitado su

coraje, más que nunca anhelaba el momento de la venganza, que veía siempre como el único medio de saciar sus ambiciones, exaltando hasta el trono su descendencia.

La soledad en que vivía y el aislamiento á que su propia impaciencia y su carácter la habían reducido, eran para ella más crueles, más intolerables que la misma muerte. Privada de toda clase de noticias, devoraba en el estrecho recinto de la prisión la rabia de su impotencia, renegando de su destino y de su suerte, invocando en ocasiones, y como si el Señor de ambos mundos pudiera escuchar benévolo sus súplicas, la protección de Alláh para vengarse del Sultán de Granada, á quien entre horribles amenazas y juramentos maldecía sin tregua, y á quien, para más martirizarle, había resistido siempre, ocultándole que en su encono había mandado dar á Aixa la muerte.

También habían para ella transcurrido aquellas cuatro lunas entre angustias sin límites, que exaltaban su cerebro debilitado por la cólera y obscurecían su razón; y con la luz de cada día, habían sus ojos visto apagarse y desvanecerse al par una de aquellas locas esperanzas que la sostenían. En vano pretendían inquirir sus miradas, contemplando el horizonte, los acontecimientos que podían halagar su envenenado corazón, satisfaciendo sus deseos y sus instintos sanguinarios, pues cerrado por todas partes, se ofrecía indiferente para ella; en vano intentó seducir á sus guardianes: no parecía sino que era sonada la hora de la justicia divina, y que por decreto del mismo Alláh había para siempre descendido á las lobregueces del *chahanem*, donde era consumida por el fuego eterno.

Desde el estrecho ajiméz de la torre en que permanecía prisionera, su inquieto espíritu la condenaba á escuchar anhelante cuantos ruidos, vagos y confusos, de la ciudad llegaban hasta ella, y en cada uno creía sorprender y distinguir la señal apetecida del triunfo conseguido por los parciales de su hijo Ismaíl; pero en balde eran su exaltación y sus afanes. Granada no parecía acordarse de ella, y, grano de arena en el desierto, su desaparición y la del príncipe Bermejo no habían sido notadas más que por los mismos á quienes podía interesar para sus planes la ruina de Mohámmad.

Poseída entonces de salvaje furor, mesaba sus cabellos, se



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

rada como fuera de la realidad, y no pudo oír, desde el lugar en que se hallaba y á través de los gritos del vendaval y de sus propias quimeras, que la puerta de su prisión se abría volviendo á ser cerrada, y que una sombra, más bien que un sér, penetrando hasta allí, se mostraba indecisa y silenciosa, sobrecogida de espanto, al lado suyo.

La obscuridad era, con efecto, tan profunda en el interior de la torre, que con dificultad habría sido á ojos humanos posible distinguir el misterioso compañero que la casualidad acaso deparaba á la sultana.

Asida como siempre á los hierros del ajiméz, y sin haber advertido nada, suspendía ésta la respiración anhelante, temerosa de perder el menor detalle de aquellos sucesos quiméricos, nacidos de su propia fantasía.

—Y no vienen! —exclamaba en voz alta con sensible desaliento.—¿Y han de ser eternas para mí las tinieblas y la soledad que me rodean?... La embriaguez del triunfo ¿será tal, por mi cabeza, que me olviden?... ¡No! No era posible!—añadía á cada nueva bocanada de viento.—No era posible!... Ya escucho el rumor de sus voces!... Me llaman... Ya vienen...

Y aplicando los labios, trémulos y ardorosos, á la reja, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Por aquí!... Por aquí! Salvadme!

Relámpago veloz cruzó el espacio, alumbrando sombríamente la torre, y Seti-Mariém al contemplarle, exclamó gozosa:

—Oh! Ya están aquí! La luz de sus antorchas ha iluminado las sombras de la noche! No podían olvidarme! Los he visto! Que la bendición de Alláh sea sobre ellos!

No siéndole dable contener su alegría, comenzó á recitar algunos versículos del Korán, dejándose caer de rodillas.

Como obedeciendo á una consigna, cesó de pronto el alborotado rumor del viento; no se oía ya los silbidos del huracán al azotar con sus cien invisibles manos los muros de la torre y las descarnadas ramas de los árboles. Mortal silencio sucedió al estrépito de la tormenta, y Seti-Mariém, sorprendida por aquella repentina calma, corrió á la puerta de la prisión, aplicando con ansiedad creciente el oído á la cerradura.



El mismo silencio, lúgubre é imponente, reinaba en el interior de la torre, cual si la naturaleza, cansada de aquel rudo combate de los elementos, hubiese caído en fúnebre atonía.

Pero después, y pasado aquel momento de inesperada tregua, volvióse á escuchar la voz de la tormenta: bramó con nuevos ímpetus el viento, menudearon cárdenos y espantables los relámpagos, y el trueno llenó formidable el seno de las nubes, retumbando en el espacio, y despeñándose por los montes con fragoroso estruendo.

Desalentada, temblorosa, sin fuerzas y postrada, la sultana abandonó lentamente su posición, y fué á sentarse sobre el suelo, ocultando su rostro entre las manos.

— ¡ Era un sueño! — exclamó colérica. — Ilusión de mi deseo! Todo mentira!

Levantándose á poco, y cual impulsada por secreto instinto, se dirigió de nuevo al ajiméz por entre cuyos cruzados hierros penetraba á torbellinos el huracán revuelto con espesas gotas de agua.

Al mismo tiempo, y más intenso que los anteriores, rasgó las negruras de la noche la luz rojiza de un relámpago, iluminando rápidamente el aposento; á su fulgor, fugaz é incierto, sobre el fondo obscuro de aquellas paredes, vió Seti-Mariém destacarse la figura silenciosa y muda del misterioso compañero que había contemplado con estupor y sin moverse sus pasados extravíos, y había sorprendido sus vanas esperanzas de un momento.

Retrocedió espantada, y con agitación indecible se refugió en uno de los rincones de la estancia.

La sombra, en tanto, avanzó con lentitud hacia ella, y poniendo una de sus manos sobre la sultana, permaneció como indecisa y en silencio.

— ¿ Quién eres? — exclamó aterrada Seti-Mariém al contacto de aquella mano.

Y como no obtuviese respuesta, animada por su propia exaltación, y dudando de sus sentidos, se irguió soberbia la sultana, extendió los brazos, apoyó las manos en los hombros de aquella especie de fantasma, y procuró en las sombras distinguir su semblante.

— ¿ Quién eres?... — volvió á preguntar, mientras el resplandor de los relámpagos, que sin interrupción se sucedían



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



Llena de feroz encono, mientras con la siniestra mano mantenía sujeta á Aixa, buscó entre sus ropas destrozadas Seti-Mariém con la derecha un arma, esgrimiendo en las sombras un cuchillo, agudo y fino, que había logrado ocultar de sus guardianes.

Ante aquella explosión de odio, Aixa retrocedió á su vez amedrentada.

— ¿Huyes?... ¡Cobardel... Ni aun tienes valor para morir! — exclamó la sultana avanzando amenazadora.

— Te equivocas, sultana, — repuso Aixa con resolución y deteniéndose. — Yo no te buscaba; pero Alláh, que es el más sabio, Alláh que todo lo dispone y determina á su arbitrio, ha inspirado sin duda á las gentes que me han conducido á este lugar, para demostrarte con mi presencia inesperada que sobre la voluntad de las criaturas está la voluntad santa y poderosa del Eterno, el Inmutable, el Misericordioso, el Justo! Ensalzado sea! Aquí me tienes pues, á pesar tuyo... Aquí estoy, á fin de que de una vez para siempre, acabe la horrible persecución que contra la vida de mi señor y dueño el Sultán (¡ Alláh le proteja!) mantenéis tú y los tuyos inicua-mente! Aquí estoy, sí; y ya que tú lo quieres, ya que no hay en ti nada de humano, dispuesta me hallo á vengarme, porque amo tanto al Amir de los musulimes como te aborrezco á ti! Te había perdonado, creyendo no volver á verte; pero ahora es tu vida lo que quiero, pues eres implacable, como quiero el exterminio de los tuyos! No estoy ya en tu poder! No soy tu esclava! He recobrado mi libertad, y nada hay que contenga mi lengua! Guárdete Alláh de acercarte un paso más á mí, porque morirás á mis manos, y tu sangre me repugna: tu sangre pertenece al verdugo!

Aunque las palabras de la joven habían producido honda impresión por lo inesperadas y lo enérgicas en Seti-Mariém, dió ésta sin embargo un paso en la obscuridad hacia Aixa, de modo que sus alientos se confundieron; y entonces, fuera de sí la enamorada del Príncipe, asió con violencia á la sultana y sin grave esfuerzo logró desarmar su brazo.

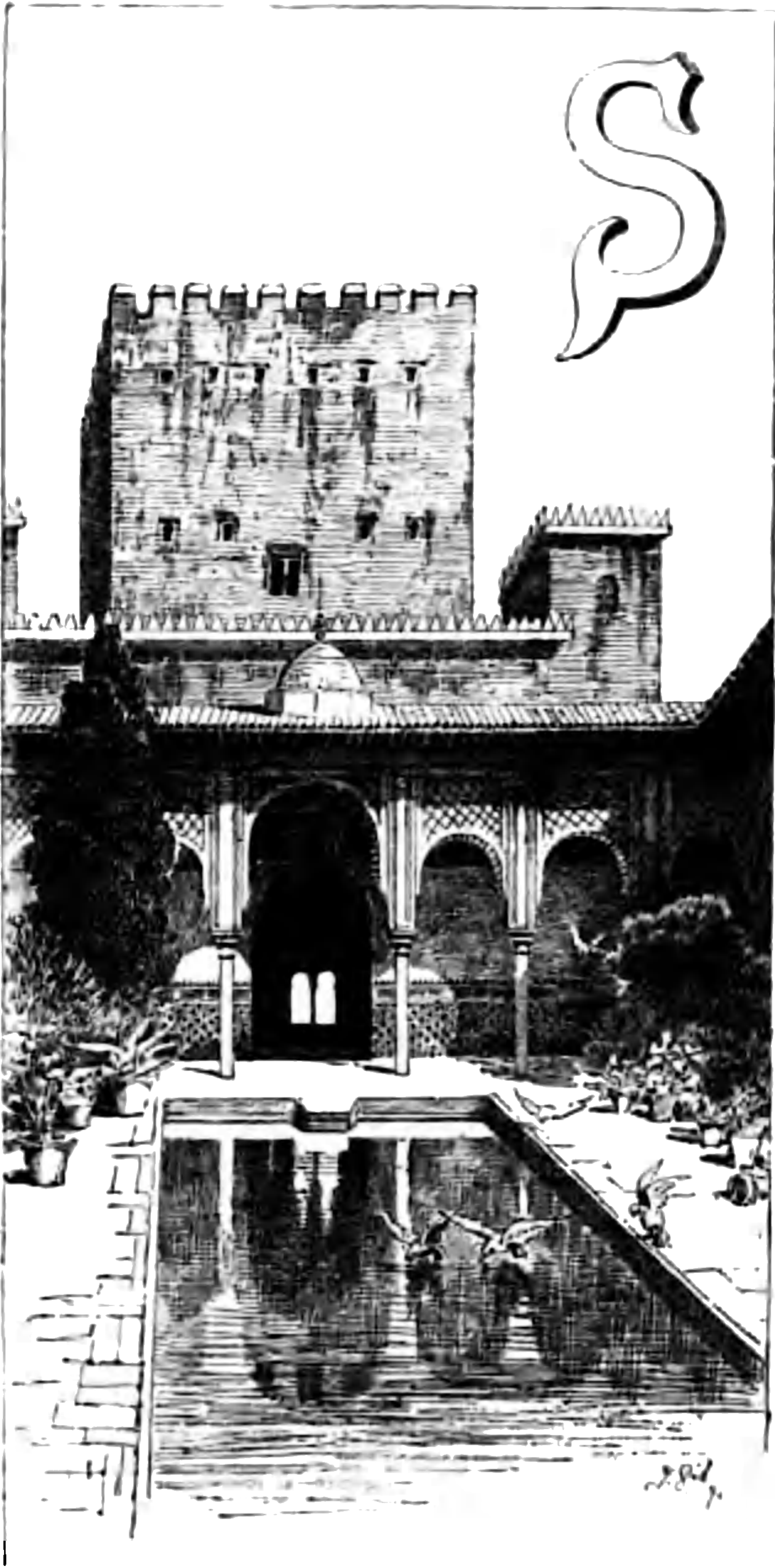
Horrible fué la lucha que, en medio de las sombras, entre el rumor medroso de la tormenta, se trabó entre aquellas dos mujeres, exasperadas, locas, febriles y descompuestas.

El fugitivo resplandor de los relámpagos, como una sonrisa

del infierno, iluminaba de vez en cuando la escena, y sobre el fragor de la tempestad, destacaban sus gritos salvajes y enfurecidos, y el ruido de la respiración jadeante de ambas criaturas.

Las palabras de odio, las frases insultantes é injuriosas, las exclamaciones de rabia que salían de sus labios como saetas envenenadas, apagaban con infernal estrépito el estruendo de la lucha que entre sí mantenían fuera los elementos desencadenados en el espacio, y resonaban fatidicas en las concavidades de la torre.





SIN que ninguna de ellas hubiese podido percibir rumor alguno, abrióse de pronto la puerta del aposento, y la luz de un candil, trémula y humeante, alumbró débilmente aquella extraña escena, al mismo tiempo que un hombre, cubierto por recio capote oscuro, penetraba en la torre seguido de otros dos, que se colocaron á su espalda, y uno de los cuales llevaba el candil en la mano.

La rojiza claridad de aquella luz vacilante, que la fuerza del viento combatía, sólo permitió al recién llegado distinguir en el primer momento en uno de los rincones de la estancia el bulto informe que formaban ambas mujeres, agitándose furiosas en el suelo.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

izquierdo de la niña, caído en toda su longitud, y sobre el cual daba de lleno la luz del candil en aquel instante.

Como si cuanto delante de ella tenía, fuese una quimera, la sultana, dejando caer el arma, se llevó ambas manos á los ojos para despertar y desterrar lo que juzgaba pesadilla. Al cabo, convencida de la realidad, abalanzóse loca de terror al cuerpo de Aixa, sin que nadie pudiera impedir ninguno de sus movimientos por su misma rapidez, y cogiendo frenética el brazo de la doncella, oprimió temblorosa el amuleto, y á su vista extraviada, apareció ya amarillento un papel en varias dobleces.

—¡Hija mía!—gritó al mirarlo y reconocerlo, mesándose con desesperación los cabellos.—Y he sido yo! Yo, tu madre, aquella á quien con tanto afán buscabas! Aquella por quien viniste á Granada, quien te ha muerto! La maldición de Alláh sea sobre mí!

Y tomando el cuchillo que tenía empuñado aún la crispada mano de Aixa, alzóle sobre su propio pecho, y lo hundió en él con furia repetidas veces, antes de que los dos hombres de armas que acompañaban al Sultán, pudieran evitarlo.

Ni un solo grito salió de sus labios: dió dos ó tres pasos entre aquellos soldados, y cayó pesadamente en tierra, arrojando un caño de negra y humeante sangre por la boca.

Estaba muerta.

El espacio de tiempo necesario para parpadear, había bastado al desarrollo de aquella escena, de que el Sultán no pudo en realidad enterarse, embebido como estaba en sus propios sentimientos; pero al oír el golpe seco producido por el cuerpo de Seti-Mariém al caer desplomado, buscáronla sus ojos, y distinguiéndola cadáver lanzó un grito de horror y retrocedió lleno de espanto, abandonando la torre, siempre con el precioso fardo que estrechaba contra su pecho con pasión, y cual temeroso de que alguien se lo arrebatara.

De esta suerte, y seguido de los soldados que le alumbraban, descendió la angosta escalera, y llegó al piso bajo de la torre, sin que el cuerpo de Aixa hubiera perdido su rigidez, ni hubiera hecho el menor movimiento.

Allí, poseído de profunda agitación, y herido por la más horrible de las sospechas, ante la inmovilidad de su amada, sintió desfallecer el corazón, y acercó sus labios ardientes á los



descoloridos labios fríos de la doncella, como si con su aliento quisiera devolverles el calor perdido.

—Oh poderoso Alláh!— pensaba bajo la presión de aquella duda

que destrozaba sus entrañas. — ¿Estrecharán mis brazos un cadáver?... ¿Estará, por ventura, muerta?... ¡Muerta! Y habrá sido esa mujer, su madre, el instrumento maldito del demonio, quien la ha privado de la vida! Sería horrible! No puede ser! Alláh, en su misericordia infinita, no puede haber consentido que yo encuentre á la que adoro, para entregarme sólo su cuerpo inerte!

En su angustia, inclinó con un movimiento rápido la cabeza, y aplicó sobre el seno desnudo de la joven el oído. Tras breve momento de ansiedad, que se pintó en su semblante, un rayo de alegría brilló en sus ojos.

Vivía! Débil, lenta y dificultosamente, latía el corazón de la doncella, pero latía, y esto era lo que el Sultán deseaba saber ardientemente y sobre todas las cosas.

Volvió á repetir la prueba, y convencido al cabo, en su transporte posó de nuevo los labios sobre los entreabiertos de Aixa, depositando en ellos apasionado y largo beso.

—Bendito sea Alláh!—exclamó en voz alta sin poder contenerse.—Bendita sea su clemencia!

Después, cubrió el cuerpo de la joven con las amplias haldas de su propio capote, y dirigiéndose á los soldados que permanecían mudos de emoción y de respeto,

—Agua!—gritó.—Agua pronto!

Mientras uno de aquellos hombres se apresuraba á obedecerle, puso el Amir en tierra una rodilla, y haciendo sobre ella descansar la descolorida cabeza de su amada, contemplóla á la luz del candil un instante, y luego, humedeciendo una de sus manos en la vasija que le habían aproximado, roció con ella varias veces el rostro de la niña.

La impresión del agua fría produjo al fin su efecto, y Aixa abrió los hermosos ojos para volver á cerrarlos en seguida.

Abú-Abdil-Láh la contemplaba anhelante. Contenía solícito la respiración, y no se atrevía á pronunciar palabra, temeroso de producir con su acento alguna perturbación á su adorada, de quien tan largo tiempo había estado separado, y á quien encontraba de improviso de modo tan extraño en aquel paraje, cuando menos lo esperaba.

Tornó segunda vez á abrir los ojos la bella Aixa, más bella aún por la palidez interesante de su rostro, y su mirada se fijó entonces interrogadora en el rostro del Príncipe.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

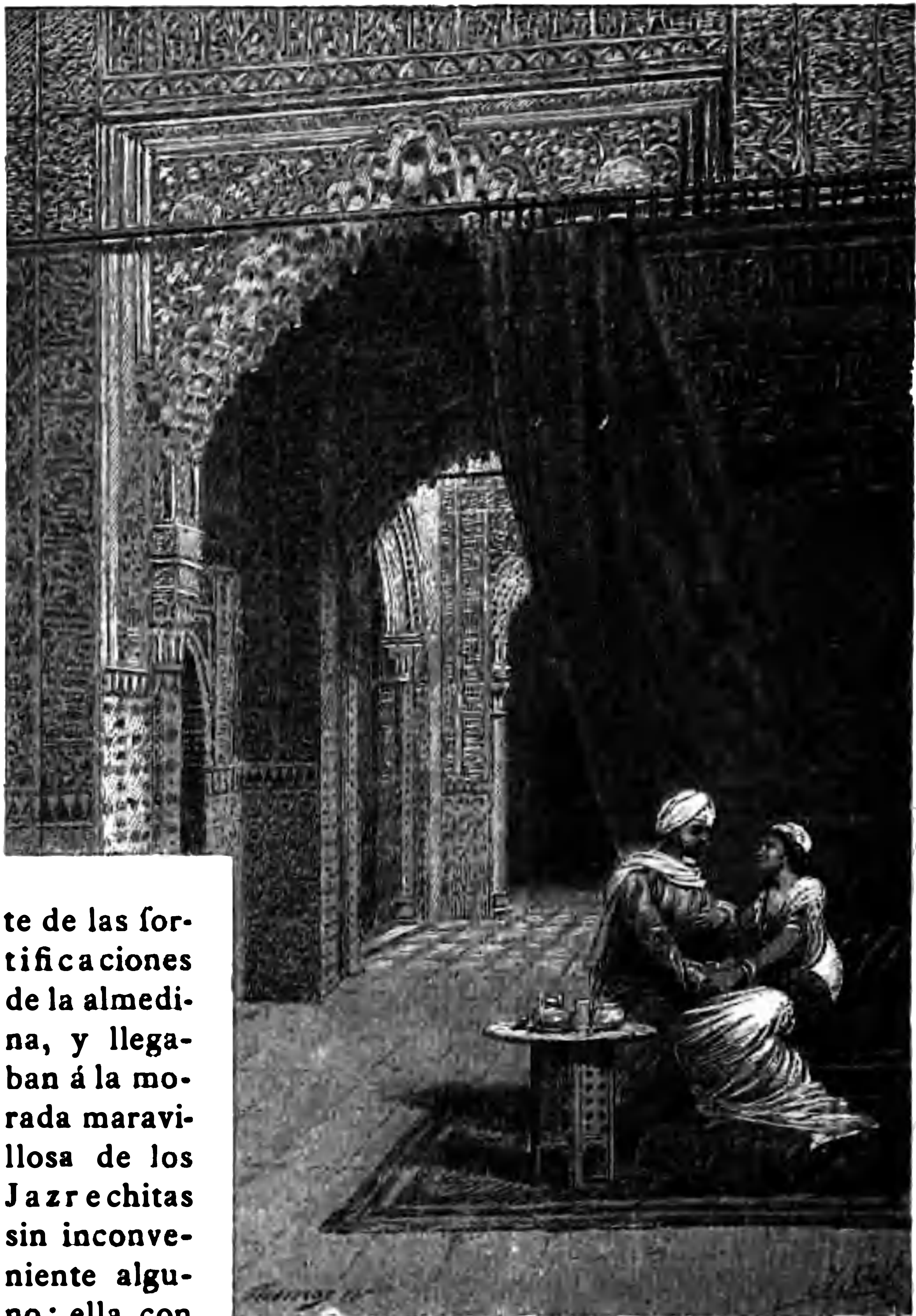
Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



Abú-Abd-il-Láh y Aixa, del brazo una del otro, cruzaron con paso rápido la distancia que separaba del alcázar aquella par-



te de las fortificaciones de la almedina, y llegaban á la morada maravillosa de los Jazrechitas sin inconveniente alguno; ella con el corazón

palpitante de alegría, y él inundado de placer inefable.

Allí, bajo los techos de brillantes estalactitas deliciosamen-

te iluminados por hermosos orbes de cristal, que recreaban la vista; en medio de aquellas fantásticas labores esmaltadas que bordaban los muros; sobre aquellos escaños voluptuosos; en aquella mansión creada por los genios para el amor, ambos jóvenes, como fascinados, no apartaban la vista de sus rostros, en los cuales se pintaba la vehemente pasión que poseía su espíritu.

Allí, respirando el ambiente perfumado y tibio que despedían en aromosas espirales dorados pebeteros, mientras el Sultán, dando al olvido todas sus pasadas zozobras, todos sus dolores y todas sus angustias, atendía solícito á restañar la sangre del ligero rasguño producido por el arma de la sultana Seti-Mariém en el seno virginal de su enamorada, ella, cediendo á los deseos del Príncipe, con voz cariñosa y grave, le refería cuanto había sufrido lejos de él en las cuatro lunas transcurridas, después de descubrirle los planes y las maquinaciones de la madre de Ismaíl, que no sabía ni supo nunca era también su propia madre.

—Quiso Alláh—decía la doncella—que cuando el esclavo de la sultana (hájala Alláh perdonado!) cruzó la puerta llamada cual después supe de *Bib-Bonaita* ó de *la banderola*, no encontrase dificultad alguna en su camino; y bien que transida de inquietud y llena de indignación por la alevosía de aquel hombre, tuve que resignarme, y entre sus brazos, al correr de la yegua entre las sombras, al cabo de no sé cuántas horas de marcha, llegamos á una alquería de poca importancia, situada no lejos de *Calaát-ben-Yahsob* de quien dependía, ya en la frontera de tu reino, oh Sultán y dueño mío!

» Durante el viaje, el esclavo no cesó de dirigirme frases apasionadas que demostraban cuáles eran sus intenciones; pero por la misericordia del Todopoderoso, no se propasó conmigo á cosa alguna, guardándome todo género de consideraciones. En la alquería, encaminóse sin vacilación á uno de los miserables edificios allí construídos, donde vivía un hermano suyo, pastor, y haciéndose reconocer por él, contóle cómo se había fugado de Granada y del poder de Seti-Mariém, y cómo, encargado de darme muerte, se había enamorado de mí y me había arrebatado, con propósito de hacerme su esposa, con lo cual, me obligaron á reunirme con

la mujer de aquel hombre, á cuyo lado he permanecido hasta esta mañana, oculta á los ojos de todo el mundo, y sin que nadie en la alquería tuviera conocimiento de mi existencia.

»En la imposibilidad de hacer nada, y con la intención decidida de aprovechar la primera ocasión favorable para huir de allí, fingí acceder á los deseos de mi raptor, pensando siempre en lo amargas que serían para ti las horas, sin tener noticias mías; así, buscando pretextos siempre para dilatar mi matrimonio con aquel hombre, á quien debía la vida y á quien debía también gran número de consideraciones, han transcurrido cuatro lunas, cuatro lunas mortales, sin que en mi dolor hallase otro consuelo que el de saber que tú vivías y que Alláh te había preservado de las traidoras asechanzas de tus enemigos.

»Al fin, estrechada de todos lados, quedó para mañana señalado el día en que debíamos presentarnos al *cadhí* para celebrar el matrimonio. Puedes, tú, mi señor y mi Príncipe querido, comprender cuál habría de ser mi desesperación; los proyectos que formaría para escapar de aquel lugar odioso; la fe con que invocaría el auxilio de Alláh en trance semejante!... Quise con nuevos pretextos dilatar más aún la ceremonia; pero todo fué en balde, y, loca, sin fuerzas, perdida toda esperanza, este mediodía salimos con dirección á Granada, donde mi raptor quería traerme para hacer la compra del ajuar, seguro ya de que no sería reclamado por nadie, porque hasta aquel rincón de tu reino había llegado el eco de la prisión de la sultana y del destierro del príncipe Abú-Saïd.

»Acompañábannos el hermano y la mujer de éste; y al caer la tarde, llegábamos á las puertas de la ciudad, habiéndonos incorporado la recua que conducían unos trajinantes, á quienes encontramos en el camino, por el cual avanzábamos con dificultad, á causa de la tormenta. En aquel momento, arreció tanto la lluvia, que las bestias que nos conducían se negaban á andar; y como hallásemos cercanas las ruinas de una *zagüía*, á ella nos acogimos todos, esperando que cesara de llover para entrar en Granada. Ignoro, sin embargo, qué hubo de ocurrir entre el esclavo mi raptor y uno de los trajinantes, pues comenzaron á disputar, sacando ambos los cuchillos; tomaron en la disputa parte el hermano del esclavo



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

por compañera. Á la luz rápida de los relámpagos, que se sucedían con aterradora frecuencia, mis dudas se esclarecieron, pues asida á los hierros de la única ventana que había en la torre, llamando á los suyos con desesperación, y soñando en el triunfo de sus perversos planes contra ti, como siempre,—pude reconocer á la sultana Seti-Mariém, en tal estado que inspiraba horror y lástima.

»Me aproximé á ella por impensado impulso compasivo; pero al reconocerme por su parte, al convencerse de que no era sombra evocada de la tumba por su exaltada fantasía, fantasma vano de su imaginación extraviada; al persuadirse de que no estaba muerta, cual suponía, fué tal y tan espantosa la cólera de que se halló poseída contra mí, que abalanzándose como una furia, y profiriendo horribles amenazas, pretendió herirme en el paroxismo de su coraje, poniéndome en el caso desesperado de defenderme.

»Tú sabes, oh señor y dueño mío amado, lo que después ha sucedido, y á ti seguramente debo la vida, por la intercesión de Alláh sin duda. Ahora, ya estamos reunidos y todos mis tormentos han cesado... Como la presencia del sol disipa las nubes, así tu presencia ha desvanecido mis penas, y la alegría ha vuelto á mi espíritu, haciéndome la más feliz de las criaturas!... Bendita una y mil veces sea la mano próspera del Sustentador de ambos mundos, que ha consentido vea yo, al fin, realizadas mis esperanzas más ardientes, y bendito seas tú, que has sido el ejecutor de los designios del Inmutable para conmigo!»

Mientras hacía Aixa el relato de sus pasadas aventuras al Sultán, habíala escuchado éste sin interrumpirla, vivamente conmovido, y reflejando en su semblante las impresiones que experimentaba, con los ojos fijos en el rostro de su amada y pendiente de los labios de la doncella; cuando hubo concluido, echóle al cuello los brazos apasionadamente, y con voz trémula, que traducía sus sentimientos, exclamó estrechándola contra su corazón:

—La mano de Alláh (¡ensalzado sea!) guió ciertamente mis pasos esta noche!... Los buenos genios me inspiraron la idea de intentar una vez más que esa desventurada enemiga de mi reposo, que se ha hecho por sí propia justicia al darse la muerte, me declarase el lugar donde te tenía oculta, no

imaginando nunca que hubiera tenido la intención de separar tu alma de tu cuerpo l... Qué grandes son los arcanos del Altísimo, y por qué caminos tan misteriosos conduce á las criaturas para darles el premio ó el castigo de que se han hecho merecedoras! Ya nada podrá separarnos, Aixa mía, y en adelante, yo haré que á fuerza de cariño olvides las amarguras por que has pasado hasta este feliz momento, por mí codiciado como la salvación de mi alma l...

Cuando el primer guazir Redhuán, el heroico poeta Ebn-ul-Játhib, y el valiente arraéz, tuvieron noticia al día siguiente de los acontecimientos de aquella noche venturosa, quedaron altamente maravillados; tornó la alegría á iluminar el semblante del Príncipe, y como el Sultán es en la tierra imagen veneranda del Supremo Dispensador de todos los bienes, parecía que sobre Granada entera resplandecía nuevo astro con desusado fulgor, y que eran de nuevo vueltos desde aquel día, aquellos otros felices para el Islám, en que libre de peligros y de cuidados, dominaba por completo en las distintas regiones de Al-Andálus la palabra divina revelada al Profeta de Koráix, para salvación y gloria de las criaturas.

¿Quién más dichoso que Abú-Abd-il-Láh Mohámmad en Granada?... Alejado de sus dominios el ambicioso príncipe Bermejo, que pretendió la muerte del Sultán en *Bib-ar-Rambla*; libre para siempre de las traidoras asechanzas de la sultana Seti-Mariém, á cuyo cuerpo dieron honrada sepultura en la *Ráudha* de la Alhambra; amado del pueblo, sobre el cual derramaba á manos llenas los tesoros de su generosidad y de su benevolencia; fiado en las protestas de sumisión que, todo trémulo y acobardado, le había hecho su hermano el príncipe Ismaíl; en paz con el sultán soberano de Castilla, don Pedro, á quien había servido, y con el ceremonioso sultán de Aragón, á quien no temía, y sobre todo, teniendo á su lado, en aquel suntuoso edificio de la Alhambra, cuyo engrandecimiento proyectaba, á la hermosa adorada de su corazón, á aquella niña, hechicera y valerosa, que había logrado desbaratar los planes siniestros de los enemigos del Amir, á Aixa, la bella Aixa, ¿quién más feliz que él?... ¿Quién más venturoso, cuando todo parecía en el mundo sonreírle y Alláh había clemente anticipado para él las alegrías inefables del suspirado Paraíso?...

Emulando el ejemplo del grande Abd-er-Rahmán III, aquel Califa cordobés llamado con justicia por sus contemporáneos *El Defensor de la ley de Alláh*, terror de los infieles en la lucha, orgullo del Islám en la bendita tierra de Al-Andálus, á quien Alláh haya concedido la salvación eterna, y que en honra de su amada había levantado los alcázares maravillosos y la ciudad entera de *Medinat-Az-Zahrá*,—Mohámmad V anhelaba también, por su parte, consagrar la memoria de aquel suceso venturoso, al que debía el haber encontrado la felicidad suspirada, enlazando en la morada fantástica de los Al-Ahmares al nombre y á la gloria de los descendientes de Jazréch, el nombre de aquella á quien había elegido su corazón entre todas las mujeres del reino; pero mientras que encargaba á sus alârifés el proyecto de la nueva construcción con que pensaba embellecer la Alhambra, disponía que no lejos del Generalife se abriesen los cimientos de una quinta de recreo, destinada sólo para morada de Aixa, y á la cual confirmó con el nombre poético de *Casa de la novia*, *Dar-al-ârus*, que aún conservan corrompido sus tristes ruinas después del transcurso de los siglos.

El recuerdo de los afanes, de las penas, de las amarguras, ya dichosamente pasadas, servíale al Sultán de poderoso estímulo para con Aixa, á quien rodeaba de tales atenciones, de tan profundo cariño, que bien podía la joven estimarse la más feliz de las mujeres; y viviendo en aquel ambiente de amor que todo lo embellecía, eran en el gobierno y fuera de él los actos del Príncipe reflejo sólo del estado de su corazón que, henchido de ventura y desbordando, anhelaba reinase en los dominios extensos de Granada la alegría, como reinaba en él sin límites, inmensa, transformando su espíritu y borrando por completo las huellas de fenecidas zozobras é inquietudes, que habían acibarado su existencia.





ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



ridad se derramaba apacible y deleitosa sobre la resaltada yesería de los muros, el caprichoso alicatado de los zócalos, y la bruñida y reverberante superficie de los mármoles del pavimento, combinándose de tal modo los efectos de luz, que la estancia parecía encantada.

Recorriendo la periferia de los entrelazados arcos, enredándose peregrinamente en las pareadas columnillas de alabastro que los soportaban, y abrazando los capiteles de los mismos, multitud de orbes de cristal luciente semejaban, á pesar de su magnitud, sartas de transparentes y encendidas perlas, en tanto que, sobre braserillos de oro, lanzaban el almizcle y el áloe, el ámbar y la mirra sutiles espirales de oloroso humo con que embalsamaban el ambiente.

Al penetrante aroma del incienso, uníanse el de los nevados azahares y las purpúreas violetas, recogidos en vistosos ramos, los cuales desbordaban en los magníficos jarrones, de elegante forma y metálicos reflejos, que se erguían en el fondo de las labradas *takas* abiertas á uno y otro lado de los cairelados arcos del aposento.

Bordadas alhombros persas de vivísimos colores y mullida y sedosa blandura, se extendían al pie de los sofás y de los divanes que, cubiertos de paños de sedas y oro, con amplias almartabas ó almohadones de voluptuosa comodidad y aparato, se hallaban convenientemente repartidos.

Y sobre ancha taza de blanquísimo alabastro, en el centro de la cuadrada sala, un surtidor de aguas olorosas murmuraba constante y agradablemente, refrescando la atmósfera caliginosa de luces y de perfumes que allí se respiraba.

No parecía sino que, en aquella noche deliciosa, había querido remedar el Amir en su palacio los deleites y las maravillas de cada uno de los siete cielos recorridos por Mahoma (¡complázcase Alláh en él!), al visitar el Paraíso.

Allí, rodeado de sus poetas favoritos, del sentimental Redhuán, su guazir predilecto, del tierno, sabio y valeroso *Lisán-ed-Din*, del fantástico guazir Abú-Abd-il-Láh Mohámmad-ebn-Yusúf-ebn-Zemréc, discípulo de Ebn-ul-Játhib, y de otros varios, sentado á los pies de la hermosa Aixa, bebiendo en sus ojos á raudales el néctar delicioso del amor, embriagándose en la contemplación de su adorada, cuyas manos oprimía con transporte, aspirando el suave y trastor-

nador aroma que despedía la joven de su aliento, allí estaba, gozoso y satisfecho, Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, el Sultán de Granada, feliz como los fieles que han alcanzado la gloria de vivir en los frondosos é inagostables jardines del Paraíso eterno, y han gozado la inefable dicha que prometen las huríes encantadas, imagen del placer perenne, siempre hermosas y siempre vírgenes.

Abiertos los postiguillos del labrado portón, extendíase delante de los ojos de la enamorada pareja, bajo el brillante cielo tachonado de estrellas fulgurantes, é iluminado suavemente por la templada luz de la luna, el prolongado *Patio de la Alberca*, con sus jardinillos de arrayán y de murta bien olientes, que destacaban vigorosos sobre la blanca superficie de los muros y de la galería de la *Torre de Comárex*, y se reflejaban con tintas oscuras en las mansas aguas del estanque, como la silueta de la *Torre* mencionada se recortaba gallarda sobre el cielo, con sus agudas almenas por corona.

Á la derecha del diván central, ocupado por el Amir y Aixa, abríase, volteando graciosamente, el arco que ponía en comunicación la lujosa cámara del Sultán con el *ad-dár* de las mujeres; y en aquel sitio, agrupadas con arte, y ataviadas con esplendor y elegancia, se hallaban las del *harém* con el rostro cubierto por el bordado *al-haryme*, como Aixa, los rasgados y soñadores ojos despidiendo fuego, la boca entreabierta, cual capullos próximos á su total eflorescencia, y anhelante el pecho, tañendo dulcemente melodiosos instrumentos, cuyo eco adormecedor y fantástico, repercutiendo en la labrada yesería del aposento, resonaba con extraña cadencia al compás rumoroso de la fuente, entre las espirales del incienso quemado en los pebeteros, bajo la luz de aquella serie de constelaciones que fingían combinados las coronas de luz y los orbes de cristal, allí reunidos.

De vez en cuando, algunas muchachas, bellas como ensueños, ligeras cual cervatillos, presentaban al Amir tabaques primorosos de coloridos mimbres, llenos de frutas secas y de dulces, en tanto que otras, con tazas y con jarras de oro, escanciaban, sonrientes y provocativas, el licor delicioso que producían los pintorescos cármenes del Darro, y otras derramaban sobre la hechicera Aixa y sobre el Príncipe, ambos radiantes de ventura, esencias penetrantes que les inundaban

de aroma, circulando después por entre los convidados, con quienes repetían la misma operación de nuevo.

Acom-
pañándose
se con el
laúd, cu-
yas cuer-
das lanza-
ban senti-
das que-
jas y sus-
piros me-
lancóli-
cos, una
de aque-
llas muje-
res canta-
ba con
voz armo-
niosa la



historia de los amores del novelesco Ántar, que escuchaba con deleite el auditorio; y cuando hubo concluído, conmovida y gozosa, enardecida por las miradas apasionadas del Sul-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

luego de los primeros preludios, comenzó á recitar con acento vigoroso y simpático:

«Bendito Alláh! Bendito! Pues con clemente mano mansiones deleitosas cedió pío al Imám! Por su belleza y gala, del orbe soberano encanto son, y gloria que envidia el africano, morada de placeres, asiento del Sultán!

»Son un jardín espléndido! Tejidos de oro y rosas, de blancos azahares, de azul y de coral,— sus muros me parecen florestas deliciosas, y en ellos, peregrinas, hay obras primorosas cuya belleza nunca podrá tener igual.

»Con perlas transparentes altiva se engalana! Qué hermosas sus *alcobas* (1), luciendo tal collar! Coronanlas ardientes, rubíes cual la grana, topacios y zafiros, que fingen la mañana, y un broche de esmeraldas, que brilla sin cesar!

»La plata fluye líquida por entre tal riqueza, brotando cadenciosa de oculto surtidor. No tiene semejante su espléndida belleza, ni su blancura límpida, que á trastornarme empieza, ensueños deleitosos forjando en derredor.

»Confúndense á la vista el agua murmurante y el mármol transparente, do cae aquella en pos, sin que le sea dado saber al visitante que tal prodigio mira surgiendo á cada instante, cuál el que se desliza, cuál es entre los dos!

»Oh tú, de los *Anssares* (2) magnánimo heredero! de tan sublime extirpe directo sucesor! Tu herencia es de grandeza! Con ella el mundo entero, á aquellos levantados hasta el lugar primero, bien puedes con desprecio mirar como señor!

(1) Toda habitación en general, cuya techumbre sea abovedada ó en forma de cúpula.

(2) Los compañeros defensores del Profeta, de quienes pretendían por Saád-Ebn-Obada descender los Al-Ahmares.

»Contigo y con los tuyos que sea eternamente la bendición del Alto, del Inmutable Alláh !
Que Él tu ventura pródigo, sin límite acreciente !
Y que bendito sea, de la una y de la otra gente tu nombre soberano, que nunca morirá! (1)»

Agradó por extremo al Sultán la encomiástica poesía de Ebn-Zemréc, y después de felicitarle con efusión por ella, despojóse Abd-ul-Láh de la hermosa cadena de oro que pendía de su cuello, y se la dió al poeta, quien la recibió de rodillas reconocido.

—Yo te prometo—dijo el Amir—que tan bella composición no será olvidada, y que la haré esculpir en mármoles, para que las generaciones futuras admiren ¡oh Ebn-Zemréc! tu imaginación y tu talento!

Tocó entonces la vez á Ebn-ul-Játhib, llamado también *Lisán-ed-Din*, y preparándose estaba para complacer al Sultán, cuando, sin demandar permiso y con paso precipitado, penetró en la estancia el arraéz Abd-ul-Malik, y se dirigió á Mohámmad con muestras de agitación harto visibles.

—¿Vienes, ¡oh mi leal Abd-ul-Malik! á disfrutar al lado nuestro del placer con que brinda para nosotros esta noche, deleitosa y apacible, cuyo recuerdo grato jamás se borrará de mi alma?...—preguntó el Amir, cuando el arraéz estuvo cerca.

—Soberano señor y dueño mio—replicó éste.—Alláh el Excelso sabe cuán grande es mi deseo de complacerte y servirte; pero no vengo ahora á tomar parte en tus alegrías, como la he tomado en tus penas... Acaso venga á enturbiarlas.

—¿Qué misterio envuelven tus palabras, arraéz?

—Señor: un enviado del muy alto y poderoso rey de Castilla acaba de llegar en este momento á Granada, y con singular urgencia solicita la honra de verte sin tardanza y á estas horas.

—Extrañas son por cierto—repuso el Sultán—y no alcanzo, así Alláh me salve, qué puede determinar semejante urgen-

(1) Esta poesía es con efecto del poeta Yusuf-ebn-Zemréc, y escrita en metro Tagüil, se lee en la taza de la fuente del *Patio de los Leones*, en la Alhambra, con ligeras variantes.

cia... Haz sin embargo entrar al mensajero de mi señor y amigo el rey de Castilla (¡protéjale Alláh!)—añadió al cabo de un momento.

Y al mismo tiempo que pronunciaba no sin pena esta orden, que Ad-ul-Malik se apresuraba á ejecutar obediente, hacía señal el Sultán á los circunstantes, quienes, comprendiéndola, desaparecieron por diferentes puertas, las mujeres para recogerse en los aposentos del harém, y parte de los hombres, menos el guazir Redhuán, para esperar en otra estancia la terminación de la entrevista.

Aixa quiso también retirarse; pero á una indicación de Mohámmad permaneció en su sitio.

En breve, sobre el pavimento de alabastro resonaron las pisadas del arraéz y las del mensajero extraordinario de don Pedro de Castilla, apareciendo ambos personajes á la puerta de la regia cámara, seguidos de algunos caballeros de la corte del rey cristiano.

El Sultán adelantó algunos pasos, y saliendo así al encuentro del emisario, le tendió la mano con ademán severo y majestuoso.

Inclinóse el castellano en señal de acatamiento, y levantándose después, mientras el Amir de Granada le deseaba paz por su llegada á la corte de los Al-Ahmares, con una profunda reverencia ponía en manos del muslime un pliego cerrado que sacó de la escarcela.

Miróle antes de abrirle Abd-ul-Láh, y llevándolo luego al corazón y á los labios, colocábalo sobre su cabeza, abriéndolo en seguida para conocer su contenido.

—La bendición de Alláh sea sobre mi señor y dueño el poderoso rey de Castilla!—exclamó el Sultán así que hubo leído el escrito, añadiendo:— Que Alláh te bendiga. oh honrado caballero, á ti y á los que te acompañan, y que Él mueva tu lengua para comunicarnos las noticias á que en esta carta de creencia alude mi señor don Pedro (¡glorificado sea!). Ruégote, pues, que hables, porque no puedo, á la verdad, dominar la impaciencia.

—Poderoso señor—contestó el castellano, hablando en algarabía;—mi Señor, el muy noble, el muy alto, el muy poderoso y muy conquistador don Pedro, rey de Castilla y de León, de Galicia y Toledo, de Córdoba y Sevilla, de Jaén y



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



con él tan grande mi clemencia,—interrumpió Abd-ul-Láh algún tanto agitado.

—No, Alteza. No ha penetrado aún en vuestro reino. Abandonando el de Castilla, y conjurado con los parciales del conde de Trastámara, que tan dura como inicua guerra mueve desde Aragón á mi señor don Pedro, á quien Dios proteja y guarde,—ha logrado penetrar en los dominios aragoneses, para concertar allí sin duda con el conde don Enrique, de quien ha demandado amparo y protección contra Vuestra Alteza, la manera de lanzaros del trono que habéis, magnánimo señor, heredado de vuestros mayores, y desde el cual regís los muslimes de España, disponiéndose por el pronto á invadir el territorio de Castilla. Varias veces ha estado el príncipe Bermejo para caer en manos de las gentes encargadas de su captura, cual deseábais; pero ha conseguido burlar artero toda vigilancia.

—¿Qué dices, caballero?... Que Alá premie en el cielo las buenas intenciones de tu señor! Gracias, gracias por esta noticia, que me promete quizás en el porvenir desdichas que juzgué desvanecidas para siempre! Sí: ya sé que ese bastardo de Trastámara, que intenta apoderarse del trono de mi señor don Pedro, jamás me perdonará vengativo el que haya con mis jinetes berberiscos luchado en Murcia contra las gentes del marqués de Tortosa en defensa del legítimo soberano de Castilla... Di, pues, á don Pedro de mi parte, que de tal manera agradezco la atención que conmigo guarda, que desearía poder, no ya por obligación y como vasallo suyo que soy, sino libre é independiente, ayudarle á destruir y exterminar la torpe ambición de los que se llaman sus hermanos!

—Vuestras palabras ¡oh excelso Príncipe de los muslimes!, me llenan de supremo regocijo, pues ellas me aseguran que oiréis benévolo la segunda parte de mi mensaje; porque mientras apercibe sus huestes á la lucha, Su Alteza el rey don Pedro espera y confía en que le ayudaréis en la empresa que medita, para acometer á Aragón antes de que el de Trastámara intente acometer el reino de Castilla, disponiendo sin tardanza que á la castellana se incorporen en Sevilla las naves de la flota granadina: que harto conocido os es, señor, el amor que os profesa, y la mucha afición que os ha tenido y tiene.

—Bien sabe Alláh, nasserí, y bien sabe tu rey y mi señor don Pedro (¡ feliz sea su reinado !), que mi más ardiente deseo en esta ocasión sería el de poseer tantos bajeles como fueran precisos para llenar con ellos el *mar de las tinieblas* (1), y el *mar de Xams* (2) y el *Zocác* (3) mismo, á fin de ponerlos todos á su devoción y á su servicio, como lo están mi voluntad y mi persona; pero aun no siendo así, dile que cuente siempre con su vasallo, cual servidor y amigo suyo muy devoto, como ha contado hasta aquí, y debe contar en lo sucesivo. Y tú, acaso mensajero y nuncio para mí de nuevos males,—añadió Abd-ul-Láh visiblemente conmovido,—recibe en prenda de mi gratitud por tus noticias este anillo, y el ósculo de fraternidad que en tu frente deposito.

Y al propio tiempo que con ademán majestuoso le hacia entrega de la alhaja, posaba sus labios sobre la frente del castellano, quien hincando en tierra la rodilla, besaba á su vez la mano del Príncipe.

Cuando salió el enviado del Sultán de Castilla, á quien Abd-ul-Malik acompañaba, y á quien para mayor honra siguieron Redhuán y Ebn-ul-Játhib, alzó Aixa el velo que cubría parte de su rostro, y abalanzándose á Mohámmad, le estrechó cariñosa entre sus brazos.

—Ya lo ves, Aixa,—exclamó el Sultán tristemente.—Thagút protege sin duda á mi primo! Quizás dentro de poco, y con el auxilio de los nasseríes de Aragón, conseguirá arrebatarme el trono de mi Granada!

—¿Por qué piensas así?—replicó la joven.—Yo también, como tú, he escuchado el mensaje del rey de Castilla, y no abrigo los temores ni los celos que ese extranjero ha despertado en tu alma. ¿Quién hay en Granada que no te ame? ¿No eres tú la sombra de Alláh sobre la tierra? ¿No saben tus vasallos que sólo á Alláh corresponde el juzgarte? ¿No está aún para ti sobrado manifiesta la clemencia del Altísimo? ¿Ignoras por ventura que aquel que no dirige su pueblo con benevolencia y con justicia, tarde ó temprano se verá privado de la misericordia y de la protección divinas?... ¿Por qué,

(1) El Océano Atlántico.

(2) El Mediterráneo.

(3) El Estrecho de Gibraltar.

pues, dueño mío, dejas penetrar en tu pecho el aguijón de la zozobra, y le consientes que flaquee? Destierra esos temores ¡oh soberano Príncipe de los musulimes!, y cual el guerrero de la verdad, que sea tu corazón como el del león del desierto, con el arrebató del jabalí, la astucia del zorro, la prudencia del caballo, la velocidad del lobo y la resignación del perro!

—Sí; tienes razón, amada mía... Mas es tan grande la felicidad que ahora disfruto,—contestó Mohámmad,—que temo perderla á cada momento; y desde que estás al lado mío, desde que está mi corazón tranquilo, me asaltan á veces quiméricos temores quizás, pero temores al cabo, porque la espada de la guerra duerme há largo tiempo en la vaina, y temen los fieles que se haya enmohecido... Apetecen la guerra, no ya para extender y reconquistar los perdidos dominios del Islám en Al-Andálus, sino para saciar sus ambiciones con la presa que esperan conseguir con la victoria!

—A mí también,—prosiguió tras breve pausa,—á mí también me humilla y me sonroja la ociosidad en que vivo, como enardece mi sangre el vasallaje que Granada rinde á Castilla! Pero don Pedro es mi amigo; preso me tiene en las cadenas de los favores que le debo, y cuando ahora le veo amenazado por sus enemigos, no he de ser yo, ciertamente, quien haga mayor su desdicha y ocasione su ruina, desenvainando la espada contra él, y proclamando la guerra santa en mis estados!

Calló Abd-ul-Láh, gravemente preocupado, sin pensar ya en proseguir la interrumpida fiesta, y Aixa, en silencio, contemplábale con amoroso afán, sin atreverse á pronunciar palabra, aunque invocando la protección de Alláh para su amado.

Poniendo término á aquella situación, apareció el arraéz Abd-ul-Malik, y dirigiéndose á él el Sultán,

—Y bien,—le dijo.—¿Has dado ya digno hospedaje en *Bib-ax-Xareá* (1) al honrado mensajero de Castilla?

—Allá queda, señor y dueño mío, entregado al reposo entre los suyos. Mañana, á la primera hora de *as-sobhí*, pretende partir de nuevo, y he dado en tu nombre las órdenes convenientes para que pueda realizar su propósito.

(1) La llamada *Puerta Judiciaria ó de la Ley*.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

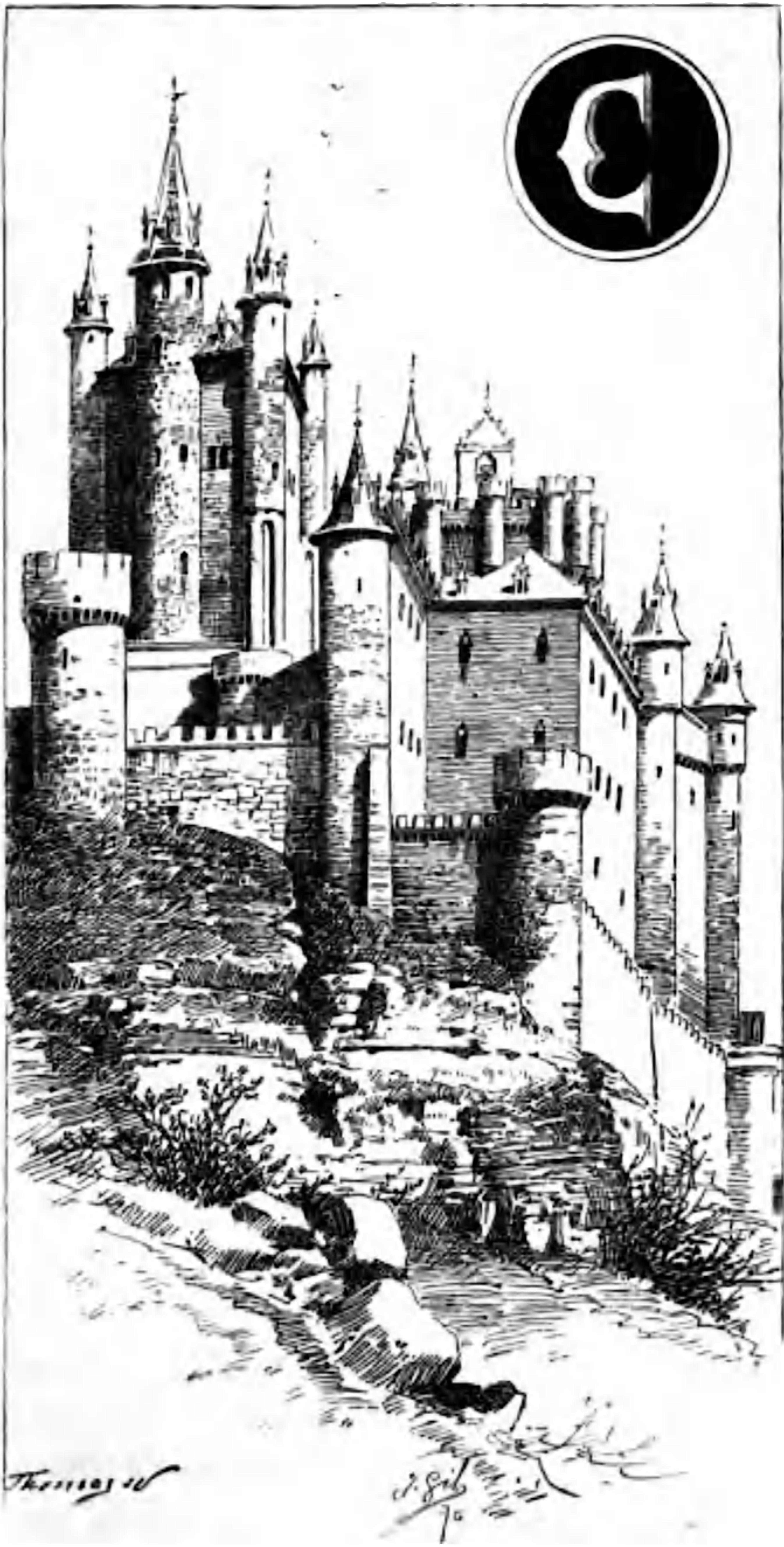
¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir



UANDO en la frontera de Jaén se separaba Abd-ul-Malik del príncipe Bermejo para regresar á Granada, Abú-Saïd, aún no determinado todavía, se detuvo perplejo, bien que por el camino hubiese parecido adoptar una resolución conforme con la cólera que sentía arder en su pecho, y con sus ambiciones, locas y desmedidas.

Abandonando sobre el cuello las riendas de su cabalgadura, dejó que tomase ésta el rumbo que quisiera, mientras él, hondamente preocupado, se entregaba al estudio del problema de cuya resolución dependía para lo futuro su suerte. Libre estaba por el pronto de las iras de su pariente el Sultán de Granada; hasta allí, para mejor

servir sus propios intereses, había fingido seguir y obedecer á Seti-Mariém, y favorecer sus intentos; pero él no se contentaba con tan poco... ¿No le había dicho aquella muchacha, aquella zahorí de quien había pretendido la sultana hacer obediente instrumento, que su estrella brillaría como la del mismo Sultán, su primo?... Sí: él quería ser Príncipe de los musulimes en Granada: su extirpe era la de Saâd-ebn-Obada, su sangre era la misma que corría por las venas del Amir, y tenía sobre éste la ventaja de su valor y de su audacia incomparables... El pueblo imbécil, halagado en sus instintos diestramente, serviría los planes que él sentía bullir en su cerebro, y la misma Seti-Mariém y sus hijos Abú-l-Gualid Ismaïl y Caïs, no serían sino juguete suyo.

Pero en aquel momento ¿á dónde debía dirigirse en demanda de amparo?... Don Pedro, el Sultán de Castilla, jamás se prestaría á sus proyectos; era á él, como descendiente de Fernando, el conquistador de Jaén, á quien correspondía el señorío sobre Granada; nadie como el príncipe Bermejo conocía la intimidad de las relaciones que unían á Mohámmad V y don Pedro de Castilla: uno y otro habían heredado el trono casi en una misma edad, y uno y otro desde los comienzos de su reinado habían visto turbada la paz en sus dominios por la ambición de sus parientes. Él mismo, á la cabeza de sus guerreros berberiscos, había luchado en Murcia contra el marqués de Tortosa, por orden del Sultán y al servicio de don Pedro: él mismo, había ido con las naves que deshizo el temporal en Guardamar, y entre las que quedaron destruídas las que envió Mohámmad V al castellano. No podía pues dudar: don Pedro de Castilla, lejos de atender las demandas del rebelde, pondríase de parte del Amir, y quién sabe si usando del derecho que le competía como señor del reino de Granada, haría efectiva en el príncipe Bermejo su justicia.

Su causa, la causa que él representaba y defendía, era por el contrario la misma de aquel infante don Enrique, conde de Trastámara, levantado en armas con iguales pretensiones que Abú-Saïd, contra su hermano don Pedro; conocía perfectamente el Bermejo que su suerte dependía de la del conde, porque unida estrechamente la de las pretensiones del bastardo de Alfonso XI á la que podrían obtener las ar-

mas aragonesas en la lucha inminente que había provocado Aragón por tantos medios, convenía en gran manera al hijo de doña Leonor de Guzmán y del vencedor del Salado la alianza con el príncipe granadino. Interés sería de don Enrique el procurar y favorecer el éxito de las maquinaciones de Abú-Saïd contra Mohámmad V, el amigo, el ayudador, el vasallo de Pedro I de Castilla; mantenerle después en el trono; recabar su auxilio incondicional y constante, y acaso, por su intervención, el de los Beni-Merines africanos; dividir por tal medio las fuerzas del desventurado rey castellano para entregarle debilitado á las iras de los aragoneses,—pues al triunfar la causa del Bermejo en Granada, declarararía la guerra al de Castilla,—y alcanzar por último la corona, venciendo y exterminando para siempre á su hermano.

Aquel era seguramente el camino que debía seguir sin vacilación alguna. Del bastardo de Castilla, y de los aragoneses, podía esperarlo todo sin exposición de ningún género, mientras de parte de Pedro I sólo le aguardaban riesgos.

Tomado este partido, empuñó las riendas de su corcel, y retrocediendo vivamente, volvió á penetrar en los dominios del reino de Granada, dirigiéndose, á través de los montes que accidentan el terreno, hacia la serranía de Cuenca, donde contaba hallar entre los mudejares del país quien le favoreciese, para internarse luego en Aragón, y llegar hasta el conde de Trastámara, como lo verificaba con efecto y felizmente al cabo de largos días de camino, durante los cuales no dejó de correr peligro algunas veces, aunque se presentó como apazgado en las pocas poblaciones castellanas donde se atrevió á penetrar, y aunque, como esperaba, los mudejares aragoneses le proporcionaron con el traje de los nasseríes, medios para avistarse con el infante bastardo de Castilla.

Cuando Abú-Saïd y el de Trastámara se hallaron frente á frente, una sola mirada bastó para que se comprendieran: uno y otro eran caudillos de conspiraciones de igual índole; uno y otro se hallaban animados del mismo execrable sentimiento hacia sus respectivos y legítimos soberanos, y por las del cristiano y del muslime circulaba la misma sangre que henchía las venas de Pedro I de Castilla y de Mohámmad V de Granada.

Cortas fueron, por tanto, las explicaciones que tuvieron



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



En cambio, don Enrique, cuya generosidad con los bienes ajenos no tenía límites, reconocía desde aquel momento á Abú-Saïd como rey de Granada, concediéndole perpetuo señorío sobre las tierras, comarcas y poblaciones cristianas de que lograra apoderarse mientras don Pedro permaneciera en el trono de Castilla y no hubiese triunfado la causa que él mismo representaba, obligándose á reconocer en su día en el dicho Abú-Saïd el referido señorío, y agregando á él el antiguo reino de Jaén, parte del de Murcia, y algunas comarcas del de Córdoba.

De esta manera, la obra laboriosa de la Reconquista cristiana y el engrandecimiento del Islám, iban á quedar desde luego sujetos á los azares de una lucha entre hermanos, como lo estaban á las ambiciones personales de aquellos dos inicuos príncipes.

Firmado, pues, el trato, con cuantas solemnidades estimaron oportunas, determinábase el Bermejo á permanecer en Aragón al lado del bastardo de Castilla, después de haber despachado á Granada un emisario que, partiendo de Denia, debía desembarcar en Almería, y partirse luego para la corte de Mohámmad, donde daría conocimiento del éxito de la misión desempeñada por Abú-Saïd á los conjurados, en quienes produjo grande impresión la noticia, recibida precisamente en los momentos en que el enviado del rey don Pedro de Castilla interrumpía tan inesperada como tristemente la fastuosa velada que, en obsequio de Aixa, se celebraba en el palacio de los Al-Ahmares.

Y en tanto que Mohámmad V ordenaba apresuradamente que de los puertos de Motril, Málaga y Almería partieran tres galeras con su dotación correspondiente, para incorporarse en el río de Sevilla con las que el castellano tenía ya dispuestas,—los rebeldes de Granada hacían circular entre sus adeptos la palabra de orden, y salían fuera de la ciudad misteriosos mensajeros para los puntos principales del reino, á fin de que todos estuvieran apercebidos y preparados para el momento conveniente.

Así transcurrieron la luna de Récheb y la de Xaâbán, y así había dado comienzo con la de Ramadhán la Pascua de aquel año; en medio de la calma y de la tranquilidad aparentes que en la ciudad y el reino parecía respirarse, flotaban vagamente

extraños vapores que hacían la atmósfera pesada, cargándola de amenazas, y preñando de nubes indecisas, no bien determinadas, pero cuya presencia se hacía sentir sin embargo, el horizonte político del reino granadí, sin saber de qué lado ni en qué ocasión descargaría la tormenta.

Entre los esplendores del verano, ardiente y seco en la gentil Granada á despecho del Darro, que corría deslizándose mansamente el escaso caudal de sus aguas turbias por el ancho cauce, y del claro Genil que se desprendía de las heladas cumbres de *Chebel-ax-Xolair*,— la severa Pascua aparecía como un momento de tregua, y los musulmanes granadinos no si no entregados á las naturales devociones parecían en aquel tiempo santo, dedicado á la meditación y el ayuno por los fieles.

De los alcores próximos, de las aldeas inmediatas y de los pueblos no lejanos, acudía como de costumbre en tal época del año á la ciudad multitud de forasteros, que frecuentaba las mezquitas piadosamente durante el día, y que por la noche se repartía por la población, ó regresaba á sus hogares.

Lo mismo durante el tiempo que el sol permanecía sobre el horizonte, que cuando las sombras invadían el espacio, los templos permanecían invariablemente abiertos, y los fieles poblaban las naves con sus blancos albornoces, y henchían el aire con el murmullo monotonó de sus rezos, invocando la protección divina y dando gracias á Alláh por el beneficio del *Libro santo*.

Todo, pues, parecía tranquilo: el mismo Príncipe de los musulimes, queriendo dar ejemplo, asistía desde el recinto cerrado de la *macssura* á las preces públicas en la *Mezquita-Aljama*, y en ella y en las calles del tránsito había siempre advertido las señas del mayor respeto entre los granadíes y los forasteros que saludaban su presencia.

Nada había cambiado ostensiblemente, en el aspecto de la población, aunque por ella circulaban noticias misteriosas, pues por algunos de los que habían formado parte de la escuadra con que el rey de Castilla desafió el poderío marítimo de los aragoneses, en cuya empresa hubo de ayudarle con tres galeras el granadino, sabíase que el príncipe Abú-Saïd y el rebelde bastardo don Enrique estaban en gran intimidad,

y de público así se decía que en breve el Bermejo haría su entrada en Granada, á despecho del Amir de los musulimes.

Cierto era que, bajo la fe de sus promesas, continuaban como apartados de todo trato Abú-l-Gualid Ismaïl y su hermano Caïs, hijos ambos de la sultana Seti-Mariém, viviendo en uno de los edificios de la Alhambra, al lado del Sultán y sometidos á la vigilancia más estrecha; pero los rumores habían ido tomando cuerpo, y Abd-ul-Malik, á quien había sido confiado el peligroso puesto de *Sáhib-ul-Medina* ó gobernador de la ciudad, como el perro de caza olfatea la presa, olfateaba también algo de extraño, y estaba alerta, desconfiando de todo y de todos, pues en realidad no se sentía tranquilo.

Dos días faltaban aún por andar de aquella luna sagrada (1), y nada parecía justificar ni los temores ni las precauciones del valiente arraéz, quien había doblado las guardias del amurallado recinto de la población, y en persona patrullaba por las noches. Habíanse hecho tanto en Granada como fuera de la corte algunas prisiones en gente señalada por sus aficiones al bullicio y por su afecto á Abú-Saïd, y hasta se había descubierto el subterráneo del Zacatín, donde se reunieron un tiempo los partidarios enemigos de Mohámmad; pero no había sido posible coger los hilos de la conjuración, de la cual no tenía el Amir cabal concepto, y tanto el guazir Redhuán como sus compañeros, se hallaban alerta, presintiendo el peligro, aunque sin conocer su extensión ni el momento en que debía estallar la mina.

No podía pues extrañar á nadie, que aquel día 28 de Ramadhán, cuando apenas eran abiertas las puertas de la hermosa ciudad del Genil y del Darro, penetrase como desenfrenado torbellino muchedumbre de gentes, de apariencia inofensiva y aire devoto las unas, rústicas las otras de los alrededores, que ostensiblemente acudían á Granada para verificar las ceremonias religiosas, asistiendo á las mezquitas en silencio, mientras el Sultán permanecía encerrado en la Alhambra, y ajeno á todo temor por el momento.

En medio de la inquietud y de las sospechas de Abd-ul-Malik y de los leales servidores de Mohámmad, discurrió se-

(1) 22 de Agosto de 1359.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

cortaba ondulante é irregular sobre el pálido celaje de aquella tarde tranquila, sosegada y magnífica, impidiendo el cuerpo de la *Torre de Comárex* espaciar más la vista por aquel lado.

—Qué hermoso es esto!—exclamó Aixa, sin poder contenerse, y como si por vez primera contemplaran sus ojos aquel risueño panorama.—Escucha, oh señor mío, el dulce gorjeo con que las aves se despiden del día y se preparan á pasar la noche entre las ramas de los árboles .. ¿ No parece que repiten en su idioma sentidas quejas y palabras de amor?...

—Sí, hermosa criatura... Todo, en este momento sublime, todo parece entonar himnos de amor... Los átomos en el espacio, se buscan y se confunden en cópula perenne, á las últimas sonrisas del sol en el ocaso ; como las aves en las copas de los árboles forman su nido, la brisa baja fresca y juguetona de las montañas, recorre el valle, murmura frases de amor entre las flores, deposita en ellas sus ósculos apasionados, y se duerme después entre las hojas, feliz y satisfecha, para despertar con la aurora y tornar á sus caricias y á sus halagos amorosos ; confundidos en el horizonte, el cielo y la tierra, llenos de pasión se abrazan, y la mano de Alláh piadosa, tiende sobre uno y otra el estrellado manto de la noche, como velo discreto que oculta sus transportes de cariño... Sí : todo respira amor en la naturaleza, todo respira amor en la vida... Bendito sea el poder de Alláh! Pero á tu lado, espejo de mi dicha, no envidio la felicidad de que gozan las aves que se persiguen y se arrullan, para esconderse luego entre las ramas... Como ellas en su lenguaje se dirigen frases enamoradas, locas de ventura, yo también puedo decirte á todas horas que te adoro, que desde que estás al lado mío, nadie hay más venturoso que yo sobre la tierra, pues una mirada tuya disipa mis pesares, como la luz del sol disipa las tinieblas y alegra el día, llenándole de regocijo !

—Oh señor y dueño mío! — dijo Aixa con transporte, acercando sus labios, rojos como la flor del granado, á los trémulos y ardorosos de Mohámmad.

—Por este momento embriagador, no cambiaría ciertamente cien reinos que tuviera! Cuando tu perfumado aliento resbala tibio y acariciador sobre mi rostro ; cuando tus ojos negros y abrasadores agitan y conmueven, al mirarme, mi



sér entero ; cuando siento en torno de mi cuello la seda de tus brazos, y oigo tu voz, dulce como un suspiro, que dice que me amas, creo, vida mía, que Alláh me ha llamado á gozar de las venturas por él prometidas á los fieles en

las regiones celestiales ; que, pasado el estrecho puente del *as-siráth*, he llegado á las mansiones que alfombran las estre-

llas y que el Eterno habita, y que eres tú la hurí encargada de hacerme disfrutar perennemente los desvanecedores deleites del amor en la otra vida, como me los haces disfrutar en ésta!

—Yo seré para ti, amado mío, yo seré esa hurí, toda abnegación, toda amor, toda deleite... En mí encontrarás todos los días quien te ame de distinto modo, aunque con igual pasión constantemente. Seré imagen viva de las huríes, siempre vírgenes para los elegidos de Alláh, y el día en que el Señor de los cielos y de la tierra disponga de nosotros y separe nuestras almas de nuestros cuerpos,—juntos tú y yo, enamorados como ahora, como ahora del brazo uno del otro, recorreremos los jardines encantados del Paraíso, amándonos por toda la eternidad! Sí, dulce dueño mío!... Ven!—añadió con voluptuosidad irresistible la muchacha.—Ven! Bajaremos al bosque, que será remedo de los jardines del Edén: el rumoroso Darro, nos recordará los arroyos de agua que surcan las mansiones celestes, donde nacen al pie del cedro inmortal plantado á la derecha del trono del Excelso, el Nilo y el Éufrates; y así como las aves buscan, en esta hora indecisa, su nido encantador y misterioso entre el ramaje, así nosotros haremos del bosque de la Alhambra nido misterioso también de nuestros amores!...

Y arrastrando en pos de sí, fascinado al Sultán, cruzaron ambos por entre los arrayanes del jardincillo próximo á la *Torre* donde se hallaban, y bajaron al bosque, sombrío y solitario á aquella hora sublime del crepúsculo, desapareciendo en breve bajo la bóveda espesa de los árboles.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



centuplicaban los ecos, y que de uno á otro extremo de la población sorprendida llevaba el regalado viento de la noche, sembrando el espanto y la zozobra por todas partes: Como de ordinario, toda la Pascua había permanecido abierta *Bib-Aluxár* para que los habitantes de Granada pudiesen visitar el templo de la almedina, y durante el día y parte de aquella noche, grupos de devotos habían penetrado por ella sin infundir recelos; pero en aquel momento, al fulgor sombrío de las antorchas que, cual estrellas errantes, cruzaban por todos lados la enhiesta colina que señorea la población, entre el vocerío incesante y el estruendo de las armas que crecía á cada momento, otros grupos más numerosos se veía salir por la *Cuesta de Gomerés*, por el *barrio de Maurór*, por las vertientes occidentales del Darro; grupos de hombres armados que vociferaban furiosamente, y que repetían pavorosos los gritos lanzados desde la almedina.

Sorprendidas las guardias de *Bib-Aluxár* y de las *Torres Bermejas*, asesinadas las de *Bib-ax-Xaréa* y *Bib-al-Godór*, la turba enardecida, como brotada de improviso á la evocación de misteriosos genios, había ya penetrado en el recinto donde se levantaba el alcázar de los Al-Ahmares, apoderándose sin grave resistencia del *Al-Hissán*, y sembrando la desolación y la muerte á los gritos de ¡Muera Mohámmad! ¡Viva Ismaïl, el Sultán de Granada!

De nada habían servido las precauciones del *Sáhib-ul-Medina*, el valiente Abd-ul-Malik, ni de los guazires. En vano aquél desde los primeros momentos había procurado oponerse al torrente popular con sus soldados... El grito de rebelión había resonado de súbito primero en las naves de la mezquita misma de la Alhambra, entre la multitud de fieles congregados en actitud piadosa bajo la luz templada de las lámparas; al escucharle, los devotos, abandonando el templo, se habían derramado por la almedina, apoderándose de las entradas, donde se trabaron los primeros combates; y al grito de los rebeldes, como un eco, respondía en la ciudad el de numerosos grupos que acudían precipitados arrollándolo todo sin respeto, é invadiendo la Alhambra por todas partes.

Entre ellos, como caudillo y jefe, á la luz de las antorchas destacaba la arrogante figura del príncipe Bermejo, conduciéndoles á la almedina, enardecidos con sus promesas,

y guiándoles experto. Inútil resistencia la de Abd-ul-Malik y de sus gentes! Encolerizados los rebeldes con la que les opu-



so alguna de la fuerza obediente al Sultán, lanzaban frenéticos gritos de exterminio, y cual torrente desprendido

desde la cima de la montaña, todo lo arrollaban á su paso con ímpetu incontrastable.

En medio del fragor de la lucha, trabada no obstante en algunos puntos, defendidos con tesón,—el arraéz y el príncipe Bermejo al resplandor de las teas y al del incendio que devoraba algunos edificios en la almedina, habíanse recíprocamente reconocido, y movidos de un mismo sentimiento de odio y de un mismo deseo, uno y otro se hallaron frente á frente.

—Alabado sea Alláh, traidor, que consigo verte al alcance de mi espada,—exclamó Abd-ul-Malik dirigiendo su acero al pecho del príncipe Bermejo.

—Alabado sea por siempre, Abd-ul-Malik, porque me permite que te envíe á la presencia de *Xaythán*, como tanto tiempo he deseado,—contestó Abú-Saïd, parando rápidamente la estocada.

—No tendrás ese gusto, perro, hijo de perro, infame renegado, pues he de arrancarte por mi mano el corazón perverso, y he de verter gota á gota tu sangre,—replicó el arraéz lanzándose de nuevo sobre el príncipe.

Trabóse entre ambos horrible pelea, que no debía, sin embargo, durar mucho.

Fuertes eran uno y otro, y manejaban el acero con singular destreza; pero por desdicha, la espada de Abd-ul-Malik saltó en dos pedazos al chocar en la cota que vestía el Bermejo, encontrándose aquél desarmado en consecuencia.

—¡No importa!—rugió el arraéz arrojando el trozo de espada que tenía empuñado y desenvainando su gumía.—Morirás á mis manos!—añadió arrojándose sobre Abú-Saïd y arrancándole la espada con increíble esfuerzo.—Morirás á mis manos, y no gozarán tus ojos del triunfo, así Alláh me abra las puertas del Paraíso!

Y agarrados en mortal abrazo, ambos cayeron al suelo.

Poco después, se levantaba el príncipe.

Abd-ul-Malik había muerto! Que Alláh le haya perdonado!

Al propio tiempo, la turba desenfrenada, ebria y sin dique, penetraba tumultuosa en el sagrado del alcázar de sus señores, y después de asesinar cruelmente al guazir Redhuán, de aprisionar á Ebn-ul-Játhib, de prender fuego á los aposentos en que ambos guazires se encontraban, se había derramado furiosa por las estancias del palacio, destruyéndolo todo con bárbara complacencia y criminal deleite.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

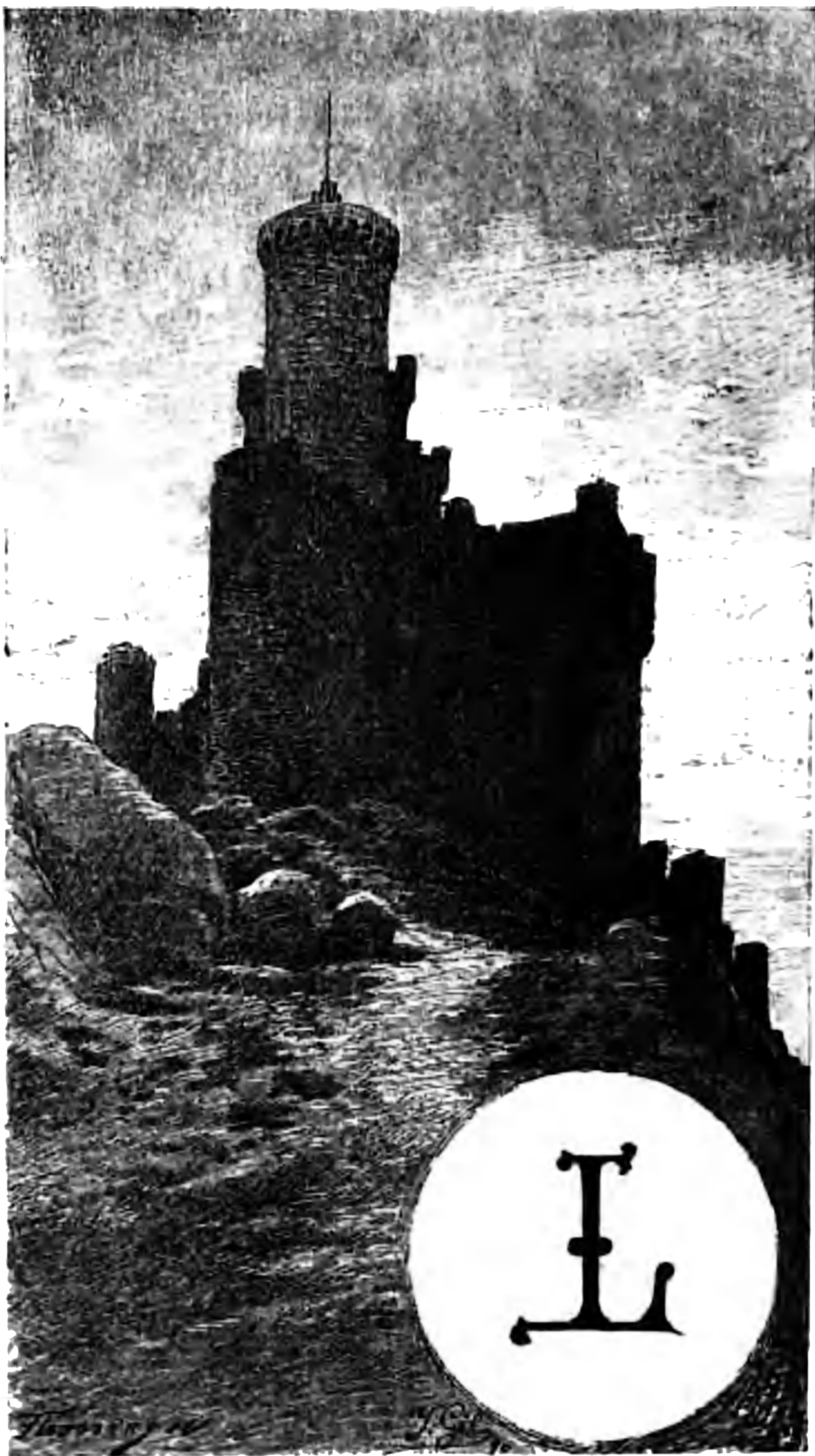
¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir



XXII

LEGABAN á Castilla las nuevas de aquel deplorable suceso, que privaba á don Pedro del más fiel de sus

aliados, cuando el infortunado hijo de Alfonso XI veía la inminencia de la lucha con que Aragón le provocaba, y los bastardos le movían más cruda guerra. Las defecciones aumentaban de día en día, y aunque no recibió don Pedro con buen talante la noticia de la traidora destitución de Mohámmad V, imposibilitado entonces de ejercer el derecho de soberanía, propio de Castilla respecto de Granada, para devolver al hijo de Abú-l-Haxix Yusuf I el trono por él perdido,—vióse en la precisión de tolerarla por el pronto, fijando la atención en acontecimientos de mayor urgencia y mayor bulto aún para su reino.

No se ocultaban, por cierto, ni al príncipe Bermejo ni á Mohámmad V, en medio de los esplendores del triunfo al uno, y en la soledad de su retiro al otro,—las causas que impedían al de Castilla tomar partido por la razón y por el derecho; y al propio tiempo que el intruso Ismaïl se entregaba á los deleites del harém y de las sensuales fiestas por él en la Alhambra preparadas, y Abú-Saïd afianzaba entre los granadinos su prestigio,—Mohámmad V, en Guadix, deplorando la veleidad de sus vasallos, en quienes confiaba, convencido de la imposibilidad en que se encontraba don Pedro de auxiliarle en aquel trance á que le habían conducido su suerte y las ambiciones del príncipe Bermejo, más que la alevosía de su hermano Ismaïl II,—volvía los ojos al África, buscando allí, en el Sultán de los Beni-Merines, el apoyo necesario para recuperar el solio.

Patentes eran para él, sin embargo, las dolorosas consecuencias que habían los musulmanes de Al-Andálus sufrido en tiempos anteriores, al implorar el auxilio de los africanos; y al par que recordaba la confianza con que el grande Al-Môtamid de Sevilla había solicitado contra los nasseríes, mandados por Alfonso VI, el socorro de Yusuf-ben-TeXufín, al finar del siglo v de la Hégira (xi de J. C.),—acudía á su memoria, según las historias le tenían enseñado, el desconsolador ejemplo de la destrucción del poderío muslime andalusí, reemplazado por el fanático é intolerable imperio de los almoravides, y la triste suerte que en Agmat cupo al último de los reyes Abbaditas, víctima de su ceguedad sin nombre.

Después, cuando en la siguiente centuria (cuántas veces se lo había referido *Lisán-ed-Din!*), arruinado ya el imperio almoravide, y triunfante en varias regiones de Al-Andálus el partido propiamente andalusí, el mísero régulo Aftasida llamó, desde su corte de Badajoz á los almohades, capitaneados en África por Abd-el-Múmen, vió también erigirse á aquellos auxiliares en señores, hasta el feliz momento en que, derrotado el terrible Aben-Hud de Murcia, Mohámmad I desde Arjona, había logrado levantar el ánimo de los musulmes españoles para fundar con ellos, en el siglo vii (xiii de J. C.), el imperio de Granada.

Todos estos recuerdos batallaban en el espíritu de Mohámmad V, y le hacían resistir las repetidas instancias de Aixa,

para demandar de Abú-Salém, Sultán de Marruecos, el auxilio con el cual debían ser secundados los deseos de los leales habitantes de Guadix y de la Serranía de Ronda, quienes se habían francamente declarado en su favor, y en contra del usurpador Ismaïl II.

Vencido al postre, mientras el afeminado hijo de Seti-Mariém gozaba de cuantos deleites había soñado y le proporcionaba á manos llenas con siniestras intenciones el Bermejo; mientras parte del pueblo granadino, para quien en los primeros momentos el triunfo de los rebeldes significaba el triunfo de la causa del Islám, iba poco á poco persuadiéndose de que no era Ismaïl ciertamente el llamado á realizar sus esperanzas,—en los últimos días de la luna de Xaguál de aquel año de 760 (1), enviaba Mohámmad expresiva embajada al Sultán de los Beni-Merines, noticiándole lo ocurrido, y como preliminar de ulteriores negociaciones.

‘ Pero ya Abú-Salém era conoedor de la traición de Ismaïl, y había conseguido de éste el permiso de que el destronado Sultán pudiera libremente salir de *Chezirat-al-Andálus*, así como la libertad al propio tiempo del guazir y sentido poeta Ebn-ul-Játhib, á quien tenían preso los rebeldes.

Una fresca mañana de la luna de Chumáda primera del año 761 (2), notábase en la *cassabah* de Guadix extraño movimiento.

Brillante tropa de jinetes se hallaba formada en la explanada de la fortaleza que, erguida sobre alto cerro, dominaba la población, y servía á Mohámmad de morada.

Al frente, cubierto por el amplio capellár bordado que le envolvía, dejando resplandecer á los rayos del sol la reluciente cimera del acerado casco, que aparecía á través del *izár*, veíase montado al guazir Ebn-ul-Játhib *Lisán-ed-Dín*, cuya cabalgadura, de hermosa estampa y nervudos remos, piafaba de impaciencia.

Á la puerta de la alcazaba, con hamugas el uno, y ensillado el otro á la jineta, dos magníficos potros cordobeses, negros como las sombras de la noche, y lujosamente enjaezados con

(1) Mediados de Septiembre de 1359.

(2) Marzo á Abril de 1360



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS
Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



rompiendo la marcha entre las aclamaciones de la muchedumbre, y los agudos gritos de las mujeres.

Cuando, bajada la pendiente rampa de la alcazaba, se halló la comitiva en la plaza del pueblo, donde la multitud era aún más compacta, dió orden Mohámmad de hacer alto, y dirigiéndose á todos en general, con acento trémulo y conmovido, exclamó:

—*La-illáh ila-Alláh! Hua-al-Aziz! Hua-al-Akbar! Guala-gálib-ila-Alláh!* (1). La paz y la bendición de Alláh sea con vosotros todos, fieles muslimes, que habéis abierto vuestros brazos al proscrito! Alláh sabe las cosas pasadas y venideras, y lo que se oculta en las entrañas de los hombres! *Á Ifriquia* (2) voy! Allí, en aquella tierra, donde impera sin contradicción la palabra santa de Mahoma, donde resuenan sólo las plegarias que los siervos del Islám levantan al Señor del Trono Excelso, tal vez encuentre mi causa en el Imám Abú-Salém (prospérele Alláh!) el auxilio que reclama mi autoridad escarnecida por esos devotos servidores de Thagút, á quienes Alláh maldiga! La paz sea con vosotros! Que Alláh acrecienta misericordioso vuestros bienes y vuestra ventura!

Dijo así Mohámmad; y picando espuelas al fogoso corcel, seguido de Aixa, de Ebn-ul-Játhih, y de los suyos, abandonó á Guadix, en tanto que la muchedumbre le aclamaba frenética, y le deseaba feliz y próspero viaje.

Al perder de vista, entre las sinuosidades y accidentes del terreno, la leal población que le había dado cariñoso hospedaje por espacio de diez lunas tributándole toda especie de agasajos,—en medio del natural quebranto que los acontecimientos le habían producido, brotó una lágrima de sus ojos, y sombrío y cabizbajo, caminó largo trecho en dirección á Marbella.

Larga era la travesía que emprendía en aquel momento, y grandes los riesgos que debía correr hasta llegar al puerto de la Cora malagueña, donde había de embarcarse; pero su resolución era grande también, y no hubo instante alguno de vacilación en el propósito que le guiaba. Preciso le era inter-

(1) No hay otro dios que Alláh! Él es el Poderoso! Él es el Omnipotente! Sólo es vencedor Alláh!

(2) África.

narse en las escabrosidades de la montaña, y sufrir por tanto los contratiempos que en aquella estación aún fría del año, brindaban semejantes lugares; tal vez si hubiese emprendido su camino por *Hissn-al-Láuṣ* (1) y Montefrío, habría llegado más pronto á Marbella; pero quizás hubiera visto á deshora truncadas sus esperanzas con la presencia de las gentes del intruso Ismaïl, las cuales le habrían cerrado el paso, á despecho de lo prometido por el nuevo Sultán de Granada al Beni-Merín Abú-Salém, cuya protección buscaba.

Ocultando discretamente su elevada alcurnia, pero procurando á la par conocer el espíritu de los musulmanes de las comarcas por donde atravesaba, llegaba por fin Abd-ul-Láh al puerto de Marbella, al mediar del día primero de la siguiente luna (2), quince días después de haber salido de Guadix.

Sólo Aixa había logrado durante el viaje desarrugar el ceño del Sultán; ni las risueñas esperanzas con que *Lisán-ed-Dín* trataba de distraerle, ni la seguridad que el guazir mostraba de que con el auxilio de los benimerines sería fácil empresa la de recuperar el trono, en vista de la actitud en que se ofrecían los habitantes de los pueblos, alquerías y aduares por donde habían cruzado,—conseguían otra cosa del infortunado Príncipe que arrancarle á veces algunas exclamaciones ponderando la misericordia de Alláh ¡ensalzado sea!

Cuando repartidos en grupos, y dejadas las cabalgaduras en el *fondác* inmediato á Marbella, penetraron en esta ciudad, la voz del almuedzín dejábase escuchar desde lo alto del alminar de la mezquita, invitando á los fieles á la oración de *adh-dhohar*. según el rito.

Era aquel, día festivo por acaso; la turba de marineros se agolpaba á las puertas del templo, y Abd-ul-Láh, deseando cumplir con los preceptos religiosos, penetró á su vez en el patio de la mezquita, seguido de los suyos.

En el centro del patio, rodeado de pórticos, bajo su cúpula de yesería, se hallaba el *al-midhá* (3), en el cual hacían los

(1) Hiznallóz.

(2) 12 de Abril de 1360.

(3) Pila de agua corriente, para hacer las abluciones.

fieles el *alguado* (1). Cercado de celosías, encontrábase en el otro extremo el *al-midhá* para las mujeres, y allá fué Aixa, procurando ocultar el lujo de sus vestiduras, para no excitar la curiosidad ni la atención de aquellas buenas gentes.

El Sultán, en tanto, hizo su ablución, y penetró en el templo, dirigiéndose al *quibláh* (2), mezclado con los concurrentes.

Hallábanse éstos repartidos por las naves del santuario en actitudes diferentes, y por entre ellos circulaba uno de los sirvientes de la mezquita, pronunciando el *al-icamáh* (3) con tono grave y solemne.

Poco tiempo después, subía el *imám* (4) al *minbár* (5) situado á un lado del *quibláh*, y comenzaba á leer en el Korán las Suras de precepto, siguiéndole en la oración de memoria los fieles, entre quienes se acentuaba el movimiento ondulante, iniciado desde la presencia del *imám* en la *cobba* del *mihráb* (6), según los *ar-rakaás* y los *sachdás* (7) que prescribe la liturgia.

Luego, dejando sobre el *kursy* ó atril el libro santo, dirigió el sacerdote la palabra al pueblo, entonando la *jothba* (8) de los viernes en honra del Sultán; y al escuchar Mohámmad que dirigían fervientes votos á Alláh por la prosperidad de Ismaíl, no pudo contenerse, y salió del templo profundamente afectado.

Esperó en la puerta de los *macassires* destinados á las mu-

(1) Ablución.

(2) Nicho que en las mezquitas señala la dirección de la Caába, y que en las de España estuvo siempre al Mediodía. En Oriente las mezquitas suelen tener varios *quibláh*.

(3) Pregón interior. El exterior ó *al-idzán*, es el que se hace desde lo alto de la torre, *assumuá*, al-minar, minarete ó *midzán*, y el interior, murmurando generalmente la frase: *cad camat-us-saláh*, ya comienza la oración.

(4) Sacerdote que empieza la oración, y á quien siguen en ella todos los concurrentes. El Califa es el *Imám* en la corte, por ser también el Jefe de la religión.

(5) Púlpito ó tribuna, ambón movable, de madera.

(6) Capilla principal, reservada al *imám* y demás sacerdotes, en la cual se halla el *quibláh*.

(7) *Ar-rakaá*, postura de la oración, que consiste en inclinar el cuerpo para adelante, hasta tocar las rodillas con la palma de las manos. *As-sachdá*, postración del cuerpo, durante la oración.

(8) Oración y arenga en honor del Sultán, que se pronuncia solamente los viernes.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

allí, en pie, aguardaban los magnates de Abú-Salém la llegada del Príncipe destronado.

Así que, precedidos de los caballeros, penetraron en el salón, todos los circunstantes se inclinaron, en señal de respeto, dando á Mohámmad V la bienvenida; tomando luego el Beni-Merín la mano del granadino, hízole sentar á su lado, con muestras no dudosas de deferencia y exquisita cortesanía.

Aixa, con el *al-haryme* sobre el rostro, se colocó á espaldas de su amado.

Á una señal de Mohámmad, adelantóse el guazir Ebn-ul-Játhib *Lisán-ed-Din*, y prosternándose á los pies del trono de Abú-Salém, demandóle licencia para hablar en nombre de su soberano.

Concedida que le fué, con tono grave y sentido, cual convenía á las circunstancias, dió principio á una larga improvisación poética, en la cual, imitando las antiguas *cassidas* arábigas, no era un rey de Granada destronado quien se lamentaba amargamente de la pérdida de su reino, sino *Xemil*, el pastor errante, quien hablaba del valle de Mojabera, su patria, y de la separación de su querida Botseína. La poesía continuaba describiendo la peregrinación por el desierto, para llegar por último al objeto que le era propio, mostrando las esperanzas que fundaba el malaventurado Príncipe andalusí en el auxilio del Sultán africano, á quien dirigía Ebn-ul-Játhib encomiásticas saluciones é hiperbólicos elogios, para predisponer su ánimo é inclinarlo en favor de Mohámmad, en largas tñradas de artificiosos versos que excitaron la admiración en los circunstantes, y que fueron interrumpidos varias veces por generales murmullos de aprobación y de entusiasmo. Después, invocaba la protección del africano para el granadino, y pintándole fácil la empresa, exclamaba:

« Dale armas, y corceles como el viento,
y hombres como leones,
que infundan, al llegar, con su ardimiento,
pavor en los contrarios escuadrones !»

Y luego de expresar el reconocimiento de Mohámmad por la protección que esperaba de su magnanimidad y de su be-



nevolencia, concluía dándole gracias en términos tan lisonjeros y halagüeños, que enterneció todos los corazones, y arrancó lágrimas del auditorio.

Él mismo, lleno de emoción, tuvo necesidad de retirarse, no sin haber recibido de labios de Abú-Salém la promesa de que pondría á las órdenes de Abd-ul-Láh las fuerzas suficientes para que recuperase el trono, triunfando causa tan justa como bien defendida.

Al escuchar Mohámmad las palabras del Sultán de los Beni-Merines, no fué dueño de sí propio; y sin ocultar su turbación, y aun á riesgo de que á humillación tomasen sus demostraciones de agradecimiento, echóse á los pies de Abú-Salém con los ojos anegados en llanto, y besando la fimbria de las vestiduras del africano, dándole gracias, exclamó:

—Deja, oh tú, tallo lozano de la estirpe de Yâcub, el descendiente del Profeta, el fuerte entre los fuertes, Sultán pío y generoso, excelso y justiciero, guerreador y defensor de la ley de Alláh, deja que á tus plantas pueda un rey destornado manifestarte el hondo sentimiento que embarga su corazón, al oír en tus labios palabras de consuelo, dulces como el rocío que el alba deposita en estos campos fértiles de tu imperio, estos campos, que son tuyos, como es tuya la fuerza, y es tuya la justicia! Las flores de tus jardines y tus huertos, á tu voz se truecan en soldados, bravos como leones en el combate, tímidos como gacelas á tu voluntad, y es de ver cómo á tu presencia todo cede y se humilla! Bendiga Alláh tu mano generosa, y quiera el Señor del Trono Excelso concederme la gracia de poder algún día pagarte con la sangre de mis venas el servicio que hoy me haces!

—Alza, mi hermano y señor! Las gracias sólo corresponden á Alláh! De Alláh es cuanto hay en los cielos y en la tierra, y el imperio de todas las cosas pertenece á Alláh! Ensalzado sea!—contestó sentenciosamente Abú-Salém.—Tu causa ¡oh Mohámmad! es la causa de la justicia, y Alláh ha armado mi brazo para defenderla! Oh, si cual en otros tiempos, fuera dado disponer en los actuales de tanta muchedumbre de gentes como hicieron estremecer la tierra al pasar desde *Ifriquia* á *Cheçirat-al-Andálus*! Yo te ayudaría entonces en honra y desagravio del Islám, no sólo á recuperar el trono que usurpa tu desatentado hermano Ismaïl, sino á recon-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

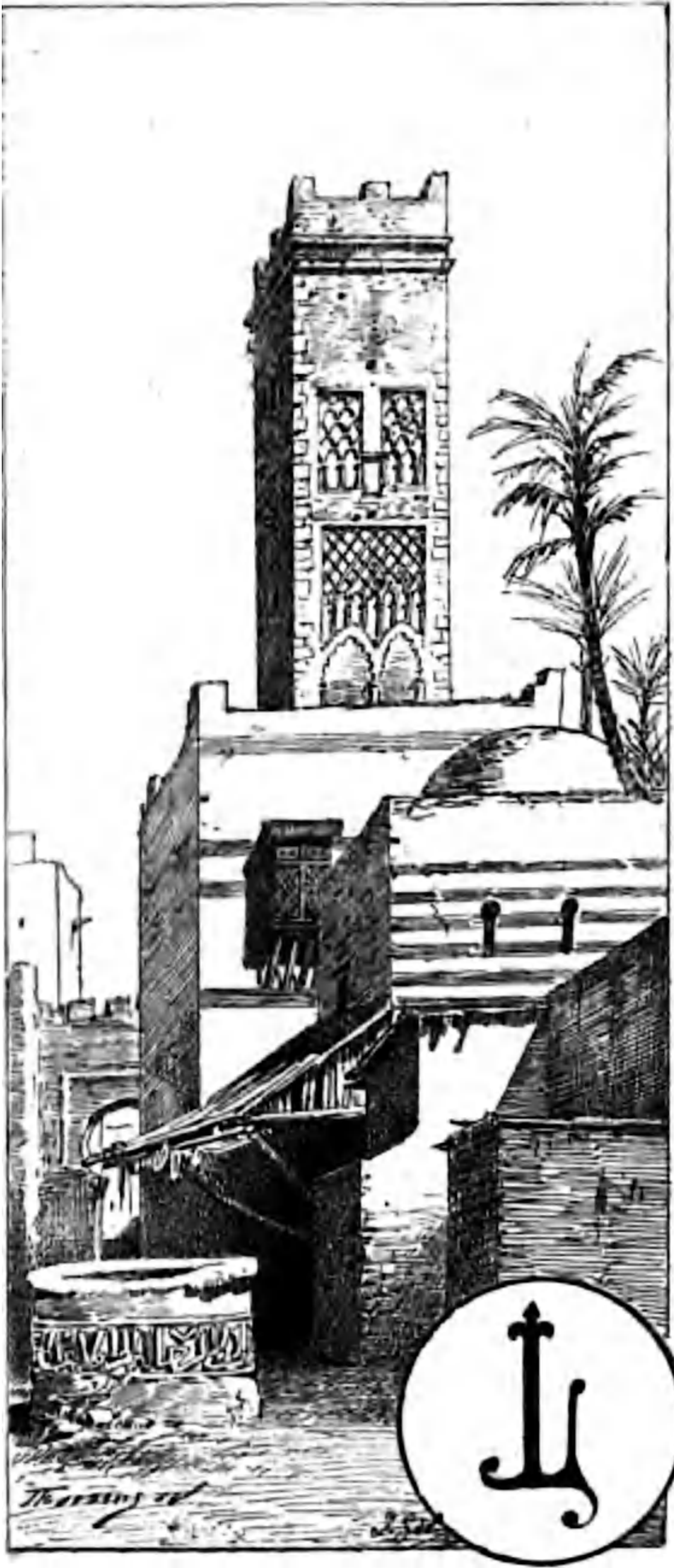
Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto





XXIII

Las habitaciones destinadas á Mohámmad V, hallábanse situadas en uno de los extremos del alcázar, vasta agrupación de edificios, independientes entre sí, bien que puestos los unos con los otros en comunicación por medio de irregulares patios y jardines, pero que no ofrecían, á la verdad, ni en construcción ni en magnificencia, semejanza ni recuerdo alguno con los que constituían el alcázar de los Beni-Nassares en Granada.

Formaba el edificio ó *ad-dár*, donde el destronado Príncipe fué aposentado, un rectángulo perfecto, con cuatro *tarbeas* ó cuadras, que correspondían á los lados del rectángulo, y se abrían en los ejes, hallándose dedicadas á *serrallo* la principal, á cámara de servicio la segunda y á harém las dos restantes, donde se habilitó lujoso camarín para Aixa, y fueron dispuestas las habitaciones para otras mujeres, quedando

Ebn-ul-Játhib y la comitiva de caballeros granadinos instalados en distinto edificio, próximo al que ocupaba el Príncipe.

Después de terminados las ceremonias y los agasajos con que Abú-Salém obsequió al granadino, quedaron solos en la cámara principal del *ad-dár* de Mohámmad V, el ilustre proscrito, Aixa y el guazir Ebn-ul-Játhib.

—Ya has visto, señor y soberano dueño mío (¡Alláh perpetúe tu gloria!), cómo no eran vanas, por fortuna, las esperanzas que al abandonar á Guadix y partir de Chezirat-al-Andálus, abrigábamos tus fieles servidores. Que el sol benéfico de tu sonrisa ilumine tu rostro, y borre las nubes sombrías que le obscurecen! En breve tornarás á nuestra hermosa Granada, no ya humillado por el triunfo de tus enemigos (¡Xaythán sea con ellos!), sino victorioso y contento!

—Alabada sea la misericordia de Alláh!—repuso el Amir.—Sin ti y sin los ruegos de mi adorada Aixa, jamás hubiera intentado cruzar el Estrecho de *Az-Zocác*, y habría preferido la oscura vida que en Guadix parecía estarme reservada! La bendición de Alláh sea sobre el Sultán Abú-Salém y sobre vosotros! No podréis imaginaros nunca lo inmenso de mi zozobra, al apartarse de las costas de mi reino la débil embarcación en que hemos surcado el mar de Siria! No podréis formar idea del sentimiento que embargaba mi alma, al pensar que, acaso, como el grande Al-Môtamid, no volvería á pisar nunca el suelo de mi patria (¡prospérela Alláh!) Pero no será así,—añadió.—No: que los guerreros del desierto, esgrimiendo la espada de la justicia, me ayudarán á conquistar el bien perdido! Juro á Alláh (¡ensalzado sea!) que no habrá perdón para los traidores, y que si fuí magnánimo y generoso con el traidor Abú-Saïd cuando en *Bib-ar-Rambla* te hirió creyendo herirme á mí de muerte; si fuí benévolo con Ismaïl, cuando muerta su madre Seti-Mariém le dí asilo en mi propia morada, ahora, ahora, habrá de ser terrible mi venganza!

—Justo será, señor,—contestó el guazir, inclinándose profundamente.

—Sí: justo será, amado Sultán mío,—dijo Aixa, quien hasta entonces había guardado silencio.—Pero también es justo que, después de tantas y tan largas fatigas, des á tu espíritu y á tu cuerpo el debido reposo, bajo la egida protec-

tora que el magnífico Abú-Salém (¡glorificado sea su reinado!), te brinda hoy en el recinto de su alcázar.

Comprendió Ebn-ul-Játhib que la enamorada pareja deseaba estar sola, y con un reverente *salém-âlaihuma* (1), abandonó el camarín, alegre y satisfecho por el éxito lisonjero que prometían los ofrecimientos del Sultán de los Beni-Merines, cuyas simpatías había conquistado el guazir con la brillante improvisación poética, que tanto conmovió á él y á su corte.

Cuando Abd-ul-Láh y Aixa se hallaron solos, corrió la hermosa muchacha á los brazos del Amir, y derramando en ellos abundoso llanto, le colmó de caricias.

—Bien mío!—exclamó.—Aquí, como en los jardines espléndidos de tu Granada, lo mismo entre los labrados muros de tu hermoso alcázar, que en el retiro de la humilde tienda, donde durante nuestro camino por Ifriquia tantas noches hemos hallado hospedaje, que en la soledad de esta cámara, donde ahora nos vemos,—siempre, siempre será tuyo mi amor, como son tuyos los latidos de mi pecho, y tuyos mi pensamiento y mi alma! Sí, Príncipe querido,

« ¿ Qué le importan al ave sencilla,
que en la selva sus cantos eleva,
qué le importan las glorias del mundo,
si amor y placeres caminan con ella? »

» ¿ Qué le importan los paños de oro,
los joyeles, las ricas preseas,
si en el fondo del bosque, anhelosa,
cantando sus cuitas, su amante le espera? »

— ¿ No es verdad—prosiguió,—que tú me amas, y que este amor, que es mi vida, endulza las horas amargas de tu existencia, que debía ser feliz como la de los elegidos de Alláh en los deliciosos jardines del *channát* (2); que debía correr sosegada, límpida y tranquila, como desde la cumbre de *Ax-Xolair* corren las aguas del Genil, como las de esa fuente,

(1) *La paz sea con vosotros dos*; frase de despedida y de salutación.

(2) El Paraíso.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

No otra era la sabrosa plática á que se hallaban entregados Abd-ul-Láh y Aixa, cuando, interrumpiéndola á deshora, penetraba en el aposento uno de los negros puestos al servicio de Mohámmad, é inclinándose con el mayor respeto delante del destronado Sultán granadino, se prosternaba á sus plantas con los brazos cruzados sobre el pecho, y la cabeza baja.

—Oh señor y dueño míol—exclamó.—Abd-ul-Táhir el poderoso jefe de la guardia del excelso Amir de los musulimes, nuestro señor, el magnífico, el justo y generoso Abú-Salém (¡glorifíquese Alláh!), demanda tu permiso para comparecer en tu presencia, por mandado de su egregio señor.

Hizo seña Abd-ul-Láh al esclavo de que podía penetrar el enviado de Abú-Salém, y desprendiéndose de los amantes brazos de su enamorada, tomó asiento en el diván de ceremonias, al propio tiempo que Aixa se apartaba discreta, ocultándose en una de las *alhenias* del aposento.

Pocos momentos después, entraba Abd-ul-Táhir, á quien seguían dos mujeres, envueltas en largos *haiques* que les llegaban á los pies, con la cabeza oculta por finos *izares* de transparente muselina, y el rostro velado por el *al-haryme*, que sólo permitía verles los ojos, negros y brillantes, en los que resplandecían á la vez la curiosidad y el sensualismo.

—Oh noble señor míol—dijo el emisario de Abú-Salém, prosternándose.—El poderoso, el justo, el sabio, el puro, el defensor de la ley de Alláh, Abú-Salém, Amir de los musulimes, mi señor y dueño (¡perpetúe Alláh sus días!), en señal y muestra del afecto que te profesa, como á su hermano y amigo, te envía este presente. Son dos de las más hermosas mujeres de su harém. Mira,—añadió á la vez que las dos jóvenes se descubrían el rostro,—mira en sus semblantes la gracia y la hermosura, que resplandecen como si cada una de ellas fuera la luna llena. Sus ojos despiden rayos de amor, que no puede resistir corazón alguno; su frente es tersa y pura como el cristal de la fuente; su voz es dulce y acariciadora, como el rumor del laúd en medio de la noche; sus dientes son sartas de perlas, que despiden extraños reflejos sobre el estuche de su boca, y sus labios son dos corales. Míralas, esbeltas y erguidas como las palmeras de nuestros bosques; ligeras, como las gacelas del desierto, flexibles, como la caña del Ban; ellas harán para ti más agradable la

estancia en este alcázar, y espera el Sultán, mi señor (¡pro-téjale Alláhl) que aceptarás el presente. Amina se llama una de ellas, y por mi salvación, que bien merece el nombre de *Fiel* que lleva: será fiel contigo hasta la muerte, más que lo han sido tus vasallos de Granada: Kámar (1) dicen á la otra, y ya ves cómo es digna de que así la apelliden, pues á su lado palidecen de envidia todas las demás mujeres de la tierra. Una y otra, tienen negro el cabello, las cejas, los párpados, y la pupila de los ojos; blancos el cutis, los dientes, las uñas y la córnea transparente de los ojos; encendidas las mejillas, los labios, la lengua y las encías; grandes la frente, los ojos, el pecho y las caderas, y pequeños, por último, las orejas, la boca, las manos y los pies (2).



(1) Luna.

(2) Estas son, con efecto, las condiciones que debe reunir la mujer, para ser considerada como hermosa entre los árabes.

brisa, suave y silenciosa, sólo traía en sus alas el penetrante aroma de las flores de la campiña.

Desiertos estaban los bulliciosos zocos, desierta la *alcaisería*; pero pobladas de gente las calles, estrechas y revueltas, y las avenidas del alcázar.

Muchedumbre innumerable se agolpaba también en torno de la venerada mezquita de Muley Idrís (¡complázcase Alláh en él!), y todo, al primer golpe de vista, anunciaba acontecimientos inusitados.

Y así era, con efecto: tendidos en el llano, formando vistoso alarde y peregrino espectáculo, veíase bosques de picas, semejando aquella tropa numerosa, con sus haiques blancos y sus tocas de igual color, bandada inmensa de palomas, á la orilla de un manantial sombreado por las palmeras y los árboles.

Entre ellos, luciendo las recamadas marlotas y las bordadas almalafas de distintos colores, distinguíase acá y allá repartidos algunos jinetes, cuyas cabalgaduras impacientes escaraban la arena, destacándose entre todos ellos el Alférez, de tez oscura, y negra y poblada barba, quien levantaba entre sus manos el estandarte verde del Profeta.

Cerca del medio día, pero antes de que hubiese llegado el sol á la mitad de su carrera, el movimiento acrecentó entre las masas en las inmediaciones del palacio del Sultán Abú-Salém, á quien esperaban.

Porque aquellas tropas aguerridas, que semejaban palomas, siendo sin embargo terribles gavilanes en la lucha, constituían uno de los ejércitos formados por el magnánimo Sultán de los Beni-Merines para devolver á Mohámmad V el trono usurpado por su hermano.

Debía el Príncipe granadino ponerse á la cabeza de ellas para marchar á Tánger, donde se le incorporaría el segundo ejército, formado con las kábilas más fuertes y valerosas de Ifriquia; y el pueblo de Fez quería despedir al huésped de su Príncipe, y desearle de aquel modo buena suerte y prosperidad en su empresa.

Pero en tanto que el pueblo se agolpaba de tal manera con demostraciones de cortés agasajo en la calle, escena muy distinta se efectuaba en el *ad-dár*, donde Mohámmad V, cerrado el cuerpo en la recia cota de batalla, ceñido el férreo



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



lloras, mi bien?—decía el Príncipe con acento cariñoso.—Toco ya, por ventura mía, el ansiado momento de partir para *Chezirat-al-Andálus* en busca de mi trono, ¿y lloras, débil, como nunca lo has sido, cuando van conmigo los leones de Ifriquia, dispuestos á despedazar mis enemigos?... No llores, no!... Volveré, sí, volveré de nuevo; pero entonces no seré ya el Príncipe proscripto: seré el Sultán de Granada, y tú irás conmigo á compartir gozosa las glorias conquistadas por mi esfuerzo!...

—Sí, amado dueño mío... Sí... Tienes razón... Soy sólo débil mujer!... Pero esta mujer tan débil, esta mujer que llora en tu regazo, esta mujer que te adora, sabe, por tu amor, ser fuerte. Dame una lanza y un caballo, pon en mi mano una espada, y á tu lado, contigo, correré al frente de esos escuadrones valerosos, desafiando la muerte! No me arredra el rumor de los combates... Siento sed, sed, mucha sed de la sangre de aquellos que han hecho derramar lágrimas á mi Príncipe y señor, y yo sola sería capaz de presentarme ante los muros de Granada, y dar allí la muerte, que tanto han merecido, á tu perverso hermano Ismaïl y á tu primo Mohámmad, el Bermejo!

—Desvarías, Aixa!—replicó el Príncipe.—Tú naciste para el amor, y no para la guerra. Tus labios están hechos para sonreír, y no para ser contraídos por la cólera; tus ojos matan, sí, matan; pero matan de amor, y en ellos brilla más el rayo apacible de la pasión, que el relámpago de la tormenta... Si me has acompañado desde Guadix en la dolorosa peregrinación que me impuso con implacable saña la suerte; si has compartido conmigo los azares de la existencia que hasta aquí he llevado, es para mí demasiado preciosa la vida de la única mujer que ha hecho palpar mi corazón, para que vuelva á exponerla á las fatigas del camino y á los azares de la guerra.

«Aquí—añadió,—al lado del Sultán magnánimo, al lado de su esposa y de sus hijos, esperarás mi vuelta; no acibares con tus lágrimas estos instantes, los últimos de mi destierro! Adiós, amada mía! Adiós! Contigo queda mi alma—repuso Abd-ul-Láh, desprendiéndose de los brazos de Aixa.—Queda aquí en Fez mi corazón cautivo, y fío en Alláh que en breve volveré á gozar á tu lado venturoso las dulzuras perennes con que tu amor me brinda!

No replicó palabra alguna Aixa. Quedóse muda y sollozante en la actitud dolorosa en que estaba; y conmovido Abd-ul-Láh, corrió hacia ella, y cubrió de besos, apasionados y ardientes, el semblante angustiado de la joven.

Poco después, resonaron sobre las losas del pavimento las espuelas del Príncipe, y Aixa rompió á llorar amargamente.

Terminada en la mezquita de Muley Idrís la oración de *adh-dhohár* ó del medio día, á la que para mayor honra del granadino habían asistido Abú-Salém y toda su corte, dirigiendo fervientes preces á Alláh para que concediera su protección al destronado Príncipe,—montó Abd-ul-Láh en el caballo que tenía de las riendas el guazir Ebn-ul-Játhib, y, acompañado del Sultán de los Beni-Merines, marchó á ponerse al frente del ejército.

Gritos de entusiasmo y de alegría resonaron entre la multitud por todo el tránsito, y de las espesas celosías de las casas, tras de las cuales se delineaba el busto de las mujeres, caían sobre la brillante comitiva gran número de flores.

Las albólbolas y lelilies eran por todo el camino repetidos, y cuando, abandonada la ciudad, llegaban ambos Sultanes á la llanura donde se hallaba el formidable ejército, unánime salva de entusiastas gritos se escuchó en el espacio.

Allí, hecha la presentación de los adalides y de los principales jefes, en presencia de aquellos soldados, leones en la guerra, y de aquel pueblo que parecía idolatrar en la persona de Abú-Salém, dió éste el ósculo de cariñosa despedida á Mohámmad; y en tanto que el Beni-Merín tornaba realmente conmovido á la ciudad, invocando la protección divina sobre el destronado vástago de los Al-Ahmares,—fija con insistencia la mirada en la elevada cima, donde se erguían confusos los distintos edificios y las almenadas torres del alcázar, deteniéndose á cada paso para contemplarle, y con el alma llena por la dulce imagen de Aixa, marchaba el granadino silencioso en dirección á Tánger, entre el polvo que levantaban los caballos y envolvía aquella masa de gente, que parecía con sus blancos ropajes jardín inmenso de movibles jazmineros.



XXIV

ALVANDO los espacios, cruzando quizás en brazos de la brisa las aguas turbulentas del *Zocác*, como viento amenazador y pavoroso llegaba á la Da-

masco del Mogréb la noticia de que á la cabeza de numerosas tropas africanas, se disponía Mohámmad V á penetrar en Al-Andálus para recuperar la sultanía y castigar á los traidores; y mientras con singular regocijo los leales habitantes de Guadix y los de la Serranía de Ronda se apercibían al combate, dispuestos á colocarse al lado de su amado Príncipe, el legítimo Sultán de Granada,—cundía entre los rebeldes el espanto, como si Alláh, cansado de tantas iniquidades, hubiera decretado su ruina, y el afeminado Ismaïl sentía despavorido zozobrar la tierra bajo sus plantas.

Sólo el príncipe Bermejo, comprendiendo la inminencia del peligro, y determinado á todo, había conservado el áni-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

Abú-Saïd, el príncipe Bermejo: también allá, en aquel poderoso imperio africano, donde al parecer reinaban la paz y la concordia, donde el desposeído descendiente de los Al-Ahmares había con lágrimas en los ojos contemplado los alardes reiterados de ferviente adhesión con que las gentes alborozadas saludaban al magnánimo Sultán Abú-Salém,—también, como en Castilla y en Granada, había el crimen llegado á las grãdas del trono, y las manchaba por mano del Príncipe Abú-Omár Taxfin, á quien juzgaban loco, con la sangre generosa de su propio hermano, el noble Amir de los musulimes de Marruecos.

La proclamación en Fez del joven Mohámmad Abú-Zeyyán, nieto del Sultán Abú-l-Hasán, cambiaba en absoluto la faz de los sucesos. Con sus esperanzas, tanto tiempo acariciadas, y perdidas quizás entonces para siempre, como ensueño quimérico, veía Abd-ul-Láh desvanecerse aquel ejército formidable, que regresaba á Ifriquia; y representándose en su imaginación las escenas que habrían sucedido al asesinato de Abú-Salém, estremeciase de horror y de angustia, considerando que, asaltado acaso por la soldadesca y el populacho desenfrenados el alcázar, según lo había sido el suyo, su esposa, su amada, no habría sido respetada por las turbas, y quizás estaría muerta!

Recobrábase en cambio el imbécil Ismaïl en Granada; crecía la jactancia de Abú-Saïd y de los rebeldes, y el desventurado Mohámmad, solo, abandonado, bajo el peso de su quebranto y de sus zozobras, como olvidado por Alláh, decidíase á buscar en la Serranía de Ronda y entre sus partidarios protección y abrigo, con la desesperación en el alma.

Bálsamo fué para sus penas la noticia que á poco de Fez un mercader rondeño le traía de que, aun abatida y triste, la Sultana Aïxa seguía en el alcázar, honrada y considerada por el nuevo Sultán de los Beni-Merines; y sintiendo con esto renacer sus esperanzas, determinábase, ya tranquilo, bien que no sin cierta natural zozobra, á impetrar del de Castilla que le ayudase á recobrar el trono, pues siendo él, como era y se reconocía, vasallo de don Pedro, y teniendo, cual tenía el reino de Granada por los monarcas castellanos, sólo á don Pedro en realidad cumplía el restablecer su autoridad, imponiendo el merecido castigo á los traidores.

Pero, amenazado constantemente por los bastardos, en la forma que las historias cristianas de aquellos tiempos refieren, únicamente era dado al hijo de Alfonso XI atender á su remedio propio, y harto convencido se hallaba el granadino de ello, cuando, por consejo de Ebn-ul-Játhib y de los principales caudillos de la gente rondeña, volvía segunda vez al África los ojos, y solicitaba de Mohámmad Abú-Zeyyán el auxilio que tan generosamente Abú-Salém le había otorgado.

Y como la justicia de Alláh debe cumplirse, y no hay en ello duda,—mientras el desposeído Mohámmad desde Ronda procuraba interesar al Sultán de los Beni-Merines,—despojábase al fin el príncipe Bermejo del velo bipócrita con que había hasta allí mantenido ocultas sus secretas ansias; y dando primera, por estorbarle, cruda muerte en Almuñécar al ~~guazir~~ ~~guazir~~ Mohámmad-ben-Ibrahim Al-Fehrí, bajo pretexto de ~~ciertas~~ cartas que suponía escritas por éste á Abú-Salém prometiendo entregarle la persona de Ismaïl, con tal de que Mohámmad V le conservase en el guazirato después del triunfo,—dirigíase ya desembozadamente contra el hijo de Seti-Mariém, para poner por obra el plan concertado en los dominios de don Pedro IV *el Ceremonioso*, con el conde don Enrique de Trastámara.

Y con efecto: al frente de aquellos sus partidarios, fanatizados los unos por la esperanza de que bajo el mando de príncipe tan valeroso como Abú-Saïd lo era, el Islám recobraría en Al-Andálus el esplendor perdido; dominados los otros por el prestigio que sobre ellos había logrado el Bermejo, y seducidos los más por las promesas que éste les tenía hechas para el día del triunfo,—tres andados de la luna de Xaâban del año 761 (1), apoderándose de la persona del desvanecido é imbécil Ismaïl, y de la de Cais su hermano, mandaba darles muerte, y los despedazados cuerpos de aquellos infelices, que nadie osó recoger por miedo, permanecieron ensangrentados en las calles, y se pudrieron al aire, mientras en medio de estos horrores era aquel mismo día proclamado por el ejército y por la gente menuda y baldía del pueblo como Sultán de Granada el príncipe Bermejo.

(1) 20 de Junio de 1360.

Así, respecto de Ismaîl, quedaban cumplidos los altos designios de Alláh (¡ensalzado sea!), y así, por medio de la traición y del crimen, subía el príncipe Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, sexto de este nombre entre los Al-Ahmares, al trono que manchaba la sangre de los dos hijos de Seti-Mariém, su antigua aliada, y que había honrado con su persona el excelso Mohámmad V, cuyas gestiones cerca del Sultán de los



Beni-Merines Mohámmad Abú-Zeyyán, no habían, por desventura, producido efecto alguno.

Como primer acto de su reinado, el príncipe Bermejo, convertido en Mohámmad VI, apresurábase á enviar sus emisarios á Aragón, con el intento de notificar al conde de Trastámara su exaltación al trono, renovar el pacto ya antes entre uno y otro concertado, y proceder en consecuencia y sin pérdida de momento á ponerlo por obra por ambas partes, mientras inauguraba en Granada su gobierno con crueles persecuciones y castigos, que fueron muy aplaudidos por el populacho.

Alentados por el fácil triunfo que sobre las tropas del rey don Pedro de Castilla habían conseguido en los campos de Araciana los bastardos don Enrique y don Tello (Septiembre de 1359), y habiendo resultado de todo punto ineficaces las



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



En la imposibilidad de reponer al hijo de Yusuf I, que proseguía en Ronda, recibió don Pedro con forzada benevolencia las proposiciones del Bermejo; y aunque sin darle respuesta alguna decisiva, despedía á los embajadores, satisfecho por el pronto, si conseguía apartar á Abú-Saïd de la alianza pactada con don Enrique, ó por lo menos, si lograba ver seguras las fronteras de Castilla por la parte del reino granadino.

Obedecía el paso dado por Mohámmad VI al propósito de mantener al propio tiempo relaciones con don Pedro y los bastardos, bien que sin apartarse de éstos por completo, y para proceder según lo exigieran las alternativas de la guerra.

Así pues, cuando rechazada, en pos de la de Nájera, nueva expedición proyectada contra Castilla por los infantes don Enrique y don Tello, y puesto el rey don Pedro sobre Almazán con muchas compañías, penetraba en Enero de 1361 (1) por territorio aragonés, rindiendo varios castillos, entre los que figuraban los de Alhama y Ariza, ambos por extremo importantes, — fiel á sus intentos, conducía Abú-Saïd á la frontera de Jaén las huestes allegadas por su parte, de concierto con el de Trastámara, no con otro ánimo que el de mover desde allí sañuda guerra al príncipe de quien poco antes se había declarado vasallo, distrayendo su atención, y favoreciendo los designios del aragonés y de don Enrique.

No sorprendía por cierto al rey don Pedro, si bien le producía muy honda indignación, la artera política del granadino; y aprovechando las excitaciones de paz con que le brindaba, respecto del aragonés, el cardenal de Bolonia, — cedía mal de su grado á tales instancias, estipulándose, muy á disgusto suyo y muy contra su voluntad, las paces entre Aragón y Castilla, por el mes de Junio de aquel año (2).

En virtud de las indicadas estipulaciones, el conde don Enrique, su hermano don Sancho, y los caballeros castellanos que seguían su bandera, se refugiaban, lanzados de Aragón, en la parte allá de los Pirineos, entrando á la fuerza en la Senescalía de Carcassona por el mes de Julio, á pesar de la oposición que les hizo Pedro de Voissins, señor de Rennes,

(1) 22 de Safár á 23 de Rabiê primera del año 672 de la Hégira.

(2) 27 de Récheb á 26 de Xaábán de 762.

quien se había colocado en el país de Fenouillades para estorbarles el paso.

De esta manera, quedaba por el pronto libre Castilla de las guerras incesantes que la ambición, la deslealtad y la perfidia de los bastardos le movían, y de aquellas otras que la doblez de carácter, propia de don Pedro IV *el Ceremonioso*, suscitaba sin tregua al desventurado hijo de don Alfonso XI.

Desde Deza, donde quedó asentada la paz con Aragón, regresaba don Pedro á Sevilla, ciudad en la que se encontraba aquel soberano el día 10 de Julio (1), y donde recibía cartas del destronado Mohámmad V, su vasallo y amigo, en las cuales le felicitaba por el término de la campaña, y solicitaba al fin de él que le ayudase á volver á Granada, y lanzar del usurpado trono á su primo el rey Bermejo, de quien había ya podido formar juicio por los últimos acontecimientos.

No sólo por satisfacer los legítimos deseos del Príncipe Abd-ul-Láh, sino por castigar los crímenes y la felonía de Abú-Saïd y tomar á la vez venganza de las paces que le había con sus actos obligado á firmar con el rey de Aragón,—determinábase don Pedro á mover guerra á Granada, mandando sus emisarios á Ronda para que se pusieran de acuerdo con Mohámmad V, y enviando á llamar todos los ricos omes y señores de su reino, á quienes manifestaba las razones por las cuales había tomado determinación semejante, y que no eran otras principalmente sino las de que el Sultán Mohámmad era su vasallo, y le rendía parias en tal concepto, y el Bermejo le había contra razón y derecho destronado.

Cuando los emisarios del rey de Castilla ponían en conocimiento del magnánimo Abd-ul-Láh la resolución adoptada por su soberano, hallaban en Ronda al Príncipe islamita profundamente conmovido.

La negativa de Mohámmad Abú-Zeyyán, Sultán de los Beni-Merines, á facilitarle los recursos por él demandados, y que no por ser cortés, dejaba de ser menos cierta; la escasez de fondos, que había impedido llevar á la práctica el proyecto un momento acariciado de reclutar gentes en Ifriquia, y el dolor sin consuelo que la ausencia de su querida Aixa le

(1) 7 de la luna de Ramadhán.

producía,—motivos eran en verdad que pesaban grandemente en su ánimo, y justificaban su postración y su decaimiento.

Entre las nieblas del porvenir incierto, no brillaba ya para él estrella alguna; y en balde sus leales rondeños le brindaban con un levantamiento general en la Serranía, el cual hubiera sido sin duda tan estéril como todo lo hasta entonces intentado.

Las cartas que de vez en cuando recibía de Fez, en las cuales le daba cuenta Aixa de cuantos rumores llegaban hasta ella, y en las que le atestiguaba siempre de su cariño invariable,—si lograban por contados momentos templar la pena del pobre Príncipe, sólo eran incentivo poderoso para demostrarle y poner á sus ojos de relieve la impotencia absoluta en que los acontecimientos le tenían colocado.

Cierto es que la noticia de que el harém del Sultán Abú-Salém había sido respetado por el populacho, al recibir alevosa muerte aquel Príncipe por manos de su hermano Omár, llevó á su entristecido espíritu algún sosiego; pero la imposibilidad en que se veía de llamar á su lado á la amada de su corazón antes de haber logrado el término legítimo de sus justos afanes, le llenaba de desesperación y de zozobras.

Así pues, cuando fenecida la guerra con Aragón, consideró que su leal amigo y señor don Pedro podía desembarazadamente ya auxiliarle, no vaciló un momento en implorar de nuevo su ayuda, siendo inmensa la alegría de que sintió inundada su alma al recibir la jubilosa nueva de que el monarca cristiano disponía su ejército para castigar al usurpador, volviendo por los fueros, algún tanto olvidados, de la corona de Castilla.

Corrió de uno á otro extremo de la serranía la fausta noticia; y al paso que los habitantes de aquella comarca se apercebían valerosos á la lucha, reunía en su torno Mohámmad las fuerzas de que le era dado disponer, y llegaban sólo al exiguo número de cuatrocientos jinetes, y con ellos, gozoso y alborozado, como en sus buenos tiempos, partía de Ronda en medio de las sinceras aclamaciones de la muchedumbre.

No había, entre tanto, perdido el tiempo el rey de Castilla: aprestada con generosa actividad la hueste, movíase de Sevilla en dirección al distrito de Ronda por Medina-Sidonia, y, penetrando en los dominios granadinos, llegaba á Hissn-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

Pero Mohámmad, descendiendo presuroso del caballo, habíase abrazado á las piernas de don Pedro, exclamando:

—¡Oh, mi señor y dueño! El más poderoso y fuerte de los sultanes de la tierra! ¡El incomparable rey de Castilla, mi dueño y soberano señor don Pedro! Alláh perpetúe tus días y aumente tu ventura, como yo te deseo!... Benditas mis desdichas, señor, pues ellas me proporcionan el placer de que mis ojos te vean! Oh rey don Pedro! Eres como el sol brillante que alumbra los espacios, pues das vida y alientos con tu presencia, como él da vida á la tierra, después de las inclemencias del invierno! Deja que mis labios besen, en testimonio de mi reconocimiento, tus rodillas! Mira á tus pies al infortunado que un día fué Sultán de Granada, y se llamó tu amigo! Como el labrador espera la lluvia benéfica que ha de hacer fértiles sus agostados campos, así espero yo de ti el bien que ansío!

Habíase ya á esta sazón desmontado el rey don Pedro, y mientras con verdadero afecto estrechaba entre sus brazos al granadino, así contestaba á sus apasionadas frases:

—Alzad, señor: que hartos me duele, por mi fe, veros en esta forma y en este sitio, y no en vuestro famoso alcázar de Granada, rodeado de vuestros magnates y cortesanos, y con todo el aparato propio de vuestra soberana estirpe y vuestra grandeza. Pero si la traición, aleve y tenebrosa, ha logrado arrebatáros de las manos el glorioso cetro que en ellas puso la Providencia, sean señal mi presencia en este sitio, y los brazos que mi amor os tiende, de que hallaréis en mí la protección que la justicia de vuestra causa pide; y ojalá que la infanda guerra con que los que se llaman mis hermanos codician mi ruina, y aquella otra con que su amparador el rey de Aragón les favorece, divirtiendo mis cuidados hasta el presente, no hubieran impedido que antes de ahora, cual era en mí ferviente deseo, os hubiera restituído, señor, lo que es vuestro y tenéis en mi nombre, pagando así las muchas atenciones y la leal amistad que os debo.

Reiteró, al escuchar estas palabras, Mohámmad al castellano las muestras de su reconocimiento, y volviendo ambos á montar, cabalgaron juntos hasta Hissn-Cassares, donde fueron recibidos con expresivo júbilo.

Puestos allí de acuerdo respecto de la campaña que iba á

ser inaugurada, quedaba entre ambos príncipes concertado que, desde que la guerra comenzara, todos los lugares que se diesen al rey don Pedro, ó tomare él por fuerza de armas, serían para siempre de Castilla; pero que aquellos otros que se entregaran á Mohámmad, separándose de la obediencia del tirano Abú-Saïd el Bermejo, serían también para siempre del referido Mohámmad, con lo cual, diéronse las órdenes oportunas, y al siguiente día, muy de mañana, fueron alzados los reales del ejército cristiano, y se rompió la marcha por territorio granadino.

Sorprendido Abú-Saïd de la alianza celebrada entre el rey de Castilla y el Príncipe Abd-ul-Láh, su primo, y más aún al conocer los aprestos formidables con que don Pedro se preparaba á combatirle y aniquilarle, hacía pregonar en todas las mezquitas del reino la guerra contra los nassaríes, reclutaba gentes en todas partes, y se aprestaba á solicitar el auxilio de Aragón, haciendo correr en tanto las fronteras castellanas, y causando en ellas todo el estrago que le fué posible.

Había en Granada gran número de partidarios del legítimo Sultán, los cuales, si hasta entonces habían permanecido inactivos, se felicitaban ahora de la guerra, con la esperanza de que en ella triunfase Mohámmad V, y se dolían del bárbaro despotismo del usurpador, á quien no ocultaban del todo sus sentimientos; y recelando el Bermejo de que, mientras él se colocaba al frente de las tropas, no dejarían aquellos de intentar algo en favor de su enemigo, decidiáse á hacer en ellos horrible escarmiento, el cual sólo sirvió para aumentar el general disgusto y el descontento que en el reino se dejaba ya sentir, á causa de las odiosas y execrables tiranías de Abú-Saïd, de quien todo era de temer en tales circunstancias.

Extendida la fama de tamañas tropelías por los dominios que aún el Islám conservaba en Al-Andálus, puso espuelas al anhelo de sacudir el yugo con que oprimía á los musulimes el asesino de Ismaïl y de Cais, ayudando y facilitando por tal camino la empresa acometida por Mohámmad V.

Así fué que, á la presencia de los confederados, casi todas las poblaciones, castillos, fortalezas, lugares y alquerías se entregaban á partido, con lo cual la guerra ofreció desde sus

comienzos muy lisonjeras esperanzas, llegando juntos y sin ningún contratiempo el rey de Castilla y el destronado Príncipe Abd-ul-Láh hasta los muros de la fortificada Antequera, después de haberse declarado por él en Málaga todos los habitantes de esta última ciudad, que le aclamaban con entusiasmo, luego de haber depuesto al gualí nombrado por el intruso Mohámmad VI.

No menos lisonjero se mostraba en las fronteras el éxito que sobre los granadinos alcanzaban las armas castellanas; pues si bien era cierto que las gentes de Abú-Saïd, presentándose de rebato en el Adelantamiento de Cazorla, perteneciente al antiguo reino de Jaén, habían cometido allí grandes desmanes, quemando á Peal de Becerro y llevando cautiva casi toda la población con más los ganados,—no lo era menos que don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, don Enrique Enríquez, Adelantado mayor de la frontera, y Men Rodríguez de Biedma, caudillo del obispado de Jaén, habían desbaratado y roto á los muslimes, dando libertad á los cautivos, y rescatando los ganados.

No otra era la situación en que los negocios se encontraban cuando se detenían delante de los muros de Antequera el rey don Pedro y Mohámmad V, cuyos cuatrocientos jinetes se habían convertido en fuerzas bastante mayores, con los caballeros y los peones que sucesivamente y con frecuencia se incorporaban al ejército, por donde quiera que pasaba, haciendo todo presagiar que en breve, y con la ayuda de Alláh, resplandecería por fin la causa de la justicia.





ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



cho á la corona de Castilla, quedando para siempre segregada del señorío musulme; ya porque esperara que el ejemplo de otras importantes poblaciones, de cuya rendición no dudaba así que ante ellas se presentase, labraría en el ánimo de los antequeranos para que se diesen más tarde á partido, quedando la ciudad en su poder,—es lo cierto que Mohámmad suplicaba á don Pedro desistiese del proyecto de rendir la población, proponiéndole en cambio pasar á la *hadhira* ó corte, y correr su hermosa vega para amedrentar á Abú-Saïd, y animar á los partidarios que el legítimo Sultán tenía en Granada, decidiéndoles á hacerse dueños de la persona del usurpador, con lo que el triunfo era seguro.

No fué, á la verdad, muy del agrado del rey don Pedro la propuesta de su vasallo Mohámmad; y una mañana, de las postreras de aquella luna de Moharram, mandó prevenir lo necesario para batir los muros, repartiendo las gentes en disposición de dar el primer asalto.

Hallábase á la sazón Mohámmad en su tienda conversando con su leal guazir Ebn-ul-Játhib, que no le había abandonado, y sorprendido por el aspecto que ofrecían á sus ojos las tropas cristianas, exclamó:

—Por Alláb, mi fiel *Lisán-ed-Din* que, según todas las muestras, el *chund* (1) de mi señor el rey don Pedro, más que dispuesto á levantar el cerco, se me antoja preparado al asalto de la hermosa Antequera.

—Oh señor y dueño mío!—replicó el guazir.—Así es, con efecto... Prevenidas se hallan las máquinas de guerra, y formadas las batallas... Qué desgracia para el Islám si Antequera se rinde á los nassaríes!

—Alláh la ampare!—contestó Mohámmad pensativo y con amargura.

—Acaso, señor, puedas impedirlo... El Sultán de Castilla es generoso, y es tu amigo... Quizás consigas que este aparato amenazador desaparezca, y que Antequera te se entregue, cuando vea que la misma Granada te abre sus puertas.

—Tienes razón—dijo el Sultán tras larga pausa, durante la cual pareció meditar el consejo del poeta.—Quiera Alláh no te equivoques en tus cálculos; pero de todos modos, jamás

(1) El ejército

me perdonaría el que por mi causa quedara así desmembrado el glorioso imperio que mi antecesor *Al-Gálib bil-Láh* (apiá-



dese de él Alláh!) fundó en estas fértiles comarcas de Al-Andálus, en días bien tristes y de tribulación para los fieles—añadió alzándose como decidido de su asiento, y echando sobre los hombros el blanco haïque en que se envolvió majestuoso antes de abandonar la tienda.

Guiándose á través del campamento por el pendón posadero que ondeaba sobre la del monarca de Castilla, dirigíase allí pausada y lentamente, cuando resonó en torno suyo por todas partes inmenso

vocerío, al que sucedió extraño movimiento entre los peones, y comenzaron á formarse ordenadas las batallas, las cuales guiadas y conducidas por sus almocademes y adalides, sin pérdida de tiempo se dirigían en ademán hostil contra el murado recinto de la plaza, por cuyos torreones y baluartes agolpados los muslimes, arrojaban toda suerte de proyectiles sobre los castellanos, que impávidos echaban las escalas y trepaban animosos por ellas, para caer en gran número destrozados y confundidos al foso, donde muchos encontraban la muerte, y desde donde otros tornaban á trepar de nuevo, aunque sin llegar al adarve.

Media hora no más duró aquella lucha, que presenció asombrado y lleno de tristeza Abd-ul-Láh sin moverse de su sitio; media hora, durante la cual pelearon con igual bravura muslimes y cristianos, y que terminó por repentina salida que los antequeranos hicieron, arrojándose de improviso con la fuerza de la desesperación sobre las tropas de don Pedro.

Lejos de ceder el campo, y animados con lo irregular é inesperado de aquel ataque, los de Castilla daban en los atrevidos muslimes de Antequera, á pesar de la nube de flechas que vomitaban las murallas, y desbaratándolos en breve, hacían en ellos horrible carnicería, que llenó de luto y de profunda pena el generoso corazón de Mohámmad.

Entonces, sin aguardar el término del combate, afectado y entristecido, movió sus plantas el destronado Príncipe, y corrió á avistarse con don Pedro.

Hallóle rodeado de sus principales caballeros, no lejos del lugar de la lucha, y acercándose á él, exclamó procurando serenarse:

—Oh señor mío! Día es es e de luto para los siervos del misericordioso Alláh, cuya sangre y cuyos cuerpos destrozados se mezclan con el lodo! Día debía ser también de gloria para ti, soberano Príncipe de Castilla... Pero dignate, señor, prestarme oídos, si á bien lo tienes, y Alláh te lo recompensará en el Paraíso!

—Venid con Nos, señor rey de Granada—replicó don Pedro no sin cierta extrañeza,—pues mejor podré bajo la tienda oiros, que no aquí á campo descubierta.

Y picando espuelas al poderoso bruto que montaba, se encaminó, seguido de Abd-ul-Láh, hacia los reales.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

mi presencia la capital de mi reino, Antequera nos abrirá sus puertas sin combate. Si tal no sucediere, tiempo y valor te sobran, oh poderoso rey de Castilla, para destruirla luego. No te enojen, señor, mis palabras, ni las tomes á ofensa—añadió rápidamente Abd-ul-Láh al notar el efecto que en el castellano su proposición producía.—Alláh ve el fondo de mi alma y conoce la lealtad de mis intenciones... ¿Quién será osado á dudar de tu valor, ni del de los tuyos, cuando tu estandarte victorioso infunde pavor á tus enemigos, y huyen estos delante de ti, como las arenas del desierto huyen delante del huracán que las azota?...

Fijos tenía don Pedro sus ojos recelosos y escrutadores en los del granadí, mientras éste, en pie, con la derecha sobre el pecho, hablaba conmovido. Á la cólera que resplandeció un momento en su semblante, sucedió la calma; y en pos de largo rato de vacilación en que ambos monarcas permanecieron silenciosos, levantóse al fin el de Castilla de su asiento, y adelantándose hacia Abd-ul-Láh, estrechóle entre sus brazos con generoso arranque.

—Tal vez os engañéis, señor—dijo,—en lo que me proponéis, guiado de vuestro buen deseo y obedeciendo los nobles impulsos de vuestro corazón magnánimo. Podrá acaso suceder que Granada permanezca sorda á vuestra voz y á vuestras excitaciones; pero no quiero que nunca nadie sea osado á decir del rey don Pedro con justicia, lo que propalan falaces mis enemigos. Harto me fatiga la fama de sanguinario que aquellos desventurados hijos de mi buen padre me achacan, cuando me veo forzado á castigar la felonía de mis súbditos, para que aquí se derrame más sangre de la que se ha derramado. Seguiré vuestro consejo, señor, y ojalá que él produzca los efectos que os prometéis y que yo de todo mi grado y voluntad os deseo.

Y llamando desde allí á don Diego García de Padilla, maestro de Calatrava, comunicóle sin más tardar en presencia de su vasallo las órdenes para levantar el cerco.

—Que Alláh, señor, te premie por la merced que me haces! —exclamó Abd-ul-Láh sin ser poderoso á ocultar la emoción que le embargaba.—¿Cómo no ha de ampararte el Señor de los cielos y de la tierra, si tu corazón es noble entre los nobles, y es tu benevolencia como la lluvia que beneficia los

campos?... No dudes por lo demás de Granada: aviso tengo de que mis leales partidarios allí trabajan, y ellos son los que me invitan á presentarme ante la que fué corte mía y de mis antepasados.

Íhase ya á despedir el granadino, cuando el maestre de Calatrava, penetrando en la tienda é invocada la licencia del rey, ponía en conocimiento del muslime que uno de los antequeranos, hecho cautivo en la última salida, solicitaba hablarle con instancia.

—Quizás sea uno de los emisarios que mis vasallos me envían...—dijo Abd-ul-Láh.—Permite ¡oh alto y poderoso don Pedro, que después de reiterarte las gracias por la bondad con que has correspondido á mi solicitud, pueda recibir las nuevas que sin duda habrá de traerme ese infeliz cautivo, y que habré de comunicarte muy luego, para que tú determines y dispongas.

Dicho lo cual, y saludando profundamente al rey de Castilla, obtenida su venia, abandonó la tienda.

Cuando llegó á la suya, ya en ella le esperaba el cautivo, custodiado por Ebn-ul-Játhib.

—Has deseado hablarme, y aquí me tienes muslime,—exclamó el Príncipe tomando asiento en el diván que ocupaba el centro de la tienda.

—Que Alláh, el Excelso, el Sabio, el Omnipotente Señor de los dos mundos te bendiga!—respondió el cautivo, arrojándose humildemente á los pies de Mohámmad.

—Que Él te haga mensajero de buenas nuevas y te proteja! Levántate y habla!—contestó el Sultán con tono breve.

—Oh señor mío!—prosiguió el antequerano,—no abandonaré ciertamente esta postura, antes de que hayas prometido perdonarme, tú que eres la espada del Islám, y á quien debían rendir parias todas las naciones, desde *ax-xarc-al-acsa* hasta *al-mogreb-al-acsa!* (1).

—Levántate y habla,—repitió Abd-ul-Láh.—Estás perdonado por cuanto hubieres hecho, pero habla!—añadió exasperado.

—Señor, prométeme también,—continuó el muslime sin

(1) Del extremo Oriente hasta el extremo Occidente.

abandonar la postura en que permanecía,—promete también que otros oídos que los tuyos no oirán lo que tengo para provecho tuyo que revelarte.

No pudo el Príncipe desterrar cierta sospecha de que repentinamente se sintió asaltado ante la extraña pretensión del cautivo, procurando examinar el rostro de aquél que se presentaba como su vasallo, pues éste, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía ocultar su semblante; pero dirigiendo instintivamente la mano á la cintura, acarició el pomo de su espada y la cruz de su alfange, y con desdeñosa sonrisa mandó á su leal *Lisán-ed-Din* que los dejara solos.

—Solos estamos ya,—dijo el Sultán entonces.—Desata pues la lengua... No habrá otros oídos que los de Alláh (¡ensalzado sea!), fuera de los míos, que puedan oír lo que tratas de decirme.

—Alabado sea Alláh!—replicó el cautivo levantándose, aunque conservando humilde postura ante el Amir de los musulimes.

—¿Te envían pues á mí mis leales vasallos de Granada?... ¿Traes algún mensaje de ellos?

—Dos noches há, señor, que partí de Granada; pero no conozco en ella á los que llamas tus leales vasallos.

—Entonces...

—Señor mío, óyeme: en Granada han perecido por orden de Abú-Saïd, que ocupa el trono de los Anssares, el cadhí Abú-Meruán, el játhib Abd-ul-Isa, el imám Mohámmad-ben-Kábir Al-Lahmí, el faquíh Ibrahim-ben-Salemáh, el poderoso Ben-Isahack Al-Comaraixí, y con ellos otros muchos acusados de mantener secretas inteligencias contigo, y con los nassaríes que te acompañan.

—Que las almas de esos mártires gocen en el Paraíso las dulzuras de la bienaventuranza!—exclamó Abd-ul-Láh enjugándose las lágrimas, y reprimiendo sus suspiros.

—Que Alláh les haya perdonado!—repuso lúgubrementemente el antequerano.

—Sigue, muslime,—añadió el Amir, interesado en lo que aquel hombre decía.

—Diez días eran ya transcurridos, al salir yo de Granada, desde que el Sultán Mohámmad había enviado al de Fez (¡protéjale Alláh!) un emisario...



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



que la guerra, y con ella las justas pretensiones del desposeído, prosperasen.

Para fortuna suya, el Sultán de Fez, Mohámmad Abú-Zeyyán, habíasele mostrado muy su amigo; y aunque conocía el carácter de santidad que entre los fieles islamitas tuvo la hospitalidad siempre, no por ello dejó de enviar á Ifriquia uno de sus más devotos parciales, con el propósito de alcanzar de Abú-Zeyyán que le fuese entregada la enamorada de Mohámmad V, á título de esclava de Abú-Saïd, quien tenía por consiguiente derecho á reclamarla como cosa propia.

Aixa, entre tanto, permanecía abandonada y sola en Fez, sin que al subir al trono, que había allí dejado vacante la muerte de Abú-Salém, hubiese podido Abú-Zeyyán conocer siquiera su existencia.

Cuando, al ser asesinado aquel generoso Príncipe por su propio hermano Omár, la soldadesca y el populacho juntos, ebrios con el desorden, y codiciosos de riquezas, habían invadido sin respeto alguno el alcázar de sus señores, cuantos en él estaban buscaron salvación fuera de aquel recinto, quedando abandonadas y á merced de las turbas todas las puertas.

Y mientras el populacho recorría las estancias del palacio proclamando en ellas á grandes gritos á Mohámmad Abú-Zeyyán,—Aixa, seguida de Amina y de Kámar, huyendo amedrentadas por entre la muchedumbre, buscaron por su parte asilo en la *ráudha* ó cementerio más próximo, donde permanecieron el resto del día, temiendo á cada instante por su vida.

Al caer la noche, y sin saber dónde ampararse, pues ninguna de ellas conocía la población, de la que se hallaban además no muy cerca, volvían al alcázar, y en él se hallaban al tomar solemne posesión de Fez el nuevo Sultán, continuando allí apartadas del harém, que había sido renovado, hasta que enterado Abú-Zeyyán de la calidad de Aixa, rogábase prosiguiese siendo su huésped en las mismas habitaciones en que había vivido en tiempo de Abú-Salém, mirándola entre tanto con singular respeto.

No contribuían poco á esto, las noticias que Abú-Zeyyán recibía de *Chezirat-al-Andálus*. Sabía por ellas que Mohámmad V, á quien había no obstante negado todo apoyo, conta-

ba con las simpatías de casi entero el reino de Granada, cuyos habitantes no se atrevían sin embargo, después de la muerte de Ismaïl y de Cais, á sacudir el ominoso yugo del tirano; y aunque éste le había mandado sus cartas invitándole con una alianza en virtud de la cual podrían volver los Beni-Merines á recobrar en las regiones meridionales de Al-Andalus el señorío que después de los almohades habían bien que por poco tiempo tenido en la Península, y las relaciones de amistad quedaban entre ambos restablecidas en principio,—no por ello se determinaba á romper abiertamente con el Sultán destronado, á cuyas manos habría al postre de volver el gobierno de Granada, con tanto mayor causa, cuanto que eran notoriamente suyos la amistad y el apoyo del poderoso rey de Castilla.

Tal era el ánimo en que Abú-Zeyyán se encontraba respecto de Mohámmad V y de Aixa, cuando llegaba á su presencia el emisario de Abú-Saïd el Bermejo, con el propósito de estrechar más aún la amistad de ambos soberanos, y sobre todo el de conseguir la entrega de la joven.

Ricos y cuantiosos eran los presentes que para el africano de parte del granadino le acompañaban, y grandes fueron con verdad el cariño y la distinción con que Abú-Zeyyán le recibía, no siendo para él difícil vencer la repugnancia del sucesor de Abú-Salém, á quien no pudo menos de sorprender lo extraño de la demanda.

Sólo á título de esclava y no manumitida, según parecía declararlo el testimonio redactado por uno de los cadhies de Granada, y que el enviado de Abú-Saïd presentaba como prueba,—consintió al fin Abú-Zeyyán en hacer entrega de la persona de Aixa á Mohámmad VI, faltando á las sagradas leyes de la hospitalidad, bien que bajo la condición precisa de que la interesada habría de confesarse y reconocerse sierva del granadino, con cuyo objeto, y defiriendo á las instancias reiteradas del emisario, hacía que en aquel mismo acto se mostrase la enamorada del destronado Príncipe, la cual, con efecto, aparecía no sin cierta inquietud en presencia del Sultán de los Beni-Merines, seguida de Kámar y de Amina, quienes no habían querido abandonarla.

—Oh soberano señor, el más poderoso de los Sultanes de la tierra! Que la bendición de Alláh caiga sobre ti y te siga y

acompañe, perpetuando tu ventura, y aumentando tu felicidad en esta y en la otra vida! — exclamó Aixa haciendo su cortesía al Sultán, y adelantando hasta los pies del trono sobre el que aquél se hallaba sentado.

—Que Él te proteja y prolongue tus días,—contestó Abú-Zeyyán con tono afectuoso.—Las nuevas que este honrado mensajero trae de *Chezirat-al-Andálus*, tu patria—continuó—me obligan, señora mía, á solicitar de ti como merced, pues al bien tuyo interesa, te sirvas darne respuesta á varias preguntas sobre acontecimientos del pasado.

Tan grande fué la impresión que estas palabras produjeron en Aixa, y tales la emoción y el sobresalto, que, advirtiéndolo el Sultán, se apresuró á tranquilizarla, antes de que ella pudiera formular por su parte pregunta alguna.

—Nada temas, mi señora, ni juzgues por lo que acabo de manifestarte que aflija mal alguno á tu esposo Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, á quien Alláh proteja! Recóbrate, pues, y sosiega, que cuanto de ti saber deseo sólo con él indirectamente se relaciona.

Sosegada, con efecto, algún tanto, tomó á invitación del Sultán asiento Aixa al lado de éste, y esperó á que Abú-Zeyyán hablase, mientras el enviado de Abú-Saïd, así como Amina y Kámar, permanecían de pie y en actitud respetuosa.

Tras breve pausa, durante la cual la legítima esposa de Mohámmad V no apartó los ojos con marcada extrañeza y curiosidad visible, del rostro del mensajero, Abú-Zeyyán repuso :

—Sabe Alláh (¡ensalzado sea!), y sabes tú, señora mía, que desde que fuí conoedor de los lazos que te unen al descendiente de los Anssares en Granada, un día Sultán de los musulimes de Al-Andalus,—jamás he pretendido molestarte, guardando á tu persona todas aquellas consideraciones y respetos que á tu alta jerarquía corresponden. Hoy, por aventura que de mi voluntad no depende, me hallo en la necesidad de demandarte algunos necesarios antecedentes relativos á ti, y sólo de ti puedo obtenerlos. Ten, pues, la bondad de referirme tu historia, y por Alláh, que nos oye y á todos nos ha de juzgar en su día, que no veas en mi deseo cosa alguna que pueda en lo más mínimo ofenderte.

—Oh, poderoso Sultán! —exclamó Aixa.—Desconozco las



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

alguna del mundo, pues ante ella, como las estrellas en presencia de la luna, palidecen las celebradas del Irac, de la Siria y del Egipto, de tal modo, que no es ella sino la linda desposada que ostenta al descubierto las perfecciones de su rostro, y que lleva su dote en la hermosura.

» En uno de aquellos montes revueltos que cruzan y defienden esta región espléndida, y que llaman *Albu-xárrat* (1) no sé por qué motivo,—fuí yo, señor, criada por una buena mujer, que no era mi madre, y que me inició en los misterios de las ciencias ocultas, á pesar de lo cual jamás pude saber quiénes eran mis padres, bien que después tuve noticia de que correspondía mi madre á muy encumbrada extirpe.

» Apartada del mundo ; en medio de aquella naturaleza exuberante y vigorosa ; sin sospechar nunca que detrás de las crestas enriscadas de los montes que se elevan hasta el cielo, como la oración de los fieles, existiese nada que pudiera interesarme ; feliz y dichosa en mi soledad y en mi ignorancia, oh, soberano Príncipe, pasé los años fugaces de la infancia, y aún en ellos, ví espirar en mis brazos á aquella mujer á quien llamaba madre, quedando sola y abandonada sobre la tierra. Cumplidos los deberes que nuestra santa religión ordena, cuando volví de acompañar su cadáver á la *macbora*, recordando la última recomendación que en su lecho de muerte me había hecho la anciana, y que no era otra sino la de que con el auxilio de los buenos genios que me protegían y con el de cierto amuleto misterioso que me entregó y ella misma colocó en mi brazo, debía partir á Granada, para encontrar á mi madre,—á pie y sin recursos, guiándome sin duda la misericordia de Alláh, emprendí mi viaje á Granada, la ciudad maravillosa, que surcan las aguas del Genil, semejantes á un brillante dragón que engendra á su paso á la una y la otra parte las serpientes de numerosos arroyos, y que ciñe la población con precioso collar de perlas transparentes, dejando á la verde pradera que reciba abundantes riquezas del vergel del cielo, á las flores desnudando sus dientes con suave sonrisa, y mostrando, en fin, la vida del mundo con todas sus seducciones, como ha dicho el poeta.

(1) La Alpujarra.

» Fatigada, pero gozosa, llegué, señor, á la vista de Granada, no sin esfuerzo y sin peligros ; y allí, cual si los buenos genios y el mismo Alláh me abandonasen también en mi orfandad y mi desconsuelo, allá fuí víctima de la alevosía del que hoy osa llamarse Amir de los musulimes de Al-Andálus ; pues apoderándose de mi persona cautelosamente, me entregó como esclava á la sultana Seti-Mariém, viuda del Sultán Abú-l-Haxix Yusuf I (¡haya Alláh perdonado su alma !) »

—Ya ves, oh soberano Príncipe de los musulimes, — se apresuró á interrumpir el emisario del rey Bermejo, — cómo ella misma declara ser esclava de mi señor...

—Cómo ! — exclamó Aixa incorporándose. — Tú, tú vienes aquí en nombre de ese infame asesino, á quien Alláh maldiga ?... ¿Tú eres siervo y enviado suyo ? — Oh, señor ! — añadió dirigiéndose á Abú-Zeyyán que permanecía perplejo, — ruégo-te por lo que más amares, que me libres de la presencia odiosa de este hombre, así Alláh te colme de beneficios y mercedes ! No se abrirán delante de él mis labios para pronunciar palabra alguna, sino sólo aquellas de condenación, que habrán de repetir á sus oídos el día del juicio los malos genios que han de conducir al fuego eterno su alma ennegrecida por el crimen !

Defiriendo á los deseos de la joven, Abú-Zeyyán hacía que el granadino pasara á una habitación inmediata ; y entonces, desbordado el torrente de sus penas, Aixa con voz sentida continuó su historia, que escuchó silencioso el Sultán de los Beni-Merines.

Cuando hubo concluído, las lágrimas inundaban sus ojos y los de Amina y Kámar, mientras el africano, conmovido, buscaba no obstante el medio de complacer con apariencias de justicia al intruso rey Bermejo.

—Ya ves, ¡oh, Sultán insignel—añadió Aixa,—si está mi vida llena de desventuras... Mira si soy digna de compasión, y de que tiendas sobre mí tu mano protectora, hoy que sé que mi señor y dueño, el legítimo Sultán de Granada, se halla próximo á recobrar la herencia de sus ilustres antepasados.

Nada contestó Abú-Zeyyán, cuyo silencio producía viva inquietud en el ánimo de la joven desposada de Mohámmad V ; hasta que al fin, alzándose de su asiento, y sin atre-

verse á fijar la mirada en los ojos de Aixa, hacíale con la mano seña de que se retirase, dando por terminada allí la audiencia.

—Señor,—dijo levántandose también la pobre muchacha,—me has hecho llamar y comparecer á tu presencia como á la del cadhí, delante de ese hombre que trata de cometer alguna infamia y es emisario del más cruel de mis enemigos... —Dime, por Alláh, por qué has deseado oír de mis labios mi historia, y qué significan las palabras pronunciadas por ese siervo del Bermejo, pues me debes protección y á ti me hallo confiada.

—Ya sabrás, señora mía, á su tiempo todo cuanto ahora preguntas,—respondió secamente el Sultán, dirigiéndose lentamente á una de las puertas de la estancia; pero Aixa habíale seguido en su incertidumbre, y colocándose delante de él, prosiguió:

—Oh, no !... Por tu cabeza y por la mía, Príncipe poderoso, te conjuro á que hables... Yo no soy tu vasalla, ni tu sierva, y tengo derecho, así Alláh me salve, para conocer lo que me ocultas... ¿Qué pretende de mí ese hombre? ¿Qué pretendes tú mismo?... Considera mi desesperación, y comprende, oh Abú-Zeyyán, la justicia con que espero de ti respuesta...

Miró el africano á la joven, y con acento solemne y frío, dijo solamente:

—Por Alláh, princesa, que dudo en este momento, si eres tú ó si soy yo el Sultán de los Beni-Merines! Vuelve á tus habitaciones, y no me hagas olvidar, señora, la benevolencia que te debo.

Y llamando al jefe de sus eunucos, ordenóle que acompañara á las tres mujeres hasta el *ad-dár* que les estaba destinado, sin prestar oídos á las protestas de Aixa ni á su llanto, mientras él con ademán altivo é imponente, abandonaba el aposento.

Poco después de que Aixa, Amina y Kámar hubieran regresado á los suyos propios, cediendo débil Abú-Zeyyán á las instancias del granadino, otorgábale bien que no sin cierta repugnancia cuanto pedía, convencido de que por este medio prestaba á la causa del Islám grande servicio; y sin atreverse á soportar de nuevo la presencia de la joven,



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



cisamente en los momentos en que el emisario enviado á Fez por el antiguo cómplice de la sultana Seti-Mariém pe-



netraba en la ciudad del Xingilis acompañando á la mujer que había sacado del alcázar de Abú-Zeyyán en Ifriquia, la cual era aposentada

en una de las torres del *Al-Hissán*, sin que el Bermejo se hubiera atrevido á soportar aún su presencia.

Fiel á su promesa, y pasados ya algunos días, durante los cuales el infortunado Abd-ul-Láh fué presa de la más cruel

incertidumbre,—disponía don Pedro que se levantaran los reales, y siguiendo benévolo las indicaciones de Mohámmad, se internaba por los dominios granadinos, produciendo en ellos grande estrago.

Tocó después de Antequera á Archidona el experimentar las vejaciones del ejército de Castilla; y talada su campiña, apresados los ganados y destruídos los aduares y las alquerías que en su torno se levantaban, siguieron castellanos y musulimes adelante, sin detenerse en población alguna, y en dirección á Granada.

Loja los vió pasar con espanto, agolpada la guarnición en los adarves de su fuerte alcazaba; y ya en los primeros días de la siguiente luna de Safár de aquel año 763 de la Hégira (1), penetraba resueltamente don Pedro por la rica vega de Granada, en ocasión en que le era comunicada la para él fatal noticia de la muerte de doña María de Padilla, acaecida en la hermosa ciudad que baña el Guad-al-Kibir, y fué corte un día del magnífico Al-Môtamid, de quien Alláh se haya apiadado misericordioso.

Si bien este triste acontecimiento produjo honda mella en el corazón del animoso rey de Castilla, no fué bastante, sin embargo, á hacerle vacilar un instante; y ocultando la pena que le devoraba, caminaba al lado de Mohámmad, quien, á pesar de sus propias desdichas, procuró templar los dolores de su amigo y protector por cuantos medios pudo.

Bien en breve se trocaban los papeles entre ambos príncipes; pues habiendo llegado á los reales, de regreso de Ifriquia, el caballero que envió don Pedro desde Antequera al Sultán de los Beni-Merines, traía la triste nueva de que, cuando él era recibido por Abú-Zeyyán, había éste entregado ya á Abú-Saïd la desposada de Mohámmad, con lo cual crecieron la cólera y las angustias del granadino, á quien no podían ocultarse la crueldad del Bermejo, y el odio que le profesaba, no dudando de que extremaría con la infeliz Aixa sus tiranías, haciéndola padecer terribles martirios.

Ya á la presencia de Granada, y anhelando por momentos hallarse en su antigua corte, dirigió Mohámmad sus cartas á la ciudad, otorgando perdón de lo pasado, y prometiendo

(1) Diciembre de 1361.

grandes mercedes si la ciudad se le entregaba, como lo había prometido, amenazando en otro caso con batir la plaza y



pasar luego á cuchillo á sus habitantes, pues no dudaba del éxito de la empresa.

Cierto era que, allá en el fondo del alma, no dejaba de deplorar el espectáculo que á sus ojos ofrecía aquel que había sido su reino, y cuyos campos eran sin piedad talados



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir



PROVECHANDO las sombras de la noche, que había sido harto tenebrosa, y desafiando arrogante al ejército confederado, adelantábase Abú-Saïd, y al frente de buen golpe de jinetes berberiscos salía de la ciudad, llegando á Pinos Puente, cerca de donde se encontraban los nasaríes de don Pedro.

Separaba á ambas huestes la miserable puente de Valillos; y tomadas al amanecer del día siguiente las últimas disposiciones, á presencia de los granadinos, dábase á los castellanos la orden de avanzar, como lo efectuaban con el mayor

orden y sin que les intimidase el aparato de las tropas musulmanas.

Formaban el ejército cristiano, fuera de los peones, que

eran numerosos, y gentes todas de las tierras de Castilla y de León, de Galicia y de Andalucía, seis mil jinetes, figurando al frente de las indicadas fuerzas don Fernando de Castro, don Garci Alvarez de Toledo, maestre de Santiago, don Diego García de Padilla, maestre de Calatrava, don Gutier Gómez de Toledo, prior de San Juan, y otros muchos ricos-omes, grandes y fijos-dalgo de Castilla, á quienes se incorporaba en el campamento don Suero Martínez, maestre de Alcántara.

Antes, sin embargo, de que diera comienzo el combate, llegaba jadeante á los reales de don Pedro un caballero berberisco, cuya cabalgadura se desplomaba espirante y sin alientos. Saltando de ella veloz, penetraba entre las tiendas preguntando por el Sultán Mohámmad, y aunque iba cubierto de barro y lodo, apresurábase á presentarse á Abd-ul-Láh, para quien traía cartas de la mayor urgencia.

Hallábase en aquel momento el acongojado Príncipe á la cabeza de sus rondeños; y apartándose á un lado con extraña agitación, recibía de manos del mensajero dos cartas que éste le entregaba, casi sin poder articular palabra alguna.

—¿De dónde vienes?—preguntóle Abd-ul-Láh, antes de abrir ambas misivas.

—Ocho días hace, ¡oh señor mío! que salí de Fez por orden de mi dueño el Sultán generoso y pío Abú-Zeyyán, á quien Alláh proteja—replicó el africano saludando,—y aquí he llegado sin descansar por encontrarte.

Había entre tanto Mohámmad leído con febril impaciencia una de las dos cartas, y regocijado con la noticia que en ella le comunicaban, abrió la otra, y la llevó á sus labios con transporte.

Después, sin poder ocultar la alegría que se retrató en su semblante, despojábase del valioso collar de ricas piedras que llevaba al cuello, y entregándoselo al berberisco que le miraba, exclamó:

—No puedo hoy, como quisiera, ¡oh feliz mensajero de mi ventura! galardonar cual se merecen las gratas noticias de que has sido fiel portador, y la diligencia que has puesto en llegar hasta mí... Recibe, sin embargo, en muestra de gratitud este recuerdo; y cuando vuelva á asentar mis plantas en Granada, ven á mí, y entonces conocerás cuán grande es mi agradecimiento.

Y picando espuelas al brioso corcel que montaba, desanublada la faz, los labios sonrientes y el aspecto feliz, se incorporó á sus jinetes rondeños, dando orden á Ebn-ul-Játhib de que atendiera al mensajero del Sultán de los Beni-Merines de la mejor manera que en aquellas críticas circunstancias era factible.

Ya, entre tanto, seguidos de algunas compañías, habían cruzado la puente de Valillos los primeros de todos, Furtado Díaz de Mendoza y Martín López de Molina, doncel á la jineta del rey don Pedro, quienes recibían por honra suya los primeros golpes, pasando en pos el resto de la fuerza, con los nobles caballeros que la comandaban, y entre ellos, mezclados, los rondeños y el mismo rey de Castilla, á quien se había incorporado Mohámmad.

Esperábanlos, formados en apretado haz, los granadinos; y trabada la pelea, después de algunos personales encuentros, como quiera que entre los combatientes se buscasen de propósito el destronado Príncipe y Abú-Saïd, habiéndose mutuamente reconocido, corrieron el uno hacia el otro, apellidándose con grandes voces.

Luchaban los granadinos con notable esfuerzo, digno de mejor causa, aunque no era menor su número al de las tropas de los nassaríes, enconándose más los jinetes de Ronda, quienes se lanzaban sobre las de Granada como el carnicero gerifalte se precipita sobre su presa, cuando la encuentra en el espacio.

Alentados los de Castilla por el ejemplo de Furtado Díaz de Mendoza y de Martín López de Molina, que se habían arrojado en el grueso del enemigo, y estimulados los musulmes de Ronda por el amor que á Mohámmad tenían, cayeron tan poderosamente sobre los jinetes granadinos, que, rotas las escuadras de éstos y desbaratadas con grandes pérdidas los haces, veíanse forzados á volver grupas, perseguidos y acosados de cerca por los nassaríes, quienes les acuchillaban sin compasión, yéndoles á los alcances.

Bien porque les atemorizase la crueldad insaciable del Bermejo, bien porque fuesen hechura suya, es lo cierto que, contra lo que Mohámmad esperaba, no hubo jinete que se pasase al campo del Príncipe destronado, aunque no lo es menos que lo fuerte y reñido de la lid tampoco se lo permitía.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



entre las pavorosas sombras del infierno, antes de que mi mano desate el nudo de tu vida, quiero que sepas que Aixa, la Sultana de Granada, aquella á quien tú llamas tu esclava y crees tener en tu poder para mortificarme, es libre, libre como esas aves que cruzan el espacio, y tú no puedes hacerle daño alguno, asesino!

—No tardará mucho, así tenga yo segura mi parte de Paraíso, en reunirse contigo en los brazos de *Thágut*,—replicó el rey Bermejo arrojando espuma por la boca, y lanzándose sobre su primo.

Pero éste había tenido tiempo de parar el golpe que le dirigía Abú-Saïd, encabritando su caballo, y dió otro tan fuerte con el pomo de la espada sobre la cabeza del usurpador, que, sorprendido, soltó las riendas del fogoso bruto que montaba y se tambaleó en la silla, á la cual se asió instintivamente.

—Ya ves,—dijo entonces Mohámmad,—lo que valen tus bravatas... Podría sepultar ahora la hoja de mi gumía en tu garganta; pero no quiero que me llames asesino.

Y como la espada de Abú-Saïd había caído en tierra, arrojó la suya al suelo Abd-ul-Láh, y sacando la gumía, esperó á que su primo imitara su ejemplo.

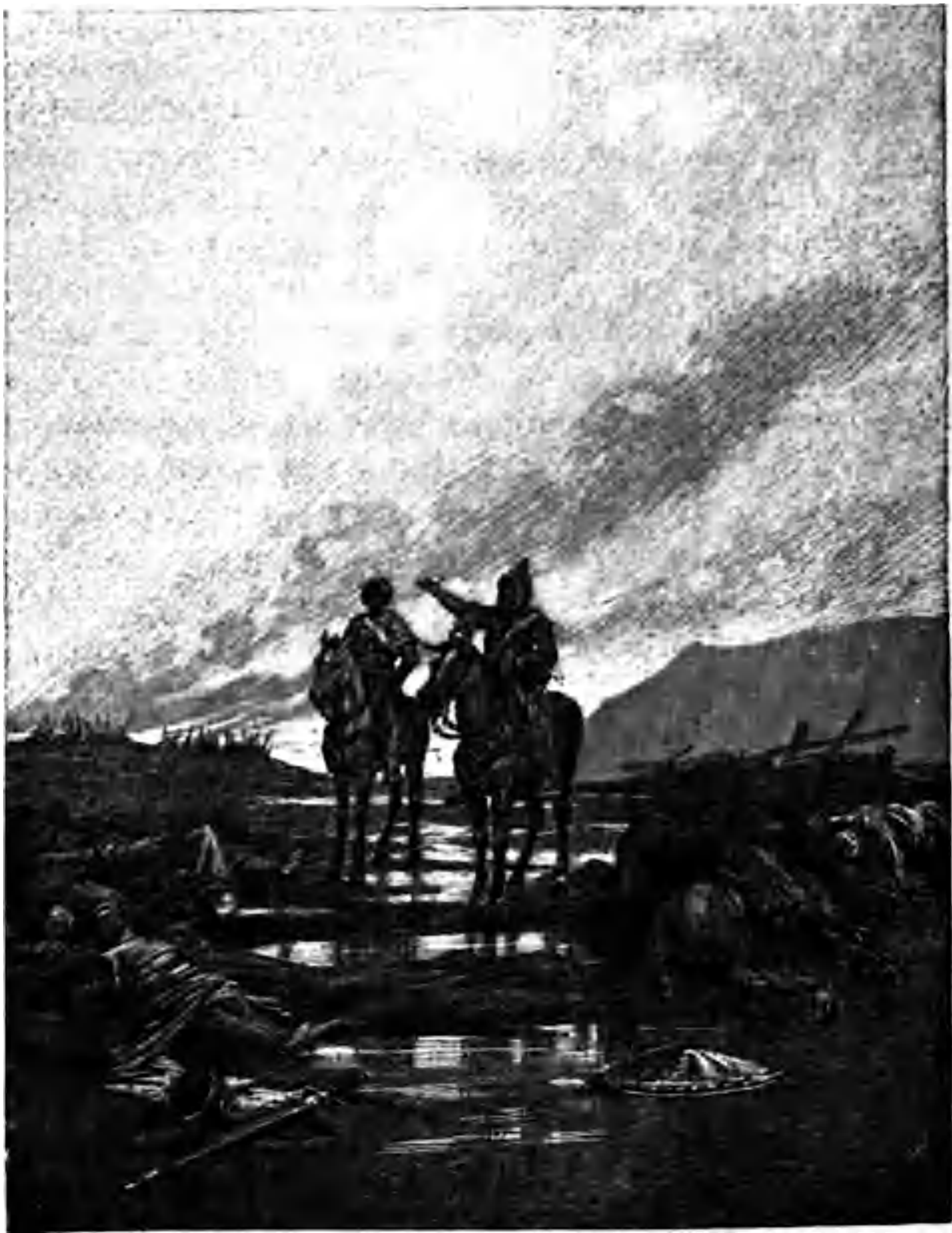
El Bermejo, sin embargo de lo terrible de su cólera, no hizo ademán alguno; y como viese que sus jinetes todos, en confuso tropel volvían las espaldas, desbandándose por la campiña en dirección de la ciudad, perseguidos por los nasaríes,—prorrumpió, palideciendo intensamente, en horribles amenazas, y clavando los agudos acicates en los ijares de su montura, que relinchó de dolor, partió como un relámpago en seguimiento de los suyos.

—Por Alláh,—exclamaba al propio tiempo,—yo te juro, renegado, que nos encontraremos otra vez, y que entonces no quedará por tu parte la victorial

—Que Alláh el Excelso te ilumine, desventurado!—replicó Mohámmad viéndole partir, y recogiendo su espada y la del intruso, que permanecían en el suelo.

Volvió después los ojos en torno suyo, y encontrando á su lado al valiente guazir *Lisán-ed-Din*, lleno de sangre que atestiguaba su presencia en el combate, sin pronunciar palabra, comenzó á andar en silencio hacia el lugar donde se recogían y reconcentraban los castellanos.

Como durante todo el día anterior había estado lloviendo, el campo se hallaba fangoso y blando, y había muchos charcos, cuyas aguas cenagosas aparecían después de la batalla teñidas de rojo, descubriéndose entre los caballos muertos



gran número de cadáveres de musulimes granadinos y de cristianos, mezclados y confundidos sobre el barro, armas ensangrentadas, y despojos del combate, esparcidos en desorden por todos lados.

No pudo Mohámmad contener á la presencia de aquel pungente espectáculo los impulsos de su magnánimo carác-

ter; y mientras al ver tan gran destrozo alzaba al cielo los ojos, dos lágrimas brillantes surcaron sus mejillas, desapareciendo en el *haique* de lana que le envolvía.

—Vamos de aquí!—exclamó al cabo, dirigiéndose á Ebn-ul-Játhib.—Mi corazón padece horribilmente contemplando estos ensangrentados trofeos de la muerte! ¡Que Alláh derrame benéfico los tesoros de su misericordia sobre aquellos que han perecido! Que Alláh me perdone á mí clemente el daño que ocasiona á los fieles musulimes esta guerra infanda y sacrílega, á que me provocan la ambición desmedida de mi primo, y la deslealtad de los que fueron mis vasallos!

—Hubo un tiempo,—prosiguió mientras caminaba, — en que los fieles musulmanes sucumbían, mártires de la fe, en los campos de batalla!

Pero morían con la esperanza lisonjera de resucitar luego en el Paraíso, donde estaban destinados á gozar eterna ventura! Mas estos infortunados que ahí yacen para pasto de las fieras y de los buitres, estos desventurados que no han sucumbido defendiendo contra los *cafres* (1) la ley del Islám, no gozarán de la presencia de Alláh, y sus almas errarán por los espacios invisibles, lanzando maldiciones contra el tirano que ha sido con su perfidia causa de la muerte de ellos, y contra mí también, que no he sabido someterme á las inclemencias del destino! El día del juicio, cuando Alláh desde *al-árxe*, su trono resplandeciente, juzgue nuestras acciones, allí estarán para deponer contra mí, y pedir á la justicia del Excelso que me aflija con el peso de mis culpas, negándome la entrada en el Paraíso!

—Desecha, señor, los temores que te asaltan,—replicó Ebn-ul-Játhib, conmovido á pesar suyo. La causa que defiendes es la causa eterna de la justicia. Como en otro tiempo los mequinenses defendían contra Mahoma (¡complázcase Alláh en éll) las imposturas de la idolatría que cegaba sus ojos y entenebrecía sus almas, ellos han defendido contra ti, que eres sombra de Alláh, la maldad y la alevosía de Abú-Saïd, cegando la codicia sus ojos, y entenebreciendo sus almas el afán reprobado del lucro! Alláh es justo! Él es

(1) Los impostores, los infieles, los que no reconocen la ley de Alláh, revelada á Mahoma.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

guazir, se dirigió á la tienda de don Pedro, rogando á los donceles del monarca de Castilla anunciasen á éste su presencia.

Poco después se hallaba delante del Sultán de los nassaríes, quien al verle se levantó de su asiento y corrió al encuentro del Príncipe.

Iba el granadino sombrío y meditabundo, con el dolor pintado en el semblante; y llevando á su corazón primero, y á los labios después, la mano que le tendía don Pedro, se inclinó respetuoso delante de él, esperando á que le dirigiera la palabra.

—Ya habéis visto, señor,—dijo don Pedro en tono festivo, —como Dios favorece vuestra causa, concediéndonos la victoria sobre vuestros enemigos, que lo son míos también y de mi reino. Regocijáos, señor, pues mañana habremos de penetrar en Granada; que tengo empeño en que mis mesnaderos y soldados os acompañen hasta vuestro famoso alcázar de la Alhambra.

—Grandes son, ¡oh señor y Sultán mío soberano! las mercedes que te debo, y quisiera poder mostrarte mi corazón para que vieras en él y en mis entrañas lo inmenso de mi gratitud hacia ti; pero, señor, mientras hasta Alláh (¡ensalzado sea!) levanto mi espíritu para rendirle gracias por su misericordia; mientras escucho ahora el regocijado rumor que llena estos reales, en pos de la victoria que sobre las gentes de Abú-Saïd han conseguido tus nassaríes, oigo también lágrimas y quejas, é imprecaciones y sollozos que llenan de dolor mi pecho, y me hacen una vez más maldecir la guerra y la ambición de los hombres!

—No me extraña, conociendo la bondad de vuestro ánimo y la triste pena que os embarga, la cual reconozco ser mayor que la que á mí me aflige; no me extraña, repito, oiros, señor, expresaros en tales términos, cuando tan cercano está el momento de ver coronadas vuestras esperanzas, en pos del triunfo conseguido, y que yo creí que os llenaría de júbilo,—replicó don Pedro cortésmente.

—Has dicho verdad ¡oh egregio Sultán de Castilla!... El día de la victoria está cercano; pero debo abrirte mi pecho en prueba de lealtad, para manifestarte lo inmenso del dolor que en medio del júbilo, produce en mi espíritu el espectá-

culo ofrecido á los ojos por la que fué mi Granada. El fuego execrable de la discordia, encendido con mano vil por el que hoy se hace llamar señor de estos dominios y heredero de los Anssares, es ya formidable y voraz incendio... Nada hay que lo ataje y lo contenga, señor mío, sino eres tú, si no es tu brazo poderoso! Y vengo á ti, atribulado y lleno de congoja, para implorar de tu ánimo clemente pongas remedio al mal, y sofoques el incendio que ya amenaza destruirlo todo.

—Por mi fe, señor Mohámmad,—repuso el de Castilla,—que os estoy oyendo, y no consigo comprender el sentido de vuestras enigmáticas palabras, por más esfuerzos que hago... Ruégoos, señor, por tanto, que expreséis con mayor claridad vuestro pensamiento,—añadió con alguna impaciencia,—pues, por Dios, que de otro modo habrá de serme difícil el contestaros.

—Pues bien, soberano señor y dueño mío,—dijo Abd-ul-Láh,—préstame benigno oído, y comprenderás lo que deseo y lo que espero de tu amistad, nunca desmentida. Señor: desde que con generosa resolución viniste en acordarme tu poderoso amparo para recuperar el trono que Abú-Saïd usurpa, la suerte ha sido próspera para nosotros; muchos han sido los lugares y las fortalezas que, á tu presencia sólo, han abierto al Príncipe destronado sus puertas. También han sido muchos los que las han conservado cerradas, abriéndolas tus bravos nassaríes por fuerza de armas... Bien sé, enaltecido Sultán don Pedro, que cuando tu hermano y enemigo el conde don Enrique penetró por Soria, devastando aquellos campos, y sembrando en ellos la desolación y la muerte; que cuando el infante de Aragón, don Fernando, entró por tierra de Murcia, esparciendo el luto y la destrucción en su camino; que cuando el mismo don Enrique sorprendió de rebato á Nájera, maltratando sus indefensos pobladores, é inundando de sangre la *alcana* de los judíos, en cuyos bienes se cebó la rapiña,—bien sé cuánto padeció tu corazón magnánimo, viendo destruídas las cosechas, asesinados vilmente los pacíficos ciudadanos, y presa tu reino del incendio voraz que lo aniquilaba y consumía todo... ¿Cómo quieres, señor, que yo mire sin verter lágrimas de sangre, y con los ojos enjutos y el ánimo tranquilo é indiferente, las desdichas que pesan sobre mi amada patria?... ¿Cómo quieres que permanezca sor-

do á los clamores de mi conciencia, al ver este hermoso reino devorado por el incendio maldito de la guerra, que mi orgullo y sólo mi orgullo ha promovido?... La sangre de los que han muerto combatiendo, cae gota á gota sobre mi cabeza; veo á mi paso, que semeja al del *Simún* en el desierto, destruidos los campos, antes fértiles y lozanos, asolados los aduares, arruinadas las alquerías, maltratados los fieles musulimes, dichosos antes de que yo viniera; violadas las mujeres, saqueadas las haciendas, amedrentadas las poblaciones, desmanteladas las fortalezas, deshabitados los lugares... Las acequias con que el laborioso campesino regaba sus ya estériles tierras, no llevan agua, sino sangre; y por donde quiera que voy, me parece que va conmigo la maldición de Alláh (¡ ensalzado sea !)

—No es, á la verdad, señor, grandemente lisonjera para vos y para nuestra hueste, la pintura que de la actual campaña acabáis de hacer ¡ oh Mohámmad! Los azares de la guerra son los que habéis tan minuciosamente enumerado; pero...

—Escucha, Príncipe y señor mío,—añadió Abd-ul-Láh interrumpiendo al castellano.—Si es exacto el cuadro de horrores que he presentado á tu vista, vengo á ti en esta ocasión solemne para suplicarte que extremes más aún tus bondades para conmigo, accediendo benévolo á mis ruegos. El invierno avanza; las dificultades de la campaña abierta con tanta fortuna para nosotros, crecen; la melancolía se ha apoderado de mi espíritu, y el desengaño le trabaja...

—Ya os comprendo, señor,—interrumpió á su vez don Pedro levantándose.—Las amenazas del Bermejo, en cuyo poder se halla vuestra esposa y señora, pueden en vuestro corazón más que el deseo de reconquistar el trono, y queréis ¡ vive Dios! que ahora, que estamos frente á Granada, que ahora, que acabamos de vencer al usurpador, me retire á Castilla con mis mesnadas y mis caballeros... Ya conocéis, señor, que lo que hoy me pedís es imposible... Que es tarde para retroceder, y que no sois vos solo quien se halla realmente interesado en esta empresa. La vida de vuestra esposa no correrá, yo os lo juro, riesgo de especie alguna, pues hoy mismo estaremos sobre Granada.

—No es eso, Sultán excelso, lo que me hace desistir de mis legítimas reclamaciones,—contestó Mohámmad mostrando



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

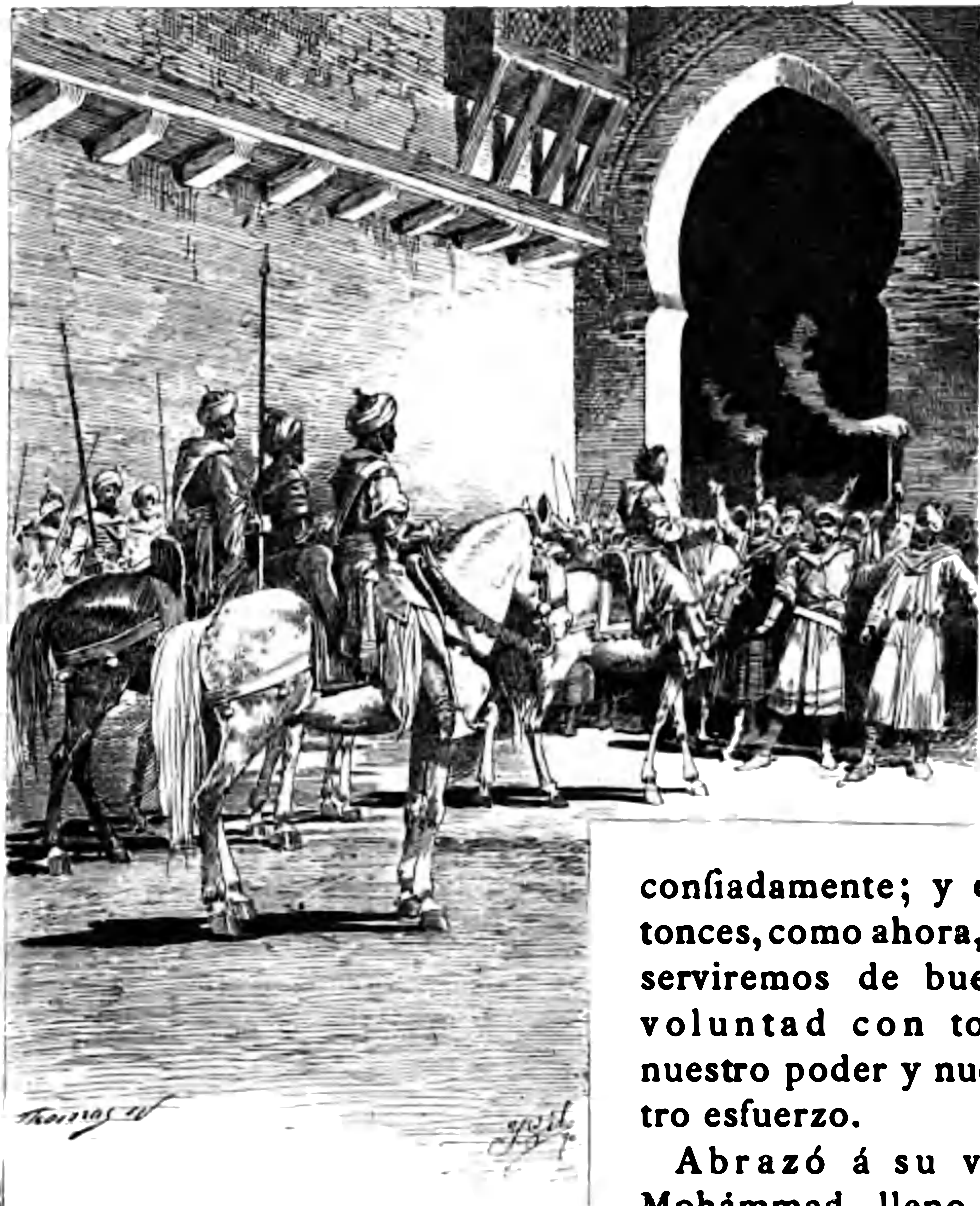
Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



A nuestros reinos, que reclaman nuestra presencia, volveremos; y no olvidéis, señor, que pudiendo hoy mismo asentarnos de nuevo en el trono de Granada, repugnáis hacerlo vos mismo. El día, pues, que necesitéis de nos, volved á nos



confiadamente; y entonces, como ahora, os serviremos de buena voluntad con todo nuestro poder y nuestro esfuerzo.

Abrazó á su vez Mohámmad, lleno de

reconocimiento, á don Pedro, y aunque no sin sorpresa de las huestes castellanas y de sus caudillos valerosos, tomaba el ejército de los nassaríes aquella tarde misma la vuelta de *Al-calaât Yahsob* (Alcalá la Real), donde, con grandes muestras de amistad, se separaban el rey de Castilla y el Príncipe granadino: el primero, para volver á sus estados, y para regresar á Ronda el segundo, con los musulimes que le seguían y formaban su mesnada.

Grande fué el regocijo con que los leales rondeños recibían á Abú-Abd-il-Láh Mohámmad, cuya llegada había anunciado Ebn-ul-Játhib por medio del berberisco mensajero de Abú-Zeyyán, quien con los jinetes de Mohámmad cabalgaba.

Y aunque el tiempo era crudo, por acontecer este suceso en los postreros días de la luna de Safár de aquel año 763 de la Hégira (1), no por eso dejaron de salir con hachones encendidos y lelilies, la noche de su llegada á Ronda á festejar al Príncipe proscrito, de cuya magnanimidad tenían noticia por el africano, presentando pintoresco aspecto aquellos lugares agrestes y montañosos, donde no había peña, ni pliegue del terreno, desde el cual no fueran agitadas las antorchas y extremadas las señas del general contento.

(1) Fines de Diciembre de 1361.





XXVIII

UANDO Abú-Saïd, humillado y maltrecho, llegó tras de la rota de Pinos Puente á Granada, silencioso y nada lisonjero fué

con verdad el recibimiento que le hicieron sus vasallos.

Agolpadas estaban las gentes en los adarves del recinto amurallado, y desde allí, con sobresalto los unos, con alegría los otros, y todos conmovidos, veían volver en desorden y al galope de sus ligeros corceles á aquellos bravos campeones, á cuya sola presencia creían que habían de huir espantados cual gacelas los guerreros nassaríes.

Sombrio y ceñudo, llevando en el semblante retratada la cólera que le poseía, pasó el tirano por entre la muchedum-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

poniendo por obra la orden del Sultán, regresaba al poco tiempo seguido de una mujer, cuyas formas esbeltas y redondas se dibujaban á través del ropaje que vestía, y en cuyos ojos, única parte descubierta de su semblante, brillaban á la par la curiosidad y el asombro.

Alzó Abú-Saïd la cabeza cuando advirtió la llegada de la joven, y fijando en ella la mirada, preñada de amenazas, hizo que Idrís despejase con los demás guazires el aposento, quedando solos en él el gavilán y la paloma.

—Descúbrete, mujer,—exclamó entonces con tono breve y reconcentrado, dirigiéndose á la muchacha; mas como viese que ésta vacilaba en obedecerle, alzóse de su asiento, y con rabiosa mano desgarró el *al-haryme* que ocultaba el rostro de la cautiva.

—No me engañaba!—rugió lleno de ira.—Era verdad lo que Mohámmad me había dicho! Tú no eres Aixa, miserable criatura!—añadió encarándose con la joven que temblaba de miedo.—¿Quién eres tú, y cómo ocupas el lugar de esa esclava que hice traer de Ifriquia?

—Oh señor mío!—acertó á decir la muchacha cayendo de rodillas á los pies del tirano.—No: yo no soy Aixa... Aixa quedó en Ifriquia, en el alcázar del poderoso Abú-Zeyyán (¡protéjale Alláh!). Presta á mis palabras tus oídos, señor, y sabrás por qué extraño cúmulo de circunstancias ocupó yo el lugar de aquella cuya posesión sin duda codicias.

—Por Alláh, que mientes, insensata!... Jamás he codiciado cosa tan miserable como esa esclava, sierva de Xaythán, á quien Alláh maldiga! Habla pronto, y por tu cabeza, dime cómo te encuentras tú en su puesto, y cómo has burlado al Sultán de Granada!—interrumpió Abú-Saïd, pálido de coraje.

Entonces la joven, que no era otra sino Amina, anegada en llanto, trémula y sollozante, refirió al rey Bermejo de qué forma había sido regalada en señal de amistad, juntamente con Kámar, al destronado Príncipe Mohámmad por el Sultán Abú-Salém, á quien Alláh haya perdonado; cómo desde el primer momento Aixa,—unida allí ante el cadhí de la Mezquita de Muley Idrís en matrimonio con el Príncipe,—había sabido granjearse por sus virtudes y cariñoso trato el afecto sincero de ambas jóvenes, y cómo al partir para emprender Abdul-Láh la guerra contra Abú-l-Gualid Ismaïl en Al-Andá-

lus, había quedado Aixa con ellas triste y acongojada en el alcázar de Abú-Salém, no ocultando detalle alguno tampoco del pánico invencible que se apoderó de las tres mujeres, cuando, después del asesinato del Sultán de los Beni-Merines, la soldadesca y el populo asaltaron el palacio de la sultana, ni callando la benignidad



nidad de Abú-Zeyyán, antes de la fatal misiva enviada por el mismo Abú-Saïd, en reclamación de la esposa legítima de su primo, como esclava fugada del propio rey Bermejo.

— Fué entonces, — prosiguió Amina, — cuando concebí la idea de suplantar la persona de Aixa, á quien tanto ama mi dueño; y así que Abd-ur-Ráhim, el jefe de los guardias del Sultán, se hubo separado de nosotras, después de habernos comunicado la orden en que Abú-Zeyyán ponía á disposición

de tu mensajero la princesa Aixa,—no vacilé en exponer mi pensamiento á la esposa de mi señor, ponderándole los riesgos que iba á correr si se entregaba en manos de los enemigos de Mohámmad. Larga fué y porfiada, ¡oh señor mío! la lucha que entablamos; pero ella era madre, y aunque ansiaba respirar el mismo ambiente que su enamorado, aunque anhelaba que á ambos cobijase el mismo hermoso cielo de *Chezirat-al-Andálus*, pude vencer al cabo, y cuando á la mañana siguiente tu enviado se presentaba á recoger su presa, ataviada yo con las ropas de Aixa, ocupé su puesto, y en él me tienes ¡oh egregio y poderoso Sultán de Granada!

Así dijo la joven, sin abandonar la postura humilde en que se hallaba, á los pies del tirano.

Guardó este angustioso silencio por algunos instantes, durante los cuales contempló con aire feroz á la desconsolada Amina.

Ni la hermosura de su angelical semblante, ni las transparentes lágrimas que brotaban de sus fascinadores ojos, ni los sollozos reiterados que agitaban su seno, conmovieron á Abú-Saïd, quien, llamando á Idris-ben-Abú-l-Ola, dábase orden de llevar de allí á la cautiva, á quien sentenciaba á muerte su crueldad insaciable y sin nombre.

Al escuchar Amina la terrible determinación del Sultán, volvía á él sus miradas atónita, como si no hubiese llegado á comprender; hasta que al fin, suplicante, extraviada como fuera de sí, corriendo á las plantas del déspota, asíase á las vestiduras de éste, exclamando con desgarrador acento:

—Oh! No! No, Sultán mío! Conmuévante mi juventud y mis lágrimas, y lo generoso del propósito que me ha traído á tu presencia! ¿Qué triunfo habrás de conseguir con la muerte de esta infeliz mujer? Mira mis mejillas, frescas como el capullo de la rosa; mis labios, húmedos y rojos como la flor del granado en la alborada; mis ojos, que brillan con el esplendor de la juventud... ¿No habrá, señor y dueño mío, no habrá en tu corazón magnánimo un solo sentimiento compasivo que interceda por mí, y te decida á que revoques la crueldad de la orden aterradora, dictada en mi propia presencia?

—Que Alláh te maldiga tantas veces como cabellos tienes en la cabeza, miserable!—replicó el rey Bermejo, separando á Amina con coraje.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



encantos de la muchacha, cuyo cautiverio procuró endulzar, merced á la amistad que con el déspota le unía.

Oculto tras de los tapices de la cámara de Abú-Saïd, había presenciado la conmovedora escena ya pasada; y en tanto que su corazón latía con inacostumbrada violencia, al saber que aquella cuyas gracias le habían subyugado, no era la mujer á quien tanto aborrecía el Sultán,—horrorizado por la crueldad con que éste condenaba á muerte á Amina, y gozoso por que veía posible ya la realización de sus secretos deseos,—no vaciló un momento, y saliendo del alcázar, llegó á tiempo de detener al *mexuár*, como lo hizo.

Fiado en la amistad que el Bermejo le dispensaba, al escuchar la pregunta del ejecutor, concibió el proyecto de salvar á Amina, y sin meditar las consecuencias, respondió rápidamente:

—Así place á Alláh... Vengo, pues, á que me entregues esa muchacha.

Conociendo por su parte el *mexuár* el favor de que Isa disfrutaba, no tuvo inconveniente en dar crédito al cortesano, y depositando en sus brazos el cuerpo de la desvanecida joven, se retiró tranquilo é indiferente.

—Por la cabeza de mi padre!—exclamaba en tanto Isa, dirigiéndose á la al-medina con su precioso fardo.—Que no sea yo musulmán, si te arranca ahora Abú-Saïd de mi poder, y si allí, á mi lado y con mi amor, no recobras la tranquilidad, y no eres tan dichosa cual mereces!

Al volver en sí, Amina, con los ojos extraviados, oscurecida momentáneamente la luz de su razón, derramó sus miradas, llena de sobresalto, por la estancia en que se encontraba y que era para ella completamente desconocida.

Cubrían las paredes ricas telas de Persia, peregrinamente tejidas de sedas y oro figurando con ellas vistosos dibujos, cuyo vivo colorido destacaba brillante sobre el alicatado y sobre la franja de pintada yesería que, á modo de orla ó *arra-baá*, recorría los ángulos de los muros, sirviendo de marco á los paños de oro referidos.

Al frente, abríase gallardo un arco peraltado, cuyos caireles se recortaban sobre el transparente celaje, y daba paso á una escalera de marmóreos peldaños, la cual caía sobre vistoso jardín cubierto de arrayanes y de murta, de naranjos y

limoneros, de bananos y laureles, rosas y otro sin fin de arbustos y de plantas que, á pesar de la estación, comenzaban á verdeguear en el fecundo suelo granadino.

Un ajiméz de labradas celosías que, fingiendo trastornadora combinación geométrica, ostentaban en el centro de caprichoso modo calada la sagrada frase inicial y llena de virtudes: *bism-il-Láh-ir-Rahmán-ir-Rahím* (1), abríase en uno de los muros, mientras en el otro volteaba, aunque de menores proporciones que el del frente, otro arco, cerrado por delicada puerta de ensamblaje.

Agrupadas en forma de complicadísima estrella, formaban el techo multitud de coloridas estalactitas ó colgantes, y de su centro, por medio de fuerte y resistente cordón de grana y oro, pendía una corona de luz, labrada en alabastro.

Alzándose del mullido sofá en que se encontraba, adelantóse Amina hacia el jardín; y dirigiéndose luego al ajiméz, espació la mirada mal segura por entre la calada celosía, volviendo luego á la puerta cerrada, delante de la cual se detuvo, llena de indecisiones.

—¡Oh Alláh, el Omnipotente, el Misericordioso!—exclamó cayendo de rodillas sobre la bordada alhombra ó alcatifa, en actitud orante.—Tú solo eres grande! Tú solo eres poderoso! Tú solo eres quien pueda, con un soplo, humillar al soberbio y ensalzar al humilde!... ¡Ilumina, Señor, mi razón que se extravía, y dime si es un sueño todo cuanto ha pasado, ó estoy quizás en alguno de los lugares del Paraíso, separada ya mi alma de mi cuerpo!

»Pero no—prosiguió reconociéndose.—Estos girones que rodean mi cuello, son los del *al-haryme* que desgarró con su propia mano ese déspota cruel que me ha sentenciado á muerte!... Estas son las mismas vestiduras con que salí de Fez, acompañada de aquel joven Isa, que murmuraba en mis oídos encantadoras frases!... ¡Oh, sí!... Todo ha sido un sueño!... Pero—añadió deteniéndose en medio de sus incoherencias,—¿dónde estoy?... ¿Qué lugar es éste en que me encuentro, y que parece por los genios mismos fabricado?... ¿Qué jardín es ese que ante mi vista tengo, y qué es lo que ha ocurrido para que me halle aquí, en vez de encontrarme

(1) En el nombre de Alláh, el Clemente, el Misericordioso.

en la fría prisión en que hasta ahora he permanecido?... ¿No habrá nadie que pueda explicarme todo esto?...

—Sí, hermosa Amina—dijo una voz dulce y melodiosa que resonó en el aposento, haciendo que la joven volviese la vista hacia el punto de donde había partido.—Sí, hermosa Amina—repitió el joven Isa-ben-Yâcub apareciendo en aquel instante.—Sí; yo, si me lo permites, podré explicarte lo que tu razón no comprende ni puede comprender todavía.

—¿Eres tú, Isa?—exclamó la joven con acento gozoso y tranquila confianza.—Ven, ven á mi lado, como lo estabas durante el viaje que hice contigo desde Ifriquia; ven, y desvanece con tu palabra las nieblas que rodean y oscurecen mi razón casi extraviada!

Adelantó Isa por extremo agitado, y fijando los ojos amorosos en el semblante de la bella africana, á quien por vez primera veía descubierta, tomó asiento á su lado.

—No ha sido, ¡oh encantadora criatura!—dijo—sueño, cual imaginas, nada de cuanto en confuso tropel se agolpa á tu memoria. Los designios de Alláh son verdaderamente inexcrutables! El crimen que cometiste suplantando á Aixa, ha sido, en realidad, castigado con la muerte por el Sultán de Granada, en cuya presencia estabas há un momento. Su mano colérica ha sido la que ha desgarrado tu *al-haryme*, permitiendo que yo pueda gozar ahora del supremo bien de contemplar tu hermosura...

—Luego ¿es cierto—interrumpió Amina con insegura voz, y ocultando instintivamente el rostro en los restos del velo,—es cierto que estoy condenada á muerte?...

—Sí, es cierto—repuso el joven.—La voluntad inexorable de mi señor y dueño el Sultán, te ha condenado á muerte; pero puedes estar tranquila, porque si para él has muerto, vives en cambio para mí... Alláh me inspiró el separar de tu cuello la horrible cuchilla del verdugo, y traerte aquí, donde nadie habrá de buscarte.

—¿Tú?... ¿Has sido tú, señor, quien ha ahuyentado á *malák-al-maút*, cuyas negras alas sentí agitarse sobre mí amenazadoras?... Que Alláh prolongue tus días, y te preserve del fuego eterno y de los hijos del pecado!...—dijo la muchacha toda trémula, y fijando con gratitud en Isa la mirada.

—Sí: yo he sido, Amina... Yo, que no podía consentir que



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir



impresión que producimos?... Si tú no has olvidado aquellos días, tampoco yo, encerrada en la prisión en que he permanecido en esta ciudad, que tan hermosa se presentó á mi vista, he dado al olvido aquellos recuerdos, ni se desvaneció para mí tu imagen... Tú eras mi único amigo aquí, en esta tierra extraña, donde me encuentro sola, y tan lejos del suelo donde ví la luz primera!

» Pero — añadió arrancándose totalmente los restos del *al-haryme*—yo no me pertenezco!... Lee ¡oh Isa! lee lo que estas letras bordadas en oro sobre la fina gasa de mi velo dicen, y comprenderás por tu parte cuán grande será mi pena, cuando sintiéndome arrastrada hacia ti por la pasión y por la gratitud que te debo, me hallo imposibilitada de acceder á tus deseos, que son también los míos!

Y mientras que en su semblante encantador, enardecido, se retrataba vivamente el sentimiento de que se hallaba en realidad poseída, presentaba á los ojos del joven los girones del velo que debía cubrirla.

—¡ Es cierto! — exclamó Isa con tristeza. — Es cierto que en él se lee el nombre de tu dueño Abú-Abd-il-Láh Mohámmad,

Sultán un día de los musulimes granadinos; pero tu señor no te ama, y está muy lejos de aquí para que pueda impedir que nos amemos nosotros. Desecha ¡oh amada mía! esos temores, y pues estás muerta para todos, gocemos en este retiro, que mi amor te entrega, las venturas que nuestra pasión nos brinda...

—¡Nunca!—interrumpió la africana con resolución.—Jamás seré tuya, mientras no me dé libertad mi dueño, y autorice nuestro amor!... Si tú me amas, cual me dices; si es verdadera la pasión que he leído tantas veces en tus ojos y hoy ratifican tus labios, ayúdame á conseguir de mi señor la libertad, y con ella el derecho de amarte... Amina es mi nombre y *amina* (1) he de ser para aquel á quien persigue la suerte de tan cruel manera... Tú eres, señor, poderoso, según me has dicho, en Granada!... ¿Por qué no vuelves los ojos al legítimo Sultán de este hermoso reino, favoreciendo su restauración en la sultanía que Abú-Saïd le usurpa?...

—Por Alláh... ¿qué dices?...—exclamó Isa sorprendido.—Que no goce del Paraíso, Amina, si no desvarías en este momento, y si tu espíritu no está poseído por el mismo Iblís!... Que Alláh (¡ensalzado sea!) te ilumine, porque no sabes lo que has dicho... Bien sé que Abú-Saïd, por lo cruel y lo sanguinario, es indigno del trono de los Anssares... Bien sé que, lejos de esgrimir con mano fuerte, como esperaban los musulimes, la espada del Islám, sólo piensa en acumular riquezas é imponerse por el terror entre los fieles...; pero yo no puedo abandonarle, ni puedo olvidar lo que le debo, ni tu señor Mohámmad habrá jamás de perdonarme la parte que en su caída tuve, ni la amistad que el príncipe Bermejo me dispensa, ni menos aún la misión de que fuí encargado á Fez, gracias á la cual consintió la benevolencia del Excelso que te amase!...

—Oh! No le conoces tú, señor, no le conoces, cuando hablas de ese modo, ni es tu amor hacia mí tan grande como le has pintado, cuando vacilas! No hay en la tierra corazón más noble y magnánimo que el de ese Príncipe, á quien aborrece tu Sultán, ni hay bondad comparable con la suya!—dijo Amina con verdadero entusiasmo.

(1) Fiel.

—Tus palabras me lastiman, Amina,—replicó Isa sintiéndose herido por los celos.—Hablas con demasiado calor de Mohámmad, para que no te crea interesada en su defensa.

—Te equivocas,—repuso la joven.—Jamás de los labios del Sultán Mohámmad ha salido palabra alguna de amor, ni para mí ni para Kámar, mi hermana, que allá en Ifriquia llorará con Aixa mi ausencia, juzgándome ya muerta! Su amor es de Aixa, y hace bien por Alláh, porque ella es como la luna llena, y nosotras sólo somos luceros á su lado!


Brilló en los ojos del mancebo un relámpago de alegría al escuchar la ingenua declaración de la berberisca, y templando el ardor de la desconfianza, dijo:

—Si fuera cual supones la magnanimidad del Príncipe tu señor, no habría ciertamente buscado en los idólatras de Castilla el amparo que le negaban los muslimes, ni hubiese talado nuestras campiñas, ni asolado nuestras ciudades, ni derramado la sangre de los fieles como él lo ha hecho!

—¿Ha hecho eso?—exclamó regocijada la esclava.—Que Alláh le ampare y le proteja! Entonces, pronto volverá á su Granada, y yo á sus pies imploraré la piedad de su corazón para contigo, y seremos felices!

Y con rápido y voluptuoso movimiento, echó sus brazos al cuello de Isa, estrechándole en ellos cariñosa.

Poco después, quedaba entre ambos jóvenes concertado el pacto por el cual Isa trabajaría en favor de Mohámmad, temeroso de que Abú-Saïd descubriese el paradero de Amina, é hiciera caer sobre la cabeza del mancebo el rayo rencoroso de su cólera.





ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



déspota castigado, y que el hijo de Yusuf I volviese á ocupar el trono; pero en su imaginación tenía demasiado vivos Abdul-Láh los cuadros de devastación y de horrores que había presenciado durante la campaña en que le ayudó tan eficazmente el rey de Castilla, y labraban tan poderosamente en su ánimo los temores que le habían decidido á desistir de aquella empresa, cuando era quizás llegada la ocasión del triunfo, —que no apetecía con verdad volver á Granada, si para ello era preciso causar daño alguno á los musulimes.

Altamente sorprendido quedaba por su parte el sanguinario Abú-Saïd, después de la derrota de Pinos-Puente, cuando transcurridos algunos días, y no dudando de que don Pedro y Mohámmad se aprovecharían del triunfo intentando apoderarse de la capital, veía que nassaríes y rondeños se separaban, volviendo á Castilla los primeros y á los riscos y espesuras de su sierra los segundos, sin avanzar más en su empeño, y desistiendo al parecer de él, siendo así que hasta entonces les había sido próspera la fortuna.

Sin comprender las causas de aquella resolución, y recelando que los enemigos volverían acaso en breve con mayores fuerzas para acometer á Granada, mantuvo en pie de guerra y vigilantes sus huestes, mandando á los caudillos de las fronteras que permaneciesen á la expectativa, á fin de hallarse siempre prevenidos.

Había en tanto el rey de Castilla regresado á su corte, sin haber abandonado el propósito de castigar al rey *Bermejo*, no ya en nombre y representación de Mohámmad, á cuyos ruegos había noblemente deferido retirándose de la vega de Granada, sino en el suyo propio y en uso de la legítima autoridad que como á señor le correspondía, por lo alevoso de la conducta del musulime, que tantos daños le había ocasionado, al obligarle, con la paz del aragonés, á restituir á éste lo que en la última campaña tenía conquistado.

Ni dejaba tampoco de moverle la consideración de que convenía altamente para sus intereses el traer ocupada la atención de la voluble nobleza castellana; pues aunque el conde de Trastámara y sus hermanos continuaban, allende el Pirineo, sirviendo al rey de Francia, sabía por experiencia que la paz exterior para los ricos-hombres y los magnates era en sus reinos ocasionada á bullicios, desórdenes y asonadas,

que cedían siempre en desprestigio y daño de la corona.

Bien que sin ánimo de emular el ejemplo de sus ilustres predecesores, ni el de rescatar tampoco de la servidumbre islamita aquella fértil región de Al-Andálus que constituía el reino granadino,—daba por tanto á sus fronteros orden de verificar, cuando lo estimasen conveniente, cabalgadas y correrías por el territorio muslime, á fin de debilitar al rey *Bermejo*, y obligarle á solicitar clemencia de aquel su soberano, á quien tenía por tantas causas ofendido.

Obedeciendo la consigna recibida, no mucho después de la retirada de



don Pedro, concertábanse en Jaén el maestre de Calatrava, el Adelantado mayor de la frontera, el caudillo del Obispado y otros caballeros vasallos del rey, que estaban fronteros con ellos en dicho Obispado, y decidían dar comienzo á la serie de cabalgadas y rebatos en tierra de muslimes, inaugurándolo el día 14 de Enero de 1362 (1), fecha en la cual penetraban por la frontera, dirigiéndose desde allí seguidamente á la villa de Guadix, con ánimo de sorprenderla.

Formaban el ejército de los nassaríes como hasta mil caballos y doble número de peones; y si bien no todos iban de la mejor voluntad, por no haber sido favorables los augurios con que habían salido de los dominios castellanos, pues en las tierras de la frontera las gentes de guerra se guiaban mucho de tales señales, aunque era gran pecado,—caminaron

(1) 17 de Rabié primera del año 763 de la Hégira.

todo el día dejando á Huelma y su castillo á la izquierda, y á *Hissn-al-Laúz* (Hiznaloz) á la derecha, para llegar cerca de Guadix muy de mañana, en el siguiente, sin haber encontrado en su marcha tropiezo ni inconveniente alguno.

Tenía ya noticia Abú-Saïd por sus torreros de la entrada de los nassaríes; y en tanto que, guiados como adalid por el maestre de Calatrava, marchaban éstos en dirección de Guadix, el granadino enviaba á dicha villa seiscientos jinetes, y eran recogidos de la comarca no menos de cuatro mil peones dentro de la población, sin contar la gente guadiceña, permaneciendo todos dentro de los muros, sin dar señales de existencia.

Confiados los castellanos, por la felicidad con que hasta allí habían hecho su camino, no dejaron de extrañar, llegados cerca de la villa, que no pareciera fuerza alguna de los mahometanos para atajarles en su marcha; y engañados por el sosiego que todo en su redor respiraba, convenían con desdichado acuerdo, dividir las compañías en dos batallas ó cuerpos, la una de las cuales debía correr la tierra de Val de Alhama, en tanto que la otra permanecía en observación, esperando su regreso en las mismas posiciones en que se encontraba.

Advirtiéndolo los guadiceños que las tropas del maestre se dividían y apartaban de aquel modo, salían de la ciudad; y pasando la puente que les separaba de los cristianos, trabóse allí la lid, en la cual los del Bermejo llevaron la peor parte, por lo que se vieron obligados á repasar en desorden la puente, acosados por los nassaríes, quienes los acuchillaban y perseguían hasta las puertas mismas de la villa.

Sin tomar parte en la contienda, el maestre de Calatrava y el Adelantado mayor habían permanecido inmóviles con el grueso de la fuerza que les había quedado; y como notaran los de Guadix que eran pocos los cristianos que hasta allí habían osado llegar,—salían en mayor número de nuevo, y caían de tropel sobre ellos, forzándoles á volver grupas, y muriendo allí algunos caballeros al pasar el puente.

Desde aquel sitio, oponiéndose al paso de los granadinos, y habiendo pedido al maestre que los socorriera, dispuso éste ayudarles; hecho lo cual, bien á disgusto de los cristianos, trabábase el combate con los del maestre, los cuales comen-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

luna de Rabiê segunda (1), tomando allí á *Hissn-Axar* (Hiznájar), Cesna y el fuerte de *Beni-Moguits* (2), con el de Ax-Xarra (la Sagra), y tornando á Sevilla por Córdoba, donde se le reunían el conde de Armagnac, su vasallo, el inglés Mosén Hugo de Caureley, y don Pedro de Xérica, caballero aragonés de muy ilustre prosapia, escribía desde aquella ciudad á don Pedro IV el *Ceremonioso*, dándole á 10 de Mayo de aquel año noticia de su expedición por Granada.

De confusión y de espanto llenaba á Abú-Saïd la conducta del rey don Pedro, á quien había creído ganar con la libertad otorgada por él al maestre de Calatrava; y en tanto que saciaba su impotente cólera en los inofensivos cautivos de Guadix que aún le quedaban,—el castellano volvía por segunda vez á invadir en persona los dominios islamitas, apoderándose de *Al-Borch* (El Burgo), *Sajra-Hardarex* (la Peña de Hardarex, Ardales), *Hissn-Cannith* (Cañete la Real), Turón y *Algarain*, con gran número de fortalezas y castillos pertenecientes los unos á la cora ó provincia malagueña, y los otros á la de Ronda, y que no habían reconocido el señorío de Mohámmad.

Devastadas las campiñas, taladas las vegas, arruinados los alcores, y sembrado el desconcierto por tal manera,—ni Abú-Saïd era poderoso para impedir que don Pedro reprodujese sus afortunadas excursiones, ni para amparar tampoco á los musulimes, entre quienes al pøstre se levantaba unánime clamor que llenaba con sus ecos de mortal pavora al asesino de Ismaïl, augurando su ruina.

La inesperada saña del castellano parecía á los mahometanos granadinos incomprensible, explicándose sólo por la amistad que le unía al destronado Mohámmad, razón por la cual el descontento cundía entre ellos, no recatándose en manifestar en altas voces, aun dentro del mismo alcázar de Granada, lo que repetían en todas partes, y era que, todo aquel mal sobrevenido con la guerra, no reconocía otra causa sino el tesón con que el *Bermejo* pretendía seguir ocupando el trono, á despecho de Mohámmad V.

Retirado en Ronda, y doliéndose de la desdicha de los

(1) Fines de Febrero de 1362.

(2) Acaso mejor *Beni-l-meschid* (Benamejí).

musulmanes, Abd-ul-Láh permanecía sin tomar parte alguna en aquellos acontecimientos que, labrando en el ánimo del pueblo, le tornaban todas las voluntades, siendo la primera ciudad que se determinaba á alzar bandera por el destronado, la hermosa ciudad de Málaga, cuyos habitantes recorrían las calles y asaltaban la alcazaba, dando muerte al alcaide, y prorrumpiendo en grandes gritos contra el tirano.

Verificábase la rebelión de Málaga al mediar de la luna de Chumáda segunda (1); y si bien habían en ella influido principalmente los acontecimientos, no dejaba de tener parte en su éxito el joven Isa-ben-Yâcub Al-Jaulaní, siguiendo en esto los consejos de la bella Amina.

Cierto era que Abú-Saïd, juzgando cumplida en la africana la sentencia de muerte que en la exaltación de su cólera había dictado contra ella, no había tampoco tenido en realidad tiempo de acordarse de la joven, con lo cual los temores de Isa quedaron por completo desvanecidos; pero empeñada la fiel amiga de Aixa en procurar por cuantos medios estuvieran á su alcance, el bien de su amado señor, resistía valerosa los impulsos de su pasión, negándose á complacer á su enamorado mientras no hubiese Mohámmad conseguido el triunfo y otorgado la libertad que le era necesaria para entregarse á los deleites de aquel amor, nacido de sus desdichas mismas.

Por esta causa, pues, había Isa tomado muy activa participación en el levantamiento de Málaga, excitando los sentimientos populares, y la fantástica imaginación de los malagueños, con recordarles que Abú-Abd-ul-Láh Mohámmad V, á quien ya comenzaban á apellidar *Al-Gani-bil-Láh*, ó *el contento con la protección de Alláh*, era representante de aquella dinastía fundada por el príncipe malagueño Abú-l-Gualid Ismaïl I, ora pintando con vivo colorido las extrañas aventuras del Sultán destronado, y ora, por último, poniendo ante sus ojos de relieve y con exageradas proporciones, las funestas consecuencias que para los islamitas traía la usurpación de Abú-Saïd, concitando contra ellos el odio terrible de Castilla.

Si sorprendía á Mohámmad, en medio de la tranquila vida

(1) Primeros días de Abril de 1362.

que llevaba en Ronda, la nueva de su calurosa proclamación en Málaga, cuando había desistido de sus pretensiones,—no era por cierto menor la sorpresa que recibía el rey *Bermejo* al tener noticia de aquella sublevación popular, que hallando eco en toda la cora malagueña, amenazaba propagarse á la de Bachana (Almería), y á la misma de Elbira (Granada), de lo cual daba claros indicios el descontento general que se leía en todos los rostros.

Recordábase en público las virtudes del destronado Príncipe, ponderando su magnanimidad y su paternal gobierno, y á la par se recordaba también las crueldades y las tiranías de Abú-Saïd, las cuales, si habían satisfecho á aquellos que por interés propio le exaltaron, produjeron muy grave perturbación en los negocios públicos; y aquel clamor general, que iba poco á poco extendiéndose por todos los límites del imperio granadino, tomaba cuerpo insensiblemente, sin temer la cólera terrible del déspota, cuyas zozobras crecían, presintiendo ya cercana para él la catástrofe que sus mismos desaciertos habían preparado.

En situación tan angustiosa, volvió Abú-Saïd los ojos á aquellos mismos á quienes había engrandecido; pero no es la gratitud el fruto que de sus prodigalidades reciben los tiranos, no habiendo por tanto uno solo de sus caudillos que se atreviese á defender al asesino de Ismaïl y de Cais, cuyos crímenes, en la hora del infortunio, les parecían execrables.

Lejos, muy lejos, se encontraba el conde don Enrique de Trastámara, su natural aliado, para que pudiese socorrerle, y el rey de Aragón, á quien había hecho sus pleitesías, no contestaba ahora, sordo á sus lamentos y á sus quejas, y avenido con don Pedro de Castilla.

Revolvíase, pues, el *Bermejo* en las solitarias estancias de la Alhambra, lleno de impotente coraje, como la fiera encarcelada, sin que hallase camino alguno para conjurar la tormenta rugiente y amenazadora que sobre su cabeza se cernía.

Allí, á su lado, no obstante, permanecía en pie, sombrío y silencioso, el único de sus amigos que le había sido fiel, el africano Idrís-ben-Abú-l-Ola, hijo de aquel célebre guerrillero Otsmán Abú-l-Ola, á quien tanto debía la dinastía malagueña.

—¿Será posible, ¡oh Idrís!—exclamó Abú-Saïd detenién-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS
Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



no está todo perdido: recobra el ánimo valiente con que hasta aquí has luchado; vuelve á ser el león, pero el león acosado por el enemigo, y verás cómo todos tiemblan á tu presencia, huyendo de tu enojo. ¿Por qué no intentas, señor, la reconciliación con el Sultán de los nassaríes? Quién sabe si, prometiéndole mayores ventajas que tu rival odiado, conseguirás apartar aplacada la tormental... ¿No dicen que sólo mueve á don Pedro la ambición? Pues lisonjea en él este vicio, y acaso trueques entonces en regocijo la pena que hoy te devora.

—Calla, calla y no prosigas, Idrís!—repuso el tirano.—Quieres que imite yo el ejemplo del renegado Mohámmad, á quien Alláh maldiga, y venda á los muslimes para conservar el trono?... ¿Quieres que me humille ante el hijo de judía que llaman su rey los castellanos?... Nunca! Nunca!

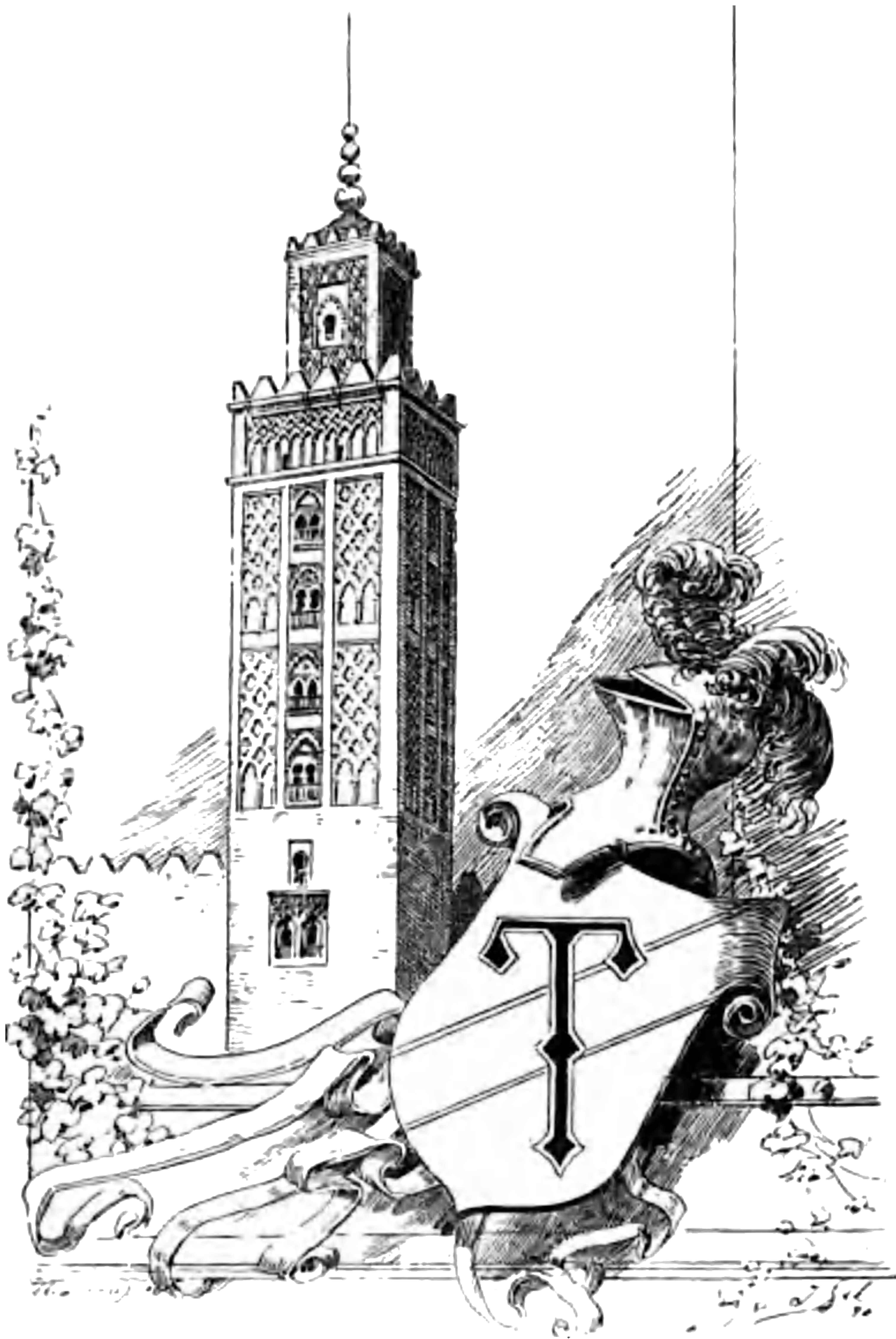
—Poderoso señor y soberano mío,—contestó el africano, no quiero yo ni tu humillación ni la de los muslimes (¡Alláh los proteja!) pero tampoco quiero tu destrucción... Piensa que implorar la clemencia de don Pedro es el único recurso que te han dejado; no lo desprecies, señor, que tiempo tienes después, con los leones de la guerra, de sacudir el yugo que ahora momentáneamente te impusieres. El maestre de Calatrava y los castellanos á quienes diste generosa libertad, te ayudarán en tu empresa. . Ten confianza en Alláh, y antes de que el incendio hoy comprimido estalle en tu misma corte, y devore tu palacio; antes de que el fanatismo de los que proclaman á Mohámmad guíe sus armas contra ti, abandona tu reino, dispón tus más ricas joyas y preseas para tentar la codicia del cristiano y cegarle con ellas, y vé á la corte de don Pedro... ¿Qué más puede ocurrirte que perder el trono?... Por ventura, ¿lo tienes hoy asegurado?... ¿No te dice nada cuanto ocurre en tu reino?... ¿No has oído conmigo, al recorrer de noche la ciudad, cómo todos murmuran de ti, y apetecen tu ruina?... Ármate de valor; y sin que nadie lo sospeche, sin que nadie pueda atajar tus pasos, estaremos en *Ixbilia* (Sevilla), aquella hermosa ciudad que riega el *Nahr-al-Kibir* (el Guadalquivir), y que llenaron de encantos los siervos del Misericordioso! Acaso el rey don Pedro, deslumbrado por la riqueza de tus dones y la cuantía de tus ofrecimientos, accederá á lo que de él solicites, concediéndote su

amparol ¿Puede, por dicha tuya, brindarle Mohámmad, como tú, con tan espléndidos presentes?... Si vuelves á Granada, auxiliado por los nassaríes, podrás así esperar cómodamente á que triunfe mañana la causa del conde de Trastámara, y entonces podrás también, cual ambicionas, dilatar los dominios del Islám por Al-Andálus. Volverán á poder de los muslimes Córdoba, la antigua Córdoba, asiento de los Califas, ennoblecida por el excelso Abd-er-Rahmán III, á quien Alláh haya perdonado; *Chién* (Jaén) y todo su distrito, en el que aún te queda alguna parte; la misma Ixbilia, y luego, más adelante, *Tholaithola* (Toledo), Valencia, Murcia y *Saracosta* (Zaragoza). Mira el porvenir que te aguarda... No vaciles ¡oh Príncipe mío! Vas en pos de la gloria, y mañana tu nombre será bendito de todos los muslimes, como serás tú uno de los hijos predilectos de Alláh el Excelso en el Paraíso!

Honda fué la impresión que en el combatido espíritu del rey *Bermejo* produjeron las entusiastas palabras del africano; y tentado por la codicia y por la sed de gloria que le prometían las quiméricas empresas soñadas por Idrís,—no sin larga lucha cedía al postre á los consejos de éste, convencido de que, por el pronto, no había para él remedio, sino era con la protección del Sultán de Castilla.

Recogidas cuantas joyas, dineros y piezas de riquísimos paños de oro existían de antiguos tiempos atesorados en el alcázar de los Beni-Nassares, y allegado en hermosas doblas y ad-dinares todo el caudal del tesoro público,—tomaba de allí á pocos días Abú-Saïd el camino de la corte del rey don Pedro, seguido de Idrís Abú-l-Ola y de algunos otros fieles partidarios, tras de quienes iban, conduciendo los bagajes, dromedarios y mulas conducidos por esclavos.





XXX

AN sigilosa había sido la marcha de Abú-Saïd, verificada el 24 de la luna de Chumáda segunda (1), que

nadie tuvo conocimiento de ella hasta el día siguiente, en que algunos grupos, amotinados, se presentaban en actitud hostil á las puertas de la al-medina, pidiendo á grandes voces la destitución del tirano.

Figuraba á la cabeza de aquellos grupos, distinguiéndose por su talante, el joven Isa-ben-Yâcub Al-Jaulaní, ahora decidido partidario de Mohámmad; y cuando el arraéz de la guardia de la fortaleza marchó á poner en conocimiento del Sultán *Bermejo* lo que ocurría, halló, lleno de sobresalto, de-

(1) 20 de Abril de 1:62.



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

migo llevo, y no puedo ocultarte que, al recorrer estos lugares en que imperan los idólatras, más de una vez me he acor-



do de Mohámmad, comparando su suerte con la mía !
¿Cuál será el recibimiento que me hará el Sultán de Castilla?
Dicen que su presencia inspira miedo, y por Alláh te juro

que, aunque nunca temblé delante de hombre alguno, no sé qué extraño temor se apodera de mí en estos momentos.

— ¿Qué temes de don Pedro? —replicó Idrís.— ¿No vas á dejar en sus manos tus tesoros? ... Con lo que vale cuanto contigo llevas, bien podría comprarse un reino más poderoso que Castilla. No tiembles, pues, y piensa en la envidiable suerte que te tiene reservada el destino, si consigues, como espero, volver á Granada. ¿Te humilla, acaso, el implorar, señor la protección de los nassaríes? Pues, ¿no imploraron ellos del grande Abd-er-Rahmán III igual apoyo para reponer en el trono á Sanchol *el Craso*? No lo dudes: la misericordia de Alláh es infinita, y Alláh no puede abandonarte cuando vienes en servicio suyo!

—Quién sabe! —dijo Abú-Saïd, pensativo, respondiendo al cabo de una pausa.—Cúmplase la voluntad del Omnipotentel Sólo Alláh, el Excelso, conoce los destinos futuros de las criaturas! Nadie, fuera de Él, sabe en qué lugar de la tierra ha de morir el hombre! Alláh sea en mi amparo!

Cerró la noche, y mientras que Idrís y los demás caballeros preparaban todas las cosas necesarias para entrar en Sevilla con la ostentación y el aparato debidos, en vano el *Bermejo* buscaba el reposo é invocaba el sueño.

Ante su excitada imaginación aparecían extrañas y siniestras fantasías; y presa de horrible pesadilla, veía, allá en el caos incomprensible de sombras y de nubes que se había formado en su cerebro, alzarse ensangrentada la figura de Ismaïl, que le miraba amenazadora, lanzando sobre él la maldición eterna; y Cais, y todos aquellos á quienes había á su ambición, á su crueldad y á su tiranía sacrificado, se presentaban ahora como espantosa falanje ante sus ojos asombrados, para maldecirle y anonadarle.

Luego, veía el puente de *as-siráth* tendido á su presencia. En el extremo opuesto, un ángel de blancas y grandes alas y sonriente faz, parecía aguardarle, invitándole á que pasara; pero el puente era largo, estrecho y fino como un cabello, y á los lados y debajo de él se abría el abismo, en cuyo fondo sin límites resplandecían aterradoras las llamas perennales del *chahaném*.

Malak-al-maút, el ángel siniestro de la muerte, negro y amenazador, se hallaba á su lado impulsándole; y aunque él

resistía con todas sus fuerzas, le obligaba á poner el pie sobre el *as-siráth*. Entonces, retumbando en sus oídos las maldiciones de todas sus víctimas, que le rodeaban vagando en el espacio, con paso trémulo y vacilante comenzó á andar, y cayó precipitado al abismo.

La conmoción fué tan grande, que Abú-Saïd abrió los ojos despavorido, dirigiendo miradas espantadas en torno del aposento en que se hallaba.

El sol brillaba ya en el espacio, y saltando del lecho, vistióse apresurado el lujoso traje de ceremonia con que debía hacer su entrada en Sevilla, y cuyas piezas tenía delante sobre un taburete.

Después, bajo la influencia todavía del terrible ensueño en que tanto había padecido, sin dar á conocer á nadie sus temores, montaba á caballo y salía de Alcalá de Guadaira sombrío y silencioso.

Poco más tarde, al descender una cuesta para bajar al llano, tropezaba uno de los caballos de la escolta, y lanzando al jinete de la silla, quebraba la lanza de éste sobre el suelo.

Mal presagio era para el granadino aquel accidente; y encadenándole y relacionándole con la pesadilla de la noche, extendióse por el rostro del rey *Bermejo* la niebla tenebrosa que envolvía su espíritu, y sin apartar los ojos de la tierra, ni pronunciar palabra, siguió caminando en dirección de Sevilla.

Al cabo de cerca de tres cuartos de hora, daba vista la lucida cabalgata á la hermosa ciudad del *Nahr-al-Kibir*, la sultana de Al-Andálus, cuyas mil torres se destacaban bizarramente sobre el fondo verdegueante de la feraz campiña que la cerca, y entre todas ellas, derecha como la palma del desierto, alta como los picos nevados de *Chebel-ax-Xolair*, con su cúpula de brillantes reflejos de oro y sus tres manzanas doradas por remate, se levantaba la Giralda, apareciendo por bajo de ella las dentelladas almenas que coronaban los muros de la antigua *Mezquita-Aljama*, convertida en Catedral por San Fernando.

—Señor,— exclamó entonces Idris-ben-Abú-l-Ola adelantándose hasta emparejar con el *Bermejo*,—cerca, muy cerca está ya la encantadora Ixbilia... Mira cómo brilla, herida por los rayos del sol, la cúpula de oro del alminar de la Mezquita



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



No sólo por el mensaje que desde Alcalá de Guadaira había la noche anterior enviado con uno de sus jinetes el Prior de San Juan, quien, desde la villa de Baena, donde estaba por frontero, iban acompañando al granadino, sino por el bullir de la gente en toda la ciudad, y especialmente en las inmediaciones del alcázar,—tenía conocimiento el rey don Pedro de la llegada de Abú-Saïd á la corte del poderoso reino castellano.

Harto sentía el monarca que las obras ejecutadas por su orden en el alcázar estuvieran aún bastante atrasadas, impidiéndole, por tanto, ofrecerse á los ojos del rey *Bermejo* con aquel aspecto de severa majestad que tan de su agrado era; y bien que no reunía las condiciones apetecibles, ni en suntuosidad ni en proporciones, sentado en el trono aguardaba la llegada de Abú-Saïd en el *Salón* á que después dieron nombre *de Justicia*, rodeado de ricos-homes, prelados, caballeros y señores de su corte.

Hallábase el *Salón* colgado de hermosos paños de oro, que dejaban al descubierto la labrada yesería de la parte superior de los muros, obra de artífices mudejares, y por entre el calado de la alta fenestra,—donde se leía en caracteres cúficos dos veces repetida la palabra *felicidad*,—penetraba la espléndida luz del sol que, resbalando por los muros, daba peregrina entonación y relieve á las labores de yesería.

Frente á frente del trono real, se abría un arco angrelado que daba paso á otra habitación entrelarga y más espaciosa, puesta en comunicación con el llamado *Palacio del Yeso*, y guarnecida de ventanales que recibían luz del *Patio de la Montería*, y hacía oficio de antesala.

Llena estaba de caballeros y de hidalgos, quienes al tener noticia de la entrada del rey *Bermejo*, salían en gallardos corceles á recibirle, encontrándole ya muy cerca de la inmediata aljama de los judíos.

En esta forma, escoltado por los servidores del rey, el Prior de San Juan y el populacho, llegaba al recinto amurallado del alcázar Abú-Saïd, penetrando en el *Patio de la Montería*, y descabalgando allí con los caballeros granadinos que le acompañaban, y los cristianos que con él venían.

Latíale vivamente el corazón á Abú-Saïd al pisar el marmóreo pavimento, y al verse en aquella forma rodeado de tantas

gentes, pensando en el recibimiento que le haría el Sultán de los nassaríes; pero puesto en el trance, atravesó sin vacilar y



tranquilo en apariencia por entre los magnates y los hidalgos, que se abrieron en dos filas respetuosamente á su presencia, entrando

por fin en el *Salón*, donde le aguardaba el castellano.

El aspecto que el *Salón* presentaba, era en realidad imponente.

Sentado en alto sitial blasonado, á cuyo pie se mantenían

derechos dos maceros, vestidas las férreas cotas y las fuertes mazas levantadas, hallábase don Pedro, severo y majestuoso, envuelto en los pliegues de anchuroso manto de fino veludillo de seda, forrado de armiño, que le cubría los pies, llegando hasta las gradas del trono.

Á uno y otro lado, y en pos de los reyes de armas, ricamente vestidos, aparecían en dos alas los principales caballeros, severos también, como lo estaba el príncipe, y con grave y respetuoso continente.

Al trasponer Abú-Saïd el arco, detúvose suspensó; y fijando en el semblante impasible de don Pedro sus miradas, haciale allí gran reverencia en silencio, mientras penetraban Idrís-ben-Abú-l-Ola y los esclavos, quienes en bandejas de oro llevaban las joyas todas que el granadino había sacado de su alcázar.

Pedida la competente venia, adelantábase Idrís, y proster-nándose á los pies del trono, tomaba en nombre de su señor la palabra, expresándose en los siguientes términos, y hablando el lenguaje cristianego:

—Oh tú, el muy alto, el muy poderoso, el excelso, el egregio, el justo, el sabio, el valeroso, el magnánimo y conquistador don Pedro, Sultán de Castilla! Glorificado sea tu imperio, y colmada veas de felicidad tu vida, que Alláh prolongue y perpetúe! Señor: el muy alto, el muy poderoso, el puro, el guerrero y último límite de la conducta justa entre los fieles, Abú-Ab-dil-Láh Mohámmad, mi señor y dueño el Sultán de Granada, que aquí está delante de la tu merced, conoçe é sabe, así Alláh (¡ensalzado sea!) le proteja, que los Sultanes de Granada, de donde él viene, son é fueron siempre vasallos de los Sultanes de Castilla, de donde tú, señor, vienes, cada vez que han treguas entre sí nassaríes é musulimes, é dieron parias é presentes muy grandes en señal y reconocimiento del señorío de los Sultanes de Castilla, é les tovieron siempre por señores en todos sus fechos. É mientras aceptas en muestra y señal de vasallaje las parias é los presentes que aquí te ofrece mi señor, reconociendo é confiando con toda su grande voluntad el tu señorío sobre el su regno é sobre la su persona, por ende, tiene mi señor el Sultán, que pues él ha pleito con Mohámmad, Sultán que se llama de Granada, é tú eres su señor, tú debes ser juez deste fecho, é por ende viene á la tu merced. É éste Sultán de Granada, que está delante de la tu



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

—Si es la su merced del Sultán de Castilla (¡ prolongue Alláh su permanencia en la tierra !) tomar este pleyto en la su mano, fará en ello obra de rey é de príncipe muy grande é piadoso, é él la puede muy bien librar entre el dicho Mohámmad, que se llama Sultán de Granada, é éste mi señor é dueño soberano, que á la su merced es venido. É si la su voluntad fuere en otra guisa, sea la su merced de poner al Sultán mi señor, que aquí está delante de la su merced, é á los que con él vienen, allén la mar, en tierra de muslimes.

Informado el rey de las razones de Idrís-ben-Abú-l-Ola,

—Nos faremos justicia—dijo—en el pleyto que somete el rey *Bermejo* á la nuestra autoridad como vasallo. Que sea por ende seguro de que así faremos.

Al oír tal declaración, Abú-Saïd, Idrís, y los demás caballeros granadinos, mostráronse satisfechos y alegres ; y haciendo á la par una gran reverencia, exclamaron :

—Alláh ¡ oh magnánimo señor nuestro ! prolongue benigno tus días y perpetúe tu felicidad ! Porque en esta confianza de que farás justicia, como tienes fama, á la demanda sobre nuestros fechos, somos á ti venidos, y todos esperamos en la tu merced el alivio á nuestros males, é los de los muslimes del regno de Granada... Que Alláh, el alto, te ilumine, señor y dueño nuestro, y bendiga tu espíritu, para que puedas juzgar derechamente ! Que la paz de Alláh sea contigo !

Alzóse con esto el rey del trono, dando por terminado el acto, y en tanto que tornaban los granadinos á hacerle grande y respetuosa reverencia, dispuso don Pedro fueran Abú-Saïd y los suyos convenientemente aposentados en la cercana judería, ocupando en ella las casas que habían sido de su almoraxarife y tesorero mayor Simuel-Ha-Leví, ya difunto.

Hubo el rey después su consejo, y expuesta allí la demanda de Abú-Saïd, tras de larga discusión y diversos pareceres, era, en definitiva por voto unánime, condenado á muerte, con los caballeros, sus partidarios, que le acompañaban.

Y con efecto : la justicia, escarnecida y vilipendiada por el antiguo cómplice de la sultana Seti-Mariém, por el asesino implacable de Ismaïl y de Cais, por el usurpador del trono y del señorío de Granada, reclamaban en verdad el castigo inmediato del criminal, sólo por estas causas ; mas no se habría seguramente don Pedro determinado á ello, si no militasen

otras razones de poderosa eficacia, las cuales no podían ser en manera alguna dadas al olvido.

Constituidos los Sultanes de Granada desde los días de Abú-Abd-il-Láh Mohámmad I, el fundador de la dinastía de los Al-Ahmares, en vasallos de Castilla, por el temor legítimo que la triunfante espada de Fernando III *el Santo* les infundía, no sólo, cual había acontecido con Mohámmad I *Al-Gálib-bil-Láh*, debían concurrir con los otros señores y caballeros vasallos del rey de Castilla cuando éste fuera en hueste contra sus enemigos, razón por la cual el referido Príncipe granadino tomó parte tan principal en el feliz rescate de Sevilla (1248), sino que se hallaban obligados á concurrir también á las Cortes que Castilla celebrase, apareciendo sus nombres entre los de los confirmantes en muchos documentos y privilegios de aquel tiempo.

Bajo tal concepto pues, y equiparados los Sultanes granadinos, para los efectos legales, á los que tenían ciudades, castillos ó fortalezas por el rey, el rey debía ser, y era en realidad, señor soberano de sus vidas y de sus haciendas, puntos todos ellos que, maduramente quilatados en el consejo celebrado por don Pedro á consecuencia de la demanda del rey *Bermejo*, no fueron puestos por nadie en duda, tanto más cuanto que *Al-Gálib-bil-Láh* había sido armado caballero á la usanza cristiana por el mismo Fernando III, de quien recibía tal merced con el blasón ostentado por los Beni-Nasares.

Las prescripciones, por otra parte, contenidas en las leyes de Partida que, desde el famoso *Ordenamiento de Alcalá* (1348), habían adquirido entre los nassaríes fuerza y valor legales, claramente determinaban lo que en caso tal debía hacerse para desagravio de la justicia; y considerando que Abú-Saïd, al rebelarse contra su legítimo señor el Sultán Mohámmad V, su primo, se había rebelado también contra el soberano de Castilla, pues aquél era sólo vasallo y feudatario de su corona; considerando que para conseguir el *Bermejo* su exaltación al trono había cometido grandes crímenes en las personas y en las cosas; considerando á más que había hecho pacto y alianza con los enemigos del castellano, poniendo á éste en el trance de firmar las paces con el monarca de Aragón en condiciones nada ventajosas para Castilla,—la senten-

cia de muerte que contra el dicho Abú-Saïd dictaba, de acuerdo con los de su consejo el rey, no era sino muy conforme á la razón y á la justicia, una y otra invocadas ahora por el *Bermejo*, cuando se veía odiado de los granadinos, y sin fuerzas para resistir á Mohámmad V.

.





ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresía de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

HISTORIA

Decenas de miles de importantes fuentes históricas, muchas previamente innacesibles, están ahora a su alcance por primera vez con la Suscripción Ilimitada de Forgotten Books.

Acceso Ilimitado
\$8.99/mensuales

Seguir

*Se aplican las condiciones de uso correcto



á la presencia de don Pedro!... ¿Crees tú—prosiguió—que las dádivas podrán influir en él para que nos dé su auxilio?...

—Oh señor mío!—replicó el africano.—Aunque las palabras con que te ha recibido han sido de templanza y de paz, y aunque los dones que le has presentado son de valía, por mi cabeza y la de mis hijos, que temo que su justicia sea tan severa como lo es su rostro.

—Y ¿en qué te fundas, para pensar de tal suerte?...

—Señor: su respuesta no ha sido tan explícita como yo la esperaba... Ó no es éste el don Pedro que te pintó el conde de Trastámara, ó la pintura no era fiel, así Alláh me salve!... ¿Á qué negarlo?... Tú, señor, le causaste grave mal con tu alianza con sus hermanos los bastardos, y quizás no olvide que ahora él es el más fuerte... Pobre de ti y de nosotros, si tal sucediera!

—Pues ¿qué sospechas!...

—Quién sabe, señor!... Sólo Alláh conoce lo que se oculta en las entrañas de los hombres!...

—Si así fuera...—dijo Abú-Saïd, quedando pensativo.—Pero no—repuso,—no puede ser... La hospitalidad es sagrada, y el rey don Pedro no puede faltar á ella.

—Acaso, señor, digas verdad...; pero tú te has presentado al Sultán de los nassaríes como su vasallo, y el señor, ya lo sabes, es dueño de la vida de sus súbditos—contestó Idrís gravemente.

—Oh! Eso lo veremos!—exclamó el *Bermejo*, cuyo semblante palideció de cólera.

—Somos los más débiles, y sucumbiremos—se contentó con replicar Idrís.

—Lúgubre estás, ¡oh Abú-l-Ola!, y no veo por fortuna señales de que tus tristes vaticinios hayan ¡por Alláh! de cumplirse—repuso Abú-Saïd, tratando de recobrase del mal efecto que le producían las palabras de su amigo.

—Quiéralo Alláh!—replicó el africano.

La sombría actitud de su confidente y leal partidario, cuyas palabras fatídicas aumentaban las sospechas que en vano procuraba el *Bermejo* alejar de su espíritu, no dejaron de afectar al Príncipe, quien, recogíendose, guardó de allí adelante silencio, sin que volviese á hablar con Idrís, ni

con ninguno de los granadinos que componían su cortejo.

Entre tanto, había seguido avanzando el día, y cuando cayó la tarde, después de hecha la oración de *al-magrib*,



Abú-Saïd se sentó á la mesa, acompañado de los suyos, que le servían.

Sin que ninguno fuera osado á romper el silencio que obstinadamente guardaba el Príncipe, hallábanse en

esta disposición los granadinos, cuando, inesperadamente, se oyó ruido en las antecámaras, apareciendo á poco en el dintel de la puerta de aquella estancia, seguidos de algunos hombres de armas, el Maestre de Santiago, don Garci Alvarez de Toledo, y Martín López de Córdoba, Camarero del rey don Pedro y su Repostero mayor, quienes traían el rostro demudado.

Alzóse Abú-Saïd de su asiento para recibirles, y aunque no sin sobresalto, invitábales á pasar adelante; pero avanzando

—Así ¡oh Sultán de los nassaríes! Así cumples las leyes de la hospitalidad! Yo vine á ti fiado en la tu merced y en la tu



misericordia, y tú me das la muerte! Alláh lo ha dispuesto! Cúmplase su voluntad! Que Alláh te perdone, pues yo no puedo perdonarte la alevosía con que procedes, ca mala caballería faces hoy conmigo ciertamente !!

No contestó palabra el castellano; y descabalgando Abú-Saïd, á una indicación del Escribano real y del jefe de los ballesteros, subió con ambos al cadalso, donde fué decapita-



ESTA PÁGINA NO ES ACCESIBLE PARA LAS SUSCRIPCIONES GRATUITAS

Compra membresia de pleno derecho para desbloquear de inmediato esta página

AHORRE \$3,999,994

¿Sabía que también
vendemos libros de papel?

Comprar todo nuestro
catálogo en papel le costaría
más de @4.000.000.

Disfrútelo al completo por
\$8.99/mensuales

*Se aplican las condiciones de uso correcto.

Seguir

